Emmanuel Carrère

Fuera de juego



ANAGRAMA
Colección Compactos

FUERA DE JUEGO

EMMANUEL CARRÉRE


ANAGRAMA
Colección compactos

Título de la edición original:
Hors d'atteinte?

Edición en formato digital: junio de 2021

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4290-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1

La canguro llegó con retraso a causa, según explicó, de un suicidio que había interrumpido la circulación del metro. Viajaba en el tren homicida, pero en el vagón de cola, y el hecho de saber que las ruedas de dicho vagón habían frenado antes de destrozar el cuerpo del desesperado parecía proporcionarle cierto consuelo: no tuvo, pues, nada que ver con el asunto, no vio nada; sin embargo, imaginaba la carnicería con gran abundancia de detalles crudamente acentuados por las mucosidades que el resfriado le obligaba a sorber; y Frédérique, mientras se apresuraba, tuvo que hacerle jurar que no se pasaría la noche hablándole de lo sucedido a Quentin, muy excitado ya por lo poco que había oído.

Así que Jean-Pierre y ella también llegaban tarde. El cine se hallaba demasiado lejos para ir a pie, y, después de aquella historia, coger el metro, que era lo previsto, les inspiraba cierto reparo. El hecho de que hubiera ocurrido un accidente disminuía las posibilidades de que se produjera otro similar, precisamente aquella misma noche y en la misma línea; pero dicho envalentonamiento estadístico se contradecía con un difuso sentimiento de decoro, como si fuera necesario guardar luto: cogerían un taxi.

A sabiendas, por experiencia, de la dificultad de encontrar un taxi libre en el barrio, a semejante hora, Jean-Pierre decidió llamar a uno por teléfono, so pena de aumentar el retraso que llevaban y, para desasosiego de Frédérique, de perderse los avances publicitarios.

—¿Avances publicitarios? ¡Ni soñarlo! Si hay anuncios, en un cine como ese, puedes darte por satisfecha —dijo Jean-Pierre con el matiz de desdén que, en su opinión, merecía la austeridad de los cinéfilos puros e implacables; aunque, desde hacía algunos años, eran pocos los que se manifestaban como tales, de manera que la obvia frivolidad de sus gustos ya no encontraba mucha gente a la que oponerse.

Con el impermeable abrochado, que no se había quitado al llegar, la bufanda alrededor del cuello, el gesto fluctuante entre la ansiedad y la preocupación por tomar a la ligera una contrariedad tan benigna, Jean-Pierre esperó unos instantes a que la única cooperativa de taxis cuyo número, compuesto principalmente por ceros, se sabía de

memoria, consintiera en contestar. Luego, al ver que aumentaba la congoja de su gesto, Frédérique adivinó que había topado con una grabación que, sobre una apaciguadora música de fondo, repetía que la compañía haría lo posible para satisfacer cuanto antes a sus clientes. Sin embargo, precisaba que los más previsores se tomaban la molestia de pedir el taxi con un día de antelación.

—¿Y los suicidas? ¿También los encargan con un día de antelación? —masculló Jean-Pierre, medio asfixiado por la bufanda que Quentin, en pijama y encaramado en el brazo del sofá, le enroscaba formando un torniquete.

—Jean-Pierre… —protestó blandamente Frédérique y, a continuación, añadió con un acento demasiado teatral para no resultar irónico—: ¡Delante del niño, no!

Después de obligarle a soltar la bufanda de su padre, arrastró a Quentin hacia la habitación contigua, donde la canguro, tras inspeccionar la cocina y descubrir que las reservas de chocolate y de galletas para el aperitivo no se habían renovado, extraía en silencio el contenido de la bolsa que le servía de cartera. Con gesto digno, cargado de reproches, depositó una manzana encima del escritorio. Frédérique suspiró, luego le dio con qué completar su tentempié en la tienda del árabe de la esquina. Como siempre, había regresado del instituto cansada y luego había tenido que darse prisa y no tuvo ganas de salir.

Después de exhortar a Quentin, por puro formalismo, a portarse bien y darle permiso para ver la tele después de cenar, a condición de que se acostara a las diez, volvió al salón, donde seguía esperando Jean-Pierre. Sostenía el teléfono con una mano y con la otra jugaba nerviosamente con el interruptor de la lámpara halógena que permitía variar la intensidad de la luz. Violentamente iluminada, al cabo de un instante la estancia se hundía en la penumbra, para volver a iluminarse a continuación, y, cada vez que se hacía la luz, el decorado familiar, con sus carteles de antiguas exposiciones, que llevaba tiempo prometiéndose retirar, sus cachivaches carentes de valor y su ajada alfombra, deprimía aún más a Frédérique.

—¿Quieres que busque otro número en la guía? —propuso, con intención de que Jean-Pierre acabara con su juego.

—¡Ni hablar! —dijo él soltando el interruptor para tapar el auricular con la mano, como si los de la cooperativa del taxi pudieran oírlos y les importara mucho lo que él dijera—. Solo de pensar que me he pasado todo este rato soportando la musiquilla asesina, justo para colgar en el momento justo en que por fin iban a contestar, me da un soponcio. Prefiero insistir.

—Es un principio que puede llevarte lejos —observó Frédérique, pero el hombre levantó una mano indicándole que guardara silencio:

contestaban. Dio la dirección y siguió esperando.

—¡Mierda! —acabó por decir—. De momento no hay taxi.

Colgó, consultó su reloj y pidió otro número que Frédérique leyó en la guía telefónica, ya abierta en previsión del fracaso. Al cabo de cinco minutos, diez antes de la sesión, les prometieron que, en cuatro, dispondrían por fin de uno.

—¡Dense prisa! —ordenó Jean-Pierre inútilmente.

2

Aún sin avanzar, por un retraso que debió de demorar todas las sesiones de la jornada, la cola se extendía desde la entrada del cine hasta la esquina de la calle peatonal a cuya forma se adaptaba, prolongándose unos veinte metros. Llovía. Quienes no disponían de paraguas se arrimaban a las puertas cocheras, cuando su posición en la cola se lo permitía; otros, situados bajo las gotas que caían de los canalones, se levantaban el cuello del abrigo por encima de la cabeza y se protegían con periódicos o con bolsas de plástico.

—¡Vaya! —exclamó Frédérique al apearse del taxi, y advirtió con cierta satisfacción el desánimo de Jean-Pierre. En semejantes circunstancias, él era partidario de pedir turno; pero, por miedo a que le creyeran espontáneamente sometido a las leyes gregarias, presentaba su legalismo como una extravagancia personal en la que se afirmaba no el temor en verdad real de provocar una crítica violenta o simplemente de llamar la atención, sino una especie de osadía paradójica. Decía: «Nunca cruzo por el paso de peatones», como quien dice: «¡Mueran los imbéciles!», y como si continuamente estuviera violentando un temperamento rebelde. Se complacía en exagerar. Cuando hacían circular un porro delante de él, se mostraba reprobador y tosía forzadamente, y se indignaba cuando alguien franqueaba los torniquetes del metro sin billete —acto que Frédérique cometía muy pocas veces, pero siempre en su presencia—. A ella le gustaba desafiarle, exhibir ante él su menosprecio por las convenciones y por las obligaciones. Con semejante público, tales osadías resultaban cosa fácil: por lo general, con la intención bastaba.

Un bar hacía esquina. Malignamente, Frédérique sugirió entrar en él para hacer tiempo sin mojarse: vigilarían la cola desde la barra. Reavivaba así un contencioso familiar, iniciado seis años antes, mientras esperaban el momento de facturar el equipaje en un aeropuerto marroquí donde, naturalmente, él insistió en llegar con mucho tiempo de antelación. Frédérique consideraba absurdo tener que esperar si bastaba con llegar al mostrador de embarque cuando todo el mundo lo hubiera abandonado. Jean-Pierre objetaba que si todos hicieran lo mismo, no habría colas sino bárbaras avalanchas, en

el último minuto, que no favorecerían a nadie y menos a ella. Por lo general, los argumentos al estilo de «si todo el mundo hiciera lo mismo» gozaban de la estima de Jean-Pierre: al usarlos derrochaba inagotables reservas de ironía masoquista, como si, a pesar de su justo valor, estuviera convencido del ridículo en el que incurría al sostenerlos. Delante del cine, se contentó con observar que la cola iba aumentando.

—Pues nos colaremos —dijo Frédérique. Conocía de antemano su reacción y le repelía, tanto como a él, arriesgarse a una pelea en público; pero no quería perder la ocasión de alarmar a Jean-Pierre haciendo alarde de su indolencia.

Sin contestar, él se dirigió hacia el final de la cola, que, en la calle perpendicular, se había engrosado con la llegada de una pareja. Frédérique dudaba respecto a la actitud que debía adoptar. Manteniéndose a cierta distancia, se resguardó bajo un balcón saledizo y, desde la otra acera, examinó a los recién llegados con malévola atención.

Evidentemente, al igual que Jean-Pierre y que ella, habían rebasado la treintena. Y se les parecían. Rubia como Frédérique, más bien bonita como ella y de expresión graciosamente mohína, la mujer llevaba una cazadora de aviador para la que había elegido aposta una talla por encima de la suya para que diera la impresión de flotar, con cierta negligencia, por encima de una blusa de color verde oscuro y una falda negra estrecha; solo sus botas de cuero eran bonitas: feliz hallazgo, decidió Frédérique desdeñosamente, de entre una decena de harapos impresentables comprados durante la fiebre de las rebajas. Y el hombre, a su lado, con pantalón de lana con pinzas y americana de tweed con las solapas levantadas, encarnaba una versión ligeramente más deportiva de la mustia elegancia que Jean-Pierre exhibía. Su mirada, detrás de las gafas de concha, brillaba con la misma ironía: indulgente, ponderada.

No eran ni feos ni ridículos; se apartaban de las caricaturas adversas del rancio sesenta y ocho y del empresario sobreexcitado; pero, dada su mediocre honestidad, su aspecto juvenil indebidamente prolongado por horror a lo serio, la moderada soltura, el exceso de ocio, a Frédérique le parecían perfectamente identificables, cumplidos ejemplares de la edad y de la clase social a la que, como ella, pertenecían. Compartían costumbres y opiniones, de las que se burlaban con ligereza. Eran transparentes. Viéndolos, imaginaba sus profesiones —si no eran profes, podrían serlo—, sus recursos, la decoración y el amable desorden de su piso, sus preferencias culturales. Seguramente, leían el *Libération* y el hombre debía de jactarse de seguir siendo fiel a *Le Monde*, que gozaba de más credibilidad. A veces iban a conciertos, a exposiciones, a los

mercadillos y, con mucha frecuencia, al cine, a cines como aquel. Les gustaban las películas antiguas, americanas, sobre todo las comedias; entre las novedades, Wenders, Rohmer, Mocky y también las gansadas que, con burlona simpatía, pretendían apreciar por sí mismas, porque oficialmente ya no se llevaba buscarles un sentido más profundo. Al salir, inmersos entre la muchedumbre, evitaban hablar para no oírse decir lo mismo que todo el mundo. No eran despreciables, ni desgraciados: solo irritables a veces, como Frédérique aquella noche, al ver cuán extendidas se hallaban sus maneras de ser y de pensar, su humor, incluso sus fugaces tentaciones de abdicar y de rebelarse en vano, por principio, contra la certeza de no ser únicos.

Se reunió con Jean-Pierre, situado detrás de la pareja.

—¿Hablan de Pasqua o de Lubitsch tus colegas? —preguntó con voz no lo suficientemente alta para que la oyeran los interesados, pero sí para incomodar a Jean-Pierre. Él no contestó—. Bien, voy a ver las fotos de la entrada.

—Como quieras —asintió él, adivinando la continuación con desagrado.

Acercándose a la taquilla, Frédérique examinaría las fotos durante unos minutos, los extractos de críticas saturadas de brillantes metáforas, y, disimuladamente, fingiendo proseguir su examen, como si la decisión de entrar dependiera, en su caso, no de la longitud de la cola sino de la adhesión suscitada por determinada fórmula laudatoria, avanzaría contoneándose sobre uno y otro pie, con los puños en los bolsillos de su cazadora y la mirada miope, hasta mezclarse con la confusa oleada formada por los primeros en entrar. Para hacerlo, se aprovechaba de la lógica distensión reinante en las inmediaciones de la taquilla y que disminuía hacia el final de la cola, donde cualquier par de frescos podían colarse y hacerse con las dos últimas butacas contiguas. Por poco desagradable que fuera el riesgo de tropezar con algún quisquilloso, de ordinario Frédérique no se decidía a correrlo: aunque le encantaba que la gente notara su presencia, no le gustaba hacerse notar. Pero la velada, ya desde sus inicios, no le apetecía en absoluto. Se sentía obligada a pasarla con Jean-Pierre, a ir al cine y, después, al restaurante, en virtud de un acuerdo anterior, de una cita muchas veces aplazada para dar la impresión de que su agenda estaba sobrecargada cuando en realidad se hallaba en estado de virginidad, exenta de proyectos y de promesas de imprevistos desde el primer día de la semana. Y, además, los gritos de Quentin al regreso del colegio por el asunto de un juguete perdido, el retraso de la canguro, el taxi cogido con prisas y, como remate, aquella pareja, surgida al azar, en la cola del cine, salida de un molde vulgar del que ella se sabía, también, formada: todos esos sinsabores acumulados reclamaban una válvula de escape, un acto de rebelión, y,

dado que no se disponía a arrojar una bomba ni a coger, aquella misma noche, un avión rumbo a Java sin pasaje de vuelta, dicho acto resultaría a la fuerza irrisorio. Se colaría, sencillamente.

En el otro extremo de la cola, como había previsto, como siempre, Jean-Pierre fingía no haber comprendido nada. Ella pretendía mirar las fotos: él se atenía al pretexto oficial y, puesto que era necesario que alguien vigilara sus posiciones, se quedaba donde estaba, esperando comprometer con su inercia una maniobra que desaprobaba. Porque si, una vez compradas las entradas, Frédérique tenía que esperar a que él se le uniera tras hacer cola dócilmente, el fraude no reportaría beneficio alguno. Si, por otra parte, decidía ir a buscarle, debería afrontar, en el mejor de los casos, las miradas reprobadoras, quizá la cólera, de sus compañeros de infortunio. Quedaba la solución de que Frédérique cogiera una sola entrada y, una vez en el interior de la sala, le reservara una butaca contigua a la suya. Pero ¿y si colgaban el letrero de «agotadas las localidades» justo en el momento en que él llegara a la taquilla? La imaginaba sentada en la décima fila, con la cazadora encima del asiento adyacente al que ella ocupaba, volviéndose sin cesar hacia la puerta de entrada, cada vez más irritada y más nerviosa a medida que la sala se fuera llenando, tan nerviosa que, en su propio nerviosismo y a pesar de lo mucho que deseaba ver la película, Jean-Pierre pensaba en la posibilidad de provocar aquella situación decidiendo no entrar y optando por irse a un bar o por regresar a casa. O a casa de ella: le diría a la canguro que se marchara y vería la televisión con Quentin. Una vez terminada la sesión, Frédérique volvería furiosa a casa.

Por fin, la cola se puso en movimiento. De repente, Frédérique se encontró ante él y, besándole en ambas mejillas, exclamó alegremente:

—¿Hace mucho que estás aquí? Estábamos delante, pero te hemos cogido una entrada.

La explicación, más o menos admisible para quienes acababan de llegar, no podía llamar a engaño a quienes hacían cola delante de Jean-Pierre y le habían visto con Frédérique unos minutos antes. Sin embargo, la pareja de presuntos profesores no prestó atención a lo sucedido, o quizá reprimió su irritación como, sin duda, hubieran hecho ellos en su lugar. Jean-Pierre, cabizbajo, jugando con un botón descosido de su impermeable, siguió, pues, a Frédérique hasta la puerta que daba acceso a la sala donde un joven apático, con el pelo recogido en una cola de caballo, rompía las entradas. Frédérique iniciaba el gesto de tendérselas y se estaba volviendo ya hacia Jean-Pierre para preguntarle si tenía monedas cuando se interpuso entre ellos, brutalmente, un tipo alto y canoso, vestido con un traje de pata de gallo y acompañado de una rubia demasiado bronceada, demasiado maquillada, demasiado cubierta de pieles y, como su acompañante,

poco propia del público característico de aquel cine. Lo normal era imaginárselos un sábado por la noche por los Campos Elíseos. El hombre, aprovechando la oportunidad de levantar la voz como debía de aprovechar la de devolver el vino en los restaurantes o la de romper las multas en las narices de los funcionarios, apartó la mano de Frédérique sin contemplaciones, puso sus entradas en la que el joven de la cola de caballo había dejado ligeramente suspendida en el aire y gruñó que aquello era una tomadura de pelo, que no había hecho cola bajo la lluvia para que luego se le colaran así como así. El empleado desempeñó sus obligaciones como si nada hubiera oído, pero el bravucón, en lugar de avanzar, hizo un alto en su camino para gozar de su victoria y tomar por testigos a los espectadores que, detrás de él, se hallaban divididos entre una pasiva solidaridad con los tramposos, cuyo aspecto general los señalaba como sus semejantes, y la satisfacción de ver a un hombre fuerte poniendo fin a prácticas que reprobaban, aunque realmente no las padecían ni, menos aún, se decidían a combatir. Se trataba de un sentimiento similar al experimentado por Frédérique a raíz de un escándalo nocturno provocado por unos vagabundos en el patio del inmueble donde vivía: por una parte, se sintió llena de alivio debido a la intervención de la policía y, por otra, de desprecio hacia el inquilino que había tomado la decisión de avisarla.

Como punto final de su actuación, al empujar la puerta para dejar paso a su acompañante, el patán aplastó a Jean-Pierre y a Frédérique, aún anonadados, con una mirada triunfal y luego el oleaje de espectadores que entraban en la sala, y de quienes habían quedado separados, se puso de nuevo en movimiento. De todos modos, las mordaces réplicas que en vano intentaban formular habrían llegado ya demasiado tarde. Al cabo de unos instantes lograron deslizarse hacia el interior y, una vez en la sala, sus miradas buscaron al malhumorado tipejo y a su pintarrajeada muñeca para evitar sentarse junto a ellos. Descubrieron sus cabezas sobresaliendo de la fila central, lo cual, en contra de sus preferencias, los obligó a sentarse al fondo de la sala. La sesión aún no había empezado.

3

Permanecieron unos momentos en silencio. Jean-Pierre, al sentarse, había deslizado alrededor de una de sus rodillas la correa de la bolsa de fotógrafo que usaba como cartera no sin cierto orgullo de ir pasado de moda. El riesgo de que se la robaran si la dejaba en el suelo justificaba dicha precaución; pero a Frédérique semejante gesto se le antojaba de una mezquindad desvergonzada. Al contrario que Jean-Pierre, había sido educada según los principios de una prudencia quisquillosa, del miedo tanto al policía como al ladrón, y todo cuanto traicionaba tal impronta le producía el asco exageradamente intenso propio de una militante de la despreocupación. El justificado desprecio que le inspiraban los obsesos de los sistemas de alarma se hacía extensivo a cualquiera que, en su presencia, verificaba una y otra vez si había cerrado bien la puerta del coche, repasaba la cuenta del restaurante o llenaba las matrices de los talones bancarios. Dudaba entre la sumisión asustadiza, el miedo continuo de no estar en regla, el culto a las inversiones sin peligro y a las pólizas de seguro, en lo cual seguía el ejemplo de su familia, y la pura y simple ignorancia de las servidumbres cotidianas, atributo únicamente reservado a los héroes de la pantalla y quizá a la gente muy rica para quien, al menos como aparece descrita en las revistas, el mundo no ofrece resistencia ni motivos de precaución. Al no poder aspirar a una vida regida por el capricho, por el desenfado y por la prodigalidad, Frédérique se esforzaba por eliminar de su conducta las actitudes que manifestaran, de modo demasiado evidente, coacción y preocupación por el futuro y por las consecuencias. De ahí que, si bien admitía la molestia que suponía perder la cartera, con documentación y billetero incluidos, reprochaba a Jean-Pierre el hecho de que se lo recordara mediante un gesto que, por discreto y maquinal, resultaba especialmente humillante. Se preguntó si dicho gesto le resultaba familiar, si lo acusaba precisamente aquella noche porque estaba de malhumor y le reprochaba a Jean-Pierre su pasividad en el altercado con el patán al que veía, una filas más adelante, rodeando el hombro de su compañera con brazo de propietario.

Para sentirse más cómodo, Jean-Pierre levantó las rodillas y las pegó al respaldo de la butaca frontal a la suya. Pero el ocupante de

dicho asiento, medio volviéndose, dio a entender que le molestaba y Jean-Pierre recobró su postura anterior con una cómica mueca de susto.

—A mí no me habría gustado —comentó Frédérique en voz baja.

—Tienes razón —susurró Jean-Pierre—. La gente se pega poco. Lo que ocurre es que tengo miedo de hacer demasiado daño.

—Haces bien en contenerte. Al entrar, he temblado de miedo por aquel tío.

—¡Ah, no, el tío de la entrada no! Soy duro, pero justo, y él tenía razón. Incluso apruebo la actitud de ese tipo, ¿comprendes? Verás —siguió con un tono de voz aún más bajo—, si uno no protesta cuando alguien se le cuela, no es porque no le importe, sino por cobardía, pues la verdad es que es algo que nos molesta a todos. Pero tenemos miedo al ridículo, tenemos miedo a pasar por un tipo *à la coule*. (Jean-Pierre afectaba un purismo irónico que le obligaba a rechazar las palabras inglesas utilizadas en el lenguaje corriente y, a la vez, le inducía a emplear las extravagantes transposiciones que intentan imponer los defensores de la lengua francesa, y a enriquecer su stock rehabilitando una jerga arcaica: así, en lugar de *cool* decía «*à la coule*».)

—¡Estupendo! —se mofó Frédérique—. Has hallado a tu héroe. Eres realmente convincente. ¿Y si cambiáramos de sitio? Me siento a su lado y le digo a su golfa que venga a hacerte compañía, ¿quieres?

—Ya sabes que los intercambios de pareja me asquean.

—¿Tú protestas cuando alguien se te cuela?

Jean-Pierre tosió.

—No, porque yo soy cobarde y, por lo tanto, me fascinan los hombres que creen que todo les está permitido. Se trata de un esquema clásico.

En aquel momento, la luz disminuyó: un murmullo saludó el sibilante ruidillo de las cortinas al abrirse. Frédérique observó que la correa de la bolsa de Jean-Pierre se había deslizado al suelo y que él no la había recogido.

Durante unos cinco minutos, una especie de pájaro carpintero, de una maldad estridente, se dedicó a enloquecer a un perro, bonachón al principio y sediento de sangre después, cuyos intentos de legítima venganza le valieron verse aplastado por un mazo, transformado en torta, en colador, en puzle y luego en bala de cañón, y ser proyectado a las antípodas, puesto en órbita, hinchado hasta reventar y recompuesto en el caos: un conjunto de torturas que hicieron aullar de risa a Jean-Pierre. La discreción, que el hombre exhibía como uno de los rasgos más sobresalientes de su carácter, se esfumaba cuando reía, o más exactamente, cuando relinchaba en el cine, y también cuando,

un poco bebido, en la época en que vivían y recibían juntos, se empeñaba en hacer escuchar disco tras disco, generalmente de jazz, a invitados no siempre tan aficionados como él a dicha clase de música: interrumpiendo sus tímidas tentativas de seguir con la conversación, él señalaba el disco con dedo tembloroso de emoción proselitista y exclamaba, una y otra vez, que eso, sí, eso, era para subirse de gusto por las paredes. Frédérique no sentía inclinación alguna hacia la música —carecía de oído, decía ella—, y acogía esas demostraciones con la crispada reserva que exigía semejante falta de tacto. En cierta ocasión, incluso había explotado, reprochándole, en público, que insistiera en el hecho de haber recibido una educación diferente: él había crecido entre lecciones de piano y bibliotecas bien provistas; ella, en un hogar donde solo entraba el *Reader's Digest*. Al día siguiente, se había sentido muerta de vergüenza, y Jean-Pierre también. En cambio, el cine los situaba a un mismo nivel, un nivel de igualdad, debido a que, para las gentes de su generación, los conocimientos y las preferencias cinematográficas no eran valores transmitidos, sino adquiridos por uno mismo. Ambos elaboraban sus juicios basándose en una cultura compartida, en una jerarquía de valores comúnmente admitida que cada cual podía replantear sin temor a revelar su ignorancia o la tosquedad de sus gustos. Así, sabiendo perfectamente a qué se refería y cuál era la opinión adecuada al respecto, Frédérique se permitía la coquetería de ponderar la superioridad de Claude Zidi sobre Woody Allen, mientras que no se habría atrevido, y en esto hubiera sido sincera, a considerar a Keith Jarrett muy por encima de Thelonius Monk. De ahí que el cine siguiera constituyendo un estrecho vínculo fácil de mantener, el invariable pretexto de sus salidas en común y de muchas de sus discusiones. De ahí, también, que la pareja que había llamado su atención en la cola —otra diferente, o casi, hubiera dado lo mismo— irritara tanto a Frédérique: dicha pareja le recordaba que su ámbito de entendimiento era una plaza pública, que ni siquiera sus paradojas les pertenecían. Le sabía mal reírse, como estaban haciendo todos, de las persecuciones sufridas por el perro, cuya derrota final Jean-Pierre saludó con un hipido.

La luz se hizo de nuevo. Proyectaron anuncios: propaganda, decía Jean-Pierre, a quien le encantaba, y que enseguida se entregó al juego ritual consistente en identificar con la mayor rapidez posible los productos ensalzados por imágenes con frecuencia desprovistas de cualquier tipo de relación con lo anunciado. Al contestarle distraídamente y descubrir que estaba más enterado que ella, Frédérique dedujo que debía de ir al cine con más regularidad. Cierto que ella se había quedado con el televisor en el piso de la calle Falguière y que él, fiel a la promesa de ascetismo que había presidido

su mudanza, no había vuelto a comprar otro. Pero, con frecuencia, iba a su casa para ver la televisión.

4

Después de la película, excelente como era de prever, buscaron un restaurante donde cenar; pero todos los de los alrededores estaban llenos, excepto una pizzería con la que no cabía conformarse. El binomio cine-pizza componía, en su opinión, un programa típico de pareja de extrarradio, cuyo estilo de vida mezquina simbolizaba. Jean-Pierre y Frédérique se vanagloriaban de no tener coche, de vivir en el centro de París, de huir de las grandes migraciones estivales y, como regla general, de los signos más llamativos de la pertenencia a la pequeña burguesía. Sin embargo, su desprecio por la pizza, así como por los platos combinados a base de ensalada de nueces, de bistec a la plancha y de patatas fritas, no se hacía extensivo a los fast food, cuyas cadenas y productos incluso pretendían diferenciar. Dicha coquetería perseguía una meta diferente: al aplicar a la jerarquía de las hamburgueserías el tono especializado de las guías estilo Gault et Millau, hacían gala de lo que los distinguía de su clientela habitual, de cuyos medios carecían, pero de cuyo hedonismo burgués y embotamiento físico y moral se burlaban.

Con idéntico desdén descartaban los locales de lujo, los lugares puestos de moda durante una temporada por una clase social que no era la suya, las tascas para estudiantes, ya impropias de su edad, y, en fin, las fábricas de comida hechas para proporcionar a los pobres la ilusión de hallarse sentados en un restaurante: Jean-Pierre sabía de buena tinta que, en esos establecimientos, las patas de las sillas estaban ligeramente pulidas para provocar un desequilibrio que, acentuado por la incomodidad, evitaba que los comensales alargaran la sobremesa. Sus gustos se inclinaban por los restaurantes de barrio donde servían comida casera, «cocina familiar», decía Jean-Pierre, enemigo de la *nouvelle cuisine*, de cuyo pretencioso vocabulario y uso del artículo definido, además de su parsimonia, se burlaba. Por el contrario, el serrín, los menús mimeografiados con tinta violeta y con el plato del día añadido a mano le encantaban. Su local favorito de este estilo era una brasería de ambiente confortablemente provinciana, situada justo al lado de casa de Frédérique, en la esquina del bulevar Pasteur y de la calle Falguière. Así, tras tres restaurantes atiborrados de gente, ambos pensaron refugiarse en aquel ambiente

familiar. Sin embargo, cada cual esperaba que fuera el otro quien tomara la iniciativa de sugerir aquella solución, agradable y segura pero rutinaria.

—Si esto sigue así, nos encontraremos en el Pot-au-Feu… —aventuró Jean-Pierre.

Frédérique dudó en reprocharle tal falta de imaginación. También sabía, por experiencia, que cenar cerca de su casa facilitaba el momento, algo embarazoso siempre, de separarse, y lo facilitaba sobre todo para Jean-Pierre. Pero estaba cansada de caminar entre la muchedumbre habitual del Barrio Latino. El olorcillo a bocata caliente que llegaba de un bar por el que pasaron la indujo a decidirse:

—Es precisamente lo que estaba pensando —respondió.

De nuevo se imponía encontrar un taxi libre, y, a poder ser, sin tener que recurrir a una parada, pues Jean-Pierre consideraba que, por una noche, ya habían hecho bastante cola. Pero todos los que circulaban iban ocupados. ¿Por qué no llamar a uno por teléfono?, sugirió malignamente Frédérique. Desde el bar que olía a bocata caliente, por ejemplo, donde el teléfono debía de estar reservado a los clientes y situado junto a los retretes con el único fin de que el usuario echara de menos el olorcillo de la sala.

—Es cuestión de veinte minutos, te lo aseguro —ironizó Frédérique.

De repente, al otro lado del bulevar, divisaron un taxi que circulaba con la luz verde… y que siguió su camino sin reparar en sus gesticulaciones ni en los «¡Taxi, taxi!» que Jean-Pierre repetía obstinadamente, pero sin gritar.

—¡Mierda! —juró Frédérique—. Ese sí que estaba libre.

—Libre, sí —dijo Jean-Pierre, fatalista—. Pero ¿por cuánto tiempo?

En aquel momento, como por milagro, otro taxi frenó justo delante de ellos. Frédérique se acercó.

—¿Saint-Germain, 122? —preguntó el taxista bajando el cristal—. Son ustedes quienes han llamado, ¿no?

—Hace exactamente cuatro minutos, sí —contestó Frédérique sin dar tiempo a que Jean-Pierre protestara. Una vez en el interior, ya no podría hacerlo: el taxista los habría oído. Por otra parte, Jean-Pierre apenas podía contener la risa.

—Ya ves, sin necesidad de pegarse con nadie —dijo él, y con ironía añadió—: La vida no nos trata tan mal.

5

Una vez encargada la comida, Jean-Pierre se quitó las gafas para apretar los tornillos que articulaban las patillas con ayuda de la punta del cuchillo. Había usado lentes de contacto casi durante diez años y, cuando Frédérique, en septiembre, le vio con gafas por primera vez, se contentó con advertir el cambio sin intentar prestarle significado alguno. Pero su estado de ánimo, que, aquella noche, le hacía ver en cada gesto, en cada opinión, en cada modo de ser, una señal de sumisión a las normas y una ligera derrota del libre albedrío, le recordó un artículo de una revista que enumeraba, a modo de inventario conminatorio y en dos columnas, lo que se consideraba *in* o, por el contrario, *out*. La vuelta de las gafas, sobre todo en el caso de los hombres, figuraba en la primera categoría (y la observancia de dichas categorías, subrayaba maliciosamente la articulista, en la segunda).

Jean-Pierre dedicaba a los cambios de moda la atención crítica, intencionadamente divertida, propia de un sociólogo de oficio; se mantenía informado al respecto, se jactaba de no seguirla, o de seguirla de lejos, y la idea de volver a usar gafas debió de ocurrírsele espontáneamente. Sin embargo, no podía ignorar que semejante idea también se le había ocurrido espontáneamente, y al mismo tiempo que a él, a un gran número de miopes de su edad y de su clase social que, tras haberse declarado satisfechos durante mucho tiempo con el uso de las lentillas, de repente poseían excelentes razones para ir al óptico a encargar gafas generalmente parecidas, de concha fina y tonos claros, como las del tipo de la cola, en la entrada del cine; como las que, ya arregladas, Jean-Pierre acababa de volver a colocar encima de su nariz.

—¿Ya no usas lentillas?

—Verás… —explicó Jean-Pierre—, perdí una, en Île-auxMoines, en verano. Mientras esperaba que me hicieran otra, recurrí a las gafas viejas y descubrí que, al fin y al cabo, su uso resultaba más cómodo que todo el follón que hay que montar, mañana y noche, para desinfectar esos trocitos de plástico que se pierden con tanta facilidad.

—Sin embargo, desde el día en que descubriste las lentillas, decías

que por nada del mundo volverías a ponerte gafas…

—¿Yo decía eso? Bien, uno cambia.

—Tú no has cambiado. Lo que ha cambiado es la moda.

—También me he dado cuenta —dijo Jean-Pierre, sonriendo—. La gente vuelve a usar gafas. Pensándolo bien, resulta irritante: uno cree hacer lo que quiere y siempre está siguiendo la corriente.

Frédérique, por su parte, se sintió presa de la irritación al oír que Jean-Pierre reconocía abiertamente el hecho del que pretendía acusarle.

—De todos modos —prosiguió Jean-Pierre—, me temo que este problema no se reduzca solo a un asunto de gafas o de lentillas. Recuerda que vestíamos pantalones de pata de elefante cuando todo el mundo los llevaba y, aunque hoy me cueste admitirlo, seguro que se nos antojaba algo muy elegante. Por supuesto, uno siempre puede pretender intelectualmente que la ropa que ahora llevamos dentro de diez años nos parecerá grotesca; pero eso no sirve de nada. Es como los monjes trapenses o los cartujos, no sé, que se pasan el día repitiendo «Morir habemos»: que yo sepa, no por eso ha conseguido la inmortalidad ninguno de ellos. Por más que te repitas, cubriéndote la cabeza de cenizas, que la pata de elefante, o los pantalones estrechos, o las rayas cebra, negras sobre fondo blanco o blancas sobre fondo negro, como quieras, no representan tu verdadero gusto ni la expresión de tu yo profundo, sino un gusto que te ha sido impuesto por vete a saber quién, las revistas de moda, o lo que se lleve, o el eterno retorno, no te servirán para descubrir cuál es tu verdadero gusto, porque, querida, careces de gusto verdadero, como yo, como todo el mundo, o, si lo prefieres, porque nuestros auténticos gustos, que son infinitamente personales, originales, paradójicos, y no bromeo, se basan, a pesar de todo, en el auténtico gusto común, gusto del que, en mi opinión, es inútil intentar huir desempolvando pantalones de pata de elefante. Quizá resulte irritante, quizá sea determinismo de baja estofa, pero, ¿qué quieres?, así es.

Frédérique acogió ese despliegue de inspiración profesoral con una impaciencia insoportable. Al expresar un malestar banal, no esperaba una respuesta a lo que no era una pregunta, sino más bien que Jean-Pierre, en lugar de empeñarse en demostrar la banalidad de ese malestar, confesara que lo compartía. Nada tenía que oponer a unos argumentos que, con frecuencia, se había repetido a sí misma y que seguramente hubiera desarrollado de haberlo requerido la ocasión. Pero tales argumentos eran tan obvios que resultaban idiotas. Por supuesto, no se trataba de pretender sustraerse a la moda, cuya dulce dictadura nunca le había pesado. Había sido tonta atacándole por ahí, como si esos asuntos de gafas o de pantalones tuvieran alguna relación con el vago pero apremiante deseo, siempre frustrado, de ser uno

mismo, es decir, una persona a la que los distintivos sociológicos —a los que Jean-Pierre parecía gustar de dar siempre la última palabra, ya fuera por mezquina inclinación o por cuestiones profesionales— no consiguen delimitar totalmente. Pensó en la posibilidad de actuar con malicia, decirle que no deseaba hablar de pantalones de pata de elefante sino, por ejemplo, y era un ejemplo entre mil, de su antiguo deseo de escribir una novela, de ser y de sentirse otra cosa, aunque solo fuera un oscuro novelista, y no un oscuro investigador al que pagaba el Centro Nacional de Investigación Científica para estudiar los ruegos de publicación y las cuartas páginas de cubierta en la edición francesa a partir de la guerra. No fue un sentimiento de benevolencia lo que la contuvo, sino la certeza de lo que provocarían sus palabras, sobre todo las previsibles indirectas respecto al complemento espiritual que sus arrebatos de bovarismo exigían. Al finalizar la perorata de él, Frédérique se contentó con encogerse de hombros y sonreír maquinalmente cuando Jean-Pierre, al atacar su plato de caracoles, imitó la astuta satisfacción propia del palurdo que calcula la relación existente entre lo que le sirven y el dinero que ha pagado por ello, declarando, con palabras cuya tosca sonoridad y carácter bonachón y a la vez avaricioso le llenaban de alegría, que al menos allí las raciones eran abundantes. Tras soltar tal obviedad, simuló, sin demasiado éxito, comer zafiamente con intención de divertir a Frédérique, cuyo mal humor le desconcertaba. Intentaba averiguar qué error había cometido, qué metedura de pata debía reprocharse. ¿Acaso, al burlarse del conformismo de su reconversión al uso de las gafas, Frédérique había esperado que se defendiera, que se dejara avasallar poco a poco, en lugar de deponer las armas y de reivindicar su lúcida sumisión a las normas dictadas por la moda?

Vaciló en citar el *Discurso de la servidumbre voluntaria* para intentar arreglar la situación, a sabiendas de que su pedantería tanto podía irritar a Frédérique como inspirarle ese tipo de burlas afectuosas de las que resulta agradable ser víctima porque le hacen a uno sentirse reconocido y apreciado por sus defectos, y, en el momento en que se formulaba tales pensamientos, se le ocurrió que su error quizá residiera precisamente ahí, en su complacencia en provocar tales burlas, en estar siempre intentando centrar en él la atención, en considerarse a sí mismo el tema de conversación más sugestivo. Apreciaba mucho su propia honradez, su buena fe, y reconocía con toda honradez, con toda su buena fe, que hablaba demasiado de sí mismo, que solo se interesaba por sí mismo, que solo demostraba su sentido del humor cuando se refería a sí mismo. Semejante acto de contrición se repetía con frecuencia, pero, por lo general, siempre demasiado tarde: cada vez que se separaba de Frédérique se reprochaba no haber valorado apenas su presencia, no haberla

invitado a hablar. Pero aquella noche aún estaba a tiempo de hacerlo.

Desgraciadamente, le costaba tratar las ocupaciones de Frédérique con el ánimo y la palabra vivaz, con el don de análisis, con las brillantes e insólitas asociaciones que ponía al servicio de las suyas sin ningún esfuerzo. Además, él tenía una gran cantidad de proyectos, de cosas que contar, de motivos para la exaltación, mientras que Frédérique, era una pena pero así era, llevaba un tipo de existencia algo estancada, una vida limitada, de modo que, una vez agotado el tema de la educación de Quentin, resultaba difícil demostrar curiosidad respecto a las alegrías o preocupaciones que pudiera tener, pues ella misma consideraba inoportuna dicha curiosidad al adivinarla fingida.

Sin embargo, decidió esforzarse. Pero, para iniciar una conversación cuya protagonista debía ser Frédérique, no encontró nada mejor que un lamentable: «Por cierto, ¿algo nuevo en tu vida?», deplorable cable al que, tras unos desapacibles instantes de vacilación, se aferró ella de mala gana.

—¿Nuevo? —repitió Frédérique, y luego volvió a callar y a servirse más vino.

—Sí, nuevo o viejo, o ni nuevo ni viejo. En fin, pregunto por lo que haces —insistió—. Nunca me hablas de tus cosas.

—¿Tanto te interesa?

—¡Claro que me interesa! No pretendo ejercer el derecho a controlar tu vida, esto no es un interrogatorio, pero sí tengo derecho a interesarme. Eres tan reservada… —suspiró, satisfecho por este último hallazgo con el que, rodeando de misterio lo que solo era rutina, le parecía revalorizar a Frédérique. Por lo general, ella fomentaba esa impresión, prefiriendo hacer creer que llevaba una vida agitada, hecha de salidas prolongadas hasta las tantas, de numerosas invitaciones, de demasiadas invitaciones para poder corresponder a todas, de relaciones sobre las que mantenía una púdica reserva. Sin embargo, aquella noche se irritó al ver a Jean-Pierre entrar, de forma muy consciente, sospechaba, en un juego que conocía a la perfección y que aprovecharía para procurarse cierta tranquilidad, ya que le libraba de toda preocupación respecto a ella. La desigualdad que adivinaba oculta detrás de la conversación, animada por lo general, propia de las parejas separadas cuyos miembros llevan, cada cual por su lado, una vida plenamente satisfactoria, fuente de confidencias o de tapujos según el humor del momento, la exasperó a tal extremo que se sometió a la humillación de sentir lástima por provocar en Jean-Pierre la pesadumbre de sentirse culpable.

—¿De verdad deseas conocer mis secretos? Pues bien, puedo enseñarte el horario del instituto; mi tarjeta de autobús; si luego subes a casa te enseñaré un montón de ejercicios por corregir, el programa

de la tele, los papeles de la seguridad social… También puedo enseñarte mi agenda: pasado mañana, en principio, almuerzo con Corinne; será el gran acontecimiento de la semana. Por la noche, después de la clase de latín con los de primero de bachillerato, tengo que asistir a una reunión de padres de alumnos, quizá tome una copa con el jefe de estudios, para quien me pondré una falda despampanante, pues me conviene cuidar de mi apariencia para que él cuide de mis horarios. Después, regresaré a casa para dar de comer a Quentin; será demasiado tarde para hacer la compra, pero, con un poco de suerte, en el frigorífico quedarán algunos filetes de bacalao congelados. Antes de dormir, tras esa jornada maravillosamente enriquecedora, me alegraré pensando que ya se acercan las vacaciones de Todos los Santos. Por cierto, me gustaría saber si, por fin, las pasarás en casa de mi hermana —concluyó ella.

—Sí, creía que ya te lo había dicho —aventuró Jean-Pierre, dichoso de poder agarrarse a algo sólido en medio de la confusión en la que lo había sumido la invectiva de Frédérique.

Se produjo un largo silencio. La comida, que acababan de servirles, se estaba enfriando. Por fin, para evitar cualquier tipo de conmiseración que avivara la agresividad de Frédérique, Jean-Pierre consideró diplomático bromear:

—La neura de la docencia.

—Eso será —admitió Frédérique, cansada y ya avergonzada por su estallido.

—De todos modos, deberías realizar otra actividad —se arriesgó a decir Jean-Pierre—. Hacer algo que te distrajera del instituto…

—¿Inscribirme en una coral?

—No, hablo en serio. Volver a la tesis con ganas, por ejemplo. Quizá enfocándola directamente como libro, dejando de lado el formulismo universitario… Si te organizaras, tendrías tiempo.

Lo dijo sabiendo que tenía muy pocas probabilidades de reavivar una llama cuyo sustento, en la época en que vivían juntos, solo servía ya para halagar a Frédérique ante los colegas que iban a cenar a casa: ella daba clases de enseñanza media, sí, pero era una situación provisional; pronto disfrutaría de los prestigios de la universidad, de los seminarios, de los coloquios, gracias a su tesis, resultado de los trabajos iniciados en la Universidad de Vincennes… La pereza, la fuerza de la rutina y, sobre todo, el constante «para qué» acabaron con aquella ambición. ¿Ganar un poco más de dinero, tener algunas horas menos de clase y un estatus social un poco más brillante? Frédérique consideraba que para semejante viaje no se necesitaba tantas alforjas; aspiraba a más, a mucho, sin saber exactamente a qué, y prefería fantasear, a merced de mudables representaciones, antes que verse decepcionada por lo que se hallaba a su alcance. Ante Jean-Pierre y

algunas otras personas, seguía cultivando una ficción que no engañaba a nadie y que se reducía a algunos puntos suspensivos, a intercambios de frases como:

—Por cierto, ¿cómo va tu trabajo?, ¿avanza?

—Sí, despacio, pero avanza… —Avanzaba siempre despacio, cuando no impedía ningún contratiempo que siguiera avanzando, pero ya volvería a reemprenderlo.

Descontenta por haber confiado la irrelevante vulgaridad de su vida a la embarazosa solicitud de Jean-Pierre, reprochándosela como si él fuera el responsable, le dio la razón para abreviar la situación: tenía que trabajar más, organizarse mejor. Luego, dado que no quería tomar postre y que Jean-Pierre nunca lo hacía, propuso salir del restaurante. Pero, con el pretexto de que le apetecía un poco de queso, Jean-Pierre pidió media botella más de vino, que bebieron sin placer, ella fumando entre sorbo y sorbo y él intentando llenar los silencios con anécdotas de los amigos comunes que les quedaban o de su trabajo, del que por delicadeza destacaba los aspectos más fastidiosos.

Como de costumbre, ambos temían el momento de separarse. Ya no vivían juntos, pero no habían renunciado a lo que, una vez superada la tormenta de la ruptura, creían haber convertido en una satisfactoria y duradera amistad amorosa. Así, Jean-Pierre solía pasar la noche en casa de Frédérique. Teóricamente, la decisión se tomaba de mutuo acuerdo, o era consecuencia de un impulso común, al término de una buena cena, de una conversación distendida que a veces despertaba entre ambos la suficiente intimidad como para que el trayecto hasta la cama se cumpliera con naturalidad, y también lo demás. Sin embargo, tal espontaneidad, que hubieran deseado convertir en norma, no podía producirse siempre que se veían, como por encargo. A menudo, el deseo vacilaba: uno no estaba muy seguro de lo que deseaba ni, sobre todo, de lo que deseaba el otro. Pero se había establecido una costumbre, se había instaurado un reparto de papeles: en el momento de separarse, Jean-Pierre sentía un impulso de ternura, preguntaba si podía quedarse, y Frédérique decidía según el humor, según el deseo, más o menos intenso, de afirmar la caprichosa soberanía de su elección y, también, según la sinceridad que adivinaba en él. Pues sabía muy bien qué implicaba ese rígido protocolo, oculto bajo la apariencia de galantería: si Jean-Pierre se arriesgaba era debido a que le costaba menos que a ella rebajarse. A Frédérique le dolía, pero era demasiado tarde para invertir los papeles: si ella le pidiera que se quedara, Jean-Pierre no podría negarse; cualquier tipo de duda, cualquier tipo de presunción de obligatoriedad pesarían sobre su acuerdo como, por otra parte, pesaban sobre sus invariables avances. Frédérique los veía llegar sin placer, pero le hubiera sentado mal que no se produjeran. Los rechazaba cada vez con más frecuencia,

pretextando cansancio o alguna preocupación. Cortésmente, Jean-Pierre exageraba su decepción.

Aquella noche se sentía cansada de verdad, deseaba estar sola.

—¿Qué te parece si subo solo un momento para dar un beso a Quentin? —dijo Jean-Pierre, sin apenas insistir, para demostrar que había entendido perfectamente y, a la vez, para dejar entreabierta una puerta, una posibilidad, cuyo control Frédérique deseaba ejercer.

—Solo un momento, de acuerdo, y sin despertarle. Después, tendrás la oportunidad de acompañar a Clémentine.

—¡Caramba! —silbó Jean-Pierre adoptando un gesto pícaro, a sabiendas de que cualquier alusión a un desenfreno ficticio resultaba inofensiva e incluso bien recibida, dado lo poco agraciada que era la pareja, es decir, la canguro, cuyo bonito rostro, aún infantil, contrastaba curiosamente con la robustez de un cuerpo cubierto, tanto en verano como en invierno, por varias capas de chándales informes y nunca limpios.

Regresaron a casa.

6

Lo que más le gustaba era dormir. O, mejor dicho, dormitar: hundirse lentamente en el sueño por la noche, y prolongarlo por la mañana, cuando podía hacerlo. Los días laborables, un primer despertador sonaba a las siete; luego, otro al cabo de un cuarto de hora y durante ese intervalo de descanso se entregaba a sus ensoñaciones, se contaba historias, siguiendo la progresión de las manecillas en la esfera del reloj. Bien embozada en el edredón, con la cabeza hundida en la almohada, se sentía protegida: nada importaba.

Al sonar el segundo despertador se levantaba de un salto y zarandeaba a Quentin, quien también exigía unos minutos de prórroga antes del desayuno que Frédérique iba preparando entre bostezo y bostezo. El niño comía sus rebanadas de pan con mantequilla en la mesa de la cocina. La madre, en bata, encendía un primer cigarrillo que, tras un par de caladas, aplastaba en la taza que Quentin acababa de vaciar. Después, él iba a ducharse mientras Frédérique ordenaba la cocina y, a través de la puerta del baño, le formulaba preguntas destinadas, sobre todo, a convencerse a sí misma de su celo: si havía olvidado lavarse los dientes o las orejas, si estaba seguro de haber preparado la cartera, si recordaba tal lección que ella le había explicado el día antes…

Había una vecina que llevaba a su hija al colegio todos los días camino de la oficina y, de paso, recogía a otros niños. Esperaban el toque del claxon y a veces la veían llegar desde el balcón. Frédérique abrochaba el abrigo a Quentin, le arreglaba la capucha; luego, desde la puerta, le veía bajar la escalera. No tenía permiso para coger el ascensor, aunque estaba ya en edad de manipular los botones; además de estar prohibido para los niños no acompañados de adultos, no podía evitar recordar horribles historias de accidentes, de decapitaciones, cuya autenticidad consideraba dudosa y las posibilidades de que se repitieran infinitamente inferiores, de todos modos, a las de ser atropellado por un coche en la calle; sin embargo, el día que Quentin cogió solo el ascensor recibió el primer par de bofetadas de su vida y Frédérique, luego, pasó varias horas dividida entre el absurdo terror retrospectivo y la satisfacción de haberse

atrevido a levantar la mano a su hijo, lo cual significaba romper con los principios de una educación permisiva que atinaba a rechazar por el mero hecho de que, desde hacía algún tiempo, su medio social los ponía en tela de juicio.

Se asomaba a la ventana para dirigirle un gesto de despedida al que el niño respondía siempre. Luego, tanto si tenía clases por la mañana y se quedaba levantada, como si no las tenía y volvía a acostarse, holgazaneaba hasta las diez o las once.

Su horario favorecía esas perezas matinales: quince horas a la semana repartidas apretadamente, sin ningún tiempo muerto, en tres tardes y una sola mañana. Por supuesto, al empezar le parecía muy pesado, pero estaba contenta con el arreglo. Sabía que se lo debía a la simpatía del señor Laguerrière, el jefe de estudios del instituto, un hombre obeso y tímido que la consideraba una especie de aficionada, extraviada en ese mundo de la enseñanza por un capricho susceptible de extinguirse si él le ponía pegas. Así, pues, todos los desvelos del señor Laguerrière, considerado intratable por el resto de los profesores, encerraban el propósito de ahorrarle cualquier tipo de problemas a costa de un favoritismo evidente. En contra de las normas y de lo justo, y aunque ella se enorgullecía de no estar ni siquiera sindicada, el jefe de estudios le asignaba las mejores clases —las de los alumnos que estudiaban alemán como primera lengua, que los demás profesores se disputaban con ahínco en todas las asignaturas—, los horarios más cómodos y notas que habrían superado el diez sobre diez, en caso de estar permitido, en el informe anual destinado a ratificar sus méritos en «puntualidad y asistencia» —cuando lo cierto es que faltaba con frecuencia—, «actividad y eficacia» —sus clases funcionaban por sí solas— y, en fin, «autoridad y comunicación», dotes por las que, cuando se encontraban, la felicitaba personalmente asegurándole que era la alegría de la institución.

Aceptaba tales privilegios con naturalidad, y solo a veces se preguntaba cómo el señor Laguerrière y, por lo tanto, todo el personal del instituto, se habían forjado una imagen tan halagüeña de ella. Indudablemente, era más guapa que la mayor parte del profesorado femenino. Pero iba en metro, como todo el mundo, no exhibía un bronceado excesivo al regreso de las vacaciones de invierno, no lucía, como la señora Fourques, pañuelos de Hermès ni bolsos de cocodrilo, sino más bien baratijas compradas en los mercadillos de segunda mano y relojes de plástico que reproducían las imágenes de los bichitos de los dibujos animados. Se trataba de otra cosa, de un asunto relacionado con su actitud seguramente: sonreía mucho, parecía no tomarse nada en serio; de la misma manera que no envidiaba al catedrático, no menospreciaba al simple maestro ni a los ayudantes; no se sumaba al coro de recriminaciones, tan frecuentes en la sala de

profesores, contra los horarios, las huelgas de otros funcionarios de distinta categoría, los alumnos indisciplinados o analfabetos, el nivel, que descendía cada año, los intolerables ucases contenidos en la última circular ministerial… Frédérique se reía de todo eso o, más exactamente, dado que de todos modos consideraba ligeramente humillante el hecho de ser profe, había optado por tomarlo con burla, por desinvestirse, como decía Jean-Pierre. Y Frédérique se permitía el lujo de hacerlo sin tener las espaldas tan cubiertas como suponían, con ternura el señor Laguerrière, que la creía algo así como una rica heredera, y con inquina la señora Fourques y los demás. La situación la hacía sonreír; diríase que estaba de paso. Su actitud distante, divertida, había sustituido a la fantasía de que no sería profesora durante mucho tiempo. Lo era, sí, y probablemente lo seguiría siendo, pero de lejos, sin dejarse definir por esta condición, sin relacionarse con sus colegas ni parecerse a ellos. Y, ya que no podía perjudicarla, la difusa hostilidad de sus compañeros la halagaba más que la simpatía de sus alumnos y la admiración, indispensable para su bienestar, de un alma cándida como el señor Laguerrière.

Al fin y al cabo, se las arreglaba bastante bien. No tenía de qué quejarse. Administraba ese inevitable aburrimiento lo mejor que podía (aquel año, el verbo *administrar* se llevaba mucho: un político, que ya había llamado la atención de Jean-Pierre al deplorar el alcohol al volante, porque «generaba muertos», se había definido recientemente como un «administrador de lo inadministrable»).

Así, sin presumir y tampoco sin quejarse, administraba su vida privada desde que Jean-Pierre se había marchado de casa. Tenía sus distracciones, su hijo, algunos amigos. Se habían sucedido algunos amantes que solo le habían inspirado una ternura algo blanda. Dicho asunto planteaba más problemas de organización que sentimentales, aunque, en realidad, eran fáciles de resolver: cuando alguien pasaba la noche en su casa, o ella la pasaba en casa de alguien, para evitar a Quentin cualquier tipo de perturbación, lo mandaba a dormir a casa de los padres de Jean-Pierre, siempre contentos de que les confiaran a su único nieto, o a casa de su amiga Corinne, divorciada, con una hija de la misma edad que el niño, y con quien Frédérique había establecido una política de intercambios regulares. Una vez, pidió a Jean-Pierre que durmiera en el piso de la calle Falguière, en su ausencia, para hacer compañía a Quentin. No le dio explicaciones, lo cual fue el modo más sencillo de darlas. Jean-Pierre aceptó de buen grado y, al reconocer tácitamente que tenía derecho a disponer de sus noches como ella deseaba, con su bendición y con su ayuda en caso de que fuera necesaria, también le dio a entender que aquella situación no le molestaba en absoluto. Era lo más normal del mundo, sin embargo, a Frédérique le dolió y en lo sucesivo evitó recurrir a él.

Ninguna de sus aventuras, esporádicas y poco numerosas, turbó seriamente aquel *modus vivendi*: cada cual vivía por su lado, pero no se habían divorciado, se veían con mucha frecuencia e incluso a veces pasaban juntos las vacaciones. Podían telefonearse a cualquier hora. Sin embargo, para Frédérique contaba menos el placer que le procuraban sus propios ligues que la amargura que le producía pensar en los de Jean-Pierre: en su ignorancia, los imaginaba más gloriosos que los suyos y, sobre todo, menos dictados por el mezquino deseo de hacer lo mismo que el otro.

Sus amigos, seducidos al principio por la perspectiva de una confrontación abierta que hubiera dado lugar a un circuito completo de confidencias electivas, traicionadas, repetidas, y a largas sesiones de comentarios telefónicos, se habían resignado a verlos como una pareja que, al fin y al cabo, se llevaba bastante bien y que había sabido superar con tino una crisis de la que muchas otras de su alrededor no se recuperaban. Cierto que apenas tenían ya amigos comunes. Una vez casados, los amigos se fueron reduciendo poco a poco a los de Jean-Pierre y, después de la separación, poco a poco también, fueron dejando de invitarlos juntos, o, más exactamente, fueron dejando de esperar que llegaran juntos. Era a Jean-Pierre a quien invitaban, y a él le correspondía, pues, decidir si iría solo o acompañado, y de quién. Con frecuencia, y sin duda por temor a que se sintiera rechazada, le proponía que se le sumara, pero ya no era lo mismo: sospechaba que sus anfitriones le veían otras veces en compañía de otras mujeres, y se veía a sí misma como un pegote.

Si invitaba a alguien por su cuenta, ella ya no organizaba cenas en el piso de la calle Falguière, y echaba de menos la animación de las sobremesas; las botellas suplementarias que Jean-Pierre, algo ebrio, bajaba a buscar a la bodega antes de aburrir a sus invitados con los discos de jazz; aquel calorcillo apacible que facilita la vida social; las risas, y las discusiones voluntariamente prolongadas. Cuando cenaba con alguien, con alguno de sus amantes, con Corinne o con Jean-Pierre, lo hacía sin más compañía. No le gustaba reconocer que, al menos en lo referente a la vida social, añoraba la condición de esposa ni que compartía las reiterativas quejas de Corinne en contra de los hombres que se hallaban a su alcance: casados, simples ligones o muy poco brillantes para satisfacer su amor propio, de modo que solo les quedaba la compensación de burlarse de ellos entre amigas. Sin embargo, no podía impedir aparecer, ante sí misma y se temía que ante los demás, encarnando la agobiante imagen de una mujer sola, ya no muy joven, bonita sin más, con un niño a su cargo, dedicada a un trabajo al que se refería en tono burlón —no decía «profe», sino «docente», para que resultara aún más ridículo a la vez que hacía pensar en el «teniente» utilizado para salvar la susceptibilidad del

sordo como una tapia—. Sin proyectos, sin esperanzas, sin más perspectivas que una rutina soportable, hecha de fastidiosas tareas y de pequeños placeres: el *Libé* por la mañana, cine algunas noches, charlas por teléfono, esquí en febrero, en un reducido apartamento que compartía con Corinne, y discretos excesos gastronómicos prolongados por unas copas de más para retrasar el momento del regreso a casa.

Entonces, con Quentin dormido y Jean-Pierre, como aquella noche, de vuelta en su pisito de soltero y en su vida presuntamente más llena, de la que ella se hallaba excluida —¿de qué hubiera servido, pues, que se quedara?—, era inevitable pasar por unos momentos de desaliento y de íntima desazón, momentos ya experimentados con anterioridad, penosos, pero a los que, al igual que al cansancio dulzón, apenas fatigoso del instituto, ya estaba habituada.

Vaciaba los ceniceros. Llevaba los vasos a la cocina, sin limpiar el cerco que dejaban en la superficie de la mesita de la sala, tarea que postergaba para la mañana siguiente. Llenaba una botella, que había sido de agua mineral, directamente del grifo y la llevaba al dormitorio, para la noche, con un cenicero sin limpiar pero que, al menos, ya no apestaba a colilla. Se quitaba los zapatos, se ponía la bata, tras desnudarse, y, después de echar una ojeada a la habitación de Quentin, se dirigía al baño, donde se desmaquillaba, se cepillaba los dientes, tomaba la píldora con medio comprimido de somnífero y se contemplaba en el espejo rodeado de bombillas, una de las cuales estaba fundida, entonces pensaba que habría que cambiarla y que, por supuesto, el alcohol y el tabaco no resultaban convenientes para la piel. Sentada en la taza del váter, también pensaba que algún día habría que quitar el póster que tenía pegado detrás de la puerta, frente a ella.

Representaba a Ronald Reagan, entonces actor de series B, estampando su dedicatoria en cartones de cigarrillos Chesterfield destinados a regalo de Navidad para sus muchos amigos. Antes, Jean-Pierre fumaba Chesterfield sin filtro, como Reagan, y de ahí que le hubiera regalado el póster. Al irse, lo dejó en la casa, aunque Frédérique había insistido en que se llevara todos los muebles, los libros y los cachivaches que quisiera a la calle de Plaisance. Le pertenecían en su mayor parte, pero no se llevó casi nada, por un problema de delicadeza, para no materializar su ausencia de forma demasiado cruda y, a la vez, porque consideraba que un cierto propósito de sobriedad casaba muy bien con el inicio de una nueva vida, libre de esa rutina dominada por el placer de la posesión. Así, pues, redujo sus bienes al contenido de dos baúles metálicos y luego se matriculó en un gimnasio, para hacer musculatura y aikido. Como resultado de tal ascetismo, cada vez que necesitaba un libro, iba a

buscarlo al piso de la calle de Falguière, donde nadie que los visitara hubiera creído que ya no vivía. Ese modo de trasladarse de domicilio, conservando un pie en el antiguo, e incluso las llaves, había irritado a Frédérique y, a la vez, la había tranquilizado. Por otra parte, no era realmente su casa: el piso pertenecía a los padres de Jean-Pierre, quienes, de acuerdo con su hijo, habían insistido para que Frédérique permaneciera en la casa, ya que tenía la custodia de Quentin y él se había acomodado perfectamente en una vivienda más pequeña.

De ahí que, aun en caso de que Frédérique quisiese hacerlo, resultara difícil exigirle que se marchara de verdad, y no cabía pensar en la posibilidad de que fuese ella quien lo hiciera: sus medios apenas le permitirían pagar un alquiler, y, sobre todo, carecía del valor necesario para hacerlo.

7

—Por cierto —dijo de pronto Jean-Pierre, que no había pronunciado palabra durante toda la comida—, ¿queréis que os cuente un chiste? Es la historia del arquitecto posmoderno y la agregada de prensa que, un buen día, tienen mellizos. Y, en el momento de elegir nombres, deciden rendir homenaje a quienes tienen por los más grandes genios del siglo, salvando las distancias: Walt Disney y Mao Tse-tung, que pronuncian Mao Sé Tú, como recuerdo de su pasado militante. Frédérique, que es una antigua revolucionaria, os contaría todo esto mucho mejor que yo. Sea como fuere, los chavales crecen y, como suele suceder a los gemelos, no tardan en tener problemas de identidad. Sobre todo Disney, pues es preciso señalar que los padres visten a ambos niños con trajes de cuello Mao, que empiezan a estar otra vez de moda en el medio social en el que viven. Entonces —escuchad atentamente, el final ya se acerca—, el padre se inclina hacia el hijo problemático y le dice señalándole primero a él y luego a su hermano: «Mira, es muy fácil: ¡Tú, Disney! ¡Sé Tú, tu hermano!» Ingenioso, ¿verdad? —concluyó para incitar a la risa a Claude y a Marie-Christine, algo desconcertados, y darles así la oportunidad de demostrar que habían entendido el chiste.

La conversación, al abandonar la mesa, giraba en torno a los nombres de pila, pues Marie-Christine esperaba un segundo hijo. Como hacía con frecuencia, metió la pata y dijo que no quería que Aude fuera hija única: era malsano y desestabilizador.

—Ten en cuenta que eso depende de las circunstancias… —corrigió Claude con más buena intención que tacto.

—¿Qué entiendes por circunstancias?, ¿una familia unida? —insistió Frédérique para azorar a su cuñado, que ya se batía en retirada.

—Ya sabes, hoy en día… —dijo en tono conciliador. Luego, eligió un puro, ofreció otro a Jean-Pierre, que lo rechazó, y sin pensárselo dos veces les colocó el chiste.

Frédérique no pudo contener la risa; pero se preguntaba por qué, al igual que sus anteriores visitas familiares, Jean-Pierre se había empeñado en acompañarlos a Quentin y a ella. Si se trataba de

demostrar a la familia que la separación no les impedía llevarse divinamente, no valía la pena. Y si lo hacía para burlarse…

—¡En absoluto! —protestaba invariablemente Jean-Pierre—. Era una buena oportunidad de pasar unos días tranquilos contigo y con Quentin. Además, les tengo mucho afecto.

—No hables por hablar. No paras de reírte de ellos, en sus propias narices.

Consciente de cuán ridículos resultaban su hermana y su cuñado, Frédérique vacilaba entre el deseo de defenderlos de las mofas de Jean-Pierre y el de sumársele, de hacer hincapié en los rasgos de mal gusto que deslucían el lujo de la villa normanda, la ingenuidad con que Claude alardeaba de una fortuna recién adquirida: se trataba de *mi* billar, *mi* cava para puros, *mi* piscina, *mi* Boudin, pues había empezado a adquirir telas de grandes maestros de la pintura, y al propio Jean-Pierre le encantaba reconocerlo, en primer lugar porque no las elegía mal, en caso de que fuera él quien las eligiera y no encargara a algún experto la tarea de contrarrestar su inclinación natural por Buffet o Trémois, y además porque se había reído de buena gana, más sinceramente que con «Sé Tú tu hermano», cuando Quentin, ante la insistencia en que admirara la minúscula y brumosa marina que, al parecer, representaba la playa en la parte inferior, soltó el comentario solapadamente apuntado por su padre: «¡Caca-budin, Boudin-caca!», y lo repitió rítmicamente, una y otra vez, hasta que Frédérique amenazó con enfadarse en serio.

Los argumentos de la defensa consistían en decir que Claude poseía buen corazón, observación que Jean-Pierre admitía de buen grado («No me gusta criticar a la gente, pero es verdad que es bueno…»); que al fin y al cabo se había hecho a sí mismo, y que, siendo condescendientes, no se le podía reprochar no ser un niño bien («¡Ya está!», se lamentaba cómicamente Jean-Pierre, «¡ya empezamos con los golpes bajos!»); en fin, Marie-Christine era la hermana de Frédérique y nadie obligaba a Jean-Pierre a aceptar sus invitaciones.

A Frédérique, en el fondo, le incomodaba que la rama más encopetada, al menos la más acomodada, de su familia fuera objeto de burlas. Sin embargo, la actitud cariñosamente sarcástica de Jean-Pierre tenía la virtud de no ofender a nadie, pues Claude y Marie-Christine no se enteraban de nada, y de no estar contaminada por los sentimientos de envidia que la riqueza y la armonía conyugal podían suscitar en alguien que vivía medio separado, trabajosamente, con ayuda de los padres y algo por encima de sus posibilidades económicas; que se ponía nervioso al oír a Quentin hablar de los magníficos regalos de Navidad que recibían sus compañeros o su prima Aude; que al término de una cena celebrada en un restaurante, con amigos de la misma posición social, se sentía asaltado por el

temor de que alguien tuviera el mal gusto de mostrarse quisquilloso en el momento de dividir la cuenta, centrando así la atención en una operación que se intentaba despachar lo más rápida y discretamente posible, en lugar de pagar la cuenta de todos los comensales, que es lo que hacía Claude al volver del lavabo, donde se dirigía hacia el final de la comida, de modo que cuando uno de los comensales, que se había dado perfecta cuenta de la maniobra, empezaba a hablar de pedir la nota, él podía decir, sonriendo: «Dejadlo, ya está arreglado», añadir que el dueño del restaurante era un viejo amigo y cortar, así, los incómodos agradecimientos de las gentes a quienes convidaba por enésima vez sabiendo que no le devolverían la invitación.

De ahí que Frédérique no se sintiera descontenta por el hecho de restablecer en su fuero interno un simulacro de equilibrio diciéndose que Jean-Pierre y ella eran intelectuales, personas ligadas a la cultura y a los asuntos del espíritu y, al mismo tiempo y en cierto modo, simpáticos holgazanes. Pues el hedonismo de Claude era un hedonismo de obrero, ganado con su trabajo y reservado a un reducido ámbito de ocio, del que creía aprovecharse con voracidad; en cambio, el suyo hacía que la vida pareciera una sucesión de distracciones, solo interrumpida por la obligación material de tareas que llevaban a cabo con irónico y rápido distanciamiento, como quien escurre el bulto. En resumen, Claude prestaba dedicación exclusiva a la acción, de ahí su ritmo de vida de poca monta, lo cual siempre era mejor, consideraban ellos, que perder la vida ganándosela, aunque Frédérique no estaba muy segura de seguir enarbolando ese eslogan ya anticuado y prefería no pensar en esa cuestión, burlarse por costumbre del ridículo activismo de empresario del que su cuñado ofrecía una imagen bonachona y a la vez caricaturesca. Del mismo modo, le encantaba oponer a esa comodidad burguesa la leve transgresión de una situación conyugal merced a la que procuraba obtener un diploma de emancipación antes que reconocer que, principalmente, comportaba servidumbres y que beneficiaba a Jean-Pierre.

Por otra parte, una delicadeza sin duda inconsciente empujaba a Claude y a Marie-Christine a apoyar esas frágiles convicciones, admitiendo la evidencia de que Frédérique y Jean-Pierre llevaban una vida bohemia, no forzosamente envidiable desde su punto de vista, pero escogida libremente, subyugante a su modo, y que gozaba del prestigio de lo universitario ante Claude, quien se jactaba de no haber pasado de la reválida de bachillerato pero respetaba los diplomas y el saber que estos ratificaban. Esa tolerancia, que solo sus opiniones políticas abiertamente conservadoras impedían acreditar sin reservas, era unilateral: el hombre de negocios y su esposa consideraban al modesto sociólogo y a su mujer como animales un poco raros,

anticonformistas a los que no despreciaban ni envidiaban; y estos últimos tenían que recurrir, para ahogar la envidia, a valores de superioridad antaño incuestionables pero solapadamente erosionados por la acción del paso de los años.

Iban de parisinos por la vida, estaban al loro, de ahí que sonrieran con benevolencia cuando Claude utilizaba esa palabra u otras del mismo tipo, que hacía ya algún tiempo que habían eliminado de su vocabulario. Los chistes de Jean-Pierre, sus anécdotas, cuya gracia consistía en dejar a la gente cortada, y sus anglicismos paródicos poseían una virtud: solo se comprendían a medias. Frédérique adoptaba posturas osadas con indiferencia, proclamaba gustos provocativos en aquel marco pero que resultaban normales en su medio habitual, como preferir los cómics de Placid y Muzo a la colección de clásicos encuadernados de Jean de Bonnot. Tales afirmaciones desorientaban a Marie-Christine, su hermana menor pese a todo, y la relegaban a las funciones de burguesa provinciana encopetada; Frédérique, a su lado, se vanagloriaba de leer el *Libération* y no el *Figaro-Magazine*.

Precisamente en dicho semanario, Marie-Christine había leído los elogios dedicados a un libro que se apresuró a comprar: en sus páginas se analizaban las causas que determinaban la elección de los nombres de pila dados a los niños desde hacía un siglo y el autor realizaba su trabajo basándose en estadísticas y partiendo de criterios exclusivamente sociológicos. Así, pues, Marie-Christine se había enterado, en primer lugar, de que de nada sirve asociar un nombre a un color, a una planta o a un rasgo del carácter, suponer que un Plácido poseerá un temperamento tranquilo o que un Marcial será belicoso, como hacen tantos libros a los que, hasta entonces, había prestado crédito.

Apoyándose en tales revelaciones, de las que Jean-Pierre simulaba maravillarse, confiaba en que el libro la ayudaría a bautizar al niño que iba a nacer —una reciente ecografía había anunciado que se trataba de un varón— con un nombre que, teniendo en cuenta las tendencias generacionales, fuera original pero no demasiado, distinguido pero sin pretensiones y que, además, casara con un apellido no excesivamente malsonante pero cuya pronunciación exigía algunas precauciones, ya que Claude se apellidaba Bonnot.

—¡En resumen: que mejor será no llamarle Jean! ¡Creo que yo solito me hubiera dado cuenta![1] —bromeó el futuro padre, mientras su esposa iba en busca de la preciosa guía.

—No —prosiguió—, lo mejor es bautizar a los hijos con el nombre que uno quiere, prescindiendo de la moda.

—Sí, ese es el mejor modo de seguirla —observó Jean-Pierre en un tono tan sutilmente superior que Frédérique se preguntó cómo se las

arreglaba para no incitar a Claude a romperle la cara.

Marie-Christine regresó. Pasaron al salón y empezaron a hojear el libro, leyendo nombres en orden alfabético. La dueña de la casa leía en voz alta la reseña que revelaba en qué época estuvo más en boga un determinado nombre, el medio social que condicionaba su elección, si sonaba anticuado y las posibilidades de que volviera a ponerse de moda. Los demás escuchaban. Claude, partidario de Anthony, no se ofendió cuando dijeron que aquel nombre, como la mayor parte de nombres anglosajones recientemente importados, respondía a una elección típicamente proletaria; en tal caso, reconoció, sería mejor pensar en otro; sin embargo, nada de Arnaud, ni de Thibaut, ni nada de lo que él llamaba un patronímico pomposo e interminable.

—Ya, como Aude… —dijo Frédérique, pero su hermana no la oyó: Marie-Christine, con las gafas puestas, sujetas por una cadenilla de concha, explicaba que los nombres de moda en el siglo XIX, caídos luego en desuso, habían experimentado una revalorización espectacular desde hacía ya algún tiempo. Los patios de los colegios pronto estarían llenos de niños llamados Jules, Eugène, Victor, Émile… Sustituirían a los de Julien, Nicolas, Sébastien, nombres que la ola de la moda acababa de llevarse.

—¡Lástima! —dijo Claude—. Sébastien me gustaba mucho.

—La moda la impuso la serie de televisión. Estaba muy bien, por cierto —dijo Jean-Pierre, que, como reacción a la educación que había recibido y a la hostilidad aún arraigada en los medios universitarios más retrógrados, exhibía una erudición televisiva comparable al menos a la, más ingenua y culpable, de Claude y Marie-Christine.

—¡Oh, la vemos muy poco! —protestó el matrimonio, sorprendido de la indulgencia profesada por Jean-Pierre hacia los juegos más tontos, las series de televisión y las películas extranjeras en versión francesa, de las que le encantaba el hecho de que Clark Gable hablase con la voz de Robert Dalban.

—Los nombres simples, clásicos, sin pretensiones son los más seguros —zanjó Marie-Christine—. Vale que Jean no, por nuestro apellido. Pero Pierre, o Paul, o Étienne… Stéphane, no, aunque signifique lo mismo; sin embargo, Étienne es bonito.

—¡Bien! —se abstuvo de decir Claude, con gran desilusión de Frédérique, que la tomó con su hermana:

—Esos nombres intemporales resultan un poco facilones, ¿no crees? Es como si, ya en la cuna, le compraras una gabardina Burberrys y unos Weston para que fuera conjuntado.

Jean-Pierre, fingiendo arrepentimiento, escondió sus zapatos debajo del sofá con gesto ostensible. Marie-Christine, que

evidentemente no tenía nada en contra de aquella clase de atuendos, manifestó que era preferible a Gontran o a Boniface, un tipo de nombres con los que, una de dos, o el chaval resulta ridículo, o los padres que han querido hacerse los interesantes descubren que, en la clase de su hijo, hay otros diez niños que se llaman igual.

—Mira —insistió—. Incluso Quentin. Pensaste que era bonito y original, de acuerdo. No importa, lo he buscado en el libro: es el tipo de nombre impuesto a un primer hijo por una pareja del área parisina, acomodada, de profesión liberal, a principios de los años ochenta. Como todos los nombres terminados en *-in*: Fabien, Damien, Valentin, Adrien…[2] Lo ves, ¿no?

Desde hacía un rato, Quentin se hallaba silenciosamente inmerso en un puzle que representaba, en tamaño más grande, la marina de Boudin colgada en la pared. Al oír su nombre, levantó la cabeza y preguntó qué significaba «profesión liberal». Jean-Pierre matizó:

—En primer lugar, no desempeñamos ninguna profesión liberal, sino que ambos somos funcionarios. Parásitos —añadió con satisfacción, y para tomar la delantera a Claude, a quien adivinaba dispuesto a dar rienda suelta a su tema preferido (la libre empresa, los excitantes peligros de lo privado, incluso el reconocimiento de las virtudes de Madelin), Frédérique atrajo al niño sobre sus rodillas.

—Mi pobre hijito —dijo con voz melindrosa mientras lo acunaba—. Mi pobre primer hijito típico de pareja-acomodada-área-parisina-principio-de-los-ochenta… —Y, al seguir hablando en ese tono de chanza conmovedora, al estrechar a Quentin entre sus brazos, de repente se sintió terriblemente triste, triste y desarmada como si le hubieran dicho que Quentin estaba gravemente enfermo o corría el riesgo de quedar lisiado, o como si hubiera nacido con algún defecto y se burlaran de él.

Sin embargo, sabía que no era un nombre tan raro. Además, no había buscado un nombre raro, solo bonito, como dijo Marie-Christine, y que no resultara demasiado común. En la calle, o en el parque, ya había oído llamar a otros niños con ese nombre, sin sentir por ello aquella pena tan extraña: lúcida, exagerada, irremediable; de pronto su niño dejaba de ser único; desde aquel momento perdía toda posibilidad de convertirse en alguien excepcional; ante él se abría la perspectiva de una existencia obligatoriamente banal, carente de gloria y de riqueza, marcada por pequeñas alegrías, con granos en la adolescencia, escasa aplicación en los estudios y servicio militar si seguía existiendo; amigas, luego una mujer; tan vulgar como él; un trabajo cualquiera, y después la jubilación y la muerte, como otros miles de Quentins a quienes solo sus madres creyeron singulares y preciosos en un momento dado. Jamás había pensado en la muerte de su hijo, o quizá sí, pero se trataba del temor a un accidente, a todo lo

que podía ocurrirle cuando ella no estaba ahí para velar por él, y no la simple, más dolorosa certeza de que su hijo moriría algún día, quizá viejo, después de ella seguramente, y sin que su vida hubiera alcanzado el menor destello, sin dejar huella. Y por mucho que pensara, que se dijera que no por ponerle otro nombre habría cambiado nada, tenía la sensación de que, al dejarse atrapar en la trampa de la elección de un nombre que de pronto parecía tan común, había destrozado a su hijo; ya de entrada, incluso antes de enfrentarse a su educación, había hecho recaer sobre el niño el peso de su mediocridad, de la mediocridad de JeanPierre y también de la suya, y tal evidencia la entristecía tanto, le infundía tal impotencia que al abrazar fuertemente al niño, inquieto de repente, sintió que las lágrimas, sin llanto, empezaban a deslizarse por sus mejillas.

Marie-Christine, estupefacta, se alarmó; Quentin gritó «¡Mamá!», y Jean-Pierre, que había ido al baño, no advirtió el incidente que, por otra parte, resultó breve: Frédérique ya sonreía diciendo que no era nada, una especie de vértigo, a veces le sucedía, pero ahora ya había pasado. Claude le ofreció una copa de calvados e insistió asegurando que la dejaría como nueva. Ella aceptó, llevada de un repentino impulso de simpatía hacia su cuñado.

Después, dado que intentaba divertir a sus invitados, Claude propuso que, tras el ritual y vigoroso paseo por la playa —lucía un tiempo muy acorde a la festividad de Todos los Santos—, jugaran una partida de Trivial Pursuit y fueran luego a cenar a Vapeurs, la brasería elegante de Trouville, y que acabaran la velada en el casino.

8

Sin haber entrado jamás en un casino, Frédérique ignoraba qué traje debía ponerse para la ocasión. Una serie de imágenes literarias y cinematográficas, bastante confusas por cierto, componían en su mente un elegante ballet de smokings y de trajes largos que evolucionaban bajo altos techos de madera, la burbujeante agitación de una Riviera de opereta propia de una comedia de Lubitsch. Pero tales clichés, pensaba, quizá solo estaban ya de moda en los círculos especialmente prestigiosos, como Montecarlo, por ejemplo, para complacer a los jeques árabes encandilados con el refinamiento europeo.

Después de tomar el té, subió a la habitación donde JeanPierre se había retirado a leer mientras los demás paseaban.

—¿Cómo te vestirás? —preguntó Frédérique.

—¿Para ir al casino? Una americana debe de ser suficiente. Quizá con corbata. Claude me prestará una.

La pregunta resultaba inútil. La coquetería de Jean-Pierre consistía en vestirse siempre de la misma manera, para cualquier circunstancia: tipo inglés, lánguido pero sin negligencia, gracias a la calidad de las ropas que usaba. Sus padres, cada año, en Navidad, le regalaban un jersey de cachemira que Jean-Pierre se esmeraba en deformar tirando de él hacia abajo. Frédérique, cuya familia no hacía esa clase de regalos y que se compraba ella misma la ropa, limitándose a la lana de oveja, envidiaba aquella colección de suavísimos jerséis y se extrañaba de que a Jean-Pierre, a fuerza de oírle elogiar la suavidad de dichas prendas y aunque se las prestara de buena gana, nunca se le hubiera ocurrido regalarle uno. A sus suegros, en la época en que aún le hacían regalos, tampoco se les había ocurrido: cada cena de Navidad, en el caserón de Île-auxMoines, se desprendían triunfalmente de una joya de bisutería que declaraban «muy original» o «muy en su estilo» y que luego había que lucir —Jean-Pierre velaba por ello— cuando iban a visitarlos a la calle Las Cases. La famosa «originalidad», cuando no era «la excentricidad», que el viejo profesor de medicina y su mujer habían decidido otorgar definitivamente a su nuera para cubrir con un exótico velo los estigmas de una extracción modesta no suponía un

halago para Frédérique, sino más bien un peso duro de llevar. Pero no le cabía otra elección: su papel consistía en exhibir, en nombre de la bisutería, la elegancia convencional pero segura, segura de sí misma en todo caso y por lo tanto envidiable, al uso en la familia de Jean-Pierre.

Con gesto algo más seco de lo necesario —obligó a JeanPierre a levantar la mirada—, abrió la puerta del armario en el que había colgado sus vestidos y los examinó con ojo crítico. Todo se le antojaba vulgar, barato, salvo, a decir verdad, un conjunto que había llevado consigo en previsión de la cena a la que Claude los invitaría inevitablemente en algún renombrado local gastronómico de la región. Se trataba de un traje sastre de pata de gallo, de un corte que, en la mente del fabricante de rebajas al que lo había comprado, debía de evocar los de Lauren Bacall en las películas de serie negra de los años cuarenta. Llevado por Frédérique, rubia y delgada, resultaba. Lamentó no disponer del trench-coat que normalmente se ponía por encima para estar más en la onda.

Se quitó el tejano y el jersey y se puso el traje sastre, sin prestar atención a Jean-Pierre, que, tendido en la cama, hojeaba una revista atrasada.

—¿Voy bien así?

—¿Crees que vamos a Buckingham Palace? —dijo con un tono cansino que incitó a Frédérique a preguntarle si ya había estado en un casino. Jean-Pierre le respondió que dos o tres veces, hacía tiempo, y ella sospechó que una respuesta tan evasiva bien podía encubrir una mentira.

Los casinos no debieron de formar parte de su educación, una educación constituida a base de cróquet, de vacaciones en Inglaterra, de rallies adolescentes e incluso de amores venales, terreno en el que había vivido una única experiencia que le encantaba contar para divertir a la galería y, a la vez, para dejar constancia de lo muy ajenos que le resultaban: cumplía el servicio militar en Brasil y unos compañeros lo arrastraron a lo que él se complacía en llamar un «bar picante». Antes de que subiera con la chica elegida —decía «la criatura», o «la encantadora criatura»—, el compañero asiduo del lugar deslizó en su mano un paquetito semejante a un sobre de aspirina y le aconsejó «ponerse el jersey» para evitar posibles enfermedades. El relato de dicha anécdota permitía a Jean-Pierre confesar con cierta gracia que ignoraba el uso del preservativo y, al insistir en su sorpresa ante la perspectiva de ponérselo, preparar el desenlace: por malicia, o probablemente por error, debido al alcohol, en el manejo del distribuidor que se hallaba en el baño, el compañero le había pasado una bolsita de Alka-Seltzer que, una vez en la habitación, rompió y, sin saber qué hacer con el contenido, vació

sobre su miembro en inquieta erección mientras la «criatura», enloquecida, se preguntaba qué práctica típicamente francesa preludiaba aquel espolvoreamiento.

Frédérique, en la época en que la tendencia de Jean-Pierre a exagerar sus torpezas la seducía, reía al escuchar ese relato que, a fuerza de repetirse, acabó por cansarla. De todos modos, el hecho de que Jean-Pierre no dispusiera de alguna anécdota comparable referida al casino la indujo a deducir que nunca había debido de poner los pies en ninguno; de lo contrario, se los hubiera pillado con la alfombra y no hubiera dejado de contarlo para enorgullecerse del incidente.

9

Después de cenar en Vapeurs, se dirigieron a pie hasta el casino, muy cercano. Franqueada ya la entrada, Frédérique y Jean-Pierre se quedaron ligeramente rezagados mientras Claude, pisando fuerte la alfombra roja del gran hall, como cliente habitual, se acercaba al mostrador donde un empleado vendía las entradas. Marie-Christine parecía incómoda. Para ser admitidos, cada cual debía mostrar un documento de identidad; pero Claude centralizó la operación y, adelantándose con un gesto que era familiar en él —y que no le resultaba menos familiar a Jean-Pierre— consistente en llevarse la mano a la cartera, pagó las entradas de todos. Jean-Pierre le dejó actuar y, haciéndose el despistado, simuló entretenerse en la lectura de un letrero situado encima del mostrador.

—¡Vaya! ¿Se prohíbe entrar a los militares?

—A los militares de uniforme, señor —precisó el empleado.

—También a las personas susceptibles de provocar escándalo —prosiguió Jean-Pierre, decidido a comentar todas las disposiciones del cartel.

—En tal caso, me pregunto si será prudente que te dejen entrar a ti —bromeó Claude con el tono del fortachón que, durante el recreo, acusa de camorrista al empollón cuatro ojos de la clase.

Marie-Christine soltó una risa sofocada, sin alegría. Empujaron la puerta giratoria y, dejando a un lado la sala donde se jugaba a la ruleta americana —«para principiantes», dijo Claude, muy a gusto en su papel de mentor—, entraron los cuatro en el gran salón de juego.

Frédérique se liberó de la inquietud por no ir suficientemente elegante con solo mirar a su alrededor. Ya durante la cena, el contraste ofrecido por el pañuelo Hermès y las perlas de su hermana y el blazer con escudo de Claude la había tranquilizado: al menos Jean-Pierre y ella no parecían provincianos endomingados. Y en la sala, nadie, excepto los croupiers, que se distinguían por sus chaquetas y sus pajaritas de camarero, llevaba su preocupación por el atuendo más allá del uso de la corbata, en lo que respecta a los hombres, y del vestido con preferencia sobre el pantalón, en el caso de las mujeres. También tuvo la impresión de que la mayor parte de los jugadores

eran viejos y de que Claude era el único del grupo que no desentonaba, ya que se acercaba a la cincuentena y, además, su paso y su mirada lo delataban como un habitual de aquel tipo de establecimientos.

Apenas hubieron entrado, Claude propuso ir a buscar fichas, pero Frédérique prefería observar primero un poco. De las cuatro mesas de ruleta dispuestas en forma de cuadrado, una aún estaba desocupada. Se acercó a dicha mesa, seguida por Jean-Pierre, que afectaba una indiferencia risueña, con las manos en los bolsillos y una mirada flotante que no posaba en las cabezas cuya visión dominaba desde su alta estatura. Claude se había alejado, solo, hacia la caja, y Marie-Christine, tras un instante de duda, decidió quedarse con su hermana y su cuñado.

—¿Os apetece tomar una copa? —propuso como si no tuviera nada más que hacer, como si la visita al casino debiera consistir en esperar a que Claude acabara de divertirse. Frédérique, pérfida, estuvo a punto de preguntarle si se había traído consigo la labor de punto, pero se contentó con decir que, antes, deseaba que le explicaran el funcionamiento del juego.

—Nada más fácil —dijo Jean-Pierre, que se sintió interrogado por la mirada de Frédérique—. La ruleta da vueltas, el croupier tira la bolita, que acaba por detenerse en un número determinado, y si has apostado por ese número, ganas. Eso es todo.

—¿Qué gano? —preguntó Frédérique.

—Depende. Un momento… —dudó él—. Sí, depende de si has apostado a un solo número o a varios. El principio del juego, que es un principio lógico, se basa en el hecho de que, en caso de acertar, cuantas menos posibilidades tengas de hacerlo, más ganas. Si, por ejemplo, apuestas al rojo, tienes una posibilidad sobre dos de acertar y solo cobras el doble de la apuesta. Si, por el contrario, apuestas a un solo número, hay una posibilidad entre treinta y seis de que aciertes y recuperas treinta y seis veces tu apuesta.

—Una posibilidad entre treinta y siete: ¡no olvides el cero! —corrigió Claude, que se había reunido con ellos. Con las manos rebosantes de fichas, las sobaba como si se enjabonara con ellas.

—¿Piensas jugar? —preguntó Frédérique.

—Jugar no se piensa, querida: se hace —respondió, contento de su frase—. ¿Venís? De todos modos, yo voy a jugar.

Se acercó a la mesa vecina. No había ningún asiento libre, pero los jugadores o espectadores que permanecían de pie detrás de la hilera formada por los que estaban sentados, o en los huecos que los separaban, eran lo bastante escasos como para que pudiera deslizarse sin esfuerzo cerca del croupier, instalado en un extremo de la mesa.

En cuanto a Frédérique, encontró un puesto de observación algo más apartado que le permitía guardar la suficiente distancia para sentirse segura de que nadie esperaría que realizara su apuesta. Temía que el croupier, de repente, le dijera: «¿Señora?», y, muerta de vergüenza, se viera obligada a balbucear que se contentaba con mirar.

Enseguida comprendió que dicho temor era absurdo. Los croupiers no solo no incitaban a nadie, sino que ni siquiera parecían ver a los jugadores cuando, por propia iniciativa, colocaban las fichas que por casualidad se hallaban a su alcance en diversos números o a caballo entre dos; fichas que los croupiers recogían luego, atrayendo una parte hacia sí, deslizando otras, con gesto corrido, hacia uno de sus colegas situado en el otro extremo de la mesa, y algunas, a veces, hacia un jugador que no mostraba ninguna señal evidente que acusara recibo de aquel maná. El jugador, entonces, las amontonaba, sin manifestar ninguna satisfacción especial, y, a su vez, deslizaba una o dos fichas hacia el croupier más cercano, quien las hacía desaparecer por una hendidura practicada en el mismo tapete verde. Al oír un «Gracias, señor», Frédérique adivinó que se trataba de una propina, pero salvo aquel furtivo agradecimiento y los «Hagan juego, señores… ¡No va más!» que el banquero lanzaba a intervalos regulares, apenas oía ninguna frase articulada. Un continuo rumor ascendía de la mesa. Un rumor que diríase emanar de la capa de humo suspendida a media altura y producida por los numerosos cigarrillos que se consumían en los ceniceros sin que nadie se acordara de ellos una vez encendidos.

Sin embargo, al avivar su atención, y si se inclinaba más hacia delante, podía captar las breves órdenes que sus vecinos más inmediatos formulaban al croupier al tiempo que le entregaban un puñado de fichas. Algunos decían cifras, otros fórmulas extrañas, pronunciadas con frecuencia en un susurro del que solo captaba la última sílaba: muchas terminaban en *-in*, como los nombres de los hijos de los años ochenta. Así, oyó: *les orphelins*.[3]

El croupier, asaltado por órdenes simultáneas y apenas audibles, se mantenía en calma. Muy erguido, movía las manos con una rapidez increíble, exenta de apresuramiento; recogía, repartía, levantaba un párpado cuando por casualidad había comprendido mal, y a continuación colocaba otras fichas, arreglaba con el rastrillo una pila de fichas que amenazaba con derrumbarse, ordenaba en ristras paralelas, junto a él, las que acababa de recuperar, escuchaba de nuevo, sin jamás dejar entrever que ya había oído la orden dada deprisa y corriendo, pero ejecutándola con una diligencia y, aparentemente, con una exactitud que maravillaban a Frédérique.

La dificultad de la tarea cumplida con aquel celo impasible aumentaba por el hecho de que muchos jugadores prescindían de los servicios del croupier y colocaban ellos mismos sus fichas en el tapete

a veces en varios números distintos. Algunos, además, se decidían a hacerlo en el último momento, cuando la bolita daba ya vueltas en el cráter de la ruleta y el croupier encargado de su manejo había pronunciado el fatídico «No va más» que —Jean-Pierre se lo explicó a Frédérique— significaba que era demasiado tarde para apostar. Pero parecía existir una tolerancia, un plazo de gracia que los rezagados se complacían en aprovechar hasta el último momento, inclinándose bruscamente para colocar su ficha con mano que retiraban luego precipitadamente, como si la mesa quemara, o como si el cumplimiento de una regla tácita exigiera que, para que la apuesta fuera válida, la mano tuviera que estar de vuelta en el bolsillo, o detrás de la espalda, justo en el momento en que la bolita, al final de su carrera, oscilara entre dos casillas y —con un ruidillo que Frédérique había ya aprendido a anticipar en cuestión de minutos, llevada por una especie de contagio provocado por la contención de los alientos— acabara por inmovilizarse. A su lado, de pie, un joven asiático bien trajeado, japonés seguramente, practicaba sistemáticamente ese ejercicio, que, hubiera jurado ella, le proporcionaba más placer que el juego en sí. La superstición, propia de jugadores, le incitaba sin duda, pensó Frédérique, a no realizar la apuesta hasta sentirse inspirado por la urgencia, creyendo que la casi simultaneidad de la caída de la bola y la de la ficha las haría coincidir a ambas en el mismo número debido a alguna operación mágica. El joven no daba la impresión de practicar un juego de azar, sino un deporte de alta competición en el que la victoria pertenecía al último que apostaba, al que conseguía apropiarse de aquella centésima de segundo tras de la que la apuesta resultaría invalidada. La mirada de Frédérique iba del japonés al croupier. En vano se esforzaba por sorprender en el rostro inexpresivo del croupier una muestra indicadora de que había advertido el gesto del joven y de que, por tardía que hubiera resultado su apuesta, la avalaba. Frédérique tenía la vaga expectativa de que se produjera un incidente, de que el japonés, guiado por el deseo de superar su propio récord, apostara realmente demasiado tarde y que, entonces, el croupier le dijera no; pero nada de eso ocurrió. Cuando el japonés ganó, el croupier, tras realizar diversas operaciones, deslizó hacia él un montón de fichas apiladas, cuyo número Frédérique hubiera deseado saber para calcular por cuánto se multiplicaba la apuesta; pero todo había sucedido demasiado deprisa y no pudo averiguarlo, además había fichas de distintos colores y, de hecho, se enteró de la victoria del japonés debido al gesto del croupier.

Ante la cantidad de fichas que se amontonaban en el tapete, y dado el ritmo al que se efectuaba tal amontonamiento y el número de jugadores que contribuían a él, ya sea por iniciativa propia o por

medio de los croupiers, Frédérique se asombraba de que estos no se sintieran desbordados, de que no se equivocaran en la asignación de las ganancias y sobre todo de que, aunque ellos no se equivocaran, no se produjeran reclamaciones. En medio de tanto caos, ¿qué impedía a un jugador de mala fe hacer ver que no le habían pagado la cantidad que le correspondía? Es posible que las mesas estuvieran controladas por cámaras de vídeo, pensó. O quizá la palabra del croupier, como la de los guardias jurados, prevalecía sobre la del cliente…

El japonés recogió su botín y se alejó de la mesa, sobre la que dejó caer una mirada. Fascinada por el contrapunto que el japonés ofrecía a las maniobras del croupier, Frédérique apenas se había fijado en los demás jugadores, y tuvo que hacer un esfuerzo para levantar la mirada del tapete —donde fichas, manos y rastrillos proseguían circulando en un movimiento continuo—, hacia la sucesión de rostros inclinados sobre aquel espectáculo.

Frente a ella, en el otro extremo de la mesa, destacaba un hombre algo calvo, muy moreno y velludo que, protegido por una auténtica muralla de fichas de varios tamaños y ocupando mucho espacio, tenía pinta de grueso comerciante y anotaba en una hoja de papel series de números respecto a los que Frédérique se preguntó si correspondían a los que el hombre había apostado o a los que habían salido. Seguía una mujer de quien Marie-Christine hubiera dicho que iba muy bien vestida, pero que era mucho mayor que ella, debía pasar de los cincuenta, y tenía un rostro caballuno que lucía demasiado maquillado. Al igual que el japonés, pero con menos desenvoltura, la mujer realizaba su apuesta lo más tardíamente posible, acompañaba el gesto de la mano con un movimiento de cabeza determinado, hacia delante —determinación que contradecía un tiempo de duda—, mantenía la ficha en suspenso sobre el tapete y acababa por colocarla con pesar cuando la bolita ya había sido lanzada, como si lo que en realidad deseara fuera poder ir cambiando de casilla hasta dar con la del número acertante.

Frédérique estaba cada vez más atenta: observó que la mujer jugaba una ficha cada partida, cambiaba de número, y nunca ganaba. Sin embargo, aunque su rostro reflejaba la tortura de la incertidumbre ante cada nueva apuesta, acogía el fracaso con serenidad. Se limitaba a echar el cuerpo hacia atrás, hasta tocar el respaldo de la silla, y, al cabo de unos instantes, desembarazada ya la mesa de las apuestas de la partida concluida, se inclinaba otra vez hacia delante, volvía al asalto, con su mandíbula de caballo tensa por la ansiedad, que solo cedía ante el anuncio de una nueva derrota. Frédérique se preguntó si la mujer habría acudido sola al casino o en compañía de un marido, de un amante, de alguien que quizá se encontrara en aquella misma mesa —nada lo indicaba—; si jugaba a menudo o solo de vez en

cuando, por azar, y qué clase de vida llevaba. Imposible saberlo, casi imposible imaginarlo. Tenía la impresión de que una especie de anonimato protegía a los clientes del casino y alteraba los procedimientos habituales de identificación y de clasificación. Delante del tapete verde uno no era nadie, solo un jugador en posesión de un determinado número de fichas. Incluso el grueso comerciante podía ser alguien distinto al que parecía, y Frédérique, al seguir recorriendo la mesa con la mirada, vio a Claude y se sintió aliviada. Aquel rostro sanguíneo, aquellos cabellos canosos que se rizaban en las sienes y detrás de las orejas, aquel aplomo de hombre bien aposentado en su asiento, con el mentón en la palma de la mano y el codo apoyado en el borde de la mesa, la devolvieron a un ámbito conocido. Sin embargo, el hecho de ser sorprendido en una mesa de juego confería a un personaje tan familiar y desprovisto de misterio como era Claude aquella opacidad que impedía atribuir a los jugadores una condición social, familiar e incluso financiera, ya que las apuestas fuertes no significaban forzosamente que quien las realizaba dispusiera de medios, sino solo, quizá, que la suerte acababa de sonreírle.

¿Qué sabía ella exactamente de Claude? Al igual que sus vecinos, Claude mantenía la mirada clavada en el tapete verde, simulando la misma indiferencia concentrada, que contrastaba con la movilidad habitual de su rostro. Al contrario de la mujer de barbilla caballuna, no apostaba en cada jugada y Frédérique, al observarle con una atención que en cualquier otra circunstancia hubiera considerado indecente, advirtió que, en vez de realizar toda su apuesta a un solo número, repartía un montón de fichas entre varios y, a menudo, las colocaba de dos en dos en las líneas que separaban una casilla de otra.

En un momento dado, al arreglar las cuentas de la mesa, el croupier empujó con su rastrillo una doble pila de fichas hacia Claude, quien con un hábil gesto de la mano le lanzó una propina antes de colocar la mitad de sus ganancias a caballo entre dos números. Esa apuesta, mucho más importante que la anterior, fue barrida al cabo de unos segundos y Claude, prudentemente, solo echó mano de sus reservas para apostar un par de fichas aquí y allá, lo que decepcionó a Frédérique. Al cabo de tres partidas volvió a ganar, pero solo algunas fichas. Vio que había apostado a uno de los cuadriláteros que rodeaban a las tres columnas de números, al situado frente a él y en cuyo centro había un rombo rojo: así, pues, una posibilidad sobre dos, el doble de la apuesta. Le divertía descubrir, poco a poco, sin preguntar nada a nadie, las reglas y las distintas estrategias que ordenaban el caos entrevisto al principio. Bastaba observar para comprender, no era difícil.

—¿Te apetece? —dijo de repente Jean-Pierre, a su espalda. Frédérique se volvió y vio que Jean-Pierre le ofrecía una copa llena de

soda con una rodaja de limón, aunque también podría tratarse de un gin-tonic.

Se había olvidado de él por completo. Frédérique cogió la copa, sin saber exactamente si le apetecía o no, y bebió un sorbo. Era gin-tonic.

—Marie-Christine parece aburrirse mucho —dijo JeanPierre—. Así que hago de dama de compañía. ¿Te diviertes?

—Miro.

—¿Quieres jugar?

—¿Y tú?

—No, yo no. No puedo contar con la suerte del principiante. Pero tú deberías probar. ¿Tienes dinero?

Frédérique negó con la cabeza. Jean-Pierre sacó su cartera, inició el gesto de coger algunos billetes. Luego, cambiando de opinión, se la tendió. Frédérique cogió doscientos francos.

—Haré ahorrillos, jugaré como una hormiguita —bromeó—. Como Claude.

—Desconfía de los ahorrillos. Si hay que creer lo que dice tu hermana, enseguida conducen a la bancarrota.

Frédérique se encogió de hombros: en aquel momento, los reproches de Marie-Christine le preocupaban muy poco. Mientras se dirigía hacia la caja donde se adquirían las fichas, temía ser tratada con condescendencia debido a la modesta cantidad de dinero que se disponía a cambiar. Sin embargo, el cajero, sin abandonar la expresión de eficiente cortesía que también había observado en el rostro de los croupiers, solo le preguntó si deseaba fichas de veinte o de cincuenta francos. Mitad y mitad, respondió.

Prefirió cambiar de mesa. No había ningún asiento libre, pero de todos modos pensaba quedarse de pie, pues temía que sus recursos se agotarían enseguida.

Al reflexionar sobre el método más adecuado para conservar sus recursos, lamentó haber cogido dos fichas de cincuenta en lugar de cinco de veinte y decidió utilizar primero estas y apostar solo una por jugada. Lo más seguro sería jugar a algo como rojo o negro. Sin embargo, tal falta de osadía podía constituir un pecado contra la buena suerte, que, si estaba dispuesta a serle favorable en su estreno en el juego, también lo sería —incluso con más agrado— ante una apuesta arriesgada. Sí, era mejor apostar fuerte, a un solo número; pero ¿a cuál?

A falta de un método racional, que es lo que debían de seguir los que tomaban notas, era preciso remitirse a la superstición. Pero ella no era supersticiosa, ni tenía una cifra ni un color fetiche. Incluso el 13 la dejaba indiferente, y una serie de números limitada al 36 le impedía apostar a su año de nacimiento, *a fortiori* al de Quentin. Sin

embargo —y sonrió, sorprendida por no haber caído antes en semejante evidencia—, podía apostar por el número que representaba su edad. Hasta el próximo mes de marzo; luego ya no: tendría treinta y siete años y, suponiendo que volviera a jugar, la posibilidad de apostar a aquel número le estaría prohibida para siempre.

—El 36 —dijo en voz baja, algo estrangulada, colocando una ficha delante del croupier.

El hombre no la miró y siguió disponiendo otras apuestas, dejando la suya donde ella la había colocado. Frédérique no se atrevía a repetir lo dicho, ni a recoger su ficha, y pensó que debía haber elegido otro número, u otro croupier, dado que ese se hallaba en un extremo de la mesa, del lado de la ruleta, y el 36, situado en la parte inferior del tapete, quedaba fuera de su alcance. Pero el croupier, sin previo aviso y con gran naturalidad, entre la fluida sucesión de sus gestos insertó el de lanzar su ficha a su homólogo, situado al otro extremo de la mesa, diciendo: «El 36, pleno», y el otro colocó la ficha en el 36, que no salió. Salió el 4, que estaba muy cerca de donde se hallaba Frédérique, y los números que lo rodeaban resultaron premiados por vecindad. Mientras los rastrillos se afanaban en retirar las fichas del tapete, las que aparecían sobre los números agraciados siguieron en su sitio hasta que se efectuó el reparto de ganancias.

Había que insistir, decidió Frédérique. Mientras terminaban de desembarazar el tapete, se dirigió hacia el otro extremo de la mesa para, al menos, poder vigilar su número. Luego, dio la misma orden al nuevo croupier. El 36 tampoco salió. Un asiento quedó vacío; se sentó, encendió un cigarrillo, el primero desde que había llegado al casino, descubrió con sorpresa.

—El 36 otra vez —dijo insistiendo en su obstinación y con la esperanza de provocar alguna reacción en el croupier, que no demostró ninguna. Volvió a perder, sin decidirse a cambiar de número, ni de táctica. Pero, por no verse obligada a abandonar la mesa, con las manos vacías, optó por saltarse una partida. «Si sale el 36, me echo a llorar», pensó.

No salió y volvió a abstenerse. Era otra manera de jugar: el riesgo de ver salir su número sin haber apostado a él resultaba lo suficientemente excitante como para experimentar, luego, un intenso alivio. Salir bien librada le resultaba embriagador; se decía que resultaría razonable apostar en aquel momento y, desafiante, aguardaba la partida siguiente para hacerlo. El 36 seguía sin salir. Jugaba con fuego. Cada uno de los treinta y cinco números restantes la tranquilizaba. Por fin, tuvo la certeza de que iba a salir, ahora, enseguida; apostó una ficha de cincuenta. Salió el 36.

No contó las fichas que el croupier deslizó hacia ella. Al apilarlas calculó que treinta y seis veces cincuenta sumaban mil ochocientos

francos. Entonces se acordó del ritual de la propina, sin saber exactamente cuánto debía dar. Metió tres fichas en la hendidura; el croupier le dio las gracias.

Por primera vez desde que se había sentado, observó a los demás jugadores, que, por supuesto, no la observaban a ella, absortos ya en la nueva apuesta. Pero, de pie, frente a ella, Claude, con una sonrisa en los labios, simulaba aplaudirla con la yema de los dedos. Se sintió complacida y, a su vez, le sonrió. Deseó ir hacia él, para hablar, para oír la voz de alguien que se había fijado en su éxito y que seguramente propondría ir a reunirse con los demás en el bar para celebrarlo. Más que las ganas de jugar, lo que la retenía a la mesa eran las fichas. Pensó que el croupier le podría haber pagado con fichas más grandes: le hubieran resultado menos embarazosas y la hubieran incitado a levantarse. Pero su deber profesional consistía precisamente en que ella no se levantara, en que volviera a apostar y perdiera (o ganara, lo que equivaldría a otra propina). Y si se quedara, al final, perdería forzosamente, ya que quedarse hasta el final significaba quedarse hasta agotar los recursos, cosa que solo puede evitar el jugador sensato, capaz de levantarse de la mesa cuando gana y no apuesta de nuevo sus ganancias. Seguía sintiendo la mirada de Claude fija en ella y Frédérique se preguntó qué haría su cuñado en semejantes circunstancias, qué había hecho, quizá, hacía unos instantes, ya que había abandonado su mesa de juego: ¿lo había hecho como prudente vencedor o como intrépido desafortunado?

Insegura, estuvo dos partidas sin jugar, dudando si volvía a apostar al 36. Contemplaba los números impresos en el tapete en busca de una señal que la invitara a elegir otro número. Cuando alzó la mirada, Claude había desaparecido. Pero, acto seguido, una mano se posó sobre su hombro. Era él, que le dijo en voz baja:

—Los demás están cansados, ¿nos vamos?

—Otra partida —rogó Frédérique, y, al bajar la mirada, vio el rombo negro ofreciéndole una posibilidad sobre dos. Acordándose de la táctica de Claude, deslizó hacia el rombo, al buen tuntún, la mitad de sus fichas.

Salió el 8, negro. Se atrevió a pedir fichas grandes al croupier.

—Ahora sí que deberías parar, guapa —le dijo Claude, con tono de irónica indulgencia y dándole a entender que sabía perfectamente que no abandonaría el juego.

Guardó las fichas grandes y volvió a apostar al negro todas las restantes. Tuvo la sensación de que el ruidillo de la bola se prolongaba más de lo habitual.

—Treinta y seis —anunció por fin el croupier—, rojo, par y pasa.

Se mordió los labios, al borde de las lágrimas; el rastrillo se abatía

ya sobre sus fichas.

—Vamos, si te gusta podemos volver mañana —dijo Claude al apartar la silla para ayudarla a levantarse.

La acompañó hasta la caja, donde Frédérique recibió dos billetes de quinientos francos como cambio de sus fichas, y, quizá ante el temor de que volviera a engancharse en otra mesa, no la soltó del brazo hasta llegar al bar. Jean-Pierre y Marie-Christine, que ya habían agotado todos sus temas de conversación, los recibieron como si se hubieran ausentado durante una semana.

—¿Os habéis hecho ricos, al menos? —preguntó Jean-Pierre.

—Yo no, pero Frédérique sí —dijo alegremente Claude.

De repente, Frédérique echaba de menos el alboroto de la sala de juego, amortiguado en el bar. Se sentía embriagada, le ardía la cabeza, sumida en uno de esos estados mezcla de excitación y de cansancio de los que resulta difícil saber si son placenteros o desagradables. Con intención de aplazar la salida al silencio de la calle, que imaginaba glacial, propuso tomar una copa para celebrar su triunfo. Jean-Pierre, entonces, tuvo la grosería, que Frédérique consideró pasmosa, de decir que todos estaban reventados, que el ruido era ensordecedor, pero que si tanto interés tenía por invitarles, las copas que acababan de tomar, y en las que aún se derretían los cubitos de hielo, estaban todavía por pagar.

Frédérique, sin pronunciar palabra, puso un billete de quinientos francos encima de la mesa. Un camarero lo cogió al pasar y devolvió cuatro billetes de cien. Frédérique solo cogió dos.

—Una propina exagerada, ¿no? —observó Jean-Pierre.

—No, es para ti —dijo ella—. Tu préstamo.

10

El regreso en coche, desde Trouville a la casa, fue silencioso y tenso. El humor de Claude, que seguía dispuesto a bromear y a comentar la velada, chocaba contra la sorda hostilidad de Marie-Christine. Frédérique, desde el asiento trasero, observó el perfil difuso de su hermana y, de repente, sintió piedad hacia ella, con su pañuelo de seda con motivos ecuestres y su broche, caro y feo, prendido en la solapa de la chaqueta azul marino. Recordó el primer novio que tuvo Marie-Christine, antes de casarse con Claude: un alumno de ciencias económicas, siempre vestido con camisas de cuello inglés adornado con una fina aguja dorada que, según sostenía Jean-Pierre, partidario del cuello abrochado con botones, le atravesaba la piel de esa garganta suya de pollo en virtud de una mutilación ritual al uso en la calle Saint-Guillaume.[4] Sin embargo, salvo en lo que se refiere a los botones y a un sentido más vivo de la ironía, pocas eran las diferencias entre Jean-Pierre y aquel pretendiente sosón. Ambos estaban cortados por el mismo patrón, al que Marie-Christine creía haberse amoldado. De repente, la pareja que formaba con Claude parecía menos verosímil. Frédérique siempre la había juzgado armoniosa: confortable, estable, con un toque de grosería, cuando lo cierto era que Marie-Christine solo aspiraba a una distinción frescachona y Claude únicamente anhelaba correr riesgos: conducir a toda velocidad, como en aquel momento —y Frédérique, cada vez que su cuñado entraba en una curva cerrada, apretaba más los labios—, llevar sus negocios como una partida de póquer, relajarse jugando a la ruleta…

Se dijo que, por supuesto, el prestigio de aquella imagen de su cuñado solo se debía a las inesperadas luminarias del casino y ya había empezado a atenuarse. Con todo, en aquel momento hubiera preferido estar a solas con él para poder hablar libremente, para formularle preguntas, para hacerse explicar ciertos detalles del juego, segura de que el otro le respondería competentemente y con simpatía. Era la primera vez que pensaba en la posibilidad de disfrutar con un *tête-à-tête* con Claude. Por lo general no lo evitaba, pero nunca había sabido qué decirle, salvo frívolos comentarios sobre el tiempo, el menú de la cena o los progresos comparados de Aude y de Quentin,

que, concluían, se veían poco. Aquella noche descubría, con sorpresa, que el trato con su cuñado podía implicar otra cosa, que su persona podía convertirse en objeto de su curiosidad, y también que las ocasiones de estar a solas con él no eran muchas, por poco que lo deseara.

Ya en casa, Claude propuso tomar una última copa antes de acostarse. Marie-Christine dijo que se iba a la cama pero que, por favor, no se molestaran por ella. Frédérique, por puro formulismo, intentó retenerla, pero Claude, a espaldas de su esposa, hizo un gesto de indulgencia con el que deseaba explicar que Marie-Christine estaba de malhumor y que de nada serviría prestarle atención.

Por desgracia, durante el trayecto de regreso, Jean-Pierre se había persuadido de que Frédérique, al desairarle en el casino, intentaba sancionar algún error cometido por su parte. No comprendía cuál, pero creía disponer de una buena ocasión, ya sea para hacerse perdonar o para quedar como un gran señor que sabía olvidar las ofensas recibidas. Así pues, se quedó, bromeó, aspiró el licor de ciruela con un experto palpitar de las aletas nasales, se interesó por la edad y las condiciones de su conservación. Tanta condescendencia irritó a Frédérique. Jean-Pierre llevaba a Claude al terreno familiar, aburrido, de los pequeños placeres ofrecidos por la vida a quien sabía disfrutarlos, y, al parecer, en la jerarquía de esos placeres el licor de ciruela no iba a la zaga de la ruleta. Con los pies en los morillos, pregonaba la razonable economía de la voluptuosidad, el doble principio del «cada cosa a su debido tiempo y moderación en todas». Claude renunciaba al aura, al misterio entrevistos en el casino. Recobraba su sello, volvía a ser lo que por un instante había dejado de ser: un nuevo rico jovial, con mucho desparpajo, carente de malicia.

A pesar de todo, Frédérique intentó reavivar la convivencia esbozada en torno a la mesa de juego. Aprovechando el devoto silencio que envolvía el momento de la degustación, preguntó qué números apuntaban algunos jugadores en unas hojitas de papel: ¿los que habían jugado o los que salían?

—Los que salen, por supuesto —respondió Claude tras una pausa, como si se hubiera visto obligado a realizar un esfuerzo para recordar a qué se refería—. Hacen muchos cálculos con intención de adivinar qué número saldrá. Es completamente absurdo.

—¿Absurdo? —protestó Jean-Pierre—. Desde un punto de vista matemático no es tan absurdo como parece. Incluso es el principio del cálculo de probabilidades.

—Sí, es lo que dicen todos…

Claude vaciló con la expresión característica del hombre que, sin dudar de lo que considera evidente, busca el argumento capaz de confundir a los escépticos.

—Sí —prosiguió—, hay individuos que han escrito libros dedicados a explicar sus sistemas. Por cierto, ganan dinero, porque los venden a un precio muy caro; los bobos los compran creyendo que con leerlos ya pueden ir a Montecarlo y hacer saltar la banca. Sin embargo, si realmente existiera un método eficaz, ya se sabría. El cálculo de probabilidades estará muy bien en matemáticas, supongo, o para los ingenieros de la NASA; pero la ruleta no encierra misterios, se rige por el azar. Y eso significa que, según el azar, aunque el 13, digamos, haya salido nueve veces seguidas, a la décima sigue existiendo una probabilidad sobre treinta y siete de que salga, ni una más ni una menos.

—Actualmente —dijo Jean-Pierre con agudeza—, también puedes decir una posibilidad sobre dos. Sale o no sale.

En otro tiempo, irónica y originaria de un código compartido con algunos amigos, la afectación de afrancesar literalmente palabras y giros ingleses se había cronificado tanto en Jean-Pierre que, sin ningún sentido del humor, decía «actualmente» por «de hecho», «estoy asustado» por «me temo» o, con más osadía, «al borde de» por «a punto de».[5] A veces, la gente le pedía que repitiera: creía que Jean-Pierre padecía algún defecto de pronunciación. Algunas personas, que conocían el ambiente en el que había crecido, se extrañaban de que hablara un francés incorrecto y, a veces, tan incongruente. Claude, de quien en cierta ocasión había tomado prestada la expresión «desarrollar la crónica», apropiándosela en otra acepción, no se sorprendía. Sin embargo, pensó que «actualmente» se refería a algún avance reciente de la ciencia que anulaba cualquier posible réplica a la *boutade* de Jean-Pierre, y eso le impresionó.

—No se me había ocurrido —confesó—. Pero, de todos modos, prefiero razonar así que liarme con sistemas. La ruleta es la ruleta, un problema de azar, solo eso. Si deseas hacer cálculos, juega al bridge, al billar. Ahí se trata de prever tu jugada, de producir el resultado o no: si eres bueno, ganas. Por eso juego ahora a esos juegos. Además —concluyó—, Marie-Christine los prefiere.

—¿Jugabas con frecuencia antes? —preguntó Frédérique, mientras Jean-Pierre, inconsciente del tanto que había marcado, añadía con demasiado retraso para que su observación resultara graciosa:

—O al ajedrez.[6]

(Le entusiasmaba, y a menudo aseguraba que si se dejara tentar, no tendría freno, quizá se volvería loco.)

—¡Ay, si yo te contara…! —respondió Claude con una sonrisa de indulgencia retrospectiva—. He jugado a todo: a la ruleta, al black jack, al chemin de fer, al póquer… durante noches enteras. Y, además, a las carreras. En fin, a todo. En aquella época, si llovía y llamabas mi atención sobre dos gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal de la

ventana, inmediatamente apostaba por cuál terminaría antes su recorrido.

—¿Ganabas con frecuencia? —preguntó Frédérique con avidez.

—Ganaba, perdía… Al final la cosa se equilibraba. Bien, no, no es verdad. No es cierto. Cuando juegas, solo lo dejas cuando lo has perdido todo. Esa es también una de las razones por las que los métodos no funcionan. Pues, aunque funcionaran, la gente seguiría jugando hasta que dejaran de funcionar.

Jean-Pierre creyó intuir un fallo en la lógica de dicho razonamiento y abrió la boca para decir algo, pero desistió y se contentó con bostezar. Luego anunció que iba a acostarse. Claude dijo que él también, a despecho de Frédérique, y añadió que a la mañana siguiente se levantaría temprano para ir al mercado con intención de elegir un buen pescado, o quizá un centollo.

—¿Al mercado? —exclamó Frédérique—. Adoro los mercados. Despiértame antes de salir, te acompañaré.

Jean-Pierre enarcó una ceja: no le conocía esas aficiones. Claude dio su palabra a Frédérique. Los tres subieron a sus habitaciones.

11

Frédérique dio un beso a Quentin, que rezongó dulcemente dándose la vuelta en su primer sueño, y se dirigió hacia la habitación que compartía con Jean-Pierre. Cuando, durante una estancia anterior en la casa, comunicó su semirruptura matrimonial a Marie-Christine, la hermana le propuso que ocuparan habitaciones separadas: «La casa es lo suficientemente grande», recalcó con satisfacción. Frédérique se rió y descartó aquella solución, que dramatizaba exageradamente una clase de relación que, a su modo de ver, resultaba muy natural. Insistía en seguir presentando así su situación, lo cual sumía a Marie-Christine en la confusión al tiempo que le confirmaba lo que leía en las revistas femeninas que hablaban del alegre estruendo reinante en los chalets de weekend donde se reunían las familias «fragmentadas»: la primera mujer de uno daba a la segunda una receta de carpaccio de lenguado al kiwi mientras hermanos y hermanastros hacían buenas migas.

Sin embargo, y sin duda debido a que pasar la noche con Jean-Pierre en París se había convertido en algo cada vez menos frecuente hasta llegar a ser un hecho excepcional, un punto final a veladas que la abundancia de copas volvía sentimentales y retrospectivamente algo violentas, a Frédérique le resultaba difícil ahora compartir la habitación con él. No hasta el extremo de obligarla a abdicar de su decisión, pero sí hasta el de preferir acostarse después de Jean-Pierre, o al revés, para evitar, en cualquier caso, el ritual de desnudarse simultáneamente, de apagar luces y del simulacro de conversación destinado a demostrar que no existía, por parte de ambos, ningún resquemor.

Por lo general, trataban de no acostarse a la vez. Así, uno de los dos confesaba, casi excusándose, el repentino deseo de dar una vuelta por el jardín o, si llovía, de escuchar a solas en el salón, en la suntuosa cadena láser, los *Kindertotenlieder* de Mahler o el fragmento del *Frío* de Purcell tan utilizado en cine como música de fondo. Por mucho que se subiera el volumen, la música no llegaba al resto de la casa y los anfitriones, al día siguiente, siempre se mostraban satisfechos al enterarse de que alguien había disfrutado de aquella independencia

acústica, como si su mantenimiento dependiera de un uso regular. Cuando el disco terminaba, uno se dirigía hacia la habitación donde el otro podía fingir estar durmiendo a pierna suelta.

Jean-Pierre se había quedado en el salón el día antes y aquella noche se caía de sueño. De modo que hubo de reprimir su sorpresa al encontrarse con Frédérique en la habitación sin que ella manifestara ni un atisbo de apetencia musical, ni siquiera fingido. Por otra parte, llovía a cántaros, así que no le quedaba más alternativa.

Frédérique se tendió en la cama y encendió un cigarrillo. De aquella transgresión al pacto, Jean-Pierre dedujo que Frédérique se disponía a tomar el cansancio como excusa para obligarle a amortizar dos noches consecutivas los gastos de insonorización interior realizados por su cuñado, o bien que deseaba suscitar lo que ambos llamaban, con ironía entrecomillada, una conversación seria.

Frédérique guardaba silencio y fumaba con la vista clavada en el techo.

—¿Estás cansada? —preguntó por fin, con melosa solicitud.

—No, estaba pensando.

—¿Se puede saber en qué?

—Me preguntaba por qué no has jugado en el casino.

—¿Por qué?

La pregunta le pilló por sorpresa. Se esperaba los habituales reproches por su actitud frente a los anfitriones, o, en el peor de los casos, una revisión de sus pactos. «Mejor sería dejar de verse», y frases por el estilo. En cambio, no comprendía que pudiera reprocharle su abstención en el casino.

—¿Por qué? —repitió—. No sé, la verdad. Para hacer compañía a tu hermana. Y, además, porque jugar no me divierte. Yo no te pregunto por qué no juegas al ajedrez.

Frédérique ya se arrepentía de haber entablado la discusión en aquel terreno. Sin demasiada curiosidad, adivinando la respuesta, preguntó a Jean-Pierre si, cuando había jugado, ya que decía haber jugado, no había sentido excitación. Él dijo que no, que en su opinión eso formaba parte de una mitología más bien ridícula, algo así como la ruda amistad viril entre truhanes. Chaquetas ceñidas, grandes coches deportivos, pulseras, o mujeres trasnochadas con el cabello teñido de rosa: ninguna de las dos cosas era santo de su devoción. Y, además, prefería los juegos en los que, en lugar de abandonarse al azar, era necesario pensar y demostrar agudeza, como el ajedrez, el póquer, el billar en último término…

—Y el Trivial Pursuit —completó Frédérique, con la burlona insolencia de quien cierra con una pirueta una controversia que le resulta ya fastidiosa.

Por otra parte, Jean-Pierre tenía razón: pese a advertir lo que de frágil defensa había en sus bromas, Frédérique compartía un sentido del ridículo fácilmente abonado por ese elemento novelero que envolvía el universo del juego. Lo cual no le impedía abandonarse a la ensoñación ni sentir la atracción de la ruleta.

Frédérique aplastó el cigarrillo, se desnudó rápidamente, sin pronunciar palabra y se deslizó entre las sábanas. Cerró los ojos, de espaldas a Jean-Pierre, esforzándose en no pensar en la ruleta mientras él permaneciera en la habitación. Jean-Pierre dijo: «¡Eh, Frédérique!», en voz baja, luego: «Buenas noches», y luego le oyó salir y cerrar la puerta tras él.

La lluvia repiqueteaba en el tejado. Acurrucada bajo la manta, sujeta con ambos puños cerrados bajo el mentón, empezó a pasar revista, lentamente, a sus vestidos; se veía con los trajes que poseía o soñaba poseer, y ensayaba gestos, en la película repetitiva y maravillosa, hecha de apuestas que se sucedían, de la ruleta que giraba, de las fichas que el rastrillo empujaba hacia ella. Rostros, elegantes siluetas flotaban en el horizonte de su campo visual. Pero ella solo prestaba atención al tapete verde y a sus propios gestos, eficaces, negligentes. Volvía a apostar; cambiaba, descomponía, prolongaba a su antojo la duración de cada frase, gozando de su impaciencia. Sintió que el sueño la alcanzaba sumida en aquel torbellino.

12

Al pedir un billete para Forges-les-Eaux, en la estación de Saint-Lazare, Frédérique se vio a sí misma actuando, con una mezcla de irritación y de nerviosismo, como si tal cosa: paso apresurado, voz neutra, una mujer entre tantas, entre la muchedumbre. La empleada, tras el cristal de la taquilla, le dio el cambio con una sonrisa irónica. Se creyó descubierta: seguro que las taquilleras no ignoraban que, de entre todas las localidades unidas por el recorrido de la línea París-Dieppe, Forges atraía a una clientela muy especial, la formada por aficionados al juego. Debían de estar ya acostumbradas a identificarlos entre el oleaje de viajeros, a distinguirlos de quienes residían en aquella zona. Para matar el aburrimiento del trabajo, quizá incluso organizaran apuestas a costa de ellos.

Frédérique intentó hacer lo mismo en el vagón, todavía inmóvil bajo la techumbre de cristal que filtraba una luz negruzca. Seguro que, entre los pasajeros, había jugadores; pero no sabía cómo identificarlos. El único recuerdo del casino que conservaba apenas le servía de ayuda: el rasgo común entre la gente con la que se había codeado allí era la aparente carencia de señas de identidad, al menos para una neófita. Quizá se reconocieran entre ellos, a primera vista, con una mirada furtiva, con un simple amago de gesto: instintivamente, como al parecer sucedía entre homosexuales, entre masones y, en general, entre los miembros de hermandades minoritarias reclutados de todas las capas de la sociedad a cuyas rígidas estratificaciones oponen una estructura vertical, más secreta, más libre. Quizá alguien la había ya identificado en aquel vagón.

Era un tren sin compartimentos. Se levantó, avanzó por el pasillo para observar mejor a sus vecinos, sobre todo a los solitarios: así imaginaba a los jugadores, como seres que viajaban solos. Había poca gente, ya que había calculado coger el tren antes de la salida de las oficinas, de la hora punta en que la gente regresaba masivamente a las zonas del extrarradio: una señora bajita con abrigo y sombrero de pieles que hacía crucigramas; un hombre bigotudo que miraba pasar el paisaje húmedo de color cardenillo, mientras movía los dedos de los pies en unos mocasines de piel demasiado fina; un hombre entrado en

años, bien protegido del frío con abrigo, sombrero y bufanda, y que hubiera podido pasar fácilmente por el doble de un profesor de matemáticas del instituto, muerto el año anterior. Leía el *Paris-Turf*, hecho que, solo en última instancia y en contra de las apariencias, podía interpretarse como característica propia de un jugador; sin embargo, Frédérique sabía por su cuñado que los jugadores de casino menospreciaban la quiniela hípica y la lotería, no por esnobismo, sino porque consideraban irrisorias las posibilidades de ganar cantidades sustanciosas, mientras la ruleta en realidad era —aunque solía ignorarse— mucho más equitativa. Claude había hecho una demostración basada en cifras, pero Frédérique no comprendió nada en absoluto.

En cualquier caso, el doble del señor Huon se apeó en la parada de Gisors, y la mujer bajita también. Frédérique, de nuevo en su asiento, fijó su atención en el hombre bigotudo, cuyo pie veía balancearse en el pasillo. Solo quedaban ellos dos en el vagón. Él, al levantarse para ir al lavabo, la observó a su vez con curiosidad. Pero, al cabo de veinte minutos, Frédérique se hallaba sola en el andén de Forges-les-Eaux.

A decir verdad, no estaba completamente sola: dos niños, a los que había visto atravesar el vagón varias veces corriendo, se empujaban ya hacia la salida, donde un matrimonio entrado en años, los abuelos seguramente, los esperaba.

Cruzó el vestíbulo de la estación; las taquillas estaban cerradas. En la parada no había ningún taxi para llevarla al hotel donde había reservado habitación. Era de noche, lloviznaba. Tiritó. A unos pasos de distancia, el matrimonio entrado en años y los chavales rodeaban el único coche aparcado —correctamente aparcado— entre las señalizaciones blancas del parking. Se acercó. Hurgó en el bolso en busca de la dirección, pues antes que preguntar por el casino prefería mencionar el hotel, y antes que el nombre del hotel, el de la avenida donde se hallaba el hotel, que, según había sabido por teléfono, dependía del casino y acogía a su clientela. Su temor no consistía en la posibilidad de que la miraran con recelo, sino en la de parecer ridícula y lamentable por llegar de aquel modo, sola, en tren, con su bolsita de viaje y sin saber exactamente adónde iba. Pero la avenida de las Sources era muy larga, dijo el anciano. A Frédérique no le quedó más remedio que nombrar el hotel.

—¡Sí, ya sé! ¡Es el que está frente al casino! —exclamó la anciana mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Le propusieron dejarla en el hotel: a pie era una buena caminata. Subió detrás, con los chicos. El conductor, tras arrancar, le preguntó si había venido para ir al casino.

—No —respondió, ruborizándose—. Pero, si se presenta la ocasión, ¿por qué no hacerlo?

—¡Ah! Está usted haciendo una cura, ¿no? —concluyó la mujer.

Frédérique se dio cuenta de que no había pensado en aquella excusa, no muy halagüeña por cierto, y estuvo a punto de echarse a reír al verse a sí misma sorbiendo tazas y tazas de agua supuestamente benéfica para el reumatismo o la gota.

—No, estoy de paso —respondió, evasiva. El coche siguió a lo largo de un murete de pedernal rematado en adobe. Detrás, se adivinaban oscuros edificios, árboles sin hojas, rejas. Frédérique advirtió que uno de los niños, de la edad de Quentin aproximadamente, la miraba solapadamente, con hostilidad.

—Está usted en su hotel —anunció el anciano, a quien no pudo impedir salir y dirigirse al otro lado del coche, bajo la lluvia, para tener el gesto, inútil, de abrirle la puerta. Frédérique le dio las gracias. Ya de vuelta al coche, el anciano la saludó de nuevo, bajando la cabeza detrás del cristal de la ventanilla. Después, el coche arrancó y la luz de los faros, tras iluminar una curva que se hallaba muy cerca, se extinguió casi enseguida. El rótulo luminoso del hotel se reflejaba en un enorme charco de agua.

La ventana de su habitación, situada en el primer piso, daba sobre una de las letras del rótulo, sobre la *e* de *hotel*. Al otro lado de la avenida, otra luz roja, arañada por un bosquecillo de árboles, señalaba el casino. Durante unos momentos, permaneció con la frente pegada al cristal, algo inquieta por lo que iba a suceder a partir de aquel instante y también a causa del mecanismo que la había arrastrado hasta aquella habitación, perdida en la periferia de una pequeña ciudad de provincias. Mecanismo premeditado, nada que ver con un arrebato caprichoso: había tenido que organizarse, comunicar a Jean-Pierre, ya a principios de aquella semana, que pasaría el fin de semana fuera y que debería ocuparse de Quentin; como era habitual en él, no hizo preguntas. Y ahora nadie, nadie en el mundo sabía dónde se encontraba. Si ocurriera algo que exigiera su presencia urgentemente, resultaría ilocalizable. Imaginaba a Jean-Pierre colgado del teléfono, llamando a los amigos comunes, a la familia, a Corinne y, como último recurso, a los amantes que, con o sin derecho, le toleraba. Era la primera vez que se marchaba sin dejar una dirección, sin que una simple búsqueda permitiera localizarla por eliminación. Antes de salir de París, incluso había arrancado del bloc situado al lado del teléfono la hoja donde figuraba el número del hotel y el horario de los trenes. El examen de su armario permitiría deducir, a lo sumo, que no pensaba ausentarse por mucho tiempo, a menos que, en caso contrario y en vistas a un largo viaje, hubiera preferido no cargar con mucho equipaje. Para quedarse con la conciencia tranquila, para tener la seguridad de haber solucionado el problema, se dijo que, en caso de que preguntaran a Claude por su desaparición, su cuñado quizá

recordara la noche de Trouville, su excitación y que, al día siguiente, al ir al mercado, él mismo le dijo que la ruleta que quedaba más cerca de París se hallaba en Forges-lesEaux, desde la revisión de permisos acordada en Enghien. Aquel posible fallo la irritó, aunque no tuviera intención de prolongar su escapada y le resultara desagradable imaginar la razón por la que podían verse obligados a buscarla con urgencia, ya que, forzosamente, estaría relacionada con Quentin.

Se apartó de la ventana y decidió tomar un baño antes de cruzar la avenida. Mientras dejaba correr el agua, sacó de la bolsa el traje sastre que se había puesto en Trouville y lo colgó de una percha. Luego se desnudó, se sonrió en el espejo ya empañado, situado encima del lavabo, se preguntó si se sentía contenta o a disgusto y no halló respuesta. Pero le sucedía a menudo.

13

El vestíbulo del casino, decorado con frescos que evocaban un universo de marqueses y de fiestas galantes, estaba rodeado por una galería que daba acceso a la sala de juego. Al pie de la escalinata, una orquesta de cuatro músicos interpretaba lánguidamente una pieza de jazz. Delante del estrado, una decena de mesas cuadradas, cubiertas con manteles blancos y desocupadas, de momento, dejaba un espacio libre, circular, que debía de hacer las veces de pista de baile. Detrás, unas cortinas pesadas y polvorientas, de terciopelo rojo, enmarcaban el umbral del restaurante, que Frédérique dudaba en franquear. No sentía mucho apetito y tampoco deseaba dilapidar el dinero previsto para el juego en una comida seguramente cara; además, no le gustaba comer sola en un restaurante. Es decir: nunca solía hacerlo. Pero tampoco solía nunca ir sola a jugar a la ruleta a perdidas ciudades termales. Ya que había llegado hasta allí, ¿por qué no sentarse a una mesa, encargar la cena y beber un poco para disipar el malestar que entorpecía sus movimientos y amenazaba con delatar su inexperiencia?

—¿Mesa para uno? —preguntó el joven camarero que salió a su encuentro.

—Evidentemente —confirmó ella con sonrisa de celebridad que disfruta circulando de incógnito. La acomodaron. La lectura de la carta, que le entregaron de inmediato, le llevó un minuto. Era menos cara de lo que se temía: pidió un plato único y, en compensación, eligió, guiándose por la lista de precios, media botella del mejor vino tinto.

Esperó. La avejentada mediocridad del decorado le inspiraba cierto sentimiento de superioridad; era divertido. Muy cerca de la mesa que ocupaba, una planta prohibía el acceso por una puerta de cristal. Sin embargo, encima de dicha puerta, un cartel verde anunciaba la salida de emergencia. Cada mesa estaba flanqueada por un trinchero donde el camarero, con evidentes deseos de desempeñar sus funciones correctamente, disponía fuentes cubiertas con campanas de metal plateado, calientaplatos y hornillos para flamear los postres.

La clientela era escasa. Una pareja de mediana edad cenaba frente

a frente, sin hablar. Un grupo de seis personas, un grupo familiar seguramente, parecía estar celebrando algo. Aquella gente, pensó Frédérique, había llegado hasta allí por el restaurante, quizá muy estimado en la región, y, después de cenar, no iría al casino. Sin embargo, hubiera jurado lo contrario respecto a otro comensal: un hombre de unos treinta años, corpulento, vestido con una corrección nada rebuscada, que fumaba entre bocado y bocado, y que, solo en la mesa, parecía totalmente ajeno tanto a lo que le rodeaba como al contenido del plato que tenía delante; debía de ser jugador y seguramente se encontraba en el restaurante del casino para comer sin necesidad de abandonar el escenario donde se desarrollaba la acción. O quizá se tratara de un detective privado, encargado de vigilar a la esposa jugadora de un rico industrial de provincias, o al marido jugador de una burguesa desconfiada al estilo de Marie-Christine, y comiera no por apetito, sino para no ahorrar dietas a su cliente.

Ni el hombre ni los demás comensales prestaban atención a Frédérique y, a falta de un público que le brindara la oportunidad de preguntarse qué pensaría de ella, se vio obligada a contemplarse a sí misma con ojos de intrigada espectadora. ¿Qué hacía sola, en el restaurante del casino de Forges-les-Eaux, una noche lluviosa de noviembre, aquella mujer joven y guapa —sí, podía decirse que era joven y guapa, admitió—, vestida con una discreta elegancia, que picoteaba del plato que tenía delante con una sonrisa ausente en los labios? Quizá viajaba por asuntos de negocios y, obligada a realizar alguna gestión en aquella zona, mataba de la mejor manera posible una velada que no había querido pasar con un cliente o un proveedor, su cita de aquella tarde… «¡Indescriptible! ¡No os lo podéis imaginar! Preferí cenar sola…», y contaría aquella cena, en París, con un énfasis burlón, recomendaría el local, su clientela, por su paradójico exotismo. «Yo, que viajo por la Francia profunda…»

No. No, aquella imagen de mujer de negocios, joven, competente, burlona, demasiado activa, no le iba; banalizaba un personaje cuya intencionada imprecisión definía mucho mejor la evasiva respuesta que la propia Frédérique había dado a la pareja de ancianos: «Estoy de paso.»

Una pasajera, sí, una vaga silueta acostumbrada a deslizarse con soltura por los decorados hechos para enmarcar sus huellas, no para delimitar su condición. Sin ataduras, sin destino conocido. Uno desearía retenerla, pero ella escapa, distante incluso cuando está cerca: imperceptible, real, irónicamente; en ningún sitio desplazada, pero en ningún sitio previsible; en los hoteles de lujo, que diríanse hechos para ella, encuentra el medio de desentonar a causa de cualquier insolencia premeditada, y, al contrario, se divierte al encajar, de la manera más natural del mundo, en el mezquino marco

del casino provinciano donde el azar la condujo una noche…

El placer del juego completaba a la perfección aquella envidiable versión de sí misma cuya verosimilitud confirmaba, en la pared de enfrente, un espejo deslustrado. Pero lo ideal, pensó con un repentino rencor, sería que aquel placer y la ocasión de entregarse a él fueran obra de un mayor cúmulo de casualidades; que se hallara en el casino como quien despierta, apenas sorprendido, en una habitación desconocida, o como quien decide, guiado por el ocio, partir hacia el otro extremo del mundo antes del anochecer. En tal caso, se hubiera lanzado a la aventura sin preocuparse por el día siguiente y sin romper con la rutina de una vida dedicada al capricho, a la improvisación, a la dicha fugaz de los encuentros. La premeditación destrozaba aquel sueño de danzarina libertad. Se sentía laboriosa, risible. Se hubiera echado a reír. ¿Podría considerarse una pasajera, interpretar ante sí misma el papel de aventurera de altos vuelos cuando había planeado una escapada tan insignificante con una semana de antelación y había reservado su billete de tren para llegar no a Montecarlo ni a Baden-Baden, sino a un pueblucho conocido por hacer la ruleta más asequible a los pelagatos que podían realizar un viaje de ida y vuelta sin que un exceso de gastos complementarios les reventara el presupuesto?, ¿cuando se había preocupado por reservar una habitación de hotel, alegrándose al descubrir —al igual que le ocurrió con el menú— que era menos caro de lo calculado? (Y, ante aquella grata sorpresa, ¡al diablo la avaricia! ¡Se regalaba media botella del mejor vino tinto!)

Y todo aquello, todo aquello, que era tan poco, ¿para qué? ¿Para jugar? ¿Y por qué jugar? ¿Por pasión, por obra de un impulso irresistible que relegaba a la nada todo cuanto no fuera el tapete verde? ¡Pues vaya! Tales vértigos le sentaban mal. Lo suyo era el deseo de experimentarlos, para hacerse la interesante. Cuando era niña, su padre se lo decía: intentas hacerte la interesante, o: te haces la interesante. Y después se lo repitieron; sin embargo, apenas lo lograba.

La botella, casi vacía, le daba vergüenza. Se le parecía: calculada con exactitud y pretenciosa. Bebió el vino que quedaba, de un solo trago, y pidió la cuenta. Luego se contempló de nuevo en el espejo y se dedicó una mueca que el camarero sorprendió al acercarse para quitar las migas del mantel.

14

Mientras subía los peldaños de la escalera, un recuerdo, igualmente penoso, le vino a la mente. Tendría unos doce o trece años. Su padre las llevó, a Marie-Christine y a ella, a un parque de atracciones y les dio algo de dinero para que lo gastaran libremente, en lo que quisieran. No recordaba qué hizo Marie-Christine con el dinero, solo que ella, Frédérique, prefirió privarse de todo cuanto le resultaba divertido pero caro, el castillo encantado, el viaje misterioso, el paseo en camello, por miedo a agotar su peculio demasiado deprisa, y, en cambio, lo gastó en las atracciones más aburridas y pueriles. Cada cinco minutos, entre dos tiovivos asmáticos, abría su puño fuertemente cerrado para volver a contar las monedas de las que se separaba con gran disgusto, consciente de que estaba estropeando una salida anhelada desde hacía semanas. Al regresar a casa, lloró y nadie comprendió por qué.

Y ahora, al cambiar un fajo de billetes por fichas que no le cabían en las manos, comprendía que se hallaba frente al mismo dilema. Sin embargo, lo había estado pensando desde Trouville. Con la ayuda de un folleto que Claude le había dado, había estudiado, como si se preparara para unas oposiciones, las distintas clases de apuestas, que ahora conocía por sus nombres —pleno, transversal, caballo, seisena… —, y las relaciones entre las posibles ganancias y la suma invertida. Aún no alcanzaba a entender el significado de algunos datos, pero sí había comprendido que podía administrar su capital con audacia o con prudencia, es decir, apostar cada vez a un pleno, con el riesgo de perderlo todo muy deprisa, o bien, para prolongar el placer del juego aun a riesgo de reducir su intensidad, jugar poco a poco y no cada partida; apostar no a plenos, sino a grupos de números, a seisenas, a columnas, o a color. Dichas apuestas, aunque aportaran pocas ganancias, ofrecían más oportunidades de acertar y de mantenerse a flote a quien confiaba en su poco brillante regularidad.

En París, había sopesado los pros y los contras de ambos métodos, había opuesto a la osadía del primero la relativa seguridad del segundo, hacia el que se sentía inclinada por un instinto que entonces no creía urgente combatir. Pero el asco de sí misma que la había

invadido en el restaurante y el episodio del parque de atracciones rememorado en el momento de entrar en la sala la enfrentaron con dureza a una alternativa repentinamente promovida a rango de elección vital y que constituiría la idea que, a partir de aquel instante, tendría de sí misma. No cabía la menor duda: solo podía apostar a plenos. El número carecía de importancia, y, en tal caso, el 36 volvería a servir. ¿No seguía siendo válido hasta marzo?

Sin sentarse, pero procurando que el croupier la viera, jugó una ficha de cincuenta en la mesa más próxima a la entrada. El 36 no salió. Insistió una, dos, tres veces, menos inquieta por perder que por sentirse invadida por la idea atávica, detestable, de que cincuenta francos no significaban mucho, pero cuatro veces cincuenta francos sumaban ya doscientos francos, es decir, la quinta parte de lo que, en el peor de los casos, estaba dispuesta a dejarse en el tapete. Con la mirada fija en el baile de fichas, de rastrillos, de propinas, calculaba: si acertar un pleno suponía ganar 36 veces lo apostado,[7] bastaba ganar a la trigésimosexta apuesta para recuperar sus fondos y rehacerse, al menos, de las treinta y cinco precedentes. Ganar antes de llegar a ese límite produciría beneficios; perder una vez superado significaba perderlo todo.

Aquella cifra la reconfortaba. Creía que treinta y seis oportunidades bastaban ampliamente para forzar la suerte, y que resultaría sorprendente agotarlas en vano. Entonces, se mordió los labios: se dio cuenta de que no tenía suficientes fichas para llegar hasta el final. ¿Por qué había caído otra vez en el error de no pedir cincuenta fichas de veinte? En tal caso, habría jugado con más tranquilidad.

Otra idea cruzó por su mente: si dejaba de apostar durante algunas jugadas, ¿no llegaría a la decisiva, a la de la suerte, sin haber sacrificado sus municiones en las anteriores? No, era una tontería: la jugada decisiva podía ser cualquiera de las anteriores. Comprendió que se había forjado una idea falsa: la de creer que si un número tenía una posibilidad de salir sobre treinta y seis —no, sobre treinta y siete: no había que olvidar el cero—, en consecuencia, debía hacerlo cada treinta y siete jugadas. Y, en realidad —era evidente, pero extrañamente difícil de asimilar—, tanto podía salir tres veces seguidas como hacerse esperar durante toda una noche.

Imposible prever nada. Sin embargo, algunos jugadores lo intentaban. En la mesa había tres apostantes que, como ya había visto hacer en Trouville, anotaban los números anunciados por el croupier, formaban columnas de cifras y, seguramente, calculaban la inminente salida de un determinado número que había salido poco y que, por lo tanto, tenía que volver a salir, o que, por el contrario, salía a menudo y podía seguir saliendo con la misma frecuencia. Frédérique recordaba

los sarcasmos de Claude. En principio, los consideraba fundados, pero ninguno de los jugadores que anotaban los números que iban saliendo debía de ignorar aquel criterio y, sin embargo, seguían insistiendo. Aquel misterio la impresionó. En el fondo, ella misma seguía un razonamiento análogo al persuadirse de que a fuerza de apostar por el 36 acabaría por salir. Sí, no cabía la menor duda; incluso resultaría sorprendente —no imposible, pero sí sorprendente— que no saliera antes de finalizar la noche. Sin embargo, era muy probable que, entonces, ella ya no tuviera dinero. No, era poco probable, se corrigió: poco probable, eso, eso era lo que tenía que meterse en la cabeza.

Al advertir que sus reservas disminuían y que la noche apenas acababa de empezar, Frédérique decidió hacer una pausa. Apostó una vez más y, en cuanto anunciaron el resultado, se alejó de la mesa y se dirigió hacia el bar, situado en un rincón de la sala. Al encaramarse al taburete, en el extremo de la barra, de espaldas a la pared, pensó que sería razonable evitar el alcohol para mantener la serenidad. No obstante, cuando el barman le preguntó qué desearía tomar, pidió un gin-tonic.

Absorta en el juego, apenas se había fijado en lo que sucedía a su alrededor. Vistos de cerca, codo a codo, los jugadores solo se diferenciaban por su manera de colocar las fichas, por el carácter de las órdenes que daban al croupier y por los cálculos o los impulsos que estas revelaban. Se resumían en su modo de jugar. Algunos metros de distancia les restituían una identidad. Volvían a ser personas, de nuevo poseían una nariz, tics, trajes, un aspecto que decidió observar detalladamente, como quien se esforzara por respirar hondo y regularmente para calmar los rápidos latidos de su corazón. Pero cuando se detenía en un rostro, el juego volvía por sus fueros, lo oscurecía, modelaba la expresión de ese rostro cuya mirada, imantada, buscaba el desenlace de la apuesta en el tapete verde que una sucesión de cabezas y de nucas inclinadas ocultaba a Frédérique. Entrecerraba los ojos, miraba hacia otra parte, pero en otra parte veía lo mismo. No conseguía centrarse; su atención flotaba sobre ese campo visual donde hervían gentes tan parecidas como pueden llegar a serlo quienes piensan lo mismo a la vez, tan parecidas y diversas como las que viajan en un vagón de metro. Los jugadores de la sala se le representaban aún más concentrados que los que aparecían en su recuerdo de Trouville, seguramente porque también ella lo estaba y comprendía mejor el fenómeno. Nadie se preocupaba por su aspecto externo ni prestaba atención al de los demás. Quienes creían ir bien vestidos —muy pocos— iban fatal; la mayoría cumplían, sin más, las condiciones imprescindibles requeridas para ser admitidos en el local. Una vez más, el traje sastre de seductora distante hubiera bastado para clasificar a Frédérique —en caso de que hubiera alguien capaz de

apreciarlo— entre las elegantes de la reunión.

Al volverse para contemplarse en el espejo situado detrás del bar, entre los reflejos de las botellas, reconoció al muchacho obeso del restaurante, sentado a tres taburetes de distancia. Acodado en la barra, pensativo, bebía una cerveza. Entre sorbo y sorbo, en lugar de dejar la copa en la barra o, al menos, bajar la mano que la sostenía, la mantenía en contacto con sus labios delgados, subrayados por un fino ribete de espuma. Un ligero movimiento de la muñeca le bastaba para que la cerveza, probablemente tibia, se deslizara hacia la garganta. Las solapas de su americana negra se veían llenas de caspa. Alzaba los ojos, velados por pestañas muy largas pero también cubiertas de motas blancuzcas, por encima de la copa y su mirada iba y venía, recorriendo la sala con una atención mortecina. A Frédérique, que en el restaurante no lo había visto de cerca, se le antojó repugnante: con pinta de bedel descuidado y mal pagado, y, sin embargo, ¡jugaba! ¿Con qué dinero, Dios santo, con qué ahorros del miserable sueldo que debía de cobrar? Quizá se equivocara; quizá se tratara de uno de esos herederos ligeramente tarados que deslucen las mejores familias. En las plúmbeas reuniones plenarias que la familia de Jean-Pierre celebraba cada año en la calle Las-Cases, aparecía un primo taciturno, igual de pálido y corpulento y también con las uñas sucias. Aunque se lo habían repetido muchísimas veces, Frédérique seguía sin saber si era filatélico, taxidermista o radiestetista aficionado, pero de lo que sí estaba segura era de que poseía una fortuna, una gran fortuna, aunque administrada por un consejo tutelar dispuesto a impedirle que la disfrutara a su antojo, es decir, que la donara a la actriz Brigitte Fossey. Su pasión, epistolar y no correspondida, por dicha actriz databa de la época en que vio la película *Juegos prohibidos*, y él movía su enorme cabeza en señal de obstinada negación cuando, para fastidiarle, le aseguraban que la estrella se había estropeado mucho con el tiempo. En cualquier caso, el primo, aunque privado de la libre disposición del capital, recibía una sustanciosa pensión que bien podía dilapidar en la ruleta, mientras que Frédérique se sentía ya presa de la inquietud por estar perdiendo mil francos.

Empujada por una mezcla de superstición, dispuesta a obcecarse en cualquier objeto, y de curiosidad, dado que deseaba averiguar si el gordo jugaba fuerte, decidió no volver a la mesa de juego hasta que lo hiciera su vecino. El hombre apuraba la cerveza, sorbía las últimas gotas adelantando el labio superior con un ruido de succión. Frédérique cruzó las piernas, en un impulso de coquetería a nadie dirigido, ya que el joven gordo no la miraba, nadie la miraba y nadie había a su alrededor —y menos él— cuya mirada deseara atraer. De repente, con la rapidez y la agilidad insospechadas de las que a veces hacen gala los obesos, el joven se giró sobre el taburete, para quedar

mirando a la barra, en la que dejó su copa en el momento en que el barman pasaba frente a él. El hombre lo cogió por el brazo y, con voz sorda, le dijo:

—Dime un número, el que vaya a salir ahora mismo en aquella mesa.

Sorprendido en plena acción, mientras se disponía a salir de detrás de la barra para llevar una bandeja a la sala, el barman, un insignificante pelirrojo de cara llena de acné, sin edad determinada, en lugar de desprenderse de la mano del joven gordo, como Frédérique esperaba que hiciera, se quedó inmóvil, adoptó una expresión profundamente reflexiva y, luego, con una sonrisa astuta, espetó: «El 37», y reanudó el movimiento interrumpido.

—No, hablo en serio —protestó el hombre, que se volvió rápidamente para seguir al barman al otro extremo del bar.

—¡Ah, bien! Si va en serio, el 36. Palabra. —Guiñó un ojo, gesto que también iba dirigido a Frédérique, y se alejó.

El joven gordo inclinó la cabeza y se deslizó del taburete. De los bolsillos deformados de la chaqueta sacó un revoltijo de fichas de varios tamaños cuyo valor pareció calcular a ojo, sin contarlas. Acto seguido, introdujo de nuevo las fichas en el bolsillo y se encaminó hacia la mesa más próxima.

Frédérique pensó que aquel hombre contaba con qué resistir durante mucho más tiempo que ella. ¿Qué hacer, pues? Renunciar al 36 para no imitarle significaría otorgarle demasiada importancia. Mejor permanecer fiel a su número, pero en otra mesa: le resultaba muy desagradable imaginarse a sí misma colocando sus modestas fichas junto a las más grandes del joven y, en caso de que él lo advirtiera, arriesgarse a dar la impresión de que daba crédito al consejo del barman y pretendía aprovecharse, así, de su posible suerte. Además, la perspectiva de compartir la euforia del triunfo con el gordo no era nada seductora. Dejó un billete encima de la barra y, al realizar el gesto de pagar, se dio cuenta de que él no lo había hecho; luego, se acercó a la mesa a la que el hombre ya se había sentado y se quedó de pie, detrás de él. Seguro que ya había apostado: dos fichas de cien francos cubrían el 36. El croupier lanzó la bola. Quiso alejarse para no ver qué número salía, pero permaneció inmóvil, convencida de que se pondría a gritar si era el 36, o hundiría sus uñas en la reducida tonsura lechosa de su rival, sobre quien se inclinaba. Los cabellos oscuros y grasientos, que de ordinario debía de peinar de modo que ocultara un inicio de calvicie, se rizaban sobre la frente perlada por algunas gotas de sudor. Se esforzó por volver la mirada hacia la ruleta; en vano intentó descifrar los números que giraban vertiginosamente. La bola corría en sentido contrario por la superficie de la rueda, chocaba contra las molduras de cobre que jalonaban el

perímetro, zigzagueaba, perdía velocidad, parecía vacilar y, por fin, se deslizaba en una casilla.

—¡Cuatro, negro, par y falta! —anunció el croupier.

Sin embargo, cuando distribuyeron las ganancias, el joven gordo recibió dos fichas grandes. Sorprendida al principio, y dispuesta a denunciarlo, Frédérique comprendió que, además de apostar al pleno, el hombre debía de haber hecho también una apuesta simple y, aunque la posibilidad de imitarle le desagradaba, pensó que tal combinación no era mala idea. Pero para llevarla a la práctica se necesitaban más recursos de los que obraban en su poder.

Reaccionando contra el embotamiento, se abrió camino hacia otra mesa, la más apartada. No dejaba de pensar en el gordo; seguro que se empeñaría en seguir apostando al 36 hasta que saliera, treinta y seis veces si era necesario, e incluso más, quizá, en contra de toda lógica. Estuvo tentada de rendirse, de abandonar, con su número, una competición que ella sola había entablado pero que cargaba de tensión el eje invisible que atravesaba la sala, desde la mesa situada más cerca del bar a la más inmediata a la puerta. Sin embargo, sabía perfectamente que jugar a la ruleta no significaba jugar contra el vecino de mesa, sino contra el azar y contra la caja del casino. Sabía que otros jugadores debían de estar apostando al 36 en otras mesas y en aquel mismo momento, y que su posible victoria no la perjudicaría en nada. No obstante, temía que el gordinflón agotara en beneficio propio las oportunidades de salir que pudiera tener el 36 en todas las mesas de aquel casino y quizá en todas las mesas de todos los casinos del mundo. En contra de todo razonamiento, le parecía que el hecho de saber que aquel hombre jugaba al 36 disminuía sus propias posibilidades de ganar; sin embargo, no quería rendirse. Para intentar volver a entrar en razón, antes de sentarse —pues esta vez decidió sentarse—, se limitó a fumar un cigarrillo, despacio, sin lograr abstenerse de sacudir la ceniza, con más frecuencia de lo necesario, en un cenicero tan repugnante, en su estilo, como su rival.

Se trataba de un cilindro de bronce, cubierto por una rejilla metálica y lleno de agua, a cuyo contacto la ceniza producía un chisporroteo apenas audible pero que, una vez percibido, resultaba odioso. Al parecer, la función de la rejilla consistía en obstruir el paso de las colillas; sin embargo, bastaba inclinarse para verlas flotar en la superficie del agua. En cuanto a lo que habría debajo… Frédérique imaginaba las profundidades de la columna como una cloaca de cenizas sumergidas, papeles y filtros en descomposición, que llevaban semanas, quizá años, macerándose. Reprimiendo una arcada, antes de tirar su colilla, se preguntó cuántas oportunidades tenía de franquear el obstáculo de la rejilla y de hundirse en la tisana negruzca. ¿Una sobre dos? ¿Una sobre treinta y seis? Difícil de calcular, y, además, no

era el mejor medio para tranquilizarse. Pero ¿de qué servía tranquilizarse? ¿Qué influencia tendría su calma o su excitación sobre la trayectoria de la bola? Cerró los ojos, soltó la colilla, con el extremo incandescente apuntando hacia abajo, justo encima del cenicero. Al oír el chisporroteo, inconfundible, sonrió, abrió de nuevo los ojos y se dirigió hacia la mesa de juego.

No había sitio para sentarse. Prefirió esperar a que quedara libre algún asiento y no vio salir el 36 en ninguna de las vueltas que la ruleta dio mientras duró su espera. La euforia la invadió. Dirigió la mirada, varias veces, hacia la mesa situada junto al bar; había demasiada gente, no vio a nadie.

Por fin, una mujer bajita, con las mejillas muy empolvadas, abandonó su asiento al lado del croupier al que un colega dio una palmada en el hombro y sustituyó mientras Frédérique se sentaba. Al alzar la vista hacia el nuevo croupier y ver sus patillas rizadas, creyó reconocer en él al que oficiaba en la mesa del joven gordo. Daba igual, de todos modos jugaría: dos fichas por partida, una al 36 y otra a color, rojo o negro alternativamente, con la esperanza de limitar los estragos. Así, ganó dos fichas en la primera partida y algunas más en las siguientes; pero, al cabo de media hora, cuando ya volvían a sustituir al croupier, no le quedaba nada.

Se levantó. Permaneció unos minutos de pie, detrás de los jugadores, contemplando la mesa donde los demás apostaban de nuevo. No se fijaron en su marcha más de lo que ella había notado su presencia.

De regreso al bar, con la cabeza vacía, echó un vistazo hacia la mesa de su rival. Ya no estaba. Lo buscó por los alrededores inútilmente. Hurgó en el bolso con la esperanza de encontrar alguna ficha que se hubiera deslizado por el forro. Solo le quedaban setenta francos y el talonario de cheques. Pidió otro gin-tonic.

—¿Hay suerte esta noche? —preguntó el barman.

Negó con la cabeza.

—Llegará. No hay que desanimarse: siempre acaba por llegar.

—¿Y al tipo que estaba aquí hace un rato, al que usted le aconsejaba el 36, cómo le ha ido? —preguntó.

Entonces fue el barman quien, con una mueca, negó con la cabeza.

—No, sintiéndolo mucho —confesó—. Y ahora está borracho como una cuba. Hay que jugar al 37, ya se lo aconsejé.

Y le guiñó un ojo, satisfecho de su broma y, a la vez, sinceramente apenado por la mala suerte ajena que le privaba de una propina. Frédérique sonrió. La certeza de que el gordo había abandonado el casino sin haber obtenido el favor del 36 azuzaba su belicosidad. No había apostado treinta y seis veces: debía intentarlo otra vez, apostar

los cuarenta francos que le quedarían después de pagar el gin-tonic.

Vació su copa y corrió hacia la caja. Con ayuda del alcohol ni siquiera temió un gesto de condescendencia por parte del cajero, que le dio dos fichas de veinte: sus últimos cartuchos, a no ser que…

—¿Aceptan cheques? —preguntó.

El cajero respondió que, sintiéndolo mucho, no —el uso de la expresión «sintiéndolo mucho» parecía muy extendido entre el personal del casino—, por no disponer de informes bancarios que, sintiéndolo mucho, el casino no estaba en situación de recibir antes de un plazo determinado. ¿No había en aquella zona un cajero automático? «Sintiéndolo mucho, sí», creyó oír, pero su interlocutor solo dijo «sí», a secas, antes de indicar que el cajero automático se encontraba en el Crédit du Nord, en la plaza de la República; bastaba con subir por la avenida de las Sources. Frédérique cogió las fichas, las perdió en una sola apuesta —ni el 36, ni par— y salió de la sala con paso decidido tras asegurarse de que el ticket de entrada era válido hasta las cuatro de la madrugada, hora de cierre del local. Era la una menos cuarto.

En el guardarropa, donde recogió su trench-coat, dijo que no tenía dinero suelto, pero que volvería al cabo de un momento. Frente a las mesas desocupadas, los músicos, agotado ya su repertorio probablemente, interpretaban la misma melodía que había oído al entrar.

15

El aire frío, cortante, despejaba su embriaguez. El día antes, pensaba mientras caminaba, había sacado de un cajero automático el dinero que acababa de perder; según el límite de reintegros semanales establecido por el banco solo tenía derecho a ochocientos francos. Tal restricción no la desanimó: el 36 no tardaría en salir. Tampoco temía que saliera en su ausencia. Caminaba deprisa, con las manos en los bolsillos del impermeable, y, de vez en cuando, reía, echaba la cabeza hacía atrás y levantaba el rostro hacia el cielo: todo se le antojaba cómico, excitante.

Enseguida se encontró en pleno campo y comprendió que, al salir del casino, se había equivocado de dirección. La avenida se había convertido en una carretera en la que, a lo lejos, aparecieron los faros delanteros de un coche. Se detuvo al borde de la cuneta, con la esperanza de que el coche parara y la recogiera. A medida que el coche se acercaba, los faros se fueron separando insólitamente entre sí. Al cabo de unos instantes, dos motos pasaron de largo rugiendo. Rió, exhaló un suspiro y rehízo el camino. Volvía a llover: una lluvia fina, pertinaz, de las que suelen durar hasta la mañana siguiente. Cuando llegó de nuevo a la altura del casino, se le rompió un tacón. Sin embargo, siguió adelante, cojeando. Quiso correr para entrar en calor, pero estuvo a punto de caerse y recobró el paso normal refunfuñando. Después de pasar por el puente del ferrocarril —recordó haberlo cruzado por debajo, en coche—, las tiendas cerradas, con las puertas metálicas echadas, le anunciaron que se acercaba al centro de la ciudad, o a lo que se consideraba como tal. Empapada, tiritando, llegó a una plaza y divisó el rótulo apagado del banco. En lo alto del cajero automático, que encontró empotrado en la pared, un letrero rojo, casi despegado y destrozado, anunciaba: FUERA DE SERVICIO.

Permaneció boquiabierta y petrificada durante unos momentos, esperando un milagro. Después, golpeó el cristal de la agencia bancaria con los puños sin conseguir hacer mucho ruido. De haber estado acompañada, habría estallado en un ataque de nervios y hecho responsable de su mala suerte a su acompañante. Sola, se sentó en un

banco y se quitó el zapato salón. El tacón, colgaba medio despegado de la suela. Intentó arreglarlo, para mantener las manos ocupadas en algo. El barro manchaba sus medias hasta media pierna. Seguía lloviendo; ninguna luz, ningún ruido se filtraba a través de los postigos de las ventanas de las casas, cuidadosamente cerrados. Nadie pasaría por aquella plaza hasta el amanecer; nadie, excepto ella, pisaría el pavimento de aquellas calles. Y encontrar dinero en metálico, por la mañana, en domingo, no sería fácil. Ningún tendero aceptaría un cheque a cambio de dinero. Quizá sí, si el valor del cheque fuera más elevado. De todos modos… Se acordó de un test ideado por un sociólogo, que Jean-Pierre le había comentado: se abordaba a la gente, por la calle, con la intención de venderle un billete de quinientos francos por cuatrocientos. Casi todo el mundo rechazaba la oferta. Imaginaba la cara del dueño del bar al que propondría una transacción por el estilo: frunciría el ceño, se hurgaría una oreja y, con voz estentórea, repetiría, para gran regocijo de los ángeles del infierno de Forges-les-Eaux que se habían cruzado con Frédérique por la carretera y se reunían cada día en el Café de la Esquina o en el Bar de Enfrente: «Así que necesita dinero en metálico, ¿eh? (risas, por supuesto). El casino, ¿verdad? Comprendo…», y, sin mala fe, explicaría que tenía montones de cheques sin fondos como aquel, que había conocido a muchos jugadores sin un céntimo, dispuestos a venderse la camisa y que, sintiéndolo mucho, no.

Quizá tuviera más suerte en el casino: no con los empleados, obligados, sintiéndolo mucho, a cumplir el reglamento, sino con algún jugador satisfecho, algo ebrio y generoso. Debía de suceder con frecuencia. Pero para abordar a alguien se necesitaba tener mucha cara. Temía que le faltara, y también que la confundieran. Sin embargo, no cabía otra solución: o eso o regresar a París a la mañana siguiente. O vender el billete de vuelta en la estación. Sacaría tres fichas de veinte, una miseria. ¿Por qué no había ido más lejos, mucho más lejos, al casino de Vladivostok, por ejemplo, y en primera? Ahora, como último recurso, dispondría de un billete del Transiberiano para cambiar por fichas. Se echó a reír, le dio un hipo que desembocó en ataque de tos y se dio cuenta de que sentía un frío terrible, temblaba de pies a cabeza. Un último examen al zapato maltrecho, antes de calzarse para reemprender el camino, le recordó que el 36 era también su talla de pie. Un atributo, pensó, menos fugaz que la edad: incluso en marzo de 1987 podría seguir jugando con sus pies. El chiste le hizo gracia. Se lo repitió y, sin dejar de toser ni de tiritar, se dijo que era una suerte no calzar el 40 ni el 37.

Eran casi las tres de la madrugada cuando se volvió a encontrar delante del casino. Dudaba entre entrar o no, pensando que para sablear a alguien era preferible presentarse con mejor aspecto y no así,

cojeando, deshecha, calada por la lluvia, con los cabellos empapados pegados a la cara y una risa nerviosa de despecho y agotamiento. Mejor no quemarse. Además, el casino cerraría casi enseguida: no tendría tiempo.

Dio media vuelta y subió la escalera del hotel. El portero de noche, que hojeaba una revista detrás del mostrador de la recepción, le dirigió una mirada llena de asombro antes de entregarle la llave. Frédérique se quitó los zapatos, esperó el ascensor y, una vez en el interior, se contempló en el espejo: la luz del techo no le favorecía en absoluto.

Al llegar al primer piso, donde se hallaba su habitación, tuvo un presentimiento y pulsó el botón del tercero. Con los zapatos en la mano, el aliento contenido, avanzó por el largo pasillo mal iluminado. Los números brillaban débilmente en las puertas. La sangre, al golpearle en los oídos, producía un ruido que oía como de muy lejos. Se detuvo delante del 36. La iluminación, accionada por temporizador, se apagó entonces. Por debajo de la puerta se filtraba un rayo de luz. Permaneció mirándolo, inmóvil, en la oscuridad, durante unos instantes, atenta a los ruidos capaces de delatar alguna presencia en el interior de la habitación. No oyó nada. Levantó la mano a la altura del picaporte, pero no se atrevió a llevar a término el gesto iniciado. Algunas copas de más quizá le hubieran proporcionado el valor necesario para llamar, o para entrar sin hacer ruido, para acostarse por dinero con el huésped de la 36, al que suponía el gordinflón del casino. No, si él hubiera elegido aquella habitación no hubiera preguntado al barman a qué número le aconsejaba apostar. Y ella, por su parte, no sería capaz de acostarse con él. Ni de pedir nada al dueño de un bar ni a otro habitante del hotel. Y no disponía de medios para probar suerte con algún jugador del casino: ya no tenía con qué pagar la entrada: solo disponía de su billete de vuelta y de billetes de metro para llegar a la calle Falguière desde Saint-Lazare. Así, pues, debería regresar por la mañana. La exaltación del paseo nocturno la había abandonado. Permanecía de pie, descalza, con los brazos a lo largo de su impermeable mojado, en la oscuridad de aquel pasillo de hotel. Sin un céntimo, con la nariz taponada, ligeramente borracha. Sin embargo, no se sentía desgraciada. La escena la hizo sonreír con una malicia embotada: esa era ella, la aventurera capaz de todo, de errar por Forges-les-Eaux *by night* o de entregarse al primero que llega para satisfacer su vicio. Encantada. Siguió riendo, silenciosamente. Entonces, el huésped de la 36 carraspeó y apagó la luz. «OK», murmuró Frédérique. «Se acabó. Otra vez será», y bajó al primer piso.

16

El domingo, Quentin regresó del Jardín Botánico, donde lo habían llevado sus abuelos, con un principio de anginas que era necesario cortar. Faltó tres días a clase, contento de quedarse en cama y exagerando, con fuertes temblores, los síntomas de una fiebre demasiado baja para su gusto. Exigía que le tomaran la temperatura por vía oral porque lo consideraba más digno, y, a sabiendas de que dicho método registraba dos grados menos, los añadía autoritariamente. Con el termómetro en la boca, como Donald cuando estaba enfermo, se indignaba de que su madre quisiera verificar la temperatura. Dado que los primeros días de la semana tenía pocas clases, Frédérique pasaba mucho tiempo con él; trasladó la tele a su habitación, le leía en voz alta y le contaba cuentos, emocionada por sus observaciones, por su vivacidad, por su inocente picardía. Se reprochó el hecho de dedicar a su hijo un amor superficial, insuficientemente exaltado. Solo el año del nacimiento del niño, y quizá el siguiente, había establecido una tregua en el ensimismamiento egocéntrico al que se entregaba desde la adolescencia. Los gemidos del lactante, sus sonrisas, su manera de cogerse los pies con las manos y luego su primer diente, sus primeros pasos, las primeras palabras… se le antojaron experiencias inéditas, extraordinarias, que, consecuentemente, la convertían a ella en un ser único. Paradójicamente, el más común de los acontecimientos, común a la mayoría de las mujeres, había saciado su sed de singularidad, y la conciencia de dicha paradoja, lejos de relativizar la magia, realzaba la evidencia, el misterio, la plenitud. Dejó de sufrir por las constantes comparaciones. Quentin la había reconciliado consigo misma, la había colmado. Gracias a él, se bastó a sí misma durante un tiempo: era ella misma y ninguna otra, era ella misma sin deseos de ser otra, porque era la madre de aquel niño y no de otro. A Frédérique, que se había burlado de los padres extasiados ante su niñito, de su enternecimiento tontorrón, de su indiscreto proselitismo, no le importaba imitarlos o incluso se complacía en recordar su superada intransigencia y frecuentar a quienes, sin haberse decidido a dar el paso, seguían manteniéndola; exhibía ante ellos la suave y benévola intolerancia del converso que se halla en posesión de la verdad y no confía en ningún

razonamiento capaz de inducir al conocimiento verdadero a quienes siguen en el error, pero les desea que, algún día, se sientan tocados por la luz que transforma la necedad en gracia, la servidumbre en libertad y la banalidad en indecible milagro.

Sin embargo, acabó por acostumbrarse. Sus amigas tuvieron hijos. No quería menos a Quentin, pero aquel amor, al mismo tiempo que iba siendo correspondido, dejaba de repercutir en ella, de convertirla en algo precioso e incomparable a sus propios ojos. Quentin seguía siendo Quentin, y Frédérique, su madre; pero también era una mujer joven entre tantas, una joven profesora que pronto sería menos joven. A veces, como el día de la elección de nombres de pila, tenía la sensación de que arrastraba a su hijo impar hacia su propio destino, el de los semejantes, el de los intercambiables, el de la gente que nace, vive y muere sin dejar huella. Por fortuna, experimentaba aquella sensación con poca frecuencia; se trataba de una idea fugaz, y tres días a solas con el niño, gracias a unas anginas, devolvían a Quentin una identidad. Una identidad en cuya definición se enfrentaban el deseo y el temor a la originalidad. Soñaba con un hijo excepcional, sin saber exactamente en qué; pero habría detestado que portara los estigmas del niño demasiado precoz, introvertido, distinto, con la nariz siempre hundida en los libros —como Jean-Pierre a su edad, según contaba, encantada, la familia paterna—, y, a juzgar por el resultado obtenido, prefería que Quentin manifestara menos placer por la lectura que por el skateboard, y que, al hablar, se expresara con las palabras que empleaba todo el mundo, los chavales de su edad y la televisión, con la risueña seguridad del conformismo. En boca de Quentin, dichas palabras se convertían en signos de soltura social, de perfecta adaptación, naturales y encantadores en un niño sano, rodeado de amigos y de amigas que se le parecían y que, como él, se abrirían camino en la vida sin demasiados sinsabores.

Los amigos, precisamente, iban a visitarle a la salida del colegio con el pretexto de mantenerle informado y de que no se rezagara en las clases. Entonces, Quentin se sentía dividido entre el deseo de parecer enfermo y el de participar en los juegos que, iniciados alrededor de su cama, no tardarían en propagarse por todo el piso. Los chicos, conociendo por experiencia la pasividad de Frédérique, la rodeaban de halagos —«¡Tu madre mola mucho!», declaraban en voz alta— que minaban su autoridad. Y ella se resignaba a ejercerla solo en casos extremos, cuando, por ejemplo, querían pillar a Quentin y el azar lo llevaba al balcón, en pijama, risueño y descalzo.

El miércoles, a última hora de la tarde, Jean-Pierre acudió a echarle una mano, le llevó un Tomás el Gafe a Quentin, persiguió a los chicos por el pasillo gritando «*Rontudjû*!», se arrastró por los suelos y, en resumen, hizo de padre simpático y divertido con un celo que,

teniendo en cuenta su efectiva presencia, irritó ligeramente a Frédérique. Bajó a la charcutería a comprar algo para comer y se quedó a cenar. Según su costumbre, evitó formular preguntas concretas y solo se interesó por saber si el finde de Frédérique se había desarrollado de acuerdo con sus deseos. Y, a continuación, aunque era pronto para plantearlo, le preguntó si pensaba pasar las vacaciones de Navidad en Île-aux-Moines o si tenía otros planes. Frédérique reconoció los discretos procedimientos inquisitoriales que, con el pretexto de una concertación referida a Quentin, les permitía a ambos asegurarse de que nada, es decir, ningún ligue acaparador, amenazaba el lugar que cada cual ocupaba en la vida del otro. Así, pues, tuvo la oportunidad de regocijarse inquietando a Jean-Pierre al comunicarle que, en efecto, tenía otros planes y que le confiaría a Quentin durante las vacaciones.

—Bien —dijo Jean-Pierre—, de acuerdo.

Durante el silencio que siguió, Frédérique pensó, divertida, que seguramente Jean-Pierre se quedaría tranquilo —sorprendido y confuso, pero tranquilo en el fondo— si supiera cómo había pasado el fin de semana y cómo planeaba pasar los diez días de Navidad, libre de toda preocupación. Y Jean-Pierre, pensó también Frédérique, se equivocaría; lo que hacía que, aunque contradictorias, fuesen ya dos las razones que tenía para no contárselo.

17

Al final, no tuvo que esperar a Navidad para largarse. Cuando, ya recuperado Quentin, Frédérique reanudó su trabajo en la escuela, un movimiento de protesta, al que apenas había prestado atención pero que, desde finales de noviembre, había prendido fuerza entre los alumnos de segunda enseñanza, adquirió repentina importancia y desembocó en una gran manifestación. La respuesta de la policía y la colérica torpeza gubernamental se encargaron de avivar la llama y, entonces, incluso la tranquila escuela de Frédérique se encontró en pie de guerra. El primer día de clase, tales acontecimientos constituyeron una agradable sorpresa.

Hacía diez años que había dejado de estudiar para dedicarse, casi sin transición, a la enseñanza. Al cruzar al otro lado de la barrera, consideró que ella no había cambiado, que eran los estudiantes, los alumnos de los institutos, los «jóvenes», como le horrorizaba oír, quienes se habían transformado. Cuando apenas había abandonado el universo estudiantil, en el que pensaba conservar un pie sin dificultad, todos los valores venerados en una época cedieron frente a otros que los contradecían por completo. Creía que en sus tiempos se cultivaba la insurrección, la pereza, la insolencia y, a la vez —o quizá a continuación—, el fervor militante y el orgullo de escurrir el bulto, el desprecio hacia los viejos imbéciles, ya fueran profes, policías o políticos, el dinero, la jerarquía social y los esclavos que se empeñaban en trepar. Y luego, gracias a un cambio sin duda insidioso, y que Frédérique situaba en el momento en que *ella* había abandonado el mundo estudiantil, la meta consistió en triunfar en la vida. Para ello, había que estudiar con tranquilidad, sin perder el tiempo en distracciones inútiles como el sexo, la droga, la política e incluso la cultura desinteresada; el deporte estaba permitido, porque mantenía en forma. Limpios y ufanos, satisfechos de vivir en casa de sus padres, aspirando sin pudor a hacer carrera en el campo de la informática, la bolsa o la creación de empresas —actividad considerada como un fin en sí mismo—, tan indiferentes al destino de los condenados de la tierra como al ridículo de sus poseedores, los jóvenes, según Frédérique, caían en una incomprensible ligereza al tomárselo todo en serio.

A decir verdad, en casi diez años de estudios, ella misma había sido testigo y parte de un deslizamiento parecido, que, en los años setenta, había arrastrado a sus amigos de Vincennes desde un compromiso político un tanto grandilocuente a una actitud de derrotismo irónico, de ataraxia burlona y desabrida a la vez, a convertirse en observadores al margen —como si de un programa de variedades de televisión se tratara— de la absurda agitación del mundo y la risible ambición de quienes pretendían llevar las riendas del asunto. No obstante, tales cambios eran los que la edad, las circunstancias y las disposiciones, además de las corrientes del momento, provocaban en cada cual, individualmente, de una manera natural y, sobre todo, interna. Al entrar y al salir, se trataba de las mismas personas, reales y observables, pero en ese momento daba la impresión de que la juventud de la que había formado parte Frédérique en otro tiempo se hubiera visto sustituida por una raza nueva, diferente. Enseñaba a mutantes, amables por cierto, más corteses de lo que ella había sido, pero muy capaces de contestar como el adolescente que había visto en el metro, sentado junto a otro muy parecido —pelo corto, polo color pastel, mocasines con borlitas y calcetines Burlington—, que se quejaba de un profesor particularmente estúpido y tiránico, a quien había respondido con toda naturalidad: «Pues, claro, ¿de qué te sorprendes? ¡Se licenció en el sesenta y ocho!», como si quisiera decir no que el profesor había tenido la desgracia de crecer en una época oscurantista, sino que se había alistado voluntariamente en las Waffen-SS.

Por lo tanto, aunque indiferente a las injusticias de un proyecto de ley que no había leído ni pensaba leer, Frédérique experimentó una refrescante sorpresa al ver que los estudiantes de bachillerato se manifestaban, que se las tenían con la policía, que dedicaban lemas malsonantes al ministro y resucitaban un folclore que creía extinto, solo válido para alimentar la biliosa nostalgia de las gentes de su generación. Los primeros días, se complació en considerar todo aquello muy «mono», pero advirtió con desagrado que dicha palabra, que había creído suavemente provocadora y muy adecuada a su porte desenfadado, hallaba firme adhesión en la sala de profesores donde sus colegas menos implicados también calificaban de «tiernos» y «monos» a los alumnos que se manifestaban. El eco alcanzado por el término le resultó sospechoso y la simpatía que experimentaba, más la convicción de que aquella agitación no tendría consecuencias, le recordó con fastidio la divertida indulgencia con que los adultos acogían las manifestaciones en las que había participado en tiempos. A los demás, todo aquello les recordaba los desfiles estudiantiles y nada la exasperaba tanto como aquel modo tontorrón, juventud-divino-tesoro, de minimizar acciones que consideraba capaces de

poner en peligro al gobierno.

Descubrir que desempeñaba aquel papel con tanta naturalidad le resultó penoso. «Este jaleo nos rejuvenece», le espetó, bromeando, a un veterano del sesenta y ocho, profesor de geografía e historia, con barba y cazadora, sindicalista tiñoso que ahora se empollaba el texto de la ley Devaquet con intención de mostrar detalladamente a sus alumnos las trapaceras implicaciones que contenía. En realidad, aquella situación y su manera de encajarla la envejecían terriblemente, mucho más que la reconfortante idea de una juventud compuesta por viejos arribistas. Humillada, cambió de actitud en un par de días. Sus alumnos más vehementes solo tenían una palabra en la boca: «correcto». Las manifestaciones tenían que ser correctas; los elementos que participaban en ellas, correctos, y correcto el tono de las reivindicaciones. «Responsable» también les gustaba mucho. La preocupación por llevar una campaña de protesta con la misma seriedad y con el meticuloso comedimiento que emplearían para planear una vertiginosa ascensión en la banca le inspiró agrios sarcasmos.

—Lo que me aterra, compréndalo —explicaba al señor Laguerrière, que se hallaba desbordado por los acontecimientos, simpatizaba con los estudiantes y, a la vez, se sentía siempre honrado de conversar con la más encantadora y fantástica de las profesoras—, lo que me preocupa es comprobar qué poco alocados son. Serios como papas, responsables, correctos. Ni uno hay no digo ya dispuesto a desmadrarse, pero sí, al menos, capaz de pensar que ese pobre Devaquet nos importa un bledo y que una manifestación, para nosotros, es una ocasión de armar jaleo. Tenga en cuenta que ni siquiera se les ha ocurrido la idea de organizar todo esto en primavera. Ahora, es verdad, hace buen tiempo; pero dentro de nada empezará a llover y ¡se acabó! No hay vuelta de hoja.

Se equivocaba, y también al creer que convencía al jefe de estudios, a quien el tono empleado por Frédérique incomodaba bastante. Él contestaba con frases confusas y pacificadoras referentes a la inquietud de los jóvenes ante el mercado laboral, con sinceridad, por otra parte, pero sin atreverse a añadir que, siendo inspector general en 1968, en un instituto muy burgués, fue secuestrado durante casi veinticuatro horas en unos lavabos atascados, y ahora se alegraba del descrédito en el que tales prácticas habían caído.

Frédérique, irritada, cortaba antes de estallar y decir que todos eran unos chorras, lo que ni siquiera la señora Fourques, a pesar de ser católica integrista y presunta votante de Le Pen, se atrevía a sostener abiertamente. Jean-Pierre sí, pero JeanPierre, que había decidido, por coquetería, que no alcanzaría su estiaje hasta los ochenta años, despreciaba a la juventud, sobre todo a los estudiantes universitarios y

alumnos de instituto, por considerarlos conformistas, incultos y sucios, y no resultaba especialmente agradable enfrentarse a él en aquellas cuestiones. Sin embargo, dominada por una desdeñosa rabia que no acababa de entender y que no casaba con sus actitudes, Frédérique siguió sosteniendo en el instituto argumentos cuyo carácter subversivo quedó bastante diluido el día en que Louis Pauwels desarrolló sus puntos de vista sobre el problema, sin chanza, en un editorial de *Le Figaro Magazine*, y cuando la policía motorizada mató a palos a un joven que se había unido a una manifestación de estudiantes. Aquel día, Frédérique se sintió traicionada. Al ver, a principios de la semana siguiente, que la huelga se extendía como respuesta a la tragedia («¿Qué, todos flipados, eh? Parece que el sida mental se contagia», le dijo el barbudo profesor de historia con cruel satisfacción), decidió aprovechar la situación y regresar antes de lo previsto a un mundo en el que las reacciones absurdas, los malentendidos, los arrepentimientos morbosos, aunque existían, solo tenían como consecuencia la pérdida o la ganancia de algunos billetes de banco; un refugio de fieltro verde y de terciopelo rojo donde las pasiones se neutralizaban, donde nadie la conocía ni le exigía convicciones o palinodias, y donde, al menos, la dejarían en paz.

18

Basándose en la experiencia, Frédérique se llevó más dinero en metálico, aunque no sobrepasó el límite de mil ochocientos francos permitido por los cajeros automáticos, no por avaricia, sino porque dicha cantidad, convertida en fichas de cincuenta, constituía exactamente el capital necesario para poder aguantar hasta la trigésimo sexta apuesta a plenos, es decir, hasta la jugada decisiva. La coincidencia entre la suma de dinero de que se componía su fortuna, así calculada, su número fetiche, el número de jugadas que había decidido hacer en el peor de los casos, su edad actual y la talla de su calzado, probablemente definitiva, le proporcionaba una armonía secreta, íntima, capaz de forzar la suerte a su favor. Además, al confiar en tales intuiciones, creía imitar a los auténticos jugadores, a quienes imaginaba supersticiosos y, a la vez, sagaces. Mientras lograba adquirir aquella sagacidad, a fuerza de aplicación, no tenía intención de obstinarse con un solo número, aunque fuera el 36; por el contrario, se proponía familiarizarse con las distintas clases de apuestas catalogadas en el folleto de Claude. Esta vez, le importaba poco perder: lo consideraba el precio que tendría que pagar por una sesión de ejercicios prácticos, el equivalente a lo que a un aspirante a conductor le costaban las clases de la autoescuela. Y la lección, en sí misma, era un placer.

Sentada al extremo de la mesa, apostando solo cada dos o tres jugadas para prolongar el placer del juego y procurando no olvidar nada de lo aprendido, adelantaba sus fichas y, con tono desenvuelto, decía: «13-18» cuando apostaba a una seisena, o: «31-33», a una transversal. Perdió así algunas fichas; también ganó, pero no tardó en menospreciar aquellas apuestas demasiado simples, designadas mediante un vocabulario transparente. Deseaba oír su propia voz pronunciando las fórmulas idiomáticas que cazaba al vuelo y cuyo significado no comprendía: «Todo a tercio…; 26 y laterales…; 17, caballos…; 13 y vecinos…» El croupier, al oírlas, en lugar de cubrir el 13 y las casillas que lo rodeaban —como hizo cuando una dama ordenó: «13 completo»—, repartía las fichas aquí y allá, unas a caballo entre dos números, otras cubriendo un cuadrado de cuatro, en un orden aparentemente arbitrario, y, a sabiendas de que, en realidad, se

trataba de un orden codificado, Frédérique aspiraba a conocer y a dominar aquel código.

Considerando los progresos alcanzados en dos sesiones en las que se había limitado a plenos, sin reparar en otras posibilidades, sospechaba que pronto le resultaría familiar lo que ahora no acababa de entender y diría: «36 y vecinos», del modo más natural del mundo, sin verse obligada a esforzarse para recordar lo que tal expresión significaba. Con solo observar, ya comprendía el significado de las finales («final 9», todos los números terminados en 9; «final 5», todos los que terminaban en 5) y por qué la apuesta a esta última exigía cuatro fichas y a la anterior solo tres.

El problema planteado por el número de fichas requerido para cada ocasión le impedía lanzarse al juego. En efecto, era fácil repetir un orden esotérico sin comprender su significado. El croupier sí lo conocería, y dispondría las fichas según las reglas establecidas. Pero ¿cuántas debía entregarle? Temía cometer algún error, entregarle demasiadas o demasiado pocas, y provocar una reacción de sorpresa, de impaciencia. Y por más que Frédérique dijera: «¿En qué estaría pensando?», su inexperiencia saltaría a la vista.

Segura de no equivocarse, apostó a finales dos veces: una, le reportó un pleno y acentuó su seguridad. Pero los famosos «vecinos» la intrigaban, y también el «tercio» y «los huérfanos». Recordó que tales términos aparecían en el folleto de Claude, definidos tan sibilinamente que los había pasado por alto hasta aquel momento, y abandonó la mesa para consultar de nuevo aquellas explicaciones en un lugar más apartado, como Jean-Pierre hacía cuando consultaba una pequeña guía en la que aparecían, ordenados del 1 al 20, los años de las cosechas de las diferentes regiones vinícolas. En el restaurante, frente a la carta de vinos, declaraba que tal año había sido lamentable en Burdeos, o que tal otro había resultado interesante en Borgoña, con ayuda de su chuleta; pero no soportaba que le vieran echar mano de la guía y la consultaba a escondidas, fingiendo buscar algo en la cartera e, incluso, encerrándose en el lavabo.

Así, detrás de una cortina, en el hueco de una ventana, Frédérique descubrió qué eran los vecinos del cero o de cualquier otro número. Eran, simplemente, los que lo rodeaban, pero no en el tapete sino en el cilindro de la ruleta. Tal descubrimiento la exaltó, pues trazaba una frontera entre dos modos de jugar completamente irreconciliables. Uno, evidente, se refería al tapete en el que, respetando una convención por todos conocida, las cifras se alineaban dócilmente del 0 al 36. El otro, secreto, mágico, contaba con el desorden del cilindro, en cuyo perímetro el 0, el 32, el 15, el 19, el 4 y el 21 eran vecinos de manera tan aleatoria que, en efecto, podían salir. Así, apostando a seisena, se confiaba indebidamente en un bloque compacto pero, en

realidad, desmembrado: sí, pues el cilindro representaba la realidad de la ruleta, y solo los auténticos jugadores, los croupiers, estaban habituados al vaivén entre aquella organización real, que la gente no veía, y la más común de sus transposiciones, impuesta en el fieltro verde por una especie de concesión al mundo contingente que desplegaba su caos alrededor del cráter donde reinaba, soberano, el orden del azar.

Bajo el impacto de aquella revelación, el cilindro se le antojó a Frédérique como el equivalente de un giroscopio, que parece girar a toda velocidad mientras la tierra gira a su alrededor y, en realidad, solo él permanece inmóvil. De pronto, no experimentó otra cosa que desdén hacia la monótona y engañosa configuración del tapete, trampa en la que decidió no dejarse atrapar. No obstante, comprendía perfectamente que esa nueva preferencia no aumentaba sus posibilidades de ganar, y que, una vez descubierto el fenómeno consistente en que seis números agrupados en el tapete eran seis números separados en el cilindro, y al revés, resultaba ilusorio intentar hallar en él la menor indicación acerca de la casilla, e incluso del sector, al que la bolita iría a detenerse. Ocurría, simplemente, que jugar con el cilindro le proporcionaba la sensación de establecer una intimidad nueva con la ruleta, de quedar más sometida a su imperio y de exhibir ese conocimiento idiomático que había envidiado a los jugadores veteranos. A partir de aquel momento, se tuteaba con el juego, descubría los entresijos del decorado del mismo modo que un cinéfilo de verdad descubre los cambios de plano o de objetivo en la rítmica continuidad de una película, los defectos o proezas técnicas que escapan al espectador medio, ingenuamente atrapado por el argumento. No cabía la menor duda de que le quedaba mucho por aprender: anotar los números que salían, en su debido momento; sacar conclusiones de las sobrecargadas columnas que absorbían la atención de los jugadores que la rodeaban. Pero la idea de poder anunciar al croupier que apostaba a vecinos, con un tono de voz desenfadado, como si estuviera muy habituada a hacerlo, ya la embriagaba como si se tratara de una señal, discreta pero irrefutable, de su entronización en el círculo de los jugadores auténticos.

Al fijarse más atentamente en el cilindro, advirtió que los vecinos del cero exigían nueve fichas y que el 36 no figuraba entre ellos. Formaba parte de la zona llamada «tercio», controlable con seis fichas. Lástima: Frédérique se hubiera definido, con sumo agrado, «vecina del cero», una razón social que, en su opinión, le iba como anillo al dedo. Pero se podía apostar a los vecinos de otras cifras: en el folleto aparecía la lista. Siete fichas, gracias a los caballos apostados en el tapete, bastaban para cubrir el 36. Hizo un esfuerzo para memorizar su disposición y poder prescindir de los servicios del croupier, pues los

vecinos, y entre ellos los del cero, no gozaban del estatuto de anuncios homologados: en principio, era el apostante quien debía colocar sus fichas. Para poder moverse con más libertad, no se sentó; se desplazó alrededor de la mesa y, aprovechando el espacio que quedaba entre dos jugadores, alargaba el brazo inquieta, con miedo a equivocarse, a no ser vista por los croupiers, o a no disponer de tiempo suficiente para completar sus apuestas antes del «No va más» que el banquero pronunció mientras depositaba su última ficha en el 36, en el extremo inferior del tapete.

La bola chocó con un rodillo y salió de la galería del cilindro. Frédérique se hallaba demasiado lejos de la ruleta para ver girar los números, para intentar localizar los nueve a los que apostaba, como los pasajeros en las ventanillas de un tren que avanzara a toda velocidad. Volvió al otro extremo de la mesa, se colocó cerca de la ruleta, detrás del cordón de terciopelo rojo que la separaba del público.

—¡Seis, negro, par y falta! —anunció el croupier.

Se mordió los labios, decepcionada; luego, consultó el folleto que aún conservaba en la mano y descubrió que el 6 formaba parte de sus vecinos y que había ganado un pleno.

Ganó tres más a lo largo de la velada, y al final de la noche se halló en poder de una suma de dinero ligeramente superior a su capital inicial. Los días no festivos, el casino cerraba más temprano que durante el fin de semana. Unos minutos antes de las dos de la madrugada, los croupiers anunciaron «las tres últimas». En la sala quedaban unos veinte jugadores, reunidos alrededor de la misma mesa mientras los empleados tapaban las restantes con cobertores negros, lo que daba la impresión de estar asistiendo a un cóctel prolongado en medio de un velatorio. El tapete de la última mesa desaparecía bajo las apuestas, como si la inminencia del cierre, la perspectiva de verse obligados a abandonar aquel círculo de luz para ser arrojados, desembriagados, al frío de la ciudad dormida y a la soledad de las habitaciones de hotel, hubiera enloquecido a los jugadores tardíos, dispuestos a deshacerse de cuanto les quedaba para aprovechar intensamente los últimos instantes que se les concedían. Frédérique, razonable, decidió apostar solo las ganancias, confiando en el pleno al 36. Perdió, y, después de la última bola, un hombre bajito, de unos sesenta años, más afortunado sin duda, anunció que invitaba a todo el mundo a una copa.

Un clamor de aprobación acogió la prórroga. Todos, jugadores, croupiers y camareros, se dirigieron hacia el bar. Frédérique los siguió. El champán corrió. El generoso hombrecillo se dejó caer en un sillón y, con la copa en la mano, recibía las felicitaciones con la modestia propia de un monarca. Los demás le rodeaban, brindaban a

su salud. Le felicitaban por la proeza, insistiendo en el arrojo del que había dado prueba.

—Por un momento, creí que no aguantaría hasta el final —confesó.

Frédérique, absorbida por su propio juego, no había seguido el del hombrecillo y no acababa de comprender qué mérito, aparte del de invitar a beber a todo el mundo, había demostrado al acertar un pleno. Interrogó a su vecino de barra, un tipo alto, flaco, melancólico, cuya chaqueta de cuero, conjuntada con una corbata estrecha, parecía colgar de sus hombros como de una percha. Frédérique, al principio, al enterarse de que el héroe se había limitado a apostar al negro, no salía de su asombro. Sin embargo, hubo un detalle que ella ignoraba: el negro había salido seis veces seguidas y el hombrecillo, después de cada jugada, dejaba su apuesta inicial y sus ganancias acumuladas, sin tocar una sola ficha. La audaz escalada, en aquel caso apenas más rentable que un pleno pero sí más digna de admiración, se llamaba «pároli» y, dijo su mentor, solía verse algunas veces; él mismo había visto con sus propios ojos, y relataba el hecho con un fervor religioso, pátolis de nueve o diez apuestas. El vencedor, como un eco, y aunque no había podido oír tal afirmación, olvidó su reciente confesión y declaró a la concurrencia:

—¡Una partida, dos partidas más! ¡Una vez lanzado, juro que continúo!

—A ese ritmo, querido señor Bouglione, hubiera usted acabado por arruinarnos —dijo un hombre de traje azul marino, barrigón, con el pelo gris, liso y cuidadosamente peinado hacia atrás. «El jefe de sala», susurró el vecino de Frédérique.

Los jugadores, que, a lo largo de la velada, se habían ignorado alrededor de las mesas de juego, ahora charlaban familiarmente. Muchos se conocían, se daban golpecitos en la espalda, se preguntaban unos a otros qué hacían por allí, como sorprendidos de encontrarse cuando, en realidad, llevaban juntos toda la noche. Parecían empleados relegados al silencio durante el horario laboral por obra de un reglamento quisquilloso y que, con motivo de una copa ofrecida por la partida de un compañero, pueden por fin relajarse y reanudar sus relaciones humanas. Por cierto, la mayoría de los presentes parecían realmente empleados, y, del mismo modo que su conversación habitual, a la salida de una oficina, consiste en el intercambio de anécdotas oficinescas, el juego, después de haber agitado los espíritus de los presentes, alimentaba ahora las conversaciones que Frédérique se esforzaba por seguir.

Excepto ella, solo había una mujer: una cincuentona pequeñoburguesa, de cabello escaso y pelirrojo, con las raíces oscuras, y un rictus amargo en los labios. Se mantenía algo apartada del grupo más animado, formado alrededor del señor Bouglione y del cordial

jefe de sala; se intuía que deseaba ser admitida en él, pero que no se atrevía a imponerse, y, sin otra opción por la que inclinarse, hablaba con un viejo croupier que, ya retirado, intentaba atender a la mujer y, a la vez, a lo que se decía en el círculo de los jefes. De repente, gracias a un silencio producido en medio del vocerío general, pudo oírse una frase pronunciada por la mujer en voz alta y en tono casi vindicativo, como un reto:

—¡Y además no fue en la misma mesa!

El croupier, a quien iba dirigida la objeción, se encogió de hombros y la conversación hubiera recobrado su ritmo anterior si el jefe de sala no se hubiera vuelto hacia la mujer y exclamado, al reconocerla:

—¡Querida señora Krechmar! ¡No la había visto! Pero me ha bastado oír su voz para reconocerla, señora Krechmar —repitió el nombre que, al parecer, todos conocían con un matiz benévolo en el que Frédérique percibió cierta ironía—. ¡No fue en la misma mesa, vaya! ¿Qué importa eso? ¡Vamos, señora Krechmar! No debería citar a Marigny de Grilleau a una experta sistemista, ¿verdad?

La señora Krechmar, terca, molesta por ser el centro de atención, no respondió. Tras las delgadas gafas del jefe de sala brilló la maliciosa lucecita propia del cínico profesor que aprovecha la ocasión de explicar una anécdota efectista a costa de su cabeza de turco preferida. El círculo de los presentes se ensanchó y se oyó:

—Bien, por si alguien lo ha olvidado, les recordaré que Marigny de Grilleau, a principios de nuestro siglo, intentó descubrir las leyes matemáticas del azar, fenómeno que algunos, entre quienes me cuento, consideran tan inútil como empeñarse en la búsqueda de la piedra filosofal; pero, en fin, él no lo creía así, y nuestros amigos sistemistas tampoco, y quizá algún día me demuestren que vivo en el error. Ese día, dicho sea de paso, tendremos que dedicarnos a otra cosa. De momento, lo cierto es que Marigny pasó cinco años anotando todas las bolas que salían en Montecarlo. Lo hizo con ayuda de varios secretarios, lo que en aquella época estaba permitido. Estarán ustedes de acuerdo en que fue una permanencia digna de fe. Un día, el director del casino va a su encuentro, le confiesa su extrañeza por verle llegar todos los días antes de la apertura de las mesas y marchar después del cierre. ¿No es demasiado celo? «En absoluto», respondió el sabio, «para que mis estadísticas sean exactas y puedan serme útiles en mis investigaciones, no debo perderme ni una sola bola.» «Muy bien», repuso mi colega de la época; «dígame, señor Marigny, ¿sus cálculos funcionan en la mesa número 2?» «En efecto», dijo Marigny. «¿De veras? ¡Qué raro! Le aseguro que están incompletos.» «¿Cómo?», se indignó Marigny; «¡le aseguro que durante los últimos cinco años no ha escapado a mi control una sola bola!» «¡Sí, señor Marigny! ¡Y no

una, sino miles y miles de bolas! Verá usted, antes de abrir, esa mesa es utilizada por nuestra escuela de croupiers, que cada mañana, para hacer prácticas, hacen girar la ruleta, y por tanto la bola, unas doscientas veces…»

Hubo un silencio, roto por el viejo croupier, que estalló en una risa servil. Todos le imitaron.

—¿No conocían ustedes esa anécdota? —preguntó el narrador.

—Sí, es muy famosa —dijo alguien.

—¡Si tú lo dices…! —suspiró, con desdén, el vecino de Frédérique, que no consiguió averiguar si la duda expresada se refería a la celebridad de la anécdota, a su autenticidad o al acierto de las conclusiones que algunos extraían de ella. Poco importaba: sin entender nada, Frédérique flotaba en un círculo de sabiduría y de experiencia del que pronto formaría parte y en el que se pronunciaría con desenfadada competencia, a favor o en contra de Marigny de Grilleau.

—La anécdota que les acabo de referir —prosiguió el jefe de sala— solo demuestra una cosa: que nuestra querida bolita de marfil ignora en qué mesa se halla y cuándo fue utilizada por última vez. Y ahora, amigos —añadió haciendo palmas, con aire bonachón—, es muy tarde. Hace ya rato que la casa debería haber cerrado.

Todo el mundo volvió a encontrarse fuera. Algunos, entre ellos el señor Bouglione y su corte, se alejaron hacia sus coches. Se oyó ruido de puertas que se cerraban, de motores que arrancaban. A pesar del frío, un grupo reducido se rezagó en la escalinata. Frédérique, indecisa, se unió a quienes lo formaban. Se intercambiaban comentarios alusivos, bostezos, risas que se convertían en ataques de tos. Al cabo de un momento, solo quedaron cuatro personas, que se alojaban en el hotel de enfrente. Cuando los últimos miembros del personal del casino salieron, decidieron descender por la alameda, precedidos por las luces traseras de un coche que, tras respetar el stop durante un buen rato, se internó por la avenida y desapareció al coger una curva. El hombre de la chaqueta de cuero, que había hecho de cicerone a Frédérique, avanzaba delante, con un bigotudo rechoncho embutido en un grueso abrigo. Las palabras, al salir de las gargantas, se convertían en un vaho que quedaba flotando entre ellos, como bocadillos de cómics en los que se inscribieran recuerdos de clamorosos párolis. La grava crujía bajo sus pasos. Frédérique, al volverse, vio el rótulo del casino ya apagado. La señora Krechmar, tocada con un enorme gorro ruso con orejeras, ajustaba su paso al de Frédérique y le hablaba con voz acrimoniosa que parecía acusarla y, a la vez, tomarla por testigo.

—¿Ha visto cómo me ha tratado? —preguntó—. Siempre hacen lo mismo: odian a los sistemistas; además, era la única, los tenía a todos

en contra, riéndose como asnos. De todos modos, la que ríe soy yo, porque, dígame usted, ¿quién se les lleva el dinero? ¿Quién les joroba de verdad? Nosotros, y ellos lo saben. Que nos desprecien, que den coba a los despilfarradores que se dejan un dineral en la mesa de juego, o a los monigotes como ese, con su pároli, que pagan rondas de champán para sentirse admirados cuando, a la hora de la verdad, ¿cuánto cree usted que ha ganado? Sesenta fichas, y, por otra parte, no se cansa de perder… Pero está contento, invita a champán, señor Bouglione por aquí, señor Bouglione por allá; eso sí, al cabo del año es el señor Bouglione quien sale trasquilado y yo quien se ríe.

19

—Sí —prosiguió la señora Krechmar—, siempre igual. Mire, lo recuerdo perfectamente: hace cuatro años jugaba siguiendo un sistema muy simple, una combinación de tercio y columnas; explicárselo detalladamente resultaría largo, pero puedo asegurarle una cosa y es que lo sometí a prueba con una permanencia de un año en Montecarlo. Cincuenta y seis mil bolas; no sé si es usted capaz de hacerse una idea de lo que esto significa, pero, créame, es mucho. Me pasé casi un año en casa con el sistema, cada noche, todas las semanas. Mi marido, pobrecillo, aún pertenecía al mundo de los vivos, y aquello lo enloquecía. ¿Le molesta que me dé un baño de pies? Padezco de los pies. Por favor, sírvase usted misma…

Antes de desaparecer en el cuarto de baño, cuya puerta dejó entreabierta, señaló un termo, situado encima de la mesita de noche. Frédérique lo destapó, lo olió e hizo una mueca: una especie de grog seguramente, que olía a cereza.

Cinco minutos antes, al pedir las llaves en recepción, habían descubierto que ocupaban habitaciones contiguas, y la señora Krechmar había invitado a Frédérique a tomar la última copa en la suya. Aunque se caía de sueño, Frédérique aprovechó la ocasión de instruirse con las enseñanzas de una vieja zorra. Por desgracia, la señora Krechmar, inconsciente o simplemente indiferente respecto al nivel de conocimientos de su auditorio, inició enseguida un soliloquio en términos tan técnicos y con un tono que facilitaba tan poco la interrupción que Frédérique la escuchaba ahora con esa especie de atención alelada que inspira un programa captado al azar al accionar el interruptor de la radio en el que el oyente ni siquiera identifica el idioma hablado por el locutor. El ruido del grifo producía interferencias que pronto fueron vencidas por la voz de la señora Krechmar.

—¿Sería tan amable de traerme el termo? Entre, entre; estoy visible —añadió con una risita coqueta.

Frédérique, algo violenta, cogió el termo y entró en el cuarto de baño. La señora Krechmar se había cambiado el vestido, colgado ahora en una percha, por un quimono bordado con enormes peonías y

pájaros exóticos. El calor arrancaba brillos a sus empolvadas mejillas. Sentada en la única silla que había en la estancia, con las rodillas levantadas a la altura del pecho, arrojaba puñados de sales al bidé humeante en cuyo interior mantenía los pies en remojo. Frédérique vertió un poco del contenido del termo en el vaso de enjuagarse los dientes que la otra le tendió y, fingiendo aplomo, cogió otro de la estantería del lavabo. Prudente, solo lo lleno hasta la mitad.

—Sí, como le decía —prosiguió la señora Krechmar—, he puesto a prueba mi sistema y puedo asegurarle que funcionaba. Si hubiera podido ponerlo en práctica, aquí donde me ve, en estos momentos sería rica. ¿Qué ocurrió?, preguntará usted, claro. ¿Falló el sistema? En absoluto. Nunca lo adivinaría. Lo que ocurre es que aplicarlo correctamente resultaría dificilísimo. ¿Sabe por qué? Porque cada ataque consistía en apostar entre diez y quince números, ¿comprende? Se trataba de un sistema de apuesta a plenos, algo bastante complicado, pero absolutamente válido, se lo aseguro. Y para saber a qué números había que apostar disponía de un método de cálculos. Incluso con mis tablas y listas al día, y créame que ponía en ello la máxima atención, supone mucho trabajo, lleva tiempo. Necesitaba disponer de mucho tiempo, no solo para los cálculos, sino también para poder colocar la docena de fichas como es debido. Tiempo, eso es lo que falta. Apenas dan la señal y ya hay que volver a empezar; puede usted darse por satisfecha si le queda un minuto de respiro. Sin contar con esos cerdos de banqueros que, no sé si se ha dado usted cuenta, dicen «No va más» incluso antes de lanzar la bola. Claro, existe un reglamento, por supuesto, puedo enseñárselo, aparece por escrito en el Boletín Oficial; pero el cliente que exija su cumplimiento puede esperar sentado. Sobre todo si ese cliente es un sistemista, claro. Si apenas tenía tiempo para hacer mis cálculos y, además, tenía que pedir a los croupiers que colocaran mis fichas, podrá suponer usted, y acertará, que llegaba siempre demasiado tarde. Así que me veía obligada a arreglármelas solita. Resultado: no puede imaginar la de plenos que se me escapaban delante de las narices. Imposible discutir. Ya puede usted protestar, que el jefe de sala, como un autómata, le dice: «Para evitar problemas, hay que confiar las fichas al croupier, señora.» Se lo dicen mirándola fijamente a los ojos, e incluso le sonríen, mientras acaban de regalar su pasta a un imbécil de esos que apoquinan propinas sin parar, sin ton ni son, y que, a buen seguro, ni siquiera recuerdan los números a los que apostaban. Pongo la mano en el fuego. Pero, claro, compréndalo, si a esos imbéciles les preguntan: «¿Es suyo, señor?», no van a decir que no, sobre todo porque no lo saben, y si yo digo un momento, por favor, no es de ese señor, es mío, y añado que sé perfectamente dónde he colocado mis fichas, e incluso que pueden comprobarlo en mis tablas y esquemas, si

saben leer, por supuesto, pues mis tablas están más claras que el agua y yo apuesto al número que el sistema manda, ¡que te crees tú eso!, te miran como si fueras una mierda. Con la sonrisa en los labios, con muchos remilgos; pero eso: como una mierda. Además, ¿a ellos que más les da? Da igual de quién proceda la propina. Como ya le he dicho, se trataba de un sistema de apuesta a plenos, y yo, cuando cobro un pleno, no soy más tacaña que los demás y doy propina. Si cobro un pleno, siempre. Pero no, el jugador alocado y derrochador es el rey. Porque le sacan los cuartos, claro, y, de vez en cuando, le hacen un regalito, visto y no visto, y es el sistemista quien paga los platos rotos. Así es, hay que tenerlo en cuenta. ¿Sabe por qué? ¿Quiere saber la verdad? Van por ahí dándoselas de sabios y diciendo: si existiera un sistema infalible se sabría y los casinos se verían obligados a cerrar. Moraleja: derrochad vuestro dinero, jugad sin ton ni son, adelante con los faroles, todo es obra del azar y punto. Pero la verdad, la auténtica verdad, es que impiden aplicar un sistema infalible. No están locos, no. Porque puedo garantizarle que el mío, mi sistema, funcionaba. Pero no en la mesa de juego, claro. Se las arreglan para no dar tiempo a que uno haga sus cálculos y, o le dan prisa y acaba por hacerse un lío o, si a pesar de todo gana, fingen no haber visto nada. Los conozco perfectamente. Sé qué va a decirme, la veo venir: que si un croupier descubriera un sistema seguro, quizá penalizaría al sistemista, que es, por cierto, lo que ocurre; pero, luego, ese mismo croupier se largaría a otro casino para ponerlo en práctica. Y yo le digo alto ahí, no siga. Es mucho más complicado de lo que parece. Para empezar, un croupier, métase esto en la cabeza, se gana muy muy bien la vida. Entre esos jugadores descerebrados y las propinas, ganan lo suyo. Así que un croupier no necesita ir a romperse los cascos con sistemas para ganar cuatro cuartos que, de todos modos, les caen en el bote sin verse obligados a realizar ningún esfuerzo. En fin, es un decir: no tienen bote y, además, para jugar siguiendo un sistema hay que esforzarse y mucho; es un trabajazo enorme. Con el sistema del que le hablaba, puesto a prueba a partir de cincuenta y seis mil bolas salidas en Montecarlo, no paré, créame. Pero rendía. Poco a poco, claro. No grandes ganancias, de esas que deslumbran; pero sí ganancias cabales, regulares. Y si rendía según las permanencias, a la fuerza tenía que rendir en la mesa de juego. En fin, habría rendido, con un pequeño capital. Eso también cuenta, incluso le diré más: es lo esencial. Porque he seguido muchos sistemas; los hay tantos como quiera, y a veces sin dinero. En casa es muy fácil; pero para aplicarlos en una mesa de juego es preciso, y no bromeo, empezar con miles de fichas. A veinte francos la ficha, calcule usted misma y verá que no todo el mundo puede permitírselo. En todo caso, yo no, se lo digo sin rodeos. Hago apuestas progresivas, nunca más de tres y luego me retiro siempre. El

pároli, como el de aquel imbécil, no es mi estilo. Cada cual conoce su propio carácter, y también su cartera, ¿verdad? Por lo general ahí es donde aprieta el zapato. Verá, recuerdo que, hace algunos años… Usted no debió de conocerle. Nunca cogió el autobús, ¿verdad? No, me acordaría.

—¿El autobús? —repitió Frédérique, como si dicha palabra poseyera un significado oculto.

Con un gesto, la señora Krechmar le indicó que le sirviera más bebida.

—Sí, apenas hace dos años había un autobús que llegaba hasta aquí los sábados por la tarde. Desde París, claro. ¿Es usted de París? Lo suponía. Tiene usted aspecto parisino; es más, incluso posee elegancia parisina. Además, aquí todo el mundo es de París… Salía de delante de la cervecería Wepler, en la plaza Clichy. Y regresaba el domingo por la noche. En el autobús, nos encontrábamos entre amigos, discutíamos, resultaba más agradable que el tren. Antes de jubilarme, solo venía los fines de semana, claro. Creo que, durante veinte años, cogí el autobús cada sábado. En fin, casi…

—¿A qué se dedicaba? —interrumpió Frédérique—. Antes de jubilarse, por supuesto.

—Perfumería —contestó la señora Krechmar, bastante secamente, como para disuadirla de cualquier petición de detalles—. Pues bien —prosiguió—, en aquel autobús, casi cada fin de semana, tenía ocasión de charlar con un hombre, también sistemista, bastante mayor y muy distinguido, al que hemos dejado de ver, ahora le explicaré por qué. Había estudiado un sistema, un método sobre la ley del tercio, el más seguro de cuantos existían, al menos es lo que él decía y yo, personalmente, le creía, porque, en cierto modo, se trataba de su especialidad, pues era profesor de matemáticas. Catedrático, realmente muy serio. Lo más curioso del caso es que no jugaba. Nunca le vi tocar una ficha. Según me contó, empezó a interesarse por la ruleta así, solo por la teoría, e incluso durante los dos primeros años, nunca puso los pies en un casino. Trabajaba en su casa, con sus permanencias…

—Un momento —dijo Frédérique—. No domino la materia, ¿sabe? ¿Qué es una permanencia?

Al verse interrumpida, la señora Krechmar le dirigió una mirada incrédula antes de quedar sumida en el anonadamiento; una mirada propia de un profesor universitario que descubriera, de repente, que sus alumnos no saben leer ni escribir y asisten a sus clases acompañados de un canguro atado a una correa.

—¿No sabe usted qué es una permanencia? Entonces, ¿cómo juega? ¿Al azar? ¿Sin ton ni son?

—Más o menos —confesó Frédérique—. En fin, suelo apostar a vecinos… —añadió, y acto seguido lamentó aquella justificación de alumna pillada en falta. Sin desear, en el fondo, enajenarse la estima de la señora Krechmar, le hubiera gustado encarnar, ante la mirada repentinamente desengañada de la otra, el personaje de la jugadora desenfrenada. Pero, por supuesto, la perfumista la tomó, sencillamente, por lo que era: una principiante, y, sacando los pies del bidé, exclamó:

—¡Vecinos, vecinos! ¡Eso no significa nada! Yo también apuesto a vecinos, pero hay que saber hacerlo. Hija mía, le enseñaré a jugar.

Y, sin siquiera secarse los pies, se encaminó hacia la habitación dejando huellas húmedas en la moqueta.

—¡Traiga el termo y los vasos! —ordenó a Frédérique, que la encontró sentada en el borde de la cama, hurgando en una cartera que llevaba ya en el casino. Entre folletos y carpetas repletas de papeles amarillentos, sacó un voluminoso libro que abrió ante las narices de Frédérique con la confiada autoridad de quien se dispone a solucionar un caso de amnesia mediante una impresión sanadora.

—Ahí tiene lo que antes le decía. Montecarlo. Todas las bolas salidas del 1 de julio de 1972 al 30 de junio de 1973. Con eso, puede empezar a entretenerse.

El libro, que Frédérique hojeó, solo contenía una sucesión de cifras ordenadas en dos columnas. En comparación, las relaciones detalladas de partidas de ajedrez publicadas por las revistas especializadas en las que Jean-Pierre fingía enfrascarse antaño casi hubieran resultado atractivas.

—Bien, admito que, sobre todo, sirve para los sistemas de suertes simples —dijo la señora Krechmar—. Pero también resulta muy útil para las suertes múltiples, ¿sabe? Basta con acostumbrarse.

—Pero, en fin… —suspiró Frédérique—. ¿Para qué sirve?

—¿Cómo que para qué sirve? Sirve para poner a prueba los sistemas. Aquí tiene usted todos los números salidos durante un año; mire, los negros, a la izquierda; los rojos, a la derecha; cincuenta y seis mil números; usted perdone, siempre encontrará a alguien dispuesto a decir que no es suficiente; pero yo le aseguro que si el sistema funciona así, ha de funcionar en cualquier mesa. Como usted bien sabe, el azar es siempre el mismo, siempre funciona igual. El hombre del que le hablaba creía que no bastaba con eso y de ahí que acabara con sus permanencias, hay que decir que no hay muchas en circulación, y empezara a acudir al casino, no para jugar, sino solo para hacer permanencias nuevas y asegurarse de que su sistema funcionaba en todas partes. Lo que, por cierto, es una tontería, pues un sistema acaba siempre por fallar, soy la primera en reconocerlo. De todos modos, al pobre señor Huon no le sirvió de mucho…

—¿Señor qué? —preguntó Frédérique, a quien aquel nombre hizo emerger del abatimiento.

—Señor Huon.

—¿Ha dicho usted que era profesor de matemáticas?

—Sí. ¿Le conoce?

—Creo que sí. ¿Un hombre mayor, con gafas y audífono? ¿Siempre con traje gris y corbata blanca?

—Sí, corbata blanca, siempre llevaba corbata blanca. Muy distinguido. Es curioso que también le conozca. El mundo es un pañuelo.

—Lo curioso —dijo Frédérique pensativa—, es que, hace unos quince días, vi a alguien que se le parecía mucho en el tren, viniendo hacia aquí.

—Me sorprendería que fuera él, porque no ha aparecido por aquí desde hace, por lo menos, dos años.

—A mí también me sorprendería, porque murió.

—¿Sí? Lástima. Después de lo que le ocurrió…

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Frédérique, cerrando el libro.

—Pues bien, le estaba diciendo que el señor Huon empezó a venir al casino para hacer permanencias nuevas. Así le conocí. Llegaba cada fin de semana, en autobús, como yo, y anotaba números, anotaba números, no hacía otra cosa, anotaba todos los números que salían, hasta el domingo por la noche, en la mesa número 4, siempre en la misma, y no tenía secretario, ¡ja!, por eso me daba tanta risa aquel tipo con su Marigny de Grilleau… Y, en el autobús, me decía, me refiero al señor Huon: «¡Funciona, sigue funcionando!» Yo me burlaba de él, cariñosamente, claro: soy guasona pero no cáustica. Le decía que podía seguir comprobando su famoso sistema así, hasta que fallara, pero que, mientras, era mejor que se decidiera a jugar de una santa vez. «No, no; cuando esté seguro», me respondía, «entonces jugaré una vez, solo una vez y nunca más; pero, la vez que juegue, haré saltar la banca.» Sin embargo, para aplicar su sistema y poder seguirlo hasta el final, era necesario empezar a jugar con mucho dinero, ya no recuerdo cuánto, pero era mucho, muchos millones de francos viejos, y el pobre abuelete no los tenía. Entonces, intentó que alguien se los prestara. Estaba seguro de que ganaría y de que, lógicamente, no tendría problemas para devolverlos. Además, como afirmaba que solo jugaría una vez, proponía dar el sistema a quien le prestara el dinero. Comprenderá usted que un sistema infalible, infalible de verdad, vale un pastón. Pero, en fin, nuestro amigo no encontró a nadie que le prestara el dinero. Y lo lamentaba. Cada domingo, al regresar, decía: «Es terrible, sigue funcionando. Si hubiera tenido un millón, sería millonario.» Yo le preguntaba: «¿Por qué no

empieza con una pequeña cantidad y, si la cosa funciona, sigue usted jugando con las ganancias? ¡Es coser y cantar!» «No, no», contestaba. «Usted no lo entiende, señora Krechmar. Primero hay que sufrir algunas pérdidas, tener fuertes sumas de dinero en reserva…» Y, a continuación, se cortaba; siempre temía hablar demasiado acerca de su sistema. Particularmente, no me fío de los sistemas secretos. No creo en ellos. Si me pregunta por el mío, que es el que sigo para apostar a vecinos, se lo confesaré abiertamente, a cambio de nada. No se trata de una fórmula mágica, como abracadabra, no; cualquiera puede utilizarlo. Lo esencial es saber utilizarlo correctamente, no liarse con los datos, no equivocarse con los apuntes, mantener la calma; es mucho trabajo, créame, y el sistema no lo hará por usted: es usted quien debe realizarlo. Por cierto, eso es lo que debió de causar la desdicha del pobre señor Huon. En fin, supongo. Porque, verá, lo que sucedió, es decir, lo que me contaron, pues por desgracia no estuve presente: ocurrió durante la enfermedad de mi marido que, a pesar de todo, era lo primero, lo más importante. Pero los clientes habituales del casino lo vieron todo. ¡El señor Huon se decidió a jugar! Puede usted imaginar que constituyó un gran acontecimiento. Hacía un año que lo veíamos con sus tarjetas, sus tablas y todos sus bártulos, sin tocar jamás una ficha, y hete aquí que, una tarde, va y se dispone a apostar. Al parecer, recibió una modesta herencia. Estoy segura de que los croupiers temblaban de miedo, ya veían saltar la banca. Y bien, falló. Por lo que me contaron, el señor Huon empezó a sembrar la mesa de fichas, como un poseso, y perdió los estribos; en fin, es lo que imagino, porque su sistema quizá fuera infalible, pero él debió de precipitarse al tomar sus apuntes, o quizá se equivocara al colocar las fichas; hay que tener en cuenta que jamás había tocado una ficha… Lo cierto es que, al cabo de dos horas…

—¿Perdió todo?

—No; todo no. De todos modos, tenía mucho dinero. Pero perdió lo suficiente para comprender que no podría seguir su sistema hasta el final. Entonces, cogió lo que le quedaba y se marchó sin hablar con nadie. Según dicen, tampoco lo vio nadie en el autobús de regreso. Y después nunca volvió al casino…

—Y murió… Lo que acaba de contarme lo mató —murmuró Frédérique conmovida.

Hubo un minuto de silencio; luego, la señora Krechmar volvió a servirse un trago y prosiguió:

—Con esta historia, quería decirle que no basta con disponer de un buen sistema. Un sistema no lo es todo. Hay que saber aplicarlo y disponer de medios, o sea, tiene que adecuarse a un presupuesto reducido, al menos en el caso de gente que carece de una gran fortuna, como yo, por ejemplo, que cobro una modesta jubilación.

Además, un buen sistema no debe obligar a tomar demasiadas notas en la mesa. A veces, veo a algunos jóvenes realmente enloquecidos haciendo cálculos, tablas, esquemas a cuatro colores, todo un gran despliegue, y al final no tienen tiempo de apostar. Mi lema es: en casa, lo que usted quiera; pero, en la mesa de juego, lo mínimo: un bloc, dos columnas y punto. Por eso ahora apuesto a seis vecinos, nunca a más. Durante dos o tres horas observo, observo durante el tiempo que la bola tarda en girar unas cien veces, veo qué gana y qué pierde, hago mis arreglillos, tranquila, en mi bloc, y cuando estoy segura de mi jugada, espero la señal y ataco con mis vecinillos. Pido al croupier que coloque mis fichas; me parte el corazón verme obligada a hacerlo, pero he aprendido la lección, ¡qué remedio! Las cosas claras, en su momento y sin discusión. Y despacito, poco a poco. Nada de martingalas, nada de párolis. No, la progresión a la chita callando, y a sangre fría: ese es mi secreto. Haga con él lo que quiera.

—¿Jugando así gana? —preguntó Frédérique.

—Desde la muerte de mi marido, no mucho. Pero, a lo largo del año, gano. De todos modos, no hay ningún misterio: lo que cuenta, con el tiempo, son las pequeñas ganancias. Y es preciso saber levantarse de la mesa en el momento en que se ha ganado lo que uno se había propuesto. Como máximo, el quince por ciento del presupuesto inicial; entonces, me largo a la caja y no me verá usted tocar una ficha hasta el día siguiente. Hay que tener voluntad, sobre todo si se queda uno en la sala observando el juego de los demás. Yo ya tengo mis modestos beneficios en el bolsillo y eso me cubre el hotel y la comida. Resultado: lo paso bien sin desembolsar ningún dinero.

—Sí, claro… —reconoció Frédérique—. Desde ese punto de vista, es verdad.

Vació su vaso, maquinalmente. El desagradable sabor del grog de kirsch tibio, cuyo olor impregnaba el pestilente aliento de su vecina, tan cercano, le hizo cobrar conciencia, bruscamente, del espectáculo que ofrecía: el estómago revuelto, la garganta seca por haber fumado demasiado, recostada en aquella colcha mugrienta, en compañía de una perfumista jubilada que, con el quimono entreabierto, se hacía masajes en los dedos de los pies, cuyas uñas llevaba pintadas de rosa, y contaba detallada y orgullosamente la absurda mezquindad de sus sistemas y de sus permanencias. Consultó su reloj: las cuatro menos diez.

—De todos modos —dijo la señora Krechmar, que había captado el gesto de Frédérique—, no abren hasta las cinco de la tarde. Tenemos tiempo de sobra para dormir por la mañana.

—Estoy reventada —repuso Frédérique—. Gracias por todo.

Se levantó y, con un movimiento de cabeza, rechazó el «traguito para el camino» que la señora Krechmar le ofrecía amablemente.

—¿Juega siempre aquí? —le preguntó al dirigirse hacia la puerta.

—Durante el año sí. Los desplazamientos salen más baratos, y además nos encontramos casi entre amigos; todos nos conocemos. En verano, me permito ir a la Costa Azul. Es otra cosa. Usted está empezando, ¿verdad? ¡Ah, la juventud! ¡Qué maravilla! Pero recuerde mis consejillos. Si cuando yo tenía su edad alguien me hubiera explicado la mitad de lo que le he explicado yo a usted, me habría ahorrado muchos problemas, y a mi pobre marido también. Nunca hacemos caso de los consejos; pero, a la larga, comprenderá lo que le he dicho. Vamos…

—Gracias por todo —repitió Frédérique, y tambaleándose ligeramente salió al pasillo.

20

Frédérique volvería a ver con frecuencia a la señora Krechmar, quien residía en Forges casi permanentemente, hasta el extremo de que cabía preguntarse si iba a París alguna vez y si tenía realmente un domicilio allí. Sin embargo, Frédérique prefería evitarla. En el casino resultaba fácil, pues calculaba que la experfumista, cuando se hallaba en la sala de juegos, no reconocía a nadie e incluso podía llegar a molestarse si un simple saludo distrajera una parcela de su atención; pero el asunto se complicaba en el terreno neutro, cuando el casino cerraba y la señora Krechmar empezaba a buscar compañía. En posteriores estancias en Forges, Frédérique, a sabiendas de que la dirección, en recompensa a su asiduidad, le reservaba siempre la habitación número 17 —muy solicitada por los jugadores, ya que el 17 estaba situado en el centro del tapete— y sin atreverse a reclamar la número 36, procuró alojarse en el segundo o en el tercer piso. Y en el vestíbulo, a la salida del casino, en el bar donde a veces desayunaba un sándwich, huía de la sistemista temiendo que, si la escuchaba, perdería la afición por el juego. La monomanía de la señora Krechmar convertía la gratuidad, la despreocupación y la embriaguez propias del juego —todo lo que atraía a Frédérique— en una masa pegajosa y pesada en la que fermentaban las actitudes que más le repugnaban: el afán de lucro, siempre que fuera modesto —de lo contrario, había que desconfiar—, la fe en el mérito, en el cálculo y en el trabajo de hormiguita, tenidos supuestamente por compensadores de los reveses de una fortuna que se muestra hostil, el coraje del humilde trabajador para quien, al soltar las riendas, se deja llevar por la vida y que, para colmo de injusticias, la vida, a veces, colma en recompensa.

Desde la primera noche, en Trouville, Frédérique intuyó en el juego una solución capaz de sustituir esos principios enojosamente familiares. A pesar de su inexperiencia, se sintió cómoda en el casino, liberada, gracias a la desindividualización, al anonimato. Por fin, veía cómo una obcecación equitativa sustituía a la miopía de los poderes que edifican la pirámide social a base de recomendaciones, enchufes y privilegios adquiridos: fortuna, educación, encanto o talento. Frente a la ruleta, todos los jugadores eran iguales y, si no solidarios, sí se mostraban al menos pacíficos en su indiferencia, ya que se jugaba

contra el azar, no contra los vecinos de mesa, y las ganancias de uno no constituían, forzosamente, las pérdidas de otro. El pasado no contaba: cada bola impedía que se heredara el menor rastro de él. Y nadie quedaba excluido de aquella sociedad armoniosa que no ejercía proselitismo alguno, que se mantenía al margen, que no imponía sus reglas más allá de su recinto, a pesar de que algunos fanáticos intentaran imponer las suyas, imperantes en el exterior.

Esa era la consideración que los sistemistas le merecían: eran espías disfrazados de jugadores —seguramente, algunos creían serlo— que oponían su labor de zapa, sus cálculos y su asquerosa tenacidad a la suerte. Pretendían domar los caprichos del azar con sus permanencias. ¡Vaya palabra! A partir de ahí, un pasado ineludible recaía sobre cada bola. Al delicioso sueño de llegar al casino con cuatro cuartos en el bolsillo y salir rico, dispuesto a perderlo todo al día siguiente, sucedía la esperanza racional de sacarse un 15 % de beneficios a la semana y de vivir de la ruleta como si el juego fuera un trabajo fastidioso, menospreciado y mal retribuido: de tal modo, la justicia se restablecía.

La conversación nocturna con la señora Krechmar sumió a Frédérique en un estado de abatimiento que, a lo largo de los días siguientes, se transformó en odio de casta. El sistemista se convirtió en su enemigo personal. Ninguna vejación, ningún gesto despreciativo que los croupiers dirigieran a tales jugadores le parecían suficientes. Sin embargo, tales vejaciones se producían muy raras veces, y a fuerza de ver a aquellos apacibles jubilados instalados en una mesa durante horas, sin apostar ni levantar la nariz de los blocs, y sin ser blanco de ningún comentario desagradable, comprendió que en las quejas de la señora Krechmar había mucha paranoia. El asunto la divirtió y pronto se convirtió en un motivo de entretenimiento que acabó por sustituir a la hostilidad que, en verdad, aquellas inofensivas criaturas no merecían. Durante aquel mes de diciembre, a lo largo de sus escapadas favorecidas por las huelgas de la enseñanza, aprendió a reconocer a los sistemistas, a distinguir, entre los jugadores que anotaban números, a los simples supersticiosos, los jugadores nerviosos entregados a dicha superstición al igual que otros se consagraban al cigarrillo, a los jugadores atolondrados que hallaban, en el hecho de anotar números, indicaciones confusas, intuitivas, acerca de la temperatura de la mesa, de los números «en alza» a los que se decidían a apostar precisamente cuando la suerte empezaba a abandonarlos, y a los verdaderos sistemistas, poco numerosos en realidad, que empollaban en casa y, por la tarde, en cuanto el casino abría, ocupaban su lugar en la mesa de juego. A la larga, aquellos humildes y tercos parásitos le inspiraban una especie de ternura similar a la que había experimentado por sus padres, ya hacia el final

de sus vidas, por sus modales precavidos, de los que ella había renegado violentamente durante años, por su pequeñez reivindicada incluso mediante el vocabulario que empleaban, ya que añadían el diminutivo *-ito* al final de cada palabra, ajustando las cosas a la escala de sus sueños y de sus necesidades, otra palabra que Frédérique odiaba, cualquiera que fuera el sentido que se le otorgara.

Paradójicamente, en el caso de los sistemistas, aquella pequeñez era parte de un combate en el que Frédérique, a pesar de haber elegido el campo contrario, acabó por hallar cierta grandeza. ¿Acaso la confianza en el mérito, frente a los caprichos del azar, no constituía una afirmación de la fe en el talento del hombre? Y la esperanza de que ese talento, hecho de razón, de astucia y de empeño, pudiera algún día vencer a lo irracional, ¿no guiaba los descubrimientos de la ciencia? En contra de la aparente evidencia que indica que cada vuelta de la ruleta es nueva e independiente respecto a las precedentes, el hecho de asignarle un pasado que la determine y de esperar deducir las leyes de ese determinismo estudiando la genealogía de cada bola quizá fuera un ejemplo de esos audaces avances que, un buen día, echan por los suelos la creencia de que la Tierra es plana, o de que el Sol gira alrededor de nuestro planeta. En cuanto a la quimera de vivir de la ruleta como si de un trabajo absorbente, oscuro y mal retribuido se tratara, Frédérique olvidaba, con sus burlas, que todos los artistas la compartían, todos los artistas y todos los hombres dedicados a una búsqueda o entregados a una pasión, como el señor Huon, cuyo triste fin fue el de un osado e insignificante mártir del conocimiento.

Pero lo que era bueno para el señor Huon, o para la señora Krechmar, no lo era para Frédérique. Su confianza en el talento humano había disminuido notablemente a medida que se había ido revelando la débil capacidad de ese talento para reconocer el suyo. Aparentemente, los esfuerzos requeridos para la creación, la voluntad de poder o la construcción —más abordable a simple vista— de una vida privada satisfactoria no le iban. Los que había realizado apenas habían hallado compensación. En tal caso, ¿no era preferible ceder, renunciar lúcidamente a moverse en el ámbito —áspero, desalentador y tergiversado desde un principio— del mérito y de la competitividad? Y, dado que existía un territorio libre del despotismo de dichas categorías, ¿no era mejor decidirse a someterse en cuerpo y alma a esa nueva ley que quizá fuera clemente con ella?

Frédérique había pensado en el suicidio varias veces. La idea se le ocurría cuando, sin nada que perder, podía aplazar el gesto fatal y, mientras, hacer todo lo que quisiera, ya que la inminencia de la propia muerte la liberaba de escrúpulos, de inhibiciones y de cualquier clase de preocupaciones por las consecuencias de sus actos. Hacer todo lo que quisiera: por desgracia, aquel «todo», una vez planteado, se

deshacía como un trozo de hielo expuesto a la acción de los rayos del sol. Se descubría libre para poder pasear desnuda por las calles, para provocar a los policías que la detuvieran, para asaltar un banco revólver en mano, para abofetear al inspector que realizara una visita a su clase, para instalarse en el Ritz y enloquecer al personal de servicio con sus caprichos y después de marcharse sin pagar —o pagando una factura extraordinaria, transgresión apenas menos significativa—. Pero pronto comprendía que ninguna de aquellas extravagancias le apetecía y que una libertad desenfrenada no ayudaba en absoluto a obtener las satisfacciones con las que realmente soñaba: llevar una vida más brillante, con relaciones más encopetadas; disfrutar de una notoriedad que, sin obligar a la gente a volverse a su paso, le proporcionara la seguridad de que, en una fiesta, despertaría la celosa curiosidad que rodea a la *beautiful people*; para empezar, que la invitaran a más fiestas.

La pasión por el juego sugería un «dejadlo todo» más insidioso, más realizable quizá. El juego no exigía que uno se situara fuera de la ley, sino que se sometiera a la suya, reconocida por cierto, tolerada en la medida en que, salvo excepciones consideradas patológicas, no regía el conjunto de la vida social sino la diversión de una velada, vivida de vez en cuando. Sin embargo, bastaba jugar con suficiente asiduidad, otorgar prioridad al juego, para que el poder del azar se acentuase en la vida del jugador del mismo modo que se adopta la nacionalidad del país en el que se reside y, sobre todo, en el que se pagan impuestos. Vivir del juego, tal como lo entendía la señora Krechmar, no. En cambio, dejarse llevar por él, confiar en que fuera la bola de marfil la que se ocupara de decidir lo que uno haría, adónde iría, si sería rico o pobre y en qué grado… Esa era la posibilidad a la que Frédérique se enfrentaba ahora. Y, al contrario que la mayor parte de jugadores, preocupados por compartimentar su vida, por dedicar a la ruleta solo una parte modesta, y ya establecida de antemano, de su tiempo, de sus pensamientos y, sobre todo, de sus recursos, Frédérique deseaba entregarse desenfrenadamente a sus poderes, confiarle su vida y, para empezar, su bolsillo. Deseaba jugar mucho dinero. Eso era lo que quería.

21

Otro efecto del ejemplo disuasivo que le brindó la señora Krechmar consistió en la repentina extinción de sus veleidades competitivas. Confusa, al principio, por el esoterismo de las órdenes que los jugadores daban a los croupiers y por las arduas reflexiones a las que algunos jugadores parecían entregarse, supuso que la ruleta, para proporcionar placer y quizá algún beneficio, exigía un conocimiento, el dominio de una extensa serie de idiomas y de técnicas para las que no todo el mundo estaba dotado y en las que había tardado mucho en iniciarse. La señora Krechmar, al descubrirle la naturaleza de tal conocimiento, la había convencido, involuntariamente, de que se apartara de él. Y Frédérique comprendió que, a no ser que uno fuera sistemista, en el casino no había nada que aprender, nada que estudiar, que solo servía para olvidar la idea, tan afianzada fuera de sus cuatro paredes, de que para gozar hay que merecérselo. Tras asimilar un reglamento pueril y un léxico reducido a algunas palabras, a fuerza de práctica y sin demasiado esmero descubrió algunos trucos de sentido común útiles para administrar su presupuesto y para prolongar el placer del juego cuando los plenos, que tanto le gustaban, parecían provisionalmente hostiles; trucos como apostar a una seisena en pasa cubriéndose con falta, o a caballos negros con el rojo. No prestaba crédito alguno a esas técnicas de seguridad incompletas intuitivamente elaboradas, pero era un modo de variar, de nivelar por el contraste entre unas jugadas débiles, para descansar, y los alegres impulsos cuando el dinero le quemaba las manos y multiplicaba las fichas en plenos o, en memoria de sus primeras armas, se obstinaba con el 36, apostaba al 36 treinta y seis veces seguidas y, si no salía, volvía a iniciar el ciclo completo doblando las apuestas. Aprendió que las martingalas no constituían una disciplina ardua, sino solo un pretexto para jugar fuerte, lo que hacía sin vacilación ni remordimiento, y sin intención alguna: ya no se trataba, al menos así lo creía, de demostrarse a sí misma que era capaz de hacerlo, que se había liberado de los atávicos demonios de la prudencia y del ahorro. ¡Adiós, amarga introspección! Había quedado olvidada, borrada. Había sido pasto de la ligera embriaguez de los vaivenes que, desertando del instituto, se habían multiplicado entre París y Forges.

Ya no le preocupaba qué pensarían de ella los demás, o si parecería neófita; ya no le inquietaba la posibilidad de sentirse incómoda; ya no lo estaba. Ahora le gustaba jugar, y jugar lo que era mucho dinero para ella y también para sus vecinos de mesa, al menos entre semana. Sentía deseos de reír, se exaltaba vivamente al colocar las fichas —más con las grandes que con las pequeñas— en el tapete verde, se exaltaba incluso cuando perdía. ¿Qué importaba? Ya ganaría más tarde y, además, en comparación con el renqueante avance de la existencia, ¿acaso no resultaba más sencillo, más claro, más vivaz ganarse unas fichas que ganarse la vida, y perder grandes sumas de dinero en lugar de ilusiones?, ¿sentir remordimientos y no pesadumbres? En realidad, no sentía ni lo uno ni lo otro.

Sus padres, muertos hacía cinco años, le habían legado una pequeña herencia, algunos millones de francos viejos que dormían en una libreta de ahorros. Inconscientemente fiel a su memoria, se había abstenido de tocar aquel dinero, nunca pensaba en su existencia, comportándose, incluso en momentos de apuro, como si no lo poseyera, para disponer de él en caso de necesidad, naturalmente; el famoso caso de necesidad del que ahora se reía, sorprendida y encantada de no haber echado mano de aquel botín con anterioridad.

Su madre, cuando vivía, tenía la costumbre de contar lo que poseía en francos nuevos y reservaba el uso de los viejos para contabilizar lo que le quitaban, por adicción a la jeremiada. Se quejaba de que la seguridad social le reembolsaba cuatrocientos francos de una prótesis auditiva que le había costado cien mil. Para Frédérique, la diferencia entre pérdidas y ganancias era algo confuso. Experimentó un placer similar, pueril, al retirar un millón de su cuenta y regresar de Forges, al día siguiente, más que medio desvalijada pero rica por haber ganado, en un momento dado, más de siete millones de golpe, con un pleno de dos mil francos. Setenta mil francos, sí, para volver a perderlos alegremente, y, poco después, jugó pároli a los nueve vecinos del cero. El pároli no pasó de la segunda jugada; pero, durante un minuto, hubo cinco millones suyos en juego sobre el tapete, cinco millones que pudo coger y que volvió a apostar, alegremente, sin guardar ni una sola ficha: «¡Todo a vecinos!» Todo fue a parar a la banca, ¿y qué?

Después de varias sesiones señaladas por tales hazañas, en el casino empezaban a conocerla. En la entrada, el gorila de turno la saludaba por su nombre, y el grandilocuente jefe de sala, cuando se mezclaba con la clientela, le dirigía una mirada tierna, pues perdía lo suficiente para merecerla. Cuando una noche Frédérique se quedó corta de dinero en metálico, el jefe de sala le aceptó un cheque como garantía. Los croupiers le daban trato de cliente digna de consideración. La impasibilidad de los empleados ya no la intimidaba.

Sabía sorprenderlos en los momentos de relajación, gracias a los que disfrutaban de buen humor, se compadecían de la mala suerte de los apostantes y se mostraban más abiertamente solidarios de la buena, que acrecentaba las propinas. Frédérique se enteró de que los croupiers, al igual que los acomodadores de los cines, no percibían ningún otro salario. Al mostrarse generosa, su popularidad aumentó aún más. La señora Krechmar, cuando se cruzaba con ella, le lanzaba furibundas miradas que la halagaban.

22

En París, las cosas no resultaban tan fáciles. En menos de dos semanas, había ido a Forges cuatro veces. Dado que permanecía en el casino hasta la hora de cierre, dormía en el hotel. En una de sus escapadas, se quedó incluso el día siguiente con la esperanza de rehacerse de una pérdida bastante notable. Las repetidas ausencias exigían organización y, ante todo, colocar a Quentin. Jean-Pierre, a quien no deseaba pedir demasiados favores, accedió a quedárselo una noche, y Corinne las tres restantes. Aquello significaba prestarse a convertirse en el blanco de su curiosidad. Imaginaba que Frédérique habría encontrado el gran amor y la acosaba a preguntas. Las respuestas evasivas no la satisfacían; quería detalles: a quién se parecía, a qué se dedicaba, si era un hombre libre o casado… La tradición de confidencias mutuas establecidas entre ambas le confería determinados derechos, pero no se daba cuenta de que Frédérique se zafaba y volvía a la carga una y otra vez, variando las maniobras de acercamiento: sobrentendidos insistentes y conminatorias apelaciones a su vieja amistad («¡Vamos, chica, a mí con esas no, eh!») que exponía continuamente a modo de provocación. Tanto misterio solo podía ocultar dos significados: o Frédérique había encontrado un mirlo blanco, tan blanco que tenía miedo de que se lo quitaran («¿Acaso no me conoces? Nunca te haría algo semejante…»), o se trataba de alguien francamente impresentable. Frédérique, que en ningún momento había hablado de ligue, pensó que sería mejor decir la verdad; pero luego cambió de idea, segura de que Corinne no la comprendería (cosa que, por otra parte, no deseaba).

Ya harta, accedió a hacer alguna concesión y esbozó el retrato de un amante ficticio pero capaz de inflamar la imaginación de su amiga. Solo después advirtió que tomaba prestados a Claude —un Claude algo pulido por las circunstanciaslos rasgos honorablemente marcados de un hombre de negocios que no ha vivido mal y ha corrido mucho mundo, de unos cincuenta años deportivamente llevados, rico, activo, autoritario, que la llevaba a restaurantes lujosos y, a la salida de las salas de fiesta, a ver amanecer en el mar, en Deauville. «Un hombre, lo que se dice un hombre, vaya», comentó Corinne con envidiosa ironía que alivió preguntando a Frédérique si le había confesado a su canoso

playboy que tenía un hijo de ocho años o si se lo ocultaba para parecer más joven (podría pretenderlo, al contrario de Corinne, cuya voluminosa cintura e ingratitud de rasgos situaban en desventaja. Frédérique solo tenía amigas feas, coincidencia que Jean-Pierre le había reprochado con frecuencia).

Quentin, por su parte, no formulaba preguntas, no más de las que había planteado a raíz de la separación de sus padres. Sin haberle hablado nunca abiertamente, Frédérique lo consideraba en edad de comprender tanto el alejamiento del padre como sus propias ausencias. Cualesquiera que fueran sus ideas al respecto, Quentin aceptaba la situación con naturalidad, quizá con demasiada discreción, declarándose encantado de ir a dormir a casa de sus abuelos o a casa de Corinne, a cuya hija, Laetitia, quería mucho. Por otra parte, lo esencial era cómo enfocar el asunto: Frédérique no le decía que se ausentaría tal noche, sino que procuraba que lo invitaran; la complicidad de Corinne resultaba imprescindible. Sin embargo, el hecho de que tales invitaciones fueran cada vez más frecuentes debía de sorprenderle aunque no lo manifestara, y Frédérique, a veces, temía el parloteo de Corinne, sus astucias para sonsacar al niño; lo que Quentin pudiera decir a su padre, más o menos inocentemente, y las conclusiones que Jean-Pierre pudiera llegar a elaborar.

Cuando, en el transcurso de los dos últimos años, Frédérique había tenido algún ligue, siempre había procurado mantener a Quentin al margen; pero no le molestaba que el resto de quienes la rodeaban, y Jean-Pierre en particular, lo supieran o, al menos, lo sospecharan. Ahora, envolvía sus escapadas a Forges en un gran secreto. Un amante como el que había inventado, al que había llamado trivialmente Michel al verse cogida de improvisto y para saciar la curiosidad de Corinne, se convertía en el pretexto confesable de una actividad de la que no se avergonzaba pero que se proponía mantener oculta. Y, con frecuencia, antes de dormirse se divertía con la idea de continuar así durante mucho tiempo, durante años quizá, yendo de casino en casino sin que nadie a su alrededor conociera su doble vida.

Dicha hipótesis proporcionaba un nuevo sabor a la íntima fantasía en la que uno se imagina muerto y, a la vez, testigo inmaterial de cuanto dicen y piensan quienes le sobreviven. El conjunto de remordimientos se transforma en confrontación de recuerdos: se interfieren, concuerdan, o bien se contradicen, y, a medida que los muros erigidos entre los amigos y los grupos de conocidos se agrietan y una confidencia hecha a uno descubre una mentira dicha a otro, se iluminan algunas zonas oscuras y aparecen otras que pronto constituirán el centro del retrato póstumo. Desdibujan los contornos; su opacidad difumina lo que aparecía claro y evidente y se burla de quienes buscan pesquisas.

Jean-Pierre y Corinne se encuentran en un bar casi vacío, una tarde de otoño. En vida de Frédérique, solo se habrán encontrado un par de veces. Ahora se ven, hablan de ella. Se preguntan adónde iría cuando desaparecía y, para empezar, a cuándo se remonta el misterio. «Creo que hacia noviembre o diciembre de 1986», dice Corinne. «Cuando las huelgas estudiantiles y de ferroviarios, ¿recuerdas?» Pero, evidentemente, no hay que buscar la solución en las huelgas. También está el amante, ese Michel del que Corinne, sacrificando la delicadeza en honor a la verdad, se decide a hablar a Jean-Pierre. «Ya sé que tenía amantes», suspira el hombre, «no era ese el problema.» «Sí, pero ese era diferente. No sé, algo en su modo de hablar de él…» Se obsesionan con el asunto, se centran en ese famoso Michel a quien nadie vio jamás y cuya vaga descripción recuerda a Jean-Pierre, de modo extremadamente irritante, un incidente absurdo ocurrido en la cola de un cine en la que un cincuentón, tan mal hablado como rico, los empujó violentamente. Frédérique incluso llegó a proponer ir a su encuentro y que Jean-Pierre se ocupara de su mujer; era una broma, claro. Jean-Pierre no puede evitar imaginar que se trata de un pez gordo del mundo del espectáculo, un productor de cine que tutea a las estrellas famosas, habla por teléfono desde su BMW, arrastra a Frédérique a Deauville o a Castel —Corinne, contrita, asiente—, y esta imagen le hiere. Sin embargo, en casa de Frédérique no aparece huella alguna del hombre, ningún regalo que le hubiera hecho, algún encendedor Dupont o Cartier, algo por el estilo. Tampoco ninguna foto como recuerdo de las vacaciones que quizá pasaran en las Seychelles. «En San Bartolomé», corrige Corinne, siempre bien informada acerca de las costumbres de los afortunados de este mundo. «Las Seychelles, hijo mío, es de nuevo rico.» Jean-Pierre se obstina, se obsesiona. En otra escena, bebe coñac, a sorbitos melancólicos, y habla con Claude, a quien ha ido a visitar a Normandía sin esperanzas de averiguar gran cosa. Y, en efecto, nada averigua. Claude recuerda una noche de Todos los Santos, la visita al casino y que, al día siguiente, cuando fueron al mercado, Frédérique le preguntó algunos datos sobre la ruleta. Fue hace mucho tiempo. Jean-Pierre se encoge de hombros. Más tarde, en último extremo, llega a imaginar que Frédérique trabajaba para Acción Directa,[8] o para la KGB, o para una red de *call girls*. Bebe cada vez más. Casi por milagro, pasa una noche en Forges-les-Eaux, duerme en una de las habitaciones que Frédérique ocupó con cierta regularidad, oye al gerente comentar a un empleado, o a la señora Krechmar, que curiosamente no han vuelto a ver a aquella mujer joven, rubia, que solía aparecer por allí con tanta frecuencia. JeanPierre no presta atención.

23

La primera noche, Deauville decepcionó a Frédérique. El hotel, sin embargo, prestaba una nota de seducción tenue y soñadora, como de paquebote varado en las dunas, a la melancolía de la estación. La habitación que había reservado, terriblemente cara, daba al paseo de tablones azotados por el viento. Se oía chillar a las gaviotas y el lejano tintineo de las cucharillas con las que dos ancianas americanas de cabellos azulados, refugiadas en el bar casi vacío, removían el té muy despacio. Aunque resultara convencional, aquella fantasía lujosamente enlutada había hecho que Frédérique, la tarde anterior, abandonara Forges, lugar que una temporada demasiado larga le había hecho aborrecer. Pero, a las nueve, el casino de invierno estaba casi vacío. De las cuatro mesas de ruleta, solo dos estaban abiertas al juego de una decena de jugadores que, errantes de la una a la otra, daban la sensación de haber entrado en el casino solo por ociosidad y haberse quedado allí por no tener otra cosa mejor que hacer. Los croupiers parecían vigilantes de museo o de acuario. Una sombría solemnidad entumecía sus gestos. Un camarero joven que salió al encuentro de Frédérique y a quien esta confesó su decepción dijo que, entre semana y fuera de temporada, siempre era así, pero que el ambiente se animaría la noche de Fin de Año. Frédérique dudaba si esperaría hasta entonces; sin embargo, postergó la decisión hasta el día siguiente y se juró jugar con prudencia aquella noche. Al pasar por París, aquella mañana, había retirado lo que quedaba en su libreta de ahorros para llevarse consigo lo que una semana de mala suerte en Forges había dejado de su herencia: algo más de treinta mil francos que, al llegar, dejó en la caja fuerte del hotel.

Solo cambió dos mil francos en el casino y los jugó sin prisa ni entusiasmo: a seisenas y a algunos caballos. A su alrededor, las apuestas eran apenas más audaces. Después de algunas jugadas desafortunadas, se retiró al bar. Mientras, fue entrando más gente que, seguramente, después de cenar, terminaba la noche en el casino. Frédérique se sintió desplazada, pero no como había temido. Aquel público, que en Forges hubiera resultado escaso, era más elegante, por supuesto, pero de una elegancia estridente, de nuevos ricos, o bien despreocupada hasta la insipidez, como la adoptada en los veraneos

propios de gente acomodada. Aquel público era también más desprendido: no se veían sistemistas ni, a primera vista, jugadores profesionales. Más bien abundaban las parejas jóvenes, muy burguesas, y los grupos de amigos que pasaban allí unos días de vacaciones, en cuyo programa una visita al casino tenía la misma importancia que la tradicional cena en Vapeurs, el té en alguna pastelería célebre o el recorrido del golf si el tiempo lo permitía. Jugadores ocasionales, de una sola noche, ni siquiera aficionados, que apostaban al azar, y poco, y seguían bromeando entre sí como si hubieran estado en la bolera o en la feria de atracciones de París. Desde lo alto de su taburete, Frédérique experimentó por un instante esa clase de condescendencia cuyo privilegio había envidiado, durante unas vacaciones en una isla griega, a una pareja de franceses que poseían una casa en el lugar, donde residían la mitad del año y cuya lengua conocían un poco, y que, orgullosos de su arraigamiento, miraban con desdén el rebaño de turistas que el barco depositaba en *su* puerto.

Al verla sola en el bar, un imbécil la abordó. Ella le mandó a paseo y luego, segura de que si volvía a la mesa seguiría perdiendo, salió del casino y regresó al hotel malhumorada, lamentando no haber realizado su primer impulso: una vez decidida a marcharse de Forges y a hacer las cosas a lo grande, ir a la Costa Azul, a Cannes, a Niza o incluso a Montecarlo. De todos modos, quizá en dichos lugares fuera todo igual que allí. Además, si había venido para jugar y las mesas estaban abiertas al juego, ¿qué importaba que estuvieran llenas o vacías? Si había mucha gente, no se enteraba, y si no había nadie, se daba cuenta: nunca estaba contenta.

Inspeccionó el minibar de la habitación y se sirvió un whisky. Se quitó los zapatos, con la copa en la mano. Al moverse, le cayó un poco de bebida en la falda, que, manchada, renunció a limpiar. Se tumbó en la cama y, con la mirada vuelta hacia la ventana, durante unos instantes se dejó absorber por el movimiento de la cresta, ondulante y lechosa, de las olas en la noche oscura. Por primera vez desde que había empezado a jugar, se sentía sola, y la soledad, en lugar de exaltarla, le pesaba. Tras sufrir la decepción de encontrar el casino casi vacío, el espectáculo de aquellas parejas, de aquella pandilla risueña y cómplice, la había ofendido. Se preguntó si aquel arrebato de tristeza no se debería a la nostalgia de los placeres confortables y compartidos, que uno aparenta menospreciar a veces, pero ante cuya carencia descubre el valor que poseen. Sin embargo, la Nochebuena, en Forges, no la había deprimido especialmente. Se marchó de allí guiada por un afán de novedad y porque le desagradaba mezclarse, idea a partir de entonces constante, con aquel conjunto de clientes de poca monta carente del aura de fasto cosmopolita propia, suponía, de

círculos más empingorotados. Más valía reconocerlo: la ruleta era igual en todas partes, pero los círculos mundanos seguían alimentando sus sueños. No obstante, le faltaba algo más, un elemento que un cambio de decorado no podía proporcionar, pero cuya carencia resaltaba, con más crudeza, un decorado vacío como el de aquella noche: un espectador.

La vaga insatisfacción que desde hacía unos días empañaba el placer del juego se concretaba de repente. Al abolir las diferencias de clase y de categoría, la atmósfera del casino neutralizaba también las relaciones entre las personas, que, absortas en el comercio exclusivo del azar, ignoraban a sus semejantes y, salvo reacciones superficiales de cortesía o de impaciencia, dejaban en el vestuario la seducción, la hostilidad, la envidia, los flechazos, los malentendidos, las formaciones de alianza y sus rupturas, todo lo que, al tejer la trama de las relaciones sociales, otorga a cada individuo una personalidad frente a los demás. Y, tras haberse sentido embriagada por el hecho de no ser observada ni juzgada, Frédérique, al igual que el viajero que, héroe de increíbles aventuras entre tribus primitivas, desearía no ser el único ser humano que tuviera noticia de su experiencia, soñaba con un testigo: alguien que, al verla empeñada en seguir jugando a pesar de haber sufrido fuertes pérdidas, exclamara: «¡Estás loca! ¡Déjalo ya!», lo que, por supuesto, la incitaría a doblar sus apuestas para escandalizar, deslumbrar y dejar atónito a su observador. A pesar de todo, perder un millón en una hora, sin pestañear, era una hazaña y le hubiera gustado que la gente la presenciara: no jugadores, sino gente de verdad, gente a la que conociera y a la que ahora imaginaba franqueando el umbral del casino para sorprenderla jugando fuerte. Sin ella advertirlo, contemplaban cómo apostaba y formulaba sus órdenes al croupier, cómo perdía montones de fichas con la sonrisa en los labios; observaban cada uno de sus gestos, que revelaban la costumbre de perder y el poco valor que otorgaba al dinero. Aquella noche, el espectador anonadado adoptó varios rostros que se iban superponiendo a lo largo de la fantasía, pero el de Jean-Pierre se repetía con más frecuencia que los otros. Se preguntaba cómo atraerlo, sin él advertirlo, a un casino donde ella se hallara. La posibilidad de arrastrarlo hasta el local quedaba descartada, pues lo gracioso de la escena radicaba en el hecho de que la sorprendiera en plena acción, sin haberlo planeado. Pero ningún ardid, ningún fenómeno azaroso hacía plausible que Jean-Pierre pusiera los pies en un casino; para ello era necesario que él la siguiera, decidido a averiguar qué ocultaban sus ausencias, hipótesis más quimérica aún, y a Frédérique le gustaba que sus fantasías poseyeran, al menos, una apariencia de realismo. Así pues, a no ser que entre sus conocidos se descubrieran más jugadores clandestinos, insospechados —ella no lo habría imaginado de nadie,

pero ¿quién podía haberlo imaginado de ella?, ¿y del señor Huon?—, solo quedaba Claude.

Cabourg se hallaba solo a unos kilómetros. Frédérique tenía la seguridad de que su cuñado, a veces, jugaba a escondidas de su mujer. Al menos, podía comprobar si se encontraba allí. Cuando Marie-Christine o él contestaran, colgaría. Pero no contestaron, tampoco más tarde, muy tarde, por la noche: llamó unas diez veces. Debían de estar esquiando o en Córcega, donde poseían una casa. No se durmió hasta el amanecer.

24

—¡Veinticuatro, negro, par y pasa!

Frédérique suspiró de rabia. Había apostado al 24, pero en la jugada anterior. Ironías como aquella se repetían sin cesar; la ruleta se burlaba de ella desde hacía tres días. A veces, le concedía una limosna, insignificante en comparación con sus pérdidas: lo hacía para retenerla en la mesa, en la que aquella noche no había ganado ni una miserable ficha. Como para precipitar una derrota que las suertes simples hubieran podido frenar, solo jugaba a plenos: al 36, por fidelidad y al 30 porque era el número del día, y también al número de los cigarrillos apagados en el cenicero, o al de las fichas que le quedaban, que le quedaban; quizá sí, en aquel momento; pero pronto no le quedaría nada, ni en el bolso ni en la caja fuerte del hotel. Debería dejar de jugar; se había propuesto abandonar la mesa en cuanto consiguiera el primer pleno y, entre tanto, seguía perdiendo con una regularidad enloquecedora. Ensimismada, con la yema de los dedos contaba, una y otra vez, las últimas fichas que tenía apretadas en la mano, húmeda, y hacía ya rato que no veía la sala ni a los demás jugadores, sino solo cifras que, en su febril estado, percibía en medio del bullicio. Le asaltaban percepciones visuales y auditivas que su cerebro descomponía en unidades numerables. Un hombre dotado de tres narices no le habría inspirado extrañeza alguna, solo la habría incitado a apostar al 3, y, es más, con desconfianza. Pues, a fuerza de percibir únicamente cifras, tenía la sensación de que tales cifras sonaban a falso y solo trataban de imponérsele para inducirla al error. Se dejaba burlar por permutaciones, alusiones traidoras, falsas evidencias. Un hombre joven, frente a ella, llevaba una chaqueta con tres botones, detalle cuyo mérito le había explicado Jean-Pierre: por nada del mundo llevaría una chaqueta con dos botones. Frédérique lo recordó y apostó al 3, a su pesar, presintiendo que se equivocaba. Salió el 4. El joven, que había apostado a la primera columna, recogió sus ganancias y se levantó, y, al abrírsele la chaqueta, apareció un botón de recambio cosido en el forro. Cada número que salía mantenía una relación maliciosa, obvia al fin y al cabo, con el que había elegido Frédérique. Si apostaba al 19, salía el 10, es decir, la suma de las dos cifras; si apostaba al 14, salía el 18 —habría sido necesario poner fin a

la guerra, sin esperar más—: si apostaba al 4, que era el número restante, seguro que salía el 3; simple cuestión de simetría, puesto que, al apostar al 3, ya había provocado la salida del 4. En caso de confiar en las guerras, no cabía pensar en el 39 ni en el 45, aunque sí quizá en el 6, la diferencia entre los dos anteriores. Y entonces volvía a salir el 3, que la pillaba desprevenida. Luego se dio cuenta de que las cifras del 39, sumadas, daban 12, y las del 45, 9, y que 9 y 12 sumaban 21, es decir 2 y 1, 3: todo encajaba. Todo encajaba siempre, retrospectivamente.

Le quedaban diez fichas: diez jugadas más y no quedaría ni un céntimo de la herencia. No habría durado ni tres semanas.

«¡Hagan juego, señores!» Anonadada, observaba como el tapete se iba cubriendo de fichas generosamente. En un momento dado, la disposición de las fichas pareció esbozar una preferencia colectiva hacia los números situados en la parte superior de la mesa, pero no duró. Pronto no quedó vacía ninguna casilla. Sí, quedaba una: la del 9, que, pensó Frédérique, era la suma resultante del 3 y del 6. Su corazón latió más deprisa. La única cifra desechada era el compendio de las suyas. Nadie parecía reparar en dicho número: el 9 esperaba su apuesta. La suerte, cansada de hostigarla, la estaba llamando con gesto amable. O quizá pretendiera aprovecharse de ella una vez más: sería la última. Respiró hondo, con dificultad, se inclinó hacia el tapete y colocó sus diez fichas, en dos pilas, en el 9.

El croupier lanzó la bola. Entonces ocurrió lo que no había osado temer. Una mano, muy rápida, surgió por detrás de su hombro, se dirigió hacia su casilla y colocó dos fichas grandes, azules, junto a las suyas. Después, la mano se retiró, rápidamente también.

—¡No va más!

Frédérique ni siquiera se volvió. «¡Vaya!», pensó. «¡Se jodió el invento!»

Postrada en su asiento, oyó, como de muy lejos, como si aquello no le concerniera, el ruidillo de la bola al inmovilizarse, y cuando el croupier anunció: «Nueve, rojo, impar y falta», creyó que se trataba de otro engaño. Luego, comprendió lo sucedido y echó la cabeza hacia atrás, estirando el cuello, con la mirada hacia el techo, con la seguridad de que iba a descubrir el rostro desconocido de su pareja inclinado sobre el suyo. No vio a nadie. Al intentar ver más hacia atrás, estuvo a punto de caer. Una mano sujetó el respaldo de la silla. Recuperó el equilibrio por los pelos. Se vio observada, se sintió ridícula y ahogó una risa nerviosa. Pensó que la mano situada a su espalda quizá fuera la que había colocado las dos fichas grandes en el 9.

—¡Bonita jugada! —dijo el croupier, empujando hacia ella la muralla de fichas que acababa de ganar. Y añadió—: ¡Enhorabuena

también al señor!

Entonces se volvió hacia el señor, ligeramente apartado, a su derecha, y reconoció al joven gordo en el que se había fijado en Forges la primera vez que acudió sola al casino: el que jugaba al 36, como ella, y aspiraba la espuma de la cerveza de un modo tan desagradable. No había cambiado de aspecto ni, habríase dicho, de vestimenta. Movió la cabeza al cruzar una mirada con la de Frédérique; después, sonrió, pero de un modo extraño, como si no dominara los músculos de la mandíbula y, sin creérselo mucho, procurara hacerles expresar una mezcla, demasiado compleja para él, de astucia y de cordialidad adusta. Recogió las fichas al mismo tiempo que Frédérique recogía las suyas, y ambos dieron las propinas al croupier al mismo tiempo también, de tal manera que el empleado los asoció en un único «gracias». Frédérique se levantó y, con un movimiento de la cabeza, ofreció la silla al joven gordo, que farfulló:

—No, no… Creo que iré a tomar una copa. ¿Le apetece una bebida?

—¿Una bebida? —repitió Frédérique, a quien divirtió la palabra—. ¿Por qué no?

En el bar, donde la gente reía y hablaba en voz muy alta, permanecieron silenciosos durante unos instantes, uno al lado del otro.

—Casi le mato, ¿sabe? —acabó por decir Frédérique—. Cuando ha colocado las fichas en el 9. Tenía la seguridad de que, si era la única que apostaba al 9, saldría.

—Y ha salido —observó llanamente el joven gordo. Después, tras una breve reflexión, añadió—: También yo tenía la seguridad de que saldría si era usted la única apostante.

—¿Ah, sí? —se indignó Frédérique—. Quería usted hacerme perder, ¿verdad?

—No, no… Precisamente no. Pero al ver que era usted la única apostante al 9, he pensado que saldría. Entonces, me he aprovechado.

—¡Es absurdo! ¡Si usted también apostaba, yo ya no era la única apostante!

El joven hizo un gesto evasivo y dirigió la mirada hacia su copa de cerveza con expresión concentrada y preocupada. Se parecía a uno de esos acusados algo simplones que, apretujados en el banquillo, ante el tribunal, reconocen punto por punto todo de cuanto se les acusa y, ante la recapitulación de sus confesiones, dicen que no, que no es exacto, con una terquedad desalentadora para todos los asistentes. Como si de una explicación se tratara, dijo:

—Me llamo Noël.

—Muy oportuno[9] —bromeó Frédérique, sin decir su nombre.

—Mañana es Año Nuevo. ¿Qué hace usted para Año Nuevo?

—No sé. Lo mismo. —Señaló las fichas que desbordaban el bolso entreabierto, encima de sus rodillas—. Salgo a flote, ¿verdad?

Vació su copa de champán, alegremente.

—Yo… —dijo Noël con voz taciturna tras un nuevo silenciovoy a Divonne. ¿Lo conoce?

—No.

—Está mejor que esto. El casino es mejor; además, siempre paso Año Nuevo allí. ¿Quiere venir conmigo?

Frédérique lo contempló sorprendida, pero él no la miraba. Miraba la copa de cerveza. Un tic hacía palpitar sus aletas nasales, como si un insecto se hubiera posado en su nariz.

—Si usted no lo sabe, no soy yo quien debe decirlo. ¿Qué prefiere, rojo o negro?

—Rojo —dijo Frédérique.

—En tal caso: negro, me acompaña.

Frédérique rió.

—Y rojo, se queda usted aquí. ¿De acuerdo?

El joven no respondió, solo levantó la mano en demanda de silencio con intención de poder oír el resultado que iba a anunciar el croupier de la mesa más próxima, separada del bar por una hilera de plantas.

—Cuatro, negro, par y falta.

25

Al salir de Deauville, un poco antes de medianoche, Frédérique ignoraba dónde se hallaba Divonne; pero suponía que, presumiblemente, el viaje sería corto. No se decidió a preguntarlo hasta al cabo de unos cincuenta kilómetros y, sobre todo, lo hizo para romper el silencio. Cuando el joven dijo que Divonne se hallaba a orillas del lago Lemán, Frédérique creyó que se trataba de una broma. Después, al comprender que Noël hablaba en serio y que las bromas, en general, no formaban parte de su modo de comportarse, protestó:

—¡Hay que cruzar toda Francia!

—Sí —confirmó Noël—. Pero la autopista llega hasta allí. —Transcurrieron algunos minutos y añadió—: De todos modos, el casino no abre hasta las tres. Si vamos bien, podremos descansar por la mañana.

Conducía muy deprisa, pero sosegadamente. Con el cuerpo obeso hundido en el asiento y ceñido por el cinturón de seguridad, que había rogado a Frédérique que también se abrochara, apenas desplazaba las manos sobre el volante ni se permitía ninguna de las extravagancias gestuales con las que los conductores veloces suelen subrayar su soltura con demasiada frecuencia. A veces, se salía con soltura del carril por el que circulaba para adelantar a algún vehículo más lento; pero la autopista estaba casi desierta y, por tanto, los coches escaseaban. No apartaba la mirada del camino y Frédérique experimentaba la molesta sensación de resultar indiscreta cada vez que dirigía una rápida mirada hacia su perfil pesado, inexpresivo, entregado a una curiosidad perpleja de la que el joven parecía no tener conciencia, como si aquel viaje en pareja, ya que se debía a una decisión del destino, fuera perfectamente natural y no exigiera comentarios ni presentaciones recíprocas. Frédérique no le había dicho su nombre, y él no se lo había preguntado. El joven se comportaba como un conductor que la hubiera recogido en el camino, haciendo autostop, y que, absorto en sus pensamientos, no se considerara obligado a darle conversación. Realizaban juntos el mismo viaje, y eso era todo. Y Frédérique, por su parte, se indignaba: no quería hacer aquel viaje ni descubrir las orillas del lago Lemán con él.

Había sido él quien lo había propuesto y quien la había forzado a aceptar al delegar en la ruleta la función de tomar una decisión que le correspondía tomar a ella. Y ni siquiera se asombraba de que, sin haber manifestado Frédérique su conformidad al comienzo de aquella ordalía, aceptara un veredicto al que cualquiera se hubiera negado: una broma hubiera bastado o, en caso de haber deseado actuar con más desdén, un «¿Te has mirado en el espejo?», referido a una fealdad acostumbrada seguramente a los rechazos. Una fealdad turbia, malsana, capaz de desalentar a la autostopista más osada. Sin embargo, a pesar de aquella fealdad, el hecho de que una mujer guapa aceptara irse con él, en Nochevieja, sin conocerle ni saber adónde se dirigían parecía no inmutarle en absoluto. No se preguntaba qué la había llevado a hacerlo: le parecía normal y se concentraba en la carretera, en silencio, como si viajara solo.

Seguro que se trataba de un loco, de un loco furioso quizá, y Frédérique se consideraba también una loca. Crispada, esperaba el momento en que el joven se internaría por una de las salidas de la autopista, detendría el coche en un área de descanso desierta y apagaría el contacto. Finalmente, se volvería hacia ella, despacio. Al cabo de unos días, la encontrarían en varias bolsas de basura desperdigadas a lo largo de la autopista.

Un poco después de Mantes, Noël puso el intermitente, aminoró la velocidad y se internó por la vía de acceso a una gasolinera. Era un self-service. Descendió, abrió la puerta trasera del coche y, del asiento de atrás, cogió una cazadora que se puso y abrochó con gestos lentos y precisos. Una ráfaga de aire glacial penetró en el vehículo sobrecaldeado. Noël cerró la portezuela y, al dirigirse hacia el surtidor de gasolina, inclinó el cuerpo ante la ventanilla de Frédérique. Dado que ella no bajó el cristal, el joven se vio obligado a levantar la voz, a articular las palabras como si le hablara a un sordo, y empañaba el cristal.

—¿Quiere caramelos?

Frédérique negó con un movimiento de cabeza.

Una vez lleno el depósito, Noël se dirigió hacia la tienda, cuya luz de neón manchaba sórdidamente el parking. Frédérique vio la silueta torpe y abrigada ir y venir entre las secciones de la tienda donde parecía hallarse a solas, ya que una puerta giratoria ocultaba al encargado de la caja. Intentó hallar una frase que dirigirle, pero temía pronunciarla con voz insegura. Noël ya regresaba, subía al coche, provisto de una bolsa de papel que le tendió y que contenía un surtido de regaliz, gominolas y chocolatinas. Sin saber qué hacer con la bolsa, la colocó entre los dos asientos, detrás del freno de mano, que Noël quitó. Luego, Frédérique dijo atropelladamente:

—Creo que preferiría regresar.

La mano del joven quedó inmóvil sobre la llave de contacto.

—¿A Deauville?

—No, a París… Estamos cerca —pidió.

—¡Vaya!

Parecía decepcionado, pero nada agresivo.

—Como quiera —dijo; se abrochó el cinturón de seguridad, arrancó y cambió de marcha, camino de la autopista. Al cambiar a quinta, añadió—: Lástima. Divonne está muy bien.

Frédérique no respondió.

—En fin… —repitió el joven—, como usted quiera.

Frédérique lo miró a hurtadillas. En caso de tratarse de otra persona, habría dicho que estaba enfadado; pero, en realidad, presentaba la expresión que había observado en él desde el momento en que lo conoció: enfurruñada, sin importarle la posibilidad de agradar o desagradar, y de ahí que resultara enternecedor. Frédérique, segura ahora de que Noël no la retendría, dudaba.

—De todos modos —dijo—, dígame al menos por qué se empeña en que vaya a Divonne con usted.

Noël se encogió de hombros.

—No sé… Porque sí. Se me ocurrió de repente, como apostar al mismo número que usted.

—¿Cree que le traerá suerte?

—Digamos que sí.

—¿Y a mí? ¿Cree usted que a mí también me traerá suerte?

Hizo un gesto vago, separando los codos del cuerpo sin alzar las manos del volante.

—Usted gana —anunció Frédérique—. Le acompañaré. ¿Le molesta que duerma un rato?

Noël repuso que estaría más cómoda detrás. En la primera área de descanso, Frédérique se instaló en la parte trasera del coche. El interior del vehículo era espacioso y cómodo: pudo echarse casi por completo, con las rodillas dobladas bajo la cazadora y la parte superior del cuerpo tapado con su viejo abrigo de piel, cuyo cuello, que sujetaba con ambas manos, le acariciaba la mejilla. Permaneció un rato con los ojos abiertos. Había procurado tenderse de manera que el rostro quedara detrás del asiento del conductor y que este no pudiera verlo a menos que se volviera completamente. Pero ella veía la nuca del joven detrás del reposacabezas. Los faros de los coches que avanzaban en sentido contrario iluminaban a veces el techo del vehículo y, a continuación, desaparecían rápidamente. Se sentía protegida, contenta de que el viaje y la noche fueran largos. Todo el mundo dormía; era invierno; ella cruzaba Francia, nevada; viajaba acurrucada bajo las pieles, como en un trineo, y el viaje era lento y

rápido a la vez. Se dejaba llevar, pero el verdadero conductor no era aquel muchacho taciturno y gris, sino la ruleta, que, ahora, decidía de verdad adónde, y con quién, iba Frédérique. Y la ruleta había dicho que, aquella noche, iría a Divonne con Noël. Entonces, poco importaba que Divonne se hallara muy lejos y que Noël fuera muy feo y quizá peligroso, aunque esto último ya no lo creía. Bastaba con dejarse llevar. No podía ver los rasgos de Noël. A veces, le oía respirar, y, de vez en cuando, la mano del joven tanteaba en el espacio que quedaba entre los dos asientos delanteros en busca de la bolsa de papel, que, al coger alguna golosina, arrugaba. A Frédérique le resultaba imposible saber, ni siquiera imaginar, qué pensaba Noël; si, por ejemplo, calculaba acostarse con ella, ni si ella, por su parte, accedería. También lo decidiría la ruleta. ¡Qué sencillo era todo ahora, qué alivio!

Frédérique apoyó el codo en el respaldo del asiento del conductor, demasiado ligeramente para que él lo notara, pero lo suficiente para sentir, ella, la presencia del otro. Podía dormir, él velaría. La carretera pasaba, los cristales del coche atrapaban reflejos, destellos de faros. El limpiaparabrisas despedía las gotas que brillaban en la luna delantera: su ruido regular la acunaba. La calefacción zumbaba, aletargándola.

26

Permanecieron tres días en Divonne y, luego, Noël quiso pasar por Évian. La mañana que se reanudaban las clases, Frédérique telefoneó al instituto para decir, con voz apagada, que estaba enferma. La secretaria del señor Laguerrière le dijo que el jefe de estudios estaba hablando por la otra línea y que la llamaría en cuanto le fuera posible. «No, no: mi teléfono está averiado», farfulló Frédérique, obligada desprevenidamente a dar explicaciones a la secretaria, que, con menos buena disposición que el señor Laguerrière, escuchó su confusa historia de cuerdas vocales y línea telefónica estropeadas de forma simultánea con la arrogante neutralidad de quien calla sus dudas pero se empeña en dar a entender que no cree una palabra de lo que le están diciendo.

—¿Dónde te habías metido? —exclamó Jean-Pierre, a quien telefoneó a continuación—. Hace tres días que te buscamos por todas partes; no has dejado tu dirección a nadie… Te aseguro que no quiero ser tu carabina, pero estaba a punto de volverme amok.

—¿Qué dices?

—*On the verge of running amok*: a punto de volverme loco, si lo prefieres. No sé con quién andas actualmente, pero te hace patinar las neuronas. En fin, no es ese el problema. ¿Dónde estás?

—De vacaciones —contestó Frédérique—. Las prolongo unos días.

Jean-Pierre protestó inútilmente y, con un tono de voz que la sorpresa y la indignación agudizaban casi hasta la estridencia, dijo que era una insensatez. Frédérique se negó a dar más explicaciones, a dar un número de teléfono, y no le dejó elegir: Jean-Pierre debería ocuparse de Quentin hasta que ella regresara.

Imposible imaginar que el trato con Noël hiciera patinar las neuronas a alguien. De hecho, después de colgar el teléfono, Frédérique, que desde hacía días carecía de perspectiva que favoreciera el juicio crítico, estuvo a punto de soltar una carcajada al imaginar la consternada incredulidad de Jean-Pierre en caso de que pudiera verla en semejante compañía.

—Pero… ¿qué haces con ese plantígrado?

—Ya ves: juego.

Eso era: jugaba. Jugaban juntos. Y en el ambiente en el que jugaban la incongruencia de su asociación pasaba desapercibida. En el restaurante del hotel, los clientes de paso quizá se preguntaran, perplejos, qué vínculos podían existir entre aquella rubia, más bien guapa, y aquel joven obeso, descuidado, gruñón, que apenas hablaban, comían sin apetito y, al prolongar la sobremesa después del café, mostraban la resignada impaciencia de quienes aguardan en la sala de espera del dentista: ¿matrimonio distanciado, pareja mal avenida, vagos conocidos unidos en lo que dura una comida, por un trabajo molesto o en espera de coger un tren?

El personal del hotel, en caso de haber sido interrogado al respecto, habría respondido que la pareja ocupaba habitaciones separadas y que, al menos, el joven era cliente habitual. ¿Solía llegar acompañado? Frédérique lo ignoraba. Los empleados del casino, el gorila de la entrada y algunos jugadores a quienes Noël saludaba con un apretón de manos rápido, como si tuviera mucha prisa por liberarse de su compañía, quizá se sorprendían al verle llegar cada tarde y marcharse cada madrugada, después de las tres últimas, flanqueado por una mujer de la que el joven obeso se separaba en cuanto entraban en la sala, puesto que cada cual corría su suerte en distintas mesas de ruleta. Porque ambos jugaban solo a la ruleta y despreciaban el black jack, la banca y el chemin de fer, juegos en los que el azar domina pero no reina absolutamente.

Sin embargo, de vez en cuando, Noël se levantaba de la mesa de juego para ir al encuentro de Frédérique. Permanecía detrás de ella durante algunos minutos, generalmente sin que la mujer lo advirtiera, y, después de observar tres o cuatro jugadas, de pronto apostaba fuerte, a pleno, al número que Frédérique acababa de elegir. El número así corroborado salió dos veces; pero, en comparación con la cantidad de intentos infructuosos, la de coincidencias no era en verdad sorprendente. Además, cuando jugaba con Frédérique, Noël apostaba, también, a otro número distinto y nada indicaba la razón de ninguna de las dos decisiones y, menos aún, la que le empujaba a formar equipo con ella. Si Frédérique le preguntaba al respecto, seguía mostrándose evasivo y farfullaba algo referente a las intuiciones que lo asaltaban en determinados momentos: era su modo de jugar y punto. «Pero ¿por qué conmigo precisamente?», insistía Frédérique. ¿Le suponía poderes de médium? «No, no; no sé. Se me ocurre de repente. Eso es.» Imposible arrancarle una palabra más; imposible también calcular la influencia de tales intuiciones sobre su respectiva fortuna. Progresaban conjuntamente y, al término de las tres jornadas que pasaron en Divonne, habían ganado un poco más de lo que habían perdido entre ambos; pero la diferencia no era espectacular. Era mucho, era incluso notable para dos jugadores que, en lugar de

marcharse del casino una vez obtenidos unos beneficios razonables, se quedaban cada noche hasta la hora de cierre. Frédérique se alegraba de sus ganancias, sobre todo después de los desastres sufridos al principio de las vacaciones; pero recordaba haber gozado de periodos de buena suerte comparables, e incluso más espectaculares, en Forges, en los que Noël no había tenido parte alguna.

En cierta ocasión, lo observó sin que él se diera cuenta. Le pareció que jugaba como ella: sin anotar números, sin acechar a sus vecinos, sin constancia ni lógica aparente. Ora apostaba solo una ficha a un pleno, ora a color y, a continuación, a los vecinos de un determinado número en el cilindro; Frédérique era ya capaz de reconocerlos con una simple ojeada al tapete. Luego, Noël podía apostar de nuevo a un solo pleno, repetir la apuesta obstinadamente durante varias jugadas, abandonarlo, dejar de jugar durante un rato, reemprender el juego apostando tres fichas grandes a falta, apuesta que mantenía si la suerte le sonreía o, en caso contrario, retiraba prudentemente… Imprevisible en sus apuestas, no exteriorizaba emoción alguna ante el anuncio del resultado de la jugada. Su concentración era constante y Frédérique se preguntaba en qué se concentraba si el juego del joven carecía de cualquier tipo de estrategia. Olvidaba que también ella jugaba sin estrategia y que, sin embargo, al abandonar la mesa de juego comprobaba que en su cajetilla faltaban dos o tres cigarrillos, lo que teniendo en cuenta su consumo ordinario indicaba que había pasado varias horas jugando sin ton ni son, pero tan absorta como en sueños.

Pronto dejó de sospechar que la resistencia de Noël a explicar o a describir los impulsos que, varias veces a lo largo de la velada, lo atraían hacia la mesa donde ella jugaba encerrara algún ardid, algún tapujo propio de sistemista. Salvo su aspecto poco brillante y su asiduidad a los casinos, no presentaba ninguna de las características propias del sistemista, y Frédérique no sabía exactamente en qué categoría de jugador clasificarlo. Bastaba escucharle cuando, sintiéndose confiado, salía de su obstinado silencio para comprender que los números y sus combinaciones le inspiraban una devoción de naturaleza absolutamente mágica. Al contrario que la señora Krechmar, Noël no basaba las confusas teorías con las que intentaba apoyar su superstición en la estadística, sino en analogías y correspondencias autenticadas por la singularidad y no por la regularidad ni la verosimilitud. Las extraía de un surtido —que inspiraba casi todos sus temas de conversación— de anécdotas carentes de ironía pero que consideraba significativas, de sucesos extraños, de creencias paracientíficas. En contra de lo que ella sospechara al principio, no era inculto; pero todo cuanto conformaba el bagaje cultural de Frédérique, el mundo de los libros, de los

espectáculos y de la política, todo cuanto constituye el centro de las charlas de sobremesa y de los comentarios de los periódicos de interés general, no formaba parte de la cultura del joven, más apta para afrontar los juegos de preguntas y respuestas y los «¿Lo sabía usted?» más descabellados. Sin embargo, aquel cúmulo de conocimientos heteróclitos solo comprendía datos cifrados, sucesos, anécdotas cuya esencia se limitaba a una cifra o a una coincidencia ilustrativa de la soberanía burlona del azar. Indiferente a la política, Noël a duras penas sabía el nombre del entonces presidente de los Estados Unidos, ignoraba que antaño había sido actor y que un asunto de venta de armas a Irán le estaba creando problemas. Pero se mostraba invencible en todo cuanto concerniera a Lincoln y a Kennedy, debido a que el primero fue elegido para el Congreso en 1846 y, posteriormente, para la presidencia en 1860, y el segundo en 1946 y 1960; a que sus apellidos estaban formados por siete letras; a que ambos recibieron un tiro en la cabeza en presencia de su esposa; a que sus sucesores se llamaban Johnson; a que Andrew Johnson, el de Lincoln, nació en 1808, y Lyndon Johnson, el de Kennedy, en 1908, y que sus nombres de pila y apellidos constaban de trece letras; a que sus respectivos asesinos, abatidos ambos antes de ser juzgados, se llamaban John Wilkes Booth, nacido en 1839, y Lee Harvey Oswald, nacido en 1939, y que sus nombres de pila y apellidos tenían quince letras; a que Lincoln fue asesinado en el teatro Ford y Kennedy en un coche Ford Lincoln; y, para terminar, a que el secretario de Lincoln, llamado Kennedy, aconsejó a Lincoln que no acudiera al teatro Ford, y el secretario de Kennedy, llamado Lincoln, rogó a Kennedy que no fuera a Dallas.

Con su voz sorda, Noël contaba también que en el estado de Maryland existían dos mujeres llamadas Mrs. Wenda Mary Johnson, nacidas el 15 de junio de 1953; que ambas eran madres de dos niños nacidos en el mismo hospital Wallace, y que ambas eran propietarias de un Ford Granada modelo 1977, circunstancia que les había acarreado muchos problemas administrativos. O también que, en 1973, en Stourbridge (Inglaterra), un tal Frederik Chance había atropellado con su coche a una motocicleta conducida por otro Frederik Chance. Noël quedó muy sorprendido, y encantado, cuando Frédérique le dijo que *chance*, en inglés, significaba «azar». Y él lamentó no poder informarla debidamente respecto a un tal Marcel Duchamp a quien citó, casualmente, al hablar de su famosa y paradójica martingala, invento capaz de vencer a la ruleta. «¿Un artista? Es posible», admitió el joven, pero ignoraba si se trataba del mismo al que se refería Frédérique, célebre por otros motivos, sobre todo por haber preferido el ajedrez a la pintura y, de un modo general, a toda forma de expresión artística; decisión que, a título

póstumo, le valió la fascinada aprobación de Jean-Pierre, pero que no casaba, consideró Frédérique, con la afición a la ruleta.

La conversación sobre las coincidencias, las martingalas y los sistemas, mantenida el día que llegaron a Divonne, duró toda la cena de Nochevieja. Rompiendo con los hábitos alimenticios que, a lo largo de los días siguientes, se revelaron frugales y descuidados, Noël quiso celebrar la Nochevieja con solemnidad. Preocupado por hacer los honores tanto a su invitada como al menú gastronómico del lujoso restaurante, incluso sustituyó la cerveza por el champán, que le tornó alegre y locuaz. En aquel momento, Frédérique se sentía aún desconcertada por su acompañante y, sobre todo, por el hecho de hallarse en su compañía. Interpretó la fastuosidad de la cena, el evidente esmero con que Noël la había dispuesto, como el preludio de avances que, sin duda, resultaría delicado afrontar pero cuya banalidad apuntaba en un sentido ya sabido, catalogado, a una situación que no acababa de vislumbrar. Ya de día, Frédérique supuso que el joven pediría solo una habitación en la recepción del hotel. Debido al letargo en el que el cansancio la sumía y a que temía un escándalo, y debido también al hecho de que el veredicto pronunciado por la ruleta, el día antes, aún persistía claramente en su espíritu, ni siquiera estaba segura de protestar, ni de qué ocurriría si no protestaba. Sin embargo, Noël pidió dos habitaciones y, durante la jornada, nada en su actitud indicó que esperara establecer con ella relaciones más estrechas que las de compañeros de juego. Por lo tanto, Frédérique acogió con una especie de alivio —semejante al que se experimenta al constatar cómo se concreta una amenaza difusa hasta aquel momento— la proposición formulada por Noël al final de la cena: ir a su habitación para probar la ruleta de salón que a veces utilizaba para poner a prueba los sistemas; se trataba solo de divertirse, matizó, pues no creía en su eficacia desde hacía mucho tiempo.

Desafiante, y con intención de saber a qué atenerse, Frédérique aceptó acompañarle. Sin embargo, en la habitación Noël guardó una reserva cortés, cortés a su manera, torpe y brusca, salpicada de arrebatos de alegría lunática cuando decía algo que consideraba gracioso o, simplemente, digno de interés: por ejemplo, que en 1950, en el Sporting Club de Cannes, el croupier Carbonnel cantó el 14 cuatro veces seguidas y, a continuación, el 28, también cuatro veces seguidas, lo que representaba una probabilidad contra noventa y cinco mil millones; que en el casino Arrowhead, de Saratoga, en 1943, se produjo una serie de treinta y dos rojos, y una de cincuenta y un negros en Bad Homburg, en 1860; pero esta última, reconoció, quizá fuera una leyenda.

Se dirigió hacia el armario en busca de un cofre de madera clara,

voluminoso, de donde sacó, y después liberó de una funda de piel de gamuza, una ruleta muy reluciente, bruñida, de un tamaño que no llegaba a la mitad del de las que se usaban en los casinos. Con mucho cuidado, la colocó encima de una mesa baja, y, de otra funda, extrajo una bola de marfil que entregó a Frédérique, sentada en el borde de la cama. Frédérique la lanzó una vez, dos veces, y, olvidando la sensación de incomodidad que la embargaba unos momentos antes, se entregó al juego. El gesto que debía realizar para hacer girar el cilindro al mismo tiempo que la bola pero en sentido contrario, adquirió seguridad progresivamente. Noël permanecía cerca de Frédérique, sentado en una silla, con las manos apoyadas sobre sus gruesos muslos, abiertos. Cuando la bola empezaba a descender, se inclinaba ligeramente hacia la ruleta; con la mirada brillante, respiraba fuerte y, a veces, al oír el resultado que Frédérique anunciaba a media voz, movía la cabeza: no pronunciaba palabra. Al cabo de una media hora, observó que el tiempo transcurría muy deprisa y se apresuraron a regresar al casino. Más tarde, después del cierre del local, la acompañó hasta la puerta de la habitación, vecina a la suya, en el mismo rellano; le deseó buenas noches y un feliz año nuevo, y se retiró.

Durante los días siguientes, Noël se mantuvo en la misma conducta. Se instauró una especie de horario. Se encontraban en el restaurante del hotel para almorzar y esperar la hora en que abrían el casino. Sin champán, Noël se mostraba menos hablador que en Nochevieja; pero, curiosamente, la pobreza de su diálogo y los silencios que lo espaciaban no se hacían pesados. Frédérique, en la sala de techo artesonado, al ver a la gente aparentemente rica y brillante, que reía con desenfado, se preguntaba por qué no se hallaba en su mesa; pero tales cuestiones dejaban de atormentarla en cuanto llegaba el momento de irrumpir en el casino, donde cada cual jugaba por su lado. A veces, tomaban una copa en el bar: no cenaban. Después de las tres últimas, parecía como si se encontraran por casualidad en la salida, en el triste desorden de la partida. Regresaban juntos al hotel y todavía permanecían un rato en la habitación de Noël, comparando sus ganancias y haciendo girar la ruleta en balde. Sin mirar a Frédérique, Noël hablaba de sus héroes: el rey Faruk, André Citroën, o bien no pronunciaba palabra. Cuando Frédérique se retiraba, no intentaba retenerla. Ella dormía hasta avanzadas horas de la mañana, y luego tomaba un baño muy largo en espera de la hora de almorzar.

Nada sabían el uno del otro, excepto sus apellidos, que no habían intercambiado pero que el gorila del casino pronunciaba, con risueña amabilidad y acento suizo, en cuanto los veía entrar. Ningún contacto físico entre ambos: en una ocasión, al abrir una puerta cediéndole el

paso, Noël apenas la rozó y creyó oportuno pedirle disculpas. Sin embargo, Frédérique aprendió a adivinar su presencia cuando, en el casino, el joven se situaba detrás de ella.

27

Las habitaciones de los hoteles de lujo eran iguales en todas partes y, por tanto, Frédérique no halló diferencias entre Divonne y Évian. Los clientes también se parecían: habríase dicho que siempre habían respirado aquel aire vivificante, pulido por la prosperidad, que circulaba a orillas del lago, titilando bajo el sol de invierno. De aquel tiempo espléndido y del paisaje solo percibió lo que recortaban los ventanales del restaurante panorámico y las reproducciones fotográficas colgadas en los ascensores; si el trayecto en coche entre ambas ciudades, realizado fuera del horario de juego, hubiera transcurrido en un ascensor, Frédérique apenas hubiera notado la diferencia.

En cuanto llegaron, adoptaron las costumbres adquiridas en Divonne. Curiosamente, el ritmo de las ganancias no varió más que el de los hábitos. Sus dietas quedaban cubiertas; hacían realidad el sueño arduamente perseguido por los sistemistas, sin cálculos ni preocupaciones, y llevando un tren de vida más desahogado que en Forges.

Por supuesto, Frédérique atribuía aquella buena racha, más que a un milagro resultante de su asociación con Noël, a la clemencia de la suerte, forzosamente provisional. Ya se desquitaría luego, y, seguramente, no tardaría mucho en hacerlo. Mientras, lo mejor era aprovecharse de su buena disposición. La primera serie de reveses —reveses serios, pensaba— decidiría su regreso a París. No cedería a la tentación de intentar recuperar lo perdido: se iría enseguida.

Aquella decisión, una vez tomada, tiñó de impaciencia su placer por el juego. Debería regresar, un día u otro, y mejor sería hacerlo pronto, porque estarían inquietos. Pero ¿y si, por casualidad, seguía así, compensando sus tolerables pérdidas con ganancias algo más sustanciosas? ¿Qué ocurriría? ¿Tendría valor suficiente para irse? Y, sobre todo, ¿por qué irse? Sin una señal que le anunciara la inminencia de la debacle, ¿no permanecería presa de la ruleta?

No, por supuesto, por la simple razón de que no podía suceder: la suerte era siempre mudable, lo sabía por experiencia, y tardaba en abandonarle a uno mucho menos tiempo de lo que había durado su

malicioso apoyo. Todos los jugadores, pensaba Frédérique, conocen tales rachas. Todos saben qué les deparan y, como ella en aquellos momentos, incluso llegan a pensar en perder como si fuera la meta del juego. Entonces sacudía la cabeza, negándose, irritada, a someterse al tópico según el cual se juega para perder —del mismo modo, se viviría para morir—, y la impaciencia, aunque la experimentaba, se convertía en exasperación. La suerte no se forzaba tan fácilmente, ni siquiera en contra de uno mismo. Aunque creía jugar sin ton ni son, instintivamente se abstenía de determinadas combinaciones y de progresiones demasiado improbables. Había adquirido automatismos; a ciegas, sabía cómo administrar el presupuesto de la jornada, cuándo era necesario dejar de apostar durante algunas jugadas y, sin nunca pretender precisar qué número o qué zona del cilindro saldría, escalonaba las apuestas o las cambiaba con intención de reducir riesgos. Le resultaba imposible deshacerse de aquella experiencia que había deseado poseer al principio, que había desdeñado luego, al confundirla con las ridículas técnicas de los sistemistas, y que, finalmente, había asimilado sin siquiera darse cuenta. Una intuición de jugadora, de auténtica jugadora, impedía a su mano colocar apuestas suicidas cuando, para acabar de una vez, para precipitar la inevitable derrota, decidía jugar *de verdad* a cualquier número y demostrarse, ya entrevisto el desastre, que era capaz de resistir al vértigo y abandonar el casino. No tuvo ocasión de poner a prueba su fuerza de voluntad.

Llevaban cuatro días en Évian y, en el ánimo de Frédérique, la idea de regresar a París solo constituía una consecuencia teórica del hecho de que acabaría por perder. En el restaurante, Noël le comunicó que sus asuntos lo reclamaban en París al día siguiente y que pensaba salir aquella misma noche. ¿Regresaría con él?

Se trataba de un verdadero dilema. Noël, comprendiendo la naturaleza de la duda de Frédérique, dijo que aún disponían de toda la tarde e incluso de parte de la noche: bastaría con salir antes de las doce. Entonces, Frédérique, segura de que perdería y de que, así, el momento de partir sería menos arbitrario, aceptó regresar.

En efecto, perdió, y mucho. Hacia las siete ya no le quedaba ni una ficha, pero tenía algún dinero en la habitación. Cobró conciencia de que, aquella tarde, Noël no se había acercado a su mesa ni una sola vez. Se levantó, vagó por la sala durante unos minutos y, al fin, lo localizó detrás de una doble pila de fichas grandes: había sido sensato al disociar sus suertes. Le observó jugar sin que él se diera cuenta y, sobre todo, observó su espalda maciza, su tonsurada cabeza emergiendo de la chaqueta oscura y parte de su rostro abuñuelado: tal perspectiva, en contra de lo que con tanta rapidez había asentado la costumbre, interponía entre ambos algo semejante al cristal de un

acuario en el que, forzoso era admitirlo, Frédérique evolucionaba con el joven con una familiaridad cuya nota más sorprendente radicaba en el hecho de lo poco que ella misma se sorprendía. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y, acercándose a Noël, le tocó el hombro.

Una mirada de sonámbulo que despierta sobresaltado se cruzó con la de Frédérique cuando Noël volvió la cabeza; presintiendo una catástrofe, no se le ocurrió nada mejor para tranquilizarle que tender hacia él sus manos abiertas y esbozar una sonrisa. Hubo un momento de silencio; luego, el joven pareció comprender, resopló nerviosamente y, a su vez, sonrió. Fue una sonrisa rápida, contrariada, como la del adulto que, interrumpido en mitad de un asunto grave, accede al capricho de una niña para que, acto seguido, le dejen tranquilo. Cogió un puñado de fichas de encima de la mesa con intención de ponerlas en la mano de Frédérique, que, sorprendida, tardó en cerrarla y las dejó caer al suelo. Noël ya se había vuelto. Frédérique vaciló unos instantes y después se agachó para recoger las fichas. Al incorporarse, descubrió una tercera sonrisa: en los labios de un jugador rubiales y bien trajeado que, sentado frente a ellos, había advertido la maniobra. Frédérique sintió que se ruborizaba, pero se esforzó por mirarle de arriba abajo hasta que el hombre, confuso a su vez o más interesado en sus apuestas, bajó la mirada. Frédérique no se alejó: se limitó a retroceder y, ligeramente apartada, observó de nuevo los gestos de Noël. Siguieron dos jugadas en las que apostó al rojo y obtuvo cuatro fichas grandes. El joven las empujó hacia el croupier, pidiendo final 6. Frédérique se mordió los labios. El croupier cubrió el 6, el 16 y el 26 con el rastrillo; al llegar al 36, Frédérique alargó la mano por encima del hombro de Noël, sentado al extremo de la mesa, y colocó una ficha encima de la del joven.

No tuvo tiempo de retirar la mano. Noël le cogió la muñeca, apretándola con fuerza. Sin prestar atención al juego ni a las reacciones de quienes les rodeaban, giró sobre la silla, se levantó y empujó bruscamente a Frédérique. De pronto, su pesada silueta resultaba amenazadora: Frédérique creyó que Noël cojeaba y que iba a golpearla. Lejos, detrás de los hombros caídos del joven, divisó al rubio desvaído, que alzaba las cejas, y a otros jugadores que se volvían hacia ellos. Pero nadie, ni en la mesa ni en el entorno, parecía dispuesto a intervenir, como si la limosna sorprendida momentos antes implicara unas relaciones muy determinadas y el pudor impidiera las intervenciones ajenas. El rostro de Noël quedaba ahora tan cerca del de Frédérique que esta, apoyada en una columna, solo veía la boca brillante del otro, despidiendo perdigones y mascullando repetidamente: «¿Qué hace? ¿Qué hace?…»

—¿Qué ha hecho? —insistió en voz baja, después de que el banquero, detrás de ellos, anunciara: «¡Veintitrés, rojo, impar y pasa!»

Entonces Noël le soltó el brazo y dirigió un gesto vago hacia la mesa, un gesto que la ponía por testigo y confirmaba la magnitud de su responsabilidad. Se reanudaban ya las apuestas, la gente había dejado de mirarlos, excepto un camarero que, tras haberse aproximado a la pareja demasiado tarde, se mantenía a cierta distancia en espera de tener la seguridad de que el incidente llegaba a su fin. Noël, con el ceño fruncido y sin mirar a Frédérique, se pasó la mano por los cabellos. Parecía menos avergonzado que decepcionado por haber desperdiciado el momento propicio para ejercer sus represalias y haberse limitado a los reproches, dominando su cólera.

—No se puede jugar con eso —murmuró.

—¿No hace usted lo mismo? —protestó Frédérique.

—Sí, pero… Usted trae mala suerte, compréndalo. Es lógico: ha decidido perder… Por lo tanto, haga el favor…

Resopló ruidosamente, quizá con intención de convencerla, y le dio la espalda. Habían ocupado su asiento, pero encontró uno libre en otra mesa. Frédérique, anonadada, permaneció inmóvil durante unos instantes. Luego, se esforzó en sonreír, para que el camarero abandonara la guardia, y salió del casino.

Ya en su habitación, contó el dinero que le quedaba: consideró que era poco. Bajó a recepción y, con voz segura, pidió la llave de la habitación 132. El recepcionista se volvió hacia el tablero y lo examinó con detenimiento. Por fin, con tono de apenada constatación, dijo:

—La 132 es la habitación del señor Noël.

Tanto en el hotel como en el casino llamaban señor Noël a Noël, pero Frédérique ignoraba si se trataba del apellido o del nombre del pila.

—Lo sé —repuso—. He olvidado algo en su habitación.

—Lo lamento mucho, señora. No podemos disponer de las llaves de nuestros clientes en su ausencia.

—¡Vamos juntos!

—Me hago cargo, señora. Pero se trata del reglamento.

Frédérique comprendió que resultaría inútil insistir y, adoptando la actitud irritada de quien tiene la conciencia tranquila y solo deplora un exceso de celo obtuso, salió dignamente del hotel. No sabía con seguridad si había querido coger dinero de la habitación de Noël. Seguramente le habría faltado osadía, el temor a las consecuencias la habría frenado. Con el corazón palpitante, se habría contentado jugar con la idea del robo, quizá con revolver los cajones, por curiosidad, para saber más detalles acerca de su acompañante; luego, habría abandonado la habitación rápidamente. Pero el recepcionista había sospechado de ella, no cabía la menor duda. Frédérique había llegado

con Noël; siempre los veían juntos e incluso debían pensar que era su amante: en semejantes circunstancias, el reglamento era solo un pretexto, una excusa poco cortés para no decirle que desconfiaba de su pinta de ladrona o —y quizá fuera lo más probable— que cumplían órdenes del propio señor Noël. El joven, escarmentado por algún percance, desconfiaba. Y Frédérique, olvidando que dicha desconfianza no estaba del todo injustificada, se indignaba.

Furiosa, y también preocupada por la posibilidad de que el recepcionista contara lo sucedido a Noël antes de que se marcharan, regresó al casino. Metódicamente —y el método producía, por fin, sus frutos— liquidó lo que le quedaba y abandonó la mesa de juego sin un céntimo, tranquila. Se acabó la herencia, se acabó la escapada: al menos la situación estaba clara; pero aún poseía un talonario bancario, una tarjeta de crédito, y a los verdaderos jugadores, según había aprendido al integrarse en su círculo, los casinos les concedían esas facilidades, negadas en Forges a los principiantes. Y, por supuesto, los hoteles también: era una contrariedad.

Cuatro días antes, cuando se marcharon de Divonne, Frédérique se había preguntado si Noël pagaría su cuenta y, a continuación, si un gesto de delicadeza se lo impediría (hacerlo resultaría insultante, pues implicaría que pudieran tomarla por una aventurera). En realidad, debía de ser más simple: Noël pensaría que nada debía a Frédérique, pareja de juego en una asociación que, hasta entonces, había resultado ventajosa para ambos. Sin embargo, aquella noche Frédérique había perdido, lo había perdido todo. No sin voluptuosa mezquindad, empezaba a persuadirse de que Noël la había incitado a hacerlo; luego, ella le había dado escolta y había halagado en público la vanidad de un gordinflón consciente de su infortunio hasta el extremo de no pretender nada más, pues, al fin y al cabo, tal cosa constituía un servicio por el que otras mujeres se hacían pagar. Sí, tenía que pagar. Si fuera necesario, se sentía dispuesta a exigirlo sin rodeos, a mostrarse desagradable y vulgar. Pero, si regresaba al hotel, corría el riesgo de que él se largara a la chita callando; se instaló en el bar del casino, desde donde podía vigilar la salida.

Para matar el tiempo de la espera, observó a los hombres que pasaban, calculando las posibilidades de ser, algún día, la mantenida de alguno de ellos, en el torbellino de una vida hecha de palacios y cruceros. Se fijó en un hombre que iba acompañado por una mujer guapa, de expresión severa e indiferente. Los demás iban con viejas o solos. Pero pensó que, si pagaban, todos podían aspirar a algo mejor que a ella, y que la venalidad de altos vuelos no era seguramente su camino. Además, el amor debía de exigir más afición y más dotes de las que poseía.

Noël se reunió con ella un poco antes de las diez.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

—Regular. No puedo quejarme…

—Estupendo.

Y, sin mendigar ni liarse en historias de talonarios perdidos, decidió adelantarse y, alegremente provocativa, añadió:

—Porque a mí no me ha quedado ni para pagar el hotel.

—Eso está hecho —gruñó Noël. Y salieron.

Después de subir a su habitación para recoger la bolsa de viaje, Frédérique encontró a Noël en recepción. Hablaba con el recepcionista; pero, durante el viaje de regreso, no hizo alusión alguna a los incidentes de la tarde. Al igual que durante el viaje de ida, Frédérique dormitó en el asiento trasero del coche. Cuando llegaron a la puerta de Orléans todavía era de noche.

—¿Dónde la dejo? —preguntó Noël.

Frédérique dudó en pronunciar su dirección, que acabó por dar; de todos modos, y en caso de desear averiguarla, Noël, sabiendo su nombre, podía encontrarla en la guía telefónica. Sin embargo, lo que Frédérique ignoraba era si *ella* deseaba que se volvieran a ver y, en todo caso, no quería averiguarlo.

Camino de la calle Falguière, Noël dijo por fin:

—No es seguro, pero creo que la semana próxima iré un par de días a la costa. ¿Le apetece ir?

—¿A jugar? —repuso tontamente, en vez de preguntar a qué costa. Noël afirmó con un movimiento de cabeza. Entonces Frédérique respondió que quizá, ya vería.

Él debía de haber esperado a plantear su pregunta en el último minuto con el fin de separarse tras ese diálogo seco, neutro, y ahorrarse la incomodidad de una discusión. Sin embargo, delante de ellos apareció la parte trasera de un camión de la basura que avanzaba muy lentamente. Imposible adelantarlo: se vieron obligados a permanecer juntos algunos minutos más, detrás del camión. Noël repiqueteaba nerviosamente sobre el volante, jugueteaba con los mandos de la calefacción. Frédérique miraba hacia delante, a través del parabrisas impregnado de vaho; los basureros jadeaban al verter las basuras en el volquete; la nieve sucia se deshacía en la acera; las farolas se apagarían pronto. Por fin, llegaron cerca de su casa, a unos veinte metros. La portera, que acababa de sacar las basuras, permanecía en el umbral de la puerta, en bata.

—Bueno, adiós —dijo bruscamente Frédérique.

—Hasta la vista —respondió Noël.

Frédérique cerró la portezuela del coche y se alejó con paso rápido.

28

Tuvo que regresar al colegio, recoger a Quentin, afrontar no preguntas directas, pero sí la obligación implícita de justificar una ausencia tan contraria a sus costumbres. Lo más hábil, decidió Frédérique, sería zafarse y dejar a sus interlocutores la iniciativa de interrogarla más detalladamente o no. Los conocía y suponía que no lo harían. En efecto, el señor Laguerrière aceptó la excusa de la gripe sin insistir ni mencionar el hecho, infinitamente probable, de que debían de haber telefoneado varias veces a su casa, e incluso quizá a la compañía telefónica, para informarse acerca de una eventual avería. Sin embargo, se mostró menos amable que de costumbre. Frédérique atribuyó aquella frialdad al descaro de su engaño y hasta al cabo de unos días no descubrió cuánto la había perjudicado en el instituto su irreflexivo parloteo a raíz de los acontecimientos de diciembre.

En cuanto a Jean-Pierre, llevó a Quentin a la calle Falguière cuando recibió el mensaje que Frédérique le dejó en el contestador al llegar. Muy descontento, no podía manifestarlo en presencia del niño, y, sin saber qué explicación le daría Frédérique, mostró la obligada neutralidad de un diplomático a quien los superiores han mantenido en la ignorancia de sus planes y que, partícipe a pesar de todo en una negociación bilateral, se esfuerza por darles a entender, mediante palabras ambiguas, el peligro de tales tapujos, la amargura que suscitan y, en fin, el sentido del deber que demuestra al hacer todo lo posible por engañar a la parte contraria.

En el papel de parte contraria, Quentin demostró, en verdad, un tacto ejemplar y, fingiera o no ignorar tales disensiones, contó alegremente y como si nada hubiera sucedido sus vacaciones en Île-aux-Moines, con lo que les permitió aplazar la discusión hasta el momento en que él se hubiera acostado. Entonces, con todas las puertas cerradas, Jean-Pierre y Frédérique entablaron una disputa ásperamente cuchicheada y constantemente interrumpida por expresiones al estilo de: «¡Habla más bajo, por favor!», capaces de obligar al niño menos ansioso del mundo a aguzar las orejas desde la cama.

Jean-Pierre solo podía expresar a medias sus reproches y lo

lamentaba. El trato establecido entre ambos exigía que cada cual permitiera al otro disponer libremente de su vida privada y ahora le prohibía preguntar qué había hecho, con quién, si era algo serio…, preguntas que realmente le quemaban la lengua y cuya omisión convertían la fuga de Frédérique en un hecho curiosamente abstracto, tan abstracto como los reproches con los que envolvía aquella laguna que aparecía en la biografía de su mujer aunque repitiera que no pretendía sondearla: podía haber avisado; dejar una dirección o, al menos, un número de teléfono; podía haber ocurrido cualquier cosa…

Frédérique asentía: podía haberlo hecho, sí. Y, al admitirlo, se inquietaba. ¿Qué haría la próxima vez, qué diría? Resultaba difícil imponer como obvias y exentas de justificación unas ausencias regulares que, hasta entonces, carecían de antecedentes. Imposible confesar la verdadera causa. Así pues, era necesario inventar un pretexto; pero ¿cuál?

—Puedes hacer lo que te plazca —argumentaba Jean-Pierre en voz baja—; no es cuestión de mi incumbencia. Pero supongo que estarás de acuerdo conmigo en que no se puede dejar al niño por ahí. Personalmente, no me molesta cuidar de Quentin; al contrario, me encanta. Pero no es este el problema. El problema es que en la calle Plaisance no hay espacio. Además, no es su casa; allí no se encuentra como en su casa. Y, encima, en estos momentos tengo un trabajo loco y mis padres están en Bretaña. Te lo digo para que comprendas que no me gusta dar lecciones de moral ni recordar a los demás cuáles son sus responsabilidades; no es mi estilo, pero, en el futuro, si quieres seguir con esa clase de bromas, deberás arreglártelas de otro modo.

En la mente de Jean-Pierre, la idea de que tal clase de bromas pudieran repetirse en el futuro, y en un futuro próximo, poseía una naturaleza meramente teórica. No había previsto la escena. Frédérique, arrastrada por la exasperación, intentó forzar la situación y le comunicó que, en efecto, la semana próxima pensaba ausentarse unos días y le propuso instalarse en la calle Falguière, con Quentin, lo que, le expuso tranquilamente, simplificaría la vida a todos.

—Pero, que yo sepa, la semana que viene tienes clase.

—Puedo faltar.

—¿Ah, sí? Puedes faltar, bien. Muy bien. ¿Y qué le digo a Quentin? ¿Qué le digo si me pregunta?

Frédérique, para no enconar la discusión, se abstuvo de recordarle que se había planteado la misma cuestión hacía dos años, cuando Jean-Pierre se marchó de la calle Falguière. Sin embargo, consideró justo que el argumento perentorio del «trabajo», utilizado por él en aquel entonces, recobrara ahora su antiguo valor y, esta vez, en su propio provecho: Jean-Pierre había insistido, bastante a menudo, en que Frédérique debía reemprender la tesis; la había reemprendido, de

eso se trataba, y llevaba las ganas de trabajar hasta el extremo de ir a consultar los archivos provinciales.

—¡Pero bueno! —gritó Jean-Pierre—. ¡Estás trabajando sobre Fourier! ¿Dónde pretendes encontrar algo que no esté en la Biblioteca Nacional?

—Si Quentin me hace semejante pregunta, sabré de dónde sale. Me sorprendería que se le ocurriera a él solito.

—El problema no es ese…

Por más que alzara la mirada hacia el cielo, Jean-Pierre sabía perfectamente que el problema lo tenía delante: Frédérique quería tranquilizar a Quentin, pero se negaba a inventar un pretexto, aunque resultara poco plausible, para contentarle a él, a Jean-Pierre. Lo obligaba a rendirse ante su voluntad, o a violar el acuerdo existente entre ambos exigiendo explicaciones. Prefirió rendirse, de mala gana, antes que parecer celoso.

Al principio, aquella victoria sumió a Frédérique en la incomodidad. Una vez conseguida, no podía renunciar a ella. Creaba una obligación, un contrato según cuyos términos Frédérique debía seguir jugando, debía seguir deslizándose al margen de la vida normal en cuyas redes una actitud más firme por parte de Jean-Pierre quizá la hubiera retenido. Jean-Pierre habría podido, habría *debido*, pensó Frédérique, acribillada a preguntas, mandar a paseo, por una vez, la discreción y el derecho de cada cual a hacer cuanto le viniera en gana, enfadarse para acabar por negarse terminantemente a facilitarle sus escapadas encargándose de Quentin. Las dificultades de organización no la disuadirían de ir al casino, no más que los problemas de dinero, ahora que había liquidado la herencia. Por espíritu de contradicción, incluso se las ingeniaría para solucionarlas tan frecuentemente como le fuera posible, pero tomando más precauciones y con la prudencia de la clandestinidad: alguna escapada a Forges, de vez en cuando, una noche a la semana, por ejemplo, sin que nadie supiera nada; escapaditas sin consecuencias.

Antes de las vacaciones de Navidad, habría creído poder llevar, así, una vida secreta que sazonara la vida cotidiana sin modificar su curso ni ponerla en peligro. Tal proyecto implicaba que se ignorara no solo la naturaleza del secreto, sino también su existencia. Ahora se trataba de un secreto conocido, tolerado. Y al comunicar a Quentin que el trabajo la obligaría a viajar a menudo durante los próximos meses, tuvo la sensación de oficializar su secreto. El niño aceptó perfectamente el proyecto, sin siquiera preguntar si él podría acompañarla. Y, como siempre, aquella discreción, aquella indiferencia la inquietaron vagamente. Con la prolijidad propia de los mentirosos, dio al niño toda clase de detalles acerca de lo que no preguntaba y, entre bromas, describió al anciano que, en Lyon, le

abría sus preciados archivos: dijo Lyon recordando que Fourier había vivido allí y también porque se hallaba cerca del lago Lemán, de Divonne y de Évian, hacia donde se sentía empujada casi en contra de su voluntad. Así pues, para Quentin se trataba de Lyon y de un pintoresco anciano; para Corinne, del playboy llamado Michel; para Jean-Pierre, de un amante sin nombre ni rostro, y para Frédérique, de una especie de compromiso que le prohibía escapar en secreto. Y, mientras hablaba y reía a carcajadas, prestaba al rostro atento del niño y al decorado familiar la lejana y desgarradora cualidad de lo que uno se dispone a abandonar cuando ya no está a tiempo de volverse atrás y, en el fondo, quizá preferiría quedarse.

29

Hacían escapadas que, por lo general, no se prolongaban más de dos o tres días; pero, también por lo general, tampoco transcurría más tiempo entre cada uno de sus viajes. Noël, obedeciendo sin duda a las obligaciones de las que no hablaba, elegía fechas y lugares sin preguntarle su opinión: le comunicaba sus planes y Frédérique podía acompañarlo o no. Pero aceptaba siempre y, contenta al fin y al cabo por no tener que llevar la iniciativa, no volvió a ir sola a Forges ni a ningún otro casino. No tenía que decidir: bastaba con decir sí. ¿No resultaba más cómodo?

Noël prefería viajar de noche; así pues, pasaba a recogerla a última hora de la tarde. La avisaba con algunas horas de antelación, a veces el día antes, sin sospechar los problemas domésticos planteados por aquellos plazos de tiempo tan cortos, por aquella constante instancia a partir. Frédérique no le había contado nada al respecto. Noël nada sabía acerca de su vida, ni ella de la del joven; así estaba bien. Noël nunca intentó subir ni entrar en su casa. Frédérique bajaba a esperarle en la acera, abría la portezuela del coche y se marchaban. Viajaban durante horas, o durante toda la noche, y apenas hablaban. Frédérique nunca había conocido a alguien tan indiferente a las distancias y al cansancio. De vez en cuando, Noël comía caramelos y le contaba algún chiste, a quemarropa. Sabía de memoria los sketches de un cómico llamado Roger Nicolas, que había gozado de gran éxito antes de que él naciera y al que había admirado también mucho el padre de Frédérique, para vergüenza de su hija. Sin embargo, el anacronismo que semejante afición implicaba era menos desconcertante que la estridente jovialidad con la que, de repente, lanzaba el grito de guerra del bufón: «¡Escucha! ¡Escucha!», seguido, a veces, de una broma tontorrona y otras no, como si aquella exhortación aplastante, tan incongruente como el tuteo en su boca mustia y siempre reacia a la sonrisa, bastara para alegrarla o para expresar su propia alegría. Ahogaba una carcajada y luego volvía a sumirse en el silencio. El coche avanzaba a toda velocidad por la autopista desierta, por un paisaje nevado a trechos. Era enero, febrero. Los cobradores dormitaban en el peaje, y Frédérique lo hacía en el asiento trasero del coche.

Fueron a Dieppe, a Charbonnières, a Heidelbronn, a Vichy, a Aix-la-Chapelle; volvieron a Divonne: fuera de temporada, el casino de Divonne estaba más animado que otros. Pedían dos habitaciones en el hotel y, hasta que Noël daba la señal de partir, seguían un horario similar al establecido en su primer viaje: levantarse tarde y almorzar relajadamente antes de que abriesen el casino, donde permanecían hasta las tres últimas. Luego jugaban algunas partidas en la habitación de Noël, en la pequeña ruleta de salón, y después se acostaban, cada cual por su lado.

Noël seguía fiel a la superstición de apostar a veces al juego de Frédérique, en su mesa. Pero aquella táctica, que nunca había resultado eficaz, tampoco los protegía de los reveses, cuyas consecuencias soportaban de manera poco equitativa. Cuando Noël perdía mucho, no recurría a Frédérique, sino que dejaba de jugar o bien echaba mano del talonario de cheques. En cambio, Frédérique, cuando sufría una racha de mala suerte, confiaba en que su compañero se ocupara de su manutención, pagara el hotel y le diera algunas fichas grandes. No bastaba. Para seguir jugando, Frédérique firmaba cheques cuyos talones no rellenaba no solo para afectar desenvoltura, sino, sobre todo, para espantar al espectro de su próximo extracto bancario. Hasta que le llegara, podían ocurrir muchas cosas, pensaba: que ganara espectacularmente, que el banco se incendiara… o que muriera. Se complacía imaginando catástrofes, a sabiendas de que lo que la amenazaba era mucho más prosaico. Un descubierto excesivo que, al no poder cubrir, provocaría su inhabilitación bancaria. Entonces, ¿qué? ¿Se atrevería a saltárselo a la torera, a firmar cheques sin fondo —ya que aún le quedaba otro talonario— y a exponerse a las consecuencias penales? Y después, y una vez ya fuera de la ley, ¿qué haría? ¿Se vería obligada a arreglárselas sin dinero, a huir zigzagueando, para despistar a sus perseguidores, de casino en casino, mantenida por jugadores conocidos al azar, al día, que no resultarían más agradables que Noël pero sí, seguramente, más exigentes, con quienes se acostaría a cambio de poder dormir en una cama y para ganarse las fichas de la jornada? Desgraciadamente, era más probable que se rindiera, que regresara, no muy ufana, al redil y que se dedicara a deshacer entuertos. Sostendría una fastidiosa entrevista con el joven de la corbata de punto que se ocupaba de su cuenta bancaria. Adoptaría una actitud comprensiva, propondría un préstamo, un reembolso escalonado de las deudas; al fin y al cabo, era funcionaria, disponía de un salario seguro y regular. El señor Laguerrière también menearía la cabeza y, paternalmente, haría borrón y cuenta nueva. Una depresión; en la enseñanza, ya se sabe. Por supuesto, debía haber avisado para justificar sus ausencias, iba a tener que entregar un certificado

médico; pero lo más importante es que estaba mucho mejor, ¿verdad?… Y lo mismo sucedería con los impuestos, con las facturas impagadas, arrojadas a la papelera con un gesto enfático que significaba: «¡Que sea lo que Dios quiera!»; sin embargo, no resultaba muy prometedor y solo le reportaría notificaciones, multas, molestias… Tales perspectivas, lejos de tranquilizarla, la mortificaban: ¡qué fácil era frenar su carrera hacia el abismo! La certeza de poder volver hacia atrás cuando quisiera o, mejor dicho, cuando se sintiera obligada a hacerlo, de reintegrarse al orden como si nada hubiera sucedido, le aguaba la festiva exaltación que la invadía al ver pasar la carretera vertiginosamente, al ver cómo basculaban los parapetos y parpadeaban las señales de alarma. Le daba rabia que lo irreversible se hallara fuera de su alcance y, a la vez, le infundía miedo. Soñaba con conocer el sabor, con sentir en sus entrañas el aleteo del final absoluto, cuando ya no hay salida, no hay prórroga y solo queda el abismo abriéndose ante uno. Entonces exageraba, acumulaba los requisitos —revocables, en verdad, uno a uno— del desastre que se abatiría teatralmente sobre su vida: derrochaba, sin contarlo, el dinero que ya no poseía; mil francos ganados equivalían a un millón perdido, y solo la hora de cierre la frenaba todas las noches. Así, en el casino, y también en el hotel, y en el coche, apartaba de su mente los interrogantes que volvían a asaltarla en París, en los intervalos dispuestos al antojo de Noël entre dos viajes.

30

Al regresar, de noche o al amanecer, entraba en el piso sin hacer ruido y se encaminaba hacia su habitación a tientas, procurando no despertar a Jean-Pierre, que dormía en el sofá cama de la sala. Las manecillas del reloj brillaban en la oscuridad. A la hora del desayuno, el ruido procedente de la cocina la despertaba; pero no se levantaba y esperaba a que Quentin se marchara al colegio. Fingía dormir cuando JeanPierre entreabría la puerta, muy despacio, para ver si había llegado: debía de hacerlo cada mañana y, las más de las veces, debía de encontrar la cama vacía. Al cabo de un rato, Frédérique oía cerrar la puerta del piso. Seguramente, también él prefería no tener que hablarle. Jean-Pierre dejaba la nevera llena y alguna nota cortés en la chimenea; pero se llevaba sus papeles, sus carpetas y dejaba la mesa de trabajo ordenada: no le daba la bienvenida, pero le cedía su puesto en la casa.

Los días transcurrían; días de exilio, de espera. Al principio, seguía acudiendo a la escuela, donde la acogían con frialdad. Conservaba un pie en la vida normal, pero saltaba torpemente sobre ese único pie, con prisas para volver a escapar, acosada por preguntas que no se atrevían a formularle, de modo que la vida normal ya no era completamente normal y pronto renunció a fingir que lo fuera. Frédérique esperaba la llamada de Noël: ¡volvían a marcharse! ¡Por fin! Enseguida telefoneaba a Jean-Pierre, sabiendo que daría con el contestador automático: él lo dejaba conectado incluso cuando se hallaba en casa y descolgaba o no el teléfono según quién llamara. No lo hacía pensando en Frédérique, que, aliviada, soltaba su mensaje con tono de voz neutro, y segura —era lo importante— de que JeanPierre estaría por la noche en la calle Falguière, dispuesto a cuidar de su hijo. Desde el regreso de las vacaciones de Navidad, no le había hecho más escenas; se limitaba a rehuirla y a cumplir con sus obligaciones —de las que ella se liberaba al pasárselas— con el puntilloso escrúpulo del hombre que sabe afrontar sus responsabilidades y desdeña destacarlo, pero no demostrar su desdén. Como diría Corinne, lo afirmaba.

A su modo, también lo hacía Quentin, a quien Frédérique notaba

cargado de reproches no formulados. ¿Creía, como Jean-Pierre, que tenía un amante? ¿Y en qué imaginaba que consistían exactamente las relaciones con un amante? ¿Abordaba el tema de sus ausencias con su padre o, por comodidad o por pudor, se limitaban a hablar de la absurda fantasía de sus investigaciones en provincias? Frédérique sospechaba que su hijo no vivía en el engaño y que la juzgaba. Sin embargo, sin saber qué decirle para justificarse, seguía hablándole de Lyon y del viejo archivero, que, en sus descripciones, empezaba a parecerse al señor Huon. Frédérique inventaba complicadas anécdotas que el niño escuchaba dócilmente. A veces, creía sorprender una expresión de irónica indulgencia en su rostro, un mudo «sí, sí…» o un «no te canses», que la exasperaba. Pero no podía reprochárselo, sino limitarse a sonreír cuando corría a contestar al teléfono temiendo que fuera el niño quien descolgara, hablara con Noël y, horas más tarde, sacara conclusiones de su precipitado viaje.

Quentin se aislaba cada vez más, regresaba tarde del colegio, cerraba la puerta de su habitación con la excusa de que estaba haciendo los deberes. Cuando Frédérique le hablaba contestaba sin agresividad, pero él solo le hablaba en caso necesario, como si lo contrario no valiera la pena. Aquella reserva lo asemejaba a Jean-Pierre.

Con frecuencia, pedía permiso para ir a dormir a casa de Corinne o de alguna otra persona. Frédérique no siempre se lo permitía; con tal intransigencia creía demostrar que no tenía que hacerse perdonar nada y que, por lo tanto, no renunciaba a su autoridad. Hubiera preferido que el niño protestara, que le echara en cara las libertades que ella misma se otorgaba; pero él apenas insistía y se daba por vencido. Sin desafiarla, y jugando hábilmente con sus ausencias, pronto dejó de pedirle su opinión. Frédérique regresaba y el chico no estaba. De acuerdo con su padre, dormía en casa de sus abuelos, que a finales de enero habían ya regresado de Île-aux-Moines, o en casa de algún compañero cuyo nombre nunca decía. Para avisarla, dejaba una notita —rematada invariablemente con un «Mamá, un beso»— que Jean-Pierre, al irse, dejaba encima de la chimenea de la sala, bien a la vista. La comunicación entre ellos se reducía a aquel intercambio de notas; a decir verdad, no se trataba de un intercambio, ya que ella no acusaba recibo de tales mensajes ni los contestaba. Los avisos seguían careciendo de importancia, y tampoco se trataba de avisos, sino tan solo de enumeraciones de datos neutros, como la lista de la compra.

Porque Jean-Pierre, decidido a no intervenir, contestaba cortésmente al teléfono, le cogía los recados, que anotaba en la lista, sin apenas añadir comentarios. Pero la lista, que se alargaba día a día y en la que reaparecían constantemente los mismos nombres, denunciaba el abandono de sus obligaciones por parte de Frédérique,

la ruptura unilateral y sin previo aviso de los contratos que rigen la vida social. Corinne había llamado diez veces para preguntar si iría a esquiar con ella, en febrero, según lo convenido; después se había cansado de llamar, pues seguramente había encontrado a alguien que compartiera con ella el apartamento. La secretaria del señor Laguerrière, o el señor Laguerrière en persona, habían llamado para saber qué ocurría, cuándo calculaba Frédérique que reanudaría las clases, dónde podían localizarla o, al final, si debían entender que había renunciado a su puesto, pues, tras algunas semanas de discreta desfachatez, de faltar a clase dos de cada tres días, Frédérique consideró un fastidio tener que justificarse y dejó de ir al instituto por las buenas, incluso cuando se hallaba de paso en París y estaba desocupada.

La única observación que Jean-Pierre se permitió hacer al respecto consistió en decir que las insistentes llamadas lo colocaban en una situación muy violenta. «He dicho otra vez (la duodécima, creo) que no sé nada y que telefonearás», escribía. «Sugiero que lo hagas, si no te supone mucha molestia, antes de que me consideren sospechoso de haberte descuartizado y avisen a la policía, lo que desagradaría mucho a la portera. Por otra parte, te comunico que tienes una carta del Ministerio de Educación desde hace dos semanas: quizá sería conveniente que te informaras de su contenido.»

La carta, más algunos avisos de certificados, engrosaban la correspondencia que se iba amontonando, sin abrir, encima del escritorio. Jean-Pierre añadía: «Me he permitido abrir las facturas dirigidas *a mi nombre.*» (Así seguían llegando a la calle Falguière, aunque normalmente las abría y las pagaba Frédérique.) «¿Piensas abonarlas en un futuro próximo, o debo encargarme de hacerlo? Creo que, por poco consumo de agua, electricidad y calefacción que hagas, dichos elementos pueden resultarte útiles cuando estés aquí. Reconozco que Quentin y yo difícilmente podemos prescindir de su uso. El teléfono es discutible: una línea cortada me ahorraría muchas conversaciones inútiles (ver más arriba). En fin, tú verás.»

No veía, no contestaba, no pagaba nada. Las lámparas seguían alumbrando, la calefacción seguía calentando, el teléfono seguía sonando de vez en cuando; pero si no era Noël quien llamaba, colgaba, y a quienes insistían les decía que se equivocaban sin molestarse en disimular su voz. Una mañana, justo después de las vacaciones de febrero —seguramente acababa de regresar—, Corinne telefoneó tres veces. «¡Sé que eres tú y que estás ahí!», repitió a gritos, asegurándole que tenía que decirle algo importante. A la cuarta llamada, Frédérique desconectó el teléfono. Media hora más tarde, al conectar de nuevo el aparato, temió que volviera a sonar enseguida, pero Corinne había renunciado a hablar con ella.

Se iban cada vez con más frecuencia y, cada vez, por más tiempo. Las estancias en la calle Falguière solo eran descansos. El piso donde había vivido durante diez años se convertía en un territorio extraño, y su presencia en él, en una intrusión. Cada vez que regresaba, de noche, esperaba encontrar la puerta cerrada, el cerrojo cambiado o a Jean-Pierre al acecho, decidido a plantearle un ultimátum: o se quedaba de verdad o se largaba del todo. Al fin y al cabo, él estaba en su casa. Pero también Jean-Pierre se mantenía en sus trece, llevado quizá por la curiosidad de ver hasta dónde era capaz de llegar Frédérique. Daba la sensación de que ya solo iba por la calle Falguière para valorar los progresos de la catástrofe, para perfeccionar los eufemismos de sus notas y para ofrecerse a sí mismo el espectáculo de su infatigable corrección: ¿el amante de Frédérique la llamaba por teléfono? Muy bien, Frédérique le llamaba a él, a Jean-Pierre, y él acudía. ¿Le confiaba el domicilio del que ella escapaba y cuyas facturas dejaba de pagar? Él las pagaba. ¿Le impedía Quentin vivir sus amoríos con la libertad que ella deseaba? Él se encargaba del niño; y, en caso de que las conversaciones que madre e hijo seguían sosteniendo resultaran una carga para ambos, sería Quentin quien se marcharía.

Uno de los primeros días del mes de marzo, al regresar de Aix-la-Chapelle, al amanecer, Frédérique encontró la habitación de Quentin demasiado bien ordenada; en el armario faltaba la ropa de invierno, y las libretas, los libros de estudio y los juguetes preferidos del niño habían desaparecido. También la maleta roja que le había comprado el año anterior para ir al cursillo de esquí.

Sentada en el borde de la cama, con manos temblorosas, releyó varias veces la carta que el niño había introducido ceremoniosamente en un sobre en el que, con letras mayúsculas, había escrito MAMÁ: puesto que, en aquellos momentos, viajaba con tanta frecuencia, era más práctico, para el colegio y para todo, que se instalara en la calle Las-Cases, en casa de los abuelos. Hubiera preferido esperarla, pero ignoraba cuándo regresaría. Le mandaba un beso y le deseaba que se divirtiera mucho. También deseaba volver a verla pronto.

Entre el montón de cartas, sin abrir en su mayor parte, que miró distraídamente un poco más tarde, descubrió una de su suegro: una carta extensa, escrita quince días antes. Estaba preocupado, no entendía qué sucedía. En Navidad no habían visto a Frédérique y, desde que habían regresado a París, Jean-Pierre les dejaba a Quentin continuamente. No lo lamentaba, al contrario, pero creía que le escondían algo. Jean-Pierre y su madre tenían sus conversaciones secretas; imposible preguntarles nada: con tono irritado, decían que Frédérique se hallaba de viaje. Y Quentin parecía triste y malhumorado. ¿Qué ocurría? Cualquier problema que hubiera

surgido, por grave que fuera, debía de tener arreglo; estaba en juego el equilibrio del niño. Y el anciano señor animaba a Frédérique a sobreponerse, a que confiara en él si lo deseaba: ¿por qué no se encontraban, en un bar por ejemplo, para hablar con sosiego?

Frédérique sonrió ante la enternecedora imagen del profesor de medicina jubilado, con su pajarita, su condecoración de la Legión de Honor, su fama internacional y su principio de párkinson, entrando como un jovencito con miedo de ser pillado en falta en un bar al que acudía para cumplir con una cita concertada a espaldas de su mujer. Sin embargo, no telefoneó a la calle Las-Cases, y se arrastró por el piso durante todo el día, indecisa e irritada. Confrontaba inútilmente su deseo de volver atrás y la dificultad, sobre todo la humillación, de hacerlo cuando ya había ido tan lejos. La marcha de Quentin, su carta tan distante, quizá fuera lo irremediable, el entuerto imposible de deshacer. Tal pensamiento la hacía gemir, clavarse las uñas en las palmas de las manos; gozaba haciéndolo. La invadía un deseo loco de ir corriendo en busca de su hijo, de estrecharlo fuertemente entre sus brazos, de acariciarle los cabellos mientras le repetía, dulcemente, que se había acabado, que iban a empezar de nuevo, que todo volvería a ser como antes. Pero no deseaba que todo volviera a ser como antes. Imaginaba las explicaciones que debería dar, las cartas que debería abrir, el horror del regreso al orden. Entonces, se decía que, dada la situación a la que había llegado, la única solución era continuar. Pero ¿hasta dónde continuar? ¿Y para qué?

Comió dos tabletas de chocolate con almendras, abiertas por Quentin para despegar los vales que permitían optar a Dios sabe qué premios. Caía la noche y pensó que debía tomar una decisión o, mejor, dejar que el azar la tomara por ella, quizá por última vez. Tenía que elegir el instrumento del oráculo: ¿rojo o negro, en la ruleta?; ¿resultaría más rápido, y más honorable en cierto modo, echarlo a cara o cruz con una moneda? Lo decidió: cruz, la ruleta; cara, volvería a lanzar la moneda. Salió cruz. Aliviada, salió y se dirigió, en taxi, hacia la estación de Saint-Lazare y, desde allí, en primera, a Forges-les-Eaux. Durante todo el viaje, veía girar la ruleta en su imaginación y trataba de *averiguar*, mentalmente, el resultado, sin hacer trampas, sin decidirlo de antemano. Aquel absurdo ejercicio resultó curiosamente agotador.

Los empleados del casino la recibieron como si fuera una resucitada: llevaban meses sin verla. Se acercó a una mesa de juego sin comprar fichas. Decidió: rojo, seguía y luego ya vería; negro, la ruleta la echaba del casino, no volvería a jugar; si fuera necesario, se declararía inhabilitada. Aunque nada alteraría las cosas, colocó un billete de cien francos en el rojo. Salió rojo. Tuvo una suerte insolente durante toda la noche.

31

El incidente tuvo lugar al cabo de dos días, en el casino de invierno de Deauville, al que no habían vuelto desde su primer encuentro. La sala de juego, vacía por la tarde, se animaba un poco después de las ocho; al menos, algunas mesas estaban abiertas al juego, lo que les permitía jugar por separado sin observarse ni molestarse. Frédérique perdía con moderación. De repente, una mano se posó sobre su hombro. El gesto no parecía propio de Noël; sin embargo, creyó que se trataba del joven y acabó de colocar sus fichas. Después, volvió la cabeza: era Claude. Con las manos en las caderas, los faldones de la chaqueta abiertos sobre el vientre rollizo, la observaba con la sonrisa satisfecha del hombre que digiere su propia sorpresa saboreando la que está a punto de provocar.

—Te has lanzado al juego, ¿eh, cuñada? No, no quiero molestar —añadió como si temiera resultar indiscreto por el simple hecho de ser testigo del resultado de la jugada—. ¿Nos vemos en el bar?

Se cantó el número, que no le reportó ganancia alguna, y Frédérique fue a reunirse con su cuñado. Buscó a Noël con la mirada; en vano, lo que la intranquilizó ligeramente.

Claude se encontraba solo en el bar, con la espalda y los codos apoyados en la barra, muy excitado por el encuentro, y aquella excitación, llena de intriga, aumentó al ver que Frédérique también llegaba sola.

—¡Vaya, vaya! No me lo esperaba. ¿Dónde te alojas? ¿En el Normandy? —La sonrisa bonachona se esfumó de su rostro para reaparecer tocada por la malicia—: Dime, ¿dispones de medios suficientes?

Frédérique lo adivinaba al acecho, husmeando la inevitable presencia masculina, una escapada amorosa como las que él mismo debía de practicar, con el pretexto del trabajo: hoteles de lujo, cenas exquisitas, etcétera; pero no allí, por supuesto, no tan cerca del ámbito familiar.

—Estando tan cerca de casa, podías haber telefoneado. Pero ya ves, no me ofendo; comprendo que tengas algo mejor que hacer…

Frédérique esbozó una vaga sonrisa, que no comprometía a nada.

Se preguntó qué sabía Claude —nada, evidentementey qué convenía decirle o darle a entender. Dos meses antes, en aquel mismo lugar, compartir un secreto con Claude la hubiera llenado de satisfacción; pero ¿qué podía contarle ahora? Por supuesto, para Claude el hecho de que su cuñada albergara un romance más o menos clandestino bajo el techo de un casino constituía una historia picante. Era indulgente y solidario con las debilidades humanas. Pero si supiera, o adivinara, lo que Frédérique había hecho, no lo calificaría de debilidad. Por el contrario, para llevarlo a cabo había sido preciso recurrir a una especie de energía que se le antojaría inhumana; aquella dimisión premeditada, llena de abandonos y de costosos sacrificios, solo podía inspirarle horror. ¿Para qué provocarlo?, ¿para qué espantar su sonrisa satisfecha, de complicidad anticipada? ¿Para demostrar que era una desvergonzada?

La presencia de Noël, que regresaba del lavabo, le ahorró vacilaciones. Al principio, Claude no supuso que aquel joven sudoroso, embutido en un traje oscuro, que fue a sentarse en un taburete junto a Frédérique conociera a su cuñada. Al oírle, con voz alta pero sorda y monocorde, reprochar su mala suerte a una seisena que parecía en alza, pensó que se trataba de la expansión propia del jugador que toma al público por testigo, y, para estar a tono con las circunstancias, hizo un ademán fatalista con intención de ahuyentar al inoportuno sin dejar de manifestarle, a la vez, una cordial compasión. Frédérique, en contra de lo que le sugería la actitud de Claude, no se atrevió a dar la espalda a Noël y, al ver que el joven, en vez de alejarse, la miraba con expresión estúpida y sorprendida, se resignó a presentarlos. Sentada entre los dos hombres, retrocedió cuanto le permitía el reborde de la barra.

—Claude, mi cuñado… Noël.

Entonces, el sorprendido fue Claude.

—¡Ah!, no sabía… —dejó escapar, y Frédérique se preguntó qué sabía ahora. Noël, al oír la palabra cuñado, esbozó una sonrisa de propietario apaciguado que Frédérique no le conocía. Los dos hombres se dieron un apretón de manos por encima de las rodillas dobladas de Frédérique. Se hizo un largo silencio durante el que Frédérique simuló observar el vaivén de la sala mientras intentaba hallar un tema de conversación.

Noël se miraba los pies y Claude observaba su enorme reloj repleto de esferas y, luego, la copa, que vació de un solo trago.

—Bien —dijo, posándola ruidosamente en la barra—. Por cierto, ¿has cenado?

—No, aún no. Pero nos disponíamos a hacerlo.

—¿Sí? Pues, en tal caso, os invito. Sí, sí, ¡por favor! —insistió, dirigiéndose a Noël, que no había pronunciado palabra y que se

levantó para seguirlos, parpadeando nerviosamente.

Frédérique temía que los invitara al chalet con intención de que Marie-Christine compartiera la novedad de su desconcertante acompañante; pero, afortunadamente, Claude quiso probar un restaurante que se hallaba muy cerca del casino y que acababan de inaugurar. La decoración, estilo bombonera, de un intimismo mullido que resultaba estomagante, y la premura de los camareros, que, privados de otros clientes, los agobiaron con aperitivos y comentarios relativos al buen estado de los productos, en otras circunstancias la hubieran incitado a la ironía; pero, aquella noche, el embarazo de la situación prevalecía por encima de todo. Sentados los tres alrededor de una mesa redonda, cubierta con un mantel rosa, demasiado grande, lo que los obligaba a inclinar el cuerpo hacia delante y a levantar la voz para hacerse oír por encima de la música del local, al principio fingieron examinar prolongadamente las enormes cartas que les entregaron; a continuación, les hicieron saber que, a causa de la exigencia antes ponderada respecto al excelente estado de los alimentos, carecían de la mayor parte de los platos anunciados, y, finalmente, Claude eligió el vino.

—Un buen vino. *Esto* merece celebrarse —dijo sin precisar qué entendía por *esto*.

Noël, que nunca bebía vino y que quizá deseara afirmar su independencia, pidió una cerveza. Con los codos en la mesa y los brazos alrededor de un plato que los camareros cambiaban sin cesar y sin razón aparente, se rascaba el dorso de la mano con un rictus de tristeza fijo en los labios. Frédérique no se atrevía a mirarle. Claude, superada la primera reacción de estupor, intentaba distender el ambiente y, a la vez, obtener información sin cometer indiscreciones. Seguía dudando respecto al trato que debía dar a Noël: ¿debía tratarle como si fuera una simple amistad de su cuñada, una amistad surgida a raíz del juego, a quien Frédérique, movida por una cortesía excesiva, se había creído obligada a hacer invitar?, ¿o como a un amante legítimo? Puestos a elegir, la segunda hipótesis le parecía la más sorprendente y, a la vez, la más probable. ¿Qué hacía, de lo contrario, Frédérique en el casino de Deauville, en el hotel Normandy, a principios del mes de marzo? Para tener amistades de juego habría tenido que ser jugadora.

—Confío en que no le contarás a tu hermana que me has encontrado aquí —dijo guiñándole un ojo—. Ya la conoces: sigue creyendo que sumiré a la familia en la ruina…

—Ese secreto no saldrá de París —contestó Frédérique, algo fuera de contexto, ya que Marie-Christine vivía en Normandía, pero a sabiendas de que Claude conocía aquella expresión, consagrada por Jean-Pierre, y de que siempre le divertía oírla. Claude rió. Frédérique

creyó que su cuñado, a su vez, le aseguraría que también sería discreto y supuso que se sentiría molesta. Pero Claude solo le preguntó si jugaba con frecuencia—. Un poco. Por cierto, tú fuiste quien me pasó el virus.

Claude soltó una carcajada, con expresión modesta, y se volvió hacia Noël, ocupado en beber su cerveza a lengüetadas.

—¿Y usted?

Noël pareció despertar, sobresaltado.

—¿Yo? ¿Cómo? —dijo al fin.

—¿También juega?

—Digamos que sí…

—¡Ah! En tal caso, ¿se han conocido jugando?

—Sí, precisamente aquí —repuso Noël.

Claude dedujo que acababan de conocerse, conclusión que le tranquilizó, que le decepcionó ligeramente, y que, por otra parte, no justificaba el hecho de que su cuñada, guapa y algo presumida, cargara, aunque solo fuera por una noche, con un personaje tan poco atractivo, ni servía para explicar qué hacía sola allí.

Entonces, Noël parpadeó varias veces, como si intentara ahuyentar su apatía, y, ya sea porque se sintiera envalentonado para hablar, ya sea porque sospechara la existencia de una confusión destinada a restarle importancia y deseara aclarar las cosas, dijo lo que Frédérique temía que dijera:

—Este casino no me gusta demasiado. La semana pasada estuvimos en Divonne. El de Divonne está mejor, ¿verdad?

Se dirigía a Frédérique, que asintió con una sonrisa forzada.

—¿Por qué…? —empezó Claude.

—¡La ensalada loca! —exclamó el camarero agitando el plato de arriba a abajo, antes de posarlo encima de la mesa, con una ágil flexión de la muñeca y con gesto más o menos similar al que suele realizarse al servir el té a la menta. Repitió la hazaña un par de veces y luego se alejó intentando deslizarse sobre la tupida moqueta rosa como un danzante de vals sobre un parqué muy encerado. La sonrisa bonachona de Claude se había petrificado. Sin que Frédérique supiera si lo hacía adrede, Noël prosiguió:

—La semana próxima me gustaría ir a Montecarlo. Hace tiempo que quiero ir. ¿Iremos?

La confusión no le impidió a Frédérique advertir que Noël evitaba expresiones orales que revelaran que se trataban de usted.

—Si puedo… —respondió, intentando simular indiferencia.

—Sería una lástima que no pudiéramos ir —prosiguió Noël—. Montecarlo está muy bien. —Engulló un bocado de ensalada y, pensativo, añadió—: Vale la pena conocer Montecarlo.

—¿Has estado? —preguntó Frédérique a Claude.

—Sí, estuve. Antes iba a Montecarlo; ahora, ya no. He sentado cabeza, ¿sabes? —Abrió la boca para decir algo, pareció dudar y, por fin espetó—: ¿No tienes clases? ¿Cómo puedes andar paseándote por ahí?

—No son diarias. Puedo arreglármelas. —Frédérique esbozó una sonrisita cómplice, en busca de la indulgencia de Claude, pero su cuñado ya no sonreía.

—¿Y el niño?

—El niño tiene un padre.

En aquel momento, el volumen de la música aumentó. Claude volvió a la carga:

—Bien. Pero jugar así, a la larga, debe de salirte caro. ¿Cómo te las apañas?

—A veces gano.

—¿Les molestaría quitar ese ruido? —aulló de repente Claude dando un puñetazo encima de la mesa.

El cantante calló en seco. Se oyó un rumor de pasos amedrentados; luego, un ruido de frituras que debía de proceder de la cocina, muy próxima, y que la música había ahogado hasta aquel momento. Aunque ahora resultara ya un gesto inútil, Claude se inclinó hacia delante, con la calma amenazadora del hombre fuerte que a duras penas logra dominarse.

—Escucha —dijo—: a mí, con esas, no. Sé muy bien qué es la ruleta; créeme, lo sabía antes que tú. Así que, a mí, con esas, no.

—¡Oh! No perdamos los nervios —murmuró Noël.

—Para empezar, ¿quién es este? —preguntó Claude sin mirarle.

—Un amigo —repuso Frédérique.

El amigo acabó de masticar la ensalada; pero, como si la espera lo hubiera inmovilizado, no la engulló. En compensación, se rascó la mano con un ritmo más acelerado.

—¡Vaya! —exclamó Claude—. Como mi hija; preguntas adónde ha ido y te contesta: a casa de unos amigos. Tienes que conformarte con esa información.

—No soy tu hija, que yo sepa.

—Exacto. No tengo derecho a censurarte. Sin embargo, quiero decirte algo. No soy tu padre, no soy tu marido —inexplicablemente, Claude, que era normando, hablaba con acento del sur cuando se enfadaba—, solo soy tu cuñado, pero te diré una cosa: te estás comportando como una imbécil, hija mía. Déjame seguir, por favor. He conocido a muchas chicas como tú, chicas buenas, nada feas, que un buen día empiezan a jugar a la ruleta. Chicas que se creen interesantes: el lujo, los grandes hoteles, el champán, las tres últimas,

conozco todo eso al dedillo. La boquilla para el cigarrillo. Es más divertido que el metro, lo reconozco. Sin embargo, cuando no disponen de recursos, pronto acaban convirtiéndose en putas. Te diré más: si disponen de recursos, también se convierten en putas, porque los recursos se esfuman enseguida. Entonces, una noche, sin una ficha en el bolsillo y con algo de tristeza en el alma, dirigen una sonrisa a cualquier cerdo y, vaya, por una vez nadie se muere, y luego…

—Nos vamos —dijo Frédérique tirando del brazo de Noël, que se levantó y la siguió. El maître salió de la antesala, donde se había refugiado, y, consternado, los vio cruzar la estancia mientras Claude, en pie y con la servilleta arrugada en la mano, gritaba:

—Harás lo que te plazca, pero…

—Gracias por todo. Y saludos a la familia —exclamó Frédérique al salir.

—Vayamos a Montecarlo —dijo, ya en la calle, dirigiéndose a Noël, jadeante detrás de ella—. Ahora mismo.

Al llegar al hotel, Noël refunfuñaba: las habitaciones estaban pagadas; además, no había previsto ir a Montecarlo, tenía asuntos que resolver en París, citas… Frédérique le dejó hablar sin contestarle ni mirarle. La siguió hasta la puerta de su habitación, que ella le cerró en las narices. Al cabo de diez minutos, la esperaba en el vestíbulo con la maleta preparada.

32

Al apearse del coche, Frédérique vio luz en las ventanas de la sala: Jean-Pierre, por supuesto. La mala suerte seguía acosándola. Demasiado tarde para llamar a Noël, que ya había doblado la esquina y que no volvería antes de una hora, por lo menos; demasiado tarde, también, para encontrar un bar abierto en el barrio donde esperarle. Suspiró, furiosa. Lo sabía, había estado a punto de decírselo: no debieron pasar por París. Pero Noël quería pasar por su casa, y ella, temiendo carecer de ropa suficiente para cambiarse —ropa que, en realidad, hubieran podido comprar en cualquier parte—, se dejó convencer. Al llegar a la puerta de Saint-Cloud, a las doce de la noche, acordaron que Noël la dejaría en la calle Falguière, de allí iría a Issy-les-Moulineaux, donde vivía, según pudo saber Frédérique, y volvería a recogerla para dirigirse a la puerta de Orléans y, luego, a la Costa Azul, donde llegarían de madrugada. El resultado de dichos planes era que, ahora, debía enfrentarse a Jean-Pierre.

En el ascensor, se preguntó si Jean-Pierre se encontraba en la calle Falguière por casualidad, suponiéndola lejos —y, en tal caso, se sentiría tan incómodo como ella y se largaría sin tardanza—, o si la estaba esperando, decidido a obtener, por fin, una explicación. Se le ocurrió la posibilidad de que Claude, después de su marcha de Deauville, le hubiera telefoneado para ponerle al corriente, contarle los peligros que corría y hacerle reaccionar. Aún oía las indignadas palabras del bromista que, de repente, deja de bromear.

Estuvo a punto de llamar, se contuvo y abrió con la llave. Al acercarse a la cerradura, percibió los fragmentos ahogados de una conversación que cesó cuando la puerta chirrió. ¡Ojalá no esté Quentin!, pensó. Se detuvo, en pie en el recibidor a oscuras, y contuvo la respiración, consciente de que también la retenían al otro lado del tabique. Al fin, Jean-Pierre, dijo:

—¿Eres tú, Frédérique?

Dejó su bolsa de viaje y entró.

Una sorpresa le esperaba: Corinne se hallaba recostada en el sofá, con un vaso de vino tinto en la mano. Se había quitado los zapatos. En su rostro, bronceado por el sol de las pistas de esquí, la nariz pelada

apareció como una mancha rosa. Jean-Pierre, en el otro extremo de la estancia, estaba agachado delante del aparador, del que sacó un vaso que levantó por encima de su cabeza con gesto enfáticamente torpe. Tosió y dijo:

—¿Te apetece una copa?

Frédérique negó con un movimiento de cabeza. Al ver una botella vacía, y otra más que mediada, adivinó que los dos estaban bebidos, pero no el asunto que los había reunido aquella noche. Imaginó un ligue, un velatorio, un consejo de guerra celebrado en su honor…

—¡Ponte cómoda! —gritó Jean-Pierre—. ¡Como en tu propia casa!

—Estoy de paso —murmuró Frédérique, y se quedó en pie, sin quitarse el abrigo. La estancia apestaba, los ceniceros estaban repletos de colillas. Jean-Pierre se dejó caer en un sillón, exhaló un profundo suspiro y, luego, volviéndose hacia Corinne, dijo:

—Lo siento, ya te lo he contado, pero estoy seguro de que Frédérique no conoce el chiste de Jaimito. A pesar de todo es mi mujer, y me fastidiaría mucho que muriese sumida en la ignorancia…

Frédérique, sin pronunciar palabra, se dirigió hacia la puerta, pero Jean-Pierre saltó del sillón y corrió a cerrarle el paso.

—¡Un momento! Te cuento el chiste de Jaimito. Ahí va: Jaimito escribe una redacción… —Abriendo unas comillas invisibles, prosiguió con voz pastosa—: Voy caminando por el bosque, revestido con su blanco manto de armiño. Luce un hermoso día invernal y los pajarillos cantan alegremente en las ramas cubiertas de escarcha, cuando, de pronto, ¿qué es lo que veo al pie de un árbol? —Pausa. Corinne soltó una risita, estúpida y punzante a la vez. Jean-Pierre continuó su relato —: ¿Qué es lo que veo? Una caca. Sí, una mierda. Y me digo: ¡Cielo santo, es mi amigo Jean! Luego, reemprendo mi camino y, al cabo de un momento, ¿qué es lo que veo? —Otra pausa, otra risita ahogada de Corinne, que terminó en un penoso relincho—: Veo otra caca, pero su aspecto es realmente distinto de la anterior. ¡Caramba!, me digo, ¡es mi amigo Pierre! ¡Conozco el percal! Sigo caminando y… Abrevio, porque tengo la sensación de que tienes prisa. ¡Adivina qué es lo que veo, acto seguido, debajo de otro árbol! ¿No lo adivinas? Estás pez. ¿Qué va a ser? ¡Otra caca! Otra caca de un color distinto al de las dos anteriores. Y exclamo: ¡Otra caca! ¡Es mi amigo Georges! Te ahorro algunas cacas; ahora, la cuestión es esta: ¿Cuál era el tema de la redacción?

Frédérique lo observaba en silencio. Jean-Pierre contuvo un hipido, dijo: «Perdón, perdón», y se alejó de la puerta para volver a coger el vaso que había dejado encima de la mesita. Frédérique aprovechó para salir de la sala, pero él la alcanzó en el pasillo. Con el vaso en la mano, empezó a ejecutar una danza india en torno a Frédérique: golpeándose contra las paredes, imitaba la voz de los

presentadores de los concursos televisivos.

—¡Vamos, señora, vamos! ¿Cuál era el terna de la redacción? ¡Contestar es fácil, señora! Puede usted ganar mucho dinero y, además, ¡le permitirá volver a estar con nosotros la próxima semana!

Frédérique abrió la boca para decir que no tenía intención de volver la próxima semana, ni la siguiente; pero consideró que el silencio era la mejor táctica que podía seguir.

Jean-Pierre la siguió a la habitación y se echó en la cama con los brazos en cruz. Frédérique creyó que se quedaría dormido, pero volvió a levantarse.

—Voy a decirle a la otra imbécil que se largue. —Se rió; al apoyarse en el pomo de la puerta, estuvo a punto de caer, y, en un tono de voz confidencial, añadió—: Lleva por lo menos dos horas contándome sus penas… Ya no sé qué me estaba contando, algo acerca de un tío imposible a quien conoció esquiando… Escenas de amor sublime en el telesilla, pasiones arrastrándose por la nieve, ya puedes imaginártelos…

Al ver que Frédérique no escuchaba, protestó:

—¿No te das cuenta de que Corinne esperaba atraparte a ti, cuando aterrizaras esta noche, y soy yo quien la tiene que soportar…? Espero que, a mi paso por el purgatorio, se me tenga en cuenta… —Juntando las manos, a modo de altavoz, gritó—: ¡Corinne! ¡Eh, Corinne!

Un gruñido, procedente de la sala, respondió:

—¡Madona de los telesillas, es hora de irse!

Se oyó un ruido de vasos al romperse y un «mierda»; luego, apareció Corinne: le flaqueaban las piernas y su rostro expresaba un asco terrible.

—Me encuentro mal —gimió. Cogió el brazo de Frédérique—. Tengo que hablar contigo.

Frédérique se soltó, con una risa burlona que expresaba el desprecio que le inspiraban las mezquinas pasiones de su mejor amiga.

—Yo también he de hablarle —dijo Jean-Pierre—. Fíjate, también me encuentro mal. Todo el mundo está mal. ¿Quién no está mal? Quien no está mal no está. —Se rió de su ocurrencia y, dirigiéndose a Frédérique añadió—: Excepto tú; tú tienes aspecto de estar muy bien. Resulta sospechoso. Cuéntame por qué estás tan bien.

Corinne se interpuso entre ambos.

—¡Vamos, fuera! —dijo Jean-Pierre, que no se arredraba ante la grosería etílica. Y, a su vez, la cogió por el brazo. Sus gestos eran inseguros, paródicos. Corinne se debatía débilmente mientras él la arrastraba hacia la puerta del piso.

—¡Mis zapatos! —lloriqueaba Corinne.

Frédérique cerró la puerta de la habitación. Consultó el reloj: Noël no llegaría antes de cuarenta y cinco minutos. Abrió la bolsa de viaje, arrojó sus ropas arrugadas, en desorden, al suelo enmoquetado. Después, recordó que había decidido no volver y que también debería llevárselas. Volvió a meterlas en la bolsa y se subió a una silla para coger la maleta grande, situada en el último estante del armario. Procedentes del recibidor, se oían rumores confusos que tanto podían ser producto de risas nerviosas como de llantos o de resoplidos. Por fin, se oyó cerrar la puerta del piso. Jean-Pierre regresó a la habitación, con un vaso en la mano y la botella en la otra.

—¿Tema de la redacción?

Frédérique le ignoró. Había abierto la maleta y examinaba el contenido del armario con la mirada.

—Muy bien —dijo Jean-Pierre, yendo y viniendo detrás de ella—. El tema de la redacción era: comenta el refrán: «En las necesidades se conocen las buenas amistades.» —Guardó silencio y luego prosiguió—: Podrías reír un poco, que tiene gracia —Frédérique no se rió y Jean-Pierre insistió—: Me lo ha contado Quentin. —Silencio—. Quentin, tu hijo. ¿No te interesa? ¿No te interesa tu hijo?

Frédérique, arrodillada delante de la maleta, pensó que había obrado sensatamente al permanecer callada desde el principio: luego era fácil, bastaba con persistir. No discutir, no justificarse, no hablar ni siquiera para decir que se negaba a hablar.

—¡Di algo! —gritó Jean-Pierre.

Quitó la percha de un vestido que dobló y colocó al fondo de la maleta. Jean-Pierre se agachó frente a ella, la cogió por los hombros y la zarandeó repitiendo:

—¡Di algo!

Pero Frédérique no dijo nada, no diría nada. Intentó mantener el rostro inexpresivo. Aquello era más difícil; lo solucionaba desviando la mirada. Jean-Pierre bajó los brazos lagrimeando.

—Te vas, ¿verdad? ¿Volverás?

Frédérique siguió arreglando la ropa. Jean-Pierre se levantó, se sirvió vino, lo bebió de un trago, se marchó. Dijo que estaba loca, completamente loca, que había abandonado a su hijo, dilapidado una fortuna en dos meses; había visto los extractos del banco. Después, dijo que estaba enfermo, que le estaban practicando pruebas; quizá fuera grave; se sabía desde hacía tiempo, y él lo había leído, que el cáncer podía tener un origen psicológico, y creía posible que, a fuerza de hipocondría y de preocupaciones, hubiera pillado uno del que pronto reventaría. Ora se encolerizaba, ora suplicaba, al borde de las lágrimas, y, al cabo de un momento, se reía. En un momento dado, cogió el asa de la maleta y esparció por el suelo, violentamente, todo

lo que Frédérique había guardado en el interior. Ella estuvo a punto de insultarle, pero consiguió contenerse y volvió a empezar su cometido. También él volvió a empezar al cabo de un momento, al ver la maleta casi hecha. Entonces, Frédérique desistió: se marcharía llevándose la bolsa de viaje y, si Jean-Pierre se lo impedía, se marcharía sin equipaje. Tenía miedo de que intentara retenerla por la fuerza. Cada dos minutos consultaba el reloj, preguntándose cómo se las arreglaría para salir de allí, y cada dos minutos, Jean-Pierre repetía: «¡Di algo, al menos!», como si siguiera sin comprender. Ahora estaba sentado sobre las piernas dobladas, a los pies de la cama, con la botella al alcance de la mano; bebía directamente de la botella y hablaba cada vez con más dificultad. Agitaba las manos sin cesar, retorcía los flecos de la colcha, se rascaba las tibias, desnudas y flacas entre los calcetines de rombos y los dobladillos de los pantalones grotescamente subidos. Frédérique, en espera de que se le presentara mejor ocasión, de que Jean-Pierre se quedara dormido o fuera al lavabo o a la cocina en busca de vino, no se atrevería a levantarse, coger la bolsa y encaminarse hacia la puerta. Imaginaba a Jean-Pierre, tumbado cuan largo era en la moqueta, aferrándola por el tobillo y riendo estúpidamente, sin soltarla. La habitación daba a un patio y Frédérique no podría ver a Noël desde la ventana. A las dos menos cuarto oyó la llamada del claxon desde la calle; luego, sonó otra vez. Jean-Pierre, alelado, la seguía con la mirada; vio que Frédérique se levantaba, cogía la bolsa y se dirigía hacia la puerta de la habitación. Oyó abrir y, luego, cerrar despacio la del rellano. Se rió a carcajadas, entrecortadamente, expulsando aire por la nariz, ante la idea de que Frédérique pudiera quedar atrapada en el ascensor. Pero Frédérique bajó por la escalera. Al cabo de unos minutos, en el asiento trasero del coche, intentó recordar súbitamente las últimas palabras que Jean-Pierre había oído de sus labios.

33

Cuando jugaba, solo apostaba al 36. Al cabo de tres, cuatro, cinco días dejaría atrás su edad. La proximidad de su cumpleaños la inquietaba. Se había acostumbrado a considerar el plazo como una prueba definitiva y, al marcharse de París, decidida a no volver y a dejar atrás incluso a Quentin, creía haber realizado una elección irrevocable con una ligera antelación sobre la fecha prevista. La suerte estaba echada, las naves quemadas; solo podía seguir avanzando definitivamente, al azar. Pero, tras pagar aquel precio, esperaba sentir una ligereza nueva que no llegaba.

Sin embargo, el primer día, la idea de carecer de domicilio, de no tener otro techo que el del lujoso hotel París, ni más bienes que el contenido de su bolsa de viaje, la embriagó. Hacía buen tiempo, el sol brillaba en el mar y, además, estaba en Montecarlo. La riqueza se exhibía con una indolencia matinal que, al anochecer, debía tornarse arrogante; pero, segura de saber estar a la altura, no le infundía temor alguno. Había comprado un vestido nuevo, en una tienda muy cara, y, sin esperar a Noël, había entrado en el casino, monumental, donde circulaban menos jugadores que turistas; fenómeno que, primero, le llamó la atención y, luego, la halagó al comprender que la afluencia a las salas obedecía a una creciente selección. Más allá del hall, donde se exhibía una exposición de joyas de plata, de escultura moderna y de pañuelos de seda, se entraba en la inmensa caverna de las máquinas tragaperras. Una plebe alegre, mirona, con cámara fotográfica al cuello, manipulaba mandos y aplastaba las narices en pantallas de vídeo, sumida en un ruido ensordecedor. Era la primera vez que Frédérique veía una sala de jackpots; más tarde, Noël le explicó que, pronto y como en todas partes, los vería instalados en los grandes casinos franceses. Los sindicatos de croupiers protestaban y hacían huelgas, pero era inútil: los casinos a la antigua usanza entrarían en decadencia; era necesario adaptarlos a los nuevos gustos.

Luego seguía la sala de juegos americanos, cuyas reglas desconocía. Las mesas verdes y los empleados con pajarita le prestaban una apariencia pomposa, pero el público apenas cambiaba: mirones, satisfechos de acceder sin pagar a las fronteras de un mundo

mágico cuyo umbral no cruzaban probablemente por timidez. El precio de la entrada, al que Frédérique estaba habituada, protegía de la curiosidad turística las últimas salas, dedicadas al ritual de los juegos europeos. Cuando Frédérique penetró en dicho recinto no había mucha gente; pero la majestad del decorado y la sensación de no sentirse desplazada la sedujeron. De los altísimos techos artesonados, entre arañas de cristal, colgaban interminables cordones que acababan con unas luces de color naranja pálido que iluminaban las mesas de juego; las pilastras decoradas, los ventanales acristalados que se abrían al mar, los solemnes jefes de mesa, encaramados sobre sus sillas altas, como jueces de tenis, y que parecían oficiar en una catedral. Era lo que Frédérique había imaginado, las imágenes que la palabra *casino* creaba en su mente antes de que entablara conocimiento —en Trouville, en Forges, incluso en Divonne— con los círculos simplemente gratos o confortables, que, no se atrevía a confesárselo, la habían decepcionado. Intentaba convencerse: por supuesto, para ella, que no era turista, el juego era más importante que el decorado; sin embargo, aquel decorado resultaba más apropiado para las intrigas novelescas, para el vertiginoso ballet de fortuna y pasión, para la heroína imprevisible, errante, tocada por el misterio que ella había decidido encarnar. Por fin, se sentía en su casa: sabría darse a conocer.

Pronto se decepcionó. Por la tarde, la sala grande de ruleta, aunque imponente, solo albergaba a algunos ancianos correctamente vestidos y poco dados al derroche, sistemistas y jugadores aplicados. Pensó que por la noche sería distinto. Pero por la noche no había prácticamente nadie. Solo funcionaban un par de mesas de juego, para hombres de negocios que habían decidido echar una cana al aire. Los croupiers, desocupados, se miraban entre sí con expresión sagaz. Noël, a quien tal escasez de público no molestaba en absoluto, murmuraba que era lo normal en aquella época del año: las pensiones de los jubilados mermaban y de ahí la calma chicha.

—Si lo que le gusta es el espectáculo, tiene que venir en verano. O volver a Forges: allí se trabaja siempre.

Frédérique pensaba que el hecho de descubrir el juego en Todos los Santos no había sido una suerte para ella; se sentía decepcionada, desplazada, como siempre.

Durante el fin de semana, el ambiente mejoró un poco. Sin embargo, distaba mucho de la imagen que el escenario prometía y que ella había esperado vislumbrar, una imagen hecha de trajes largos, de fiebre vertiginosa y de alientos contenidos.

Recobraron sus costumbres. Cada día, ya que a eso había ido, se dirigía al casino con Noël. Apostaba al 36, a pleno, tercamente; perdía y le pedía dinero sin escrúpulos. Noël se lo daba sin comentarios. Al cabo de una semana, mientras almorzaban en silencio en uno de los

restaurantes del laberíntico hotel Loews, más abajo del casino, Noël le comunicó que regresaba a París unos días por asuntos de trabajo. «Muy bien», dijo Frédérique. «Yo me quedo.» Noël pareció molesto, carraspeó; luego dijo que evidentemente el hotel París era muy caro y que quizá resultara más prudente trasladarse a un alojamiento algo menos dispendioso, dado que los últimos días de juego habían sido catastróficos. Conocía un hotel más modesto, muy cómodo, situado en el bulevar de la Princesse Charlotte, a cinco minutos del casino. Desagradablemente sorprendida, Frédérique reflexionó: no tenía ni un céntimo para pagar su alojamiento, caro o barato, y si Noël se preocupaba de aquel modo, significaba, sin duda, que pensaba seguir pagándole la habitación, aunque estuviera ausente. En tales condiciones, era difícil rechazar su sugerencia, sobre todo teniendo en cuenta que pensaba pedirle dinero antes de que se marchara.

En efecto, el hotel era cómodo, y la habitación que le asignaron, luminosa y relativamente amplia. No obstante, Frédérique consideró aquel traslado como un síntoma de decadencia. Cuando Noël se marchó, tras confiarla al cuidado de la patrona, a quien el joven conocía —incluso pidió a Frédérique que no dijera que llevaban varios días en Montecarlo—, se tendió en la cama, humillada, comparando su situación a la de una entretenida que hubiera dejado de gustar y de llamar la atención o que sufriera las repercusiones de los apuros por los que atravesaba su protector, y ambas hipótesis le desagradaron por igual. Consideraba mezquino a Noël y, al mismo tiempo, se preguntaba: ¿de dónde procedía su dinero?, ¿en qué consistían sus negocios?, ¿qué esperaba de ella? Tales preguntas no eran nuevas, pero había dejado de formulárselas hacía tiempo. El alejamiento del joven volvía a plantearlas y lo tornaban enigmático.

Pronto le echó de menos. Se había acostumbrado a él, a su presencia, y resultaba penoso hallarse sola, sin conocer a nadie, en una ciudad como Montecarlo. Además, apenas tenía dinero, no se atrevía a echar mano del talonario de cheques y vivía de lo poco —muy poco, consideraba ella— que Noël le había dado al marcharse. Para comer, se alejaba de las orillas del mar, de los alrededores del casino, y buscaba cafeterías y pizzerías por la periferia de la minúscula ciudad, establecimientos que le resultarían más baratos. Descubrió con sorpresa que en aquel peñón dorado, a falta de auténticos pobres, había pequeños burgueses o modestos jubilados, y se preguntaba por qué habrían elegido vivir allí. Los veía jugar a las cartas, beber pastís o Marie Brizard, en el caso de las mujeres, y vagaba mentalmente por los bares sofisticados en los que se preparan los complicados cócteles destinados a los afortunados de la tierra.

En el casino, jugaba con parsimonia; así perdía poco, aunque ganaba aún menos. Entraba cuando abrían, pero podía salir al cabo de

una o dos horas, exasperada por los ancianos que, inclinados sobre la mesa de juego, contemplaban las fichas como si estuvieran jugando al dominó. Soñaba con los salones privados que, lo sabía, existían en alguna parte del edificio y donde se reunían los ricos y los famosos para jugar entre sí. Dado que no podía acceder a dichas dependencias, paseaba triste a lo largo de la *corniche*. Una noche, en lugar de jugar, llegó a ir al cine —llevaba seis meses sin hacerlo— y vio una película absurda en una sala vacía. Sin saber adónde ir, quiso quedarse a la siguiente sesión, pero la acomodadora la echó. Se arrastró por las calles, los jardines públicos y, finalmente, entró en el hotel París y se instaló en el bar, ante un cóctel cuyo sabor le pareció amargo. Observó a los clientes pensando que debería encontrar un sustituto de Noël, un sustituto más apuesto, más generoso, más integrado; de lo contrario, acabaría como había predicho Claude: entre esas desgraciadas de rostro marchito que se ven rondar alrededor de las mesas de ruleta para birlar algunas fichas y deslizarlas furtivamente en el bolso, y que se prostituyen a cambio de muy poco. Pero, salvo un hombre bajito y gordo, con aspecto de representante comercial, nadie la miraba. Los hombres elegantes y desenvueltos pasaban fugaces, con prisa para reintegrarse a una sociedad en la que no había lugar para ella. Se conocían entre sí; sus amigos y los amigos de sus amigos poseían chalets, islas, yates a los que iba quien quería, decían ellos, y lo creían, pues toleraban amablemente a los parásitos a condición de que fueran de los suyos. Ella nunca lo sería. Llegaba de demasiado lejos: de la necesidad, de Forges, donde le resultaba fácil suscitar el interés de un Noël y mirar por encima del hombro a la señora Krechmar y a los jugadores humildes y solitarios, sus semejantes.

34

Noël regresó al día siguiente, la víspera de su cumpleaños. Pareció asombrado al encontrar a Frédérique en el hall del hotel, mirando la televisión, a las cinco de la tarde, hora en que el casino ya había abierto sus puertas. Quiso arrastrarla enseguida a la ruleta para aprovechar la suerte que le había favorecido en sus negocios con mucha más generosidad de lo esperado, según explicó frotándose las manos. Pero no habló de volver al hotel París y, antes de salir, pidió una llave en recepción para subir su maleta y el cofrecillo de madera que contenía la ruleta de salón a su habitación. En cambio, sin que Frédérique le pidiera nada, le regaló algunos billetes grandes que ella decidió apostar al 36, con una decisión extrañamente impasible: intuía que el éxito o el fracaso que obtuviera aquel día poseería un significado muy determinante, pero no sabía exactamente cuál, como si, ya tomadas todas las decisiones esenciales de su vida, su existencia se redujera a una apuesta continuamente renovada y, a partir de aquella fecha, privada de contenido.

Noël no se acercó a su mesa hasta la noche; hizo bien. Frédérique perdía sin tregua ni sorpresa. Tenía la suerte en contra. Más que la insistencia de la bola en evitar posarse en su número o en los vecinos a los que a veces apostaba, eran sus propias reacciones las que lo ponían de manifiesto: la febril inclinación a atribuir malignidad a la ceguera del azar; cierta crispación de todo el cuerpo que le anquilosaba la nuca y empalidecía las articulaciones; el vértigo ya conocido, aunque siempre nuevo, de seguir apostando cuando se imponía abandonar el juego. Sin embargo, poco a poco, a medida que sus reservas se esfumaban, se relajaba: el dinero no era suyo, Noël le daría más. Por lo tanto, ¿qué importaba? Y, por la misma razón, ¿qué interés tenía?

Noël, visiblemente contento, la encontró en el bar. Le guiñó un ojo y se abrió la chaqueta a fin de enseñarle un fajo de billetes que sobresalía del bolsillo interior y cuyo grosor impresionó a Frédérique y, a la vez, la asqueó. Para celebrarlo, la llevó a cenar al restaurante del casino, que, separado de la sala de juego por una balaustrada de madera oscura, daba al mar. Con una insistencia festiva, que hizo

sonreír discretamente al maître, Noël la incitaba a elegir los platos más caros y, cuando el joven pidió champán, Frédérique adivinó que deseaba reproducir la atmósfera de la Nochevieja que celebraron en Divonne. Noël bebió mucho, para entonarse, y Frédérique lo imitó para aturdirse. El joven contó chistes graciosos, repitió varias veces que tenía potra y que, esta vez, le duraría. La segunda botella de champán lo arrastró a las confidencias: Frédérique se enteró de que vivía con sus padres —pero en un piso aparte— en Issy-les-Moulineaux y de que, en realidad, no se llamaba Noël sino Joël, nombre que detestaba desde niño. Lo escuchaba distraídamente, incómoda, humillada por el hecho de que la vieran con él y temiendo que aquella confianza no se inclinara hacia el desahogo sentimental; pero, aunque Noël hubiera tenido tal intención, el enorme puro que pidió y que empezó a fumar, seguramente para coronar el fasto de la velada, al cabo de unas caladas lo hizo palidecer y lo obligó a ir al lavabo. Luego, al regresar a la mesa, propuso que se marcharan. Frédérique prefería quedarse un rato y Noël se marchó solo, tras haberle dado dinero —mucho más del necesario— para pagar la cuenta, exorbitante de todos modos.

Al levantarse, se dio cuenta de que también ella había bebido demasiado y, al cabo de diez minutos, regresó al hotel con paso inseguro y sin siquiera haberse jugado el cambio de la cena. Las aceras hacían pendiente; los motivos mitológicos y las columnas romanas que un ayuntamiento preocupado por la estética había hecho reproducir en las vallas que rodeaban las obras del Café de París, en restauración, le parecía que se repetían interminablemente, con una insistencia amenazadora.

Se acostó completamente vestida. En su mente zumbaban preguntas inútiles, como, por ejemplo, qué edad tenía Noël exactamente. Menos de treinta y seis, evidentemente alrededor de treinta, sin duda; no tenía edad, y dentro de diez, de veinte años, seguiría igual.

Sudando, con opresión en las sienes, creyó despertar de un sueño brevísimo o no haber dormido nada. Consultó el reloj: las cuatro y diez. No había apagado la luz. No se oía ruido alguno: ni un motor de coche ni una puerta cerrándose en el rellano; en la esfera del reloj, el segundero avanzaba también en silencio. El casino debía de estar cerrado, pero en los salones privados quizá jugaran aún.

Pensó que el día de su cumpleaños ya había llegado, ya estaba ahí, y ella había vuelto a perder a la ruleta y no había pasado nada. Sin embargo, nació a las tres de la tarde, aproximadamente: averiguó la hora para hacer su horóscopo; fue una de las últimas preguntas que le formuló a su madre en el hospital. Admitiendo que hubiera nacido a las tres en punto y que su reloj marcara ahora la hora exacta, calculó

que le quedaban diez horas y cuarenta y cinco minutos. Diez horas y cuarenta y cinco, y cuarenta y cuatro, y cuarenta y tres minutos para hacer algo, para que sucediera algo; pero ¿qué?

Apagó la luz, sin reunir el valor suficiente para desnudarse. El vestido arrugado, húmedo, olía a sudor. El radiador calentaba demasiado, pero no sabía regularlo. Tenía pocas probabilidades de volver a dormirse; la lucidez del insomnio la horrorizaba. No quería pensar en Quentin, no quería pensar en regresar, a la fuerza, y que ocurriera todo lo que había imaginado: la reconciliación progresiva y desconfiada; la ironía de Jean-Pierre, el embarazo de volver a ver a Claude, que quizá la llevaría aparte, algún día, en Normandía, para decirle cuán contento se sentía al comprobar que había entrado en razón; y Corinne, que le contaría sus amores invariablemente desgraciados, y el instituto, y el tipo del banco, con su corbata de punto… Seguro, era eso lo que la esperaba. Lo había sabido siempre; aunque se lo hubiera negado, lo sabía. De lo contrario, ¿qué? ¿Una vida de aventurera, de misteriosa madona de los casinos? ¿En pensiones familiares, fuera de temporada, con el gordo Noël de escolta? Había perdido el placer del juego. A la fuerza: ¿a quién le gusta jugar sin nada que perder ni ganar?, ¿cuando no hay tesoros que sacrificar, ni amarras que romper?, ¿cuando uno se da cuenta de que romper las amarras, remar siguiendo la corriente, cabeza loca, hacia altamar, hacia el abismo, solo le ha servido para llegar a unos metros de la orilla, a una pequeña ciénaga nada peligrosa, algo maloliente, donde no hay nada que hacer y solo cabe regresar, con las manos vacías y procurando pasar desapercibido? El paréntesis, al volver a cerrarse, revelaba su miseria. Diez horas y treinta minutos más y cumpliría treinta y siete años, treinta y siete años que quedaban atrás, incluidos cinco meses de ridícula evasión con desenlace previsible: el retorno al redil, la ternera servida en bandejas congeladas. Como quien hurga en una llaga, ensañándose, recordaba los sueños de los últimos meses, la vida al azar, la vida a cara o cruz, la vida de cualquier modo, sin creer que había creído en una vida así ni, por otra parte, que su ilusión resultara más penosa que aquella lucidez. Pero ya no había elección, ni amarras que cortar, ni etapas que quemar, ni fronteras en el horizonte. Una ironía típica, muy propia de su modo de ser, exigía que lo descubriera, y que se deleitara en esas humillantes metáforas, precisamente el día de su cumpleaños, el día fijado como frontera y en un lugar próximo a una frontera real que separaba dos países y estaba vigilado por dos aduanas. ¿Para qué atravesarla ahora? ¿Para rehacer el camino a continuación, en sentido inverso? Hubiera sido necesario no poder hacerlo; por desgracia, era libre: libre de recobrar su sitio, al abrigo, en el rebaño; libre de patalear, libre de enlodarse como antes, como todo el mundo. ¿Quién se lo impediría?

Peores faltas alcanzaban el perdón: al fin y al cabo, no había cometido nada grave: solo había ofendido —hacía unos meses, en toda regla y con toda inmunidad— los principios de un cuñado quisquilloso. Se lo reprochó.

Se imaginó proscrita, fuera de la ley, criminal; condenada al vagabundeo y libre de dudas y de sinsabores.

Sintió sed y se levantó para ir al baño. La luz de neón parpadeó. Se vio en el espejo, con una de esas expresiones aturdidas de las heroínas que protagonizan las páginas de sucesos donde aparecen fotografiadas en blanco y negro. Acentuó a propósito la mueca de preocupación que esbozaban sus labios y sacudió los cabellos, de modo que los largos y lacios mechones le cayeron sobre el rostro: retrato de aventurera acorralada, huraña y cansada.

Dejó correr el agua. La vetusta tubería hizo un ruido que se prolongó aun después de haber cerrado el grifo. Escuchó, incrédula al principio. No soñaba: era el ruido tenue, familiar, de la bola cabalgando por las casillas de la ruleta. Pegó el oído al tabique que separaba el baño de la habitación contigua y, tras un silencio, el ruido se repitió, más cercano y neto. Salió al pasillo, débilmente iluminado por una lamparilla, y se acercó a la puerta de la habitación contigua a la suya. La bola seguía rodando; hubiera deseado saber el veredicto y decidir luego qué cuestión dilucidaba. Recordó su primera noche en Forges. Si la puerta está cerrada, decidió, vuelvo a la cama y mañana regreso a París. De lo contrario, entro y… ¿Y qué? ¿Le robo? ¿Me acuesto con él? ¿Lo estrangulo? Alargó la mano, dudó, giró el pomo de la puerta, presionó. No cedió, pero en el de su habitación era también necesario intentarlo dos veces. En los tiempos en que se practicaba la pena de muerte, si la guillotina fallaba, el condenado quedaba oficialmente indultado. Sin embargo, insistió presionando sobre el pomo, que chirrió justo cuando la bola llegaba al término de su recorrido y se detenía. Noël gruñó, en voz baja:

—¿Quién es?

Frédérique no se movió. Unas zapatillas se arrastraron por la moqueta. La puerta se abrió. Bajó la mirada, primero vio unas chancletas de piel acharolada, negra y agrietada, y los tobillos blancos; después, vio que llevaba un pijama a rayas azul marino y burdeos, abrochado hasta el cuello. Le pareció muy alto, pero ella iba descalza. Noël se pasó la mano por el cabello y se rascó:

—¿Qué ocurre?

—Nada. No podía dormir.

Noël bostezó.

—Yo tampoco. Debe de ser culpa del champán.

Detrás del joven, la lamparilla de noche proyectaba una luz rosada

sobre la cama deshecha, donde aparecía la ruleta, que Noël señaló con gesto vago.

—¿Quiere jugar un rato, para matar el tiempo?

Entró y, al ver que Noël se sentaba en el borde de la cama, ocupó la única silla que había en la habitación y de cuyo respaldo colgaba la chaqueta. Se preguntó si los billetes seguirían en el bolsillo interior; pero, incluso suponiendo que Noël le diera ocasión de verificarlo, al ir al lavabo por ejemplo, no podría ocultar el fajo de dinero debajo del vestido, demasiado ceñido al cuerpo. Debería huir, muy deprisa, antes de que Noël tirara de la cadena del váter; bajar la escalera sin recoger sus cosas de la habitación, y alejarse corriendo del hotel para ir… ¿adónde? El día antes, mientras paseaba, había visto la estación, abajo, al final de la avenida; pero en plena noche no habría trenes y, además, Noël enseguida descubriría lo sucedido y se lanzaría tras ella…

—¿Lanzo la bola o lo hace usted?

Le entregó la bola, minúscula entre sus gordos dedos. Frédérique la lanzó. Salió el 19. Noël accionó el bolígrafo con el pulgar y, en rojo, anotó el número en una hoja de papel con el nombre y el emblema del hotel París, hoja ya llena de cifras que mantenía doblada encima de la rodilla. Frédérique lo observaba, fascinada. Noël no parecía presentir el carácter equívoco de aquella visita, a hora tan avanzada, en su habitación. No desconfiaba. Al cambiar de color, el pulsador deslizante del bolígrafo chasqueaba secamente. De repente, Frédérique cobró conciencia de haber dedicado horas y horas, durante meses, a esa ocupación absurda: lanzar bolas en vano por el mero placer de verlas girar. Negro, negro, rojo, otra vez negro, sin fin y sin envite.

Seguía sintiendo sed. Dijo que iba al baño, a beber un vaso de agua. Fue. El baño era una réplica exacta del suyo, al otro lado de la pared, pero no era esa la razón por la que tuvo la sensación de conocerlo desde siempre, de haber vivido siempre allí, de no haber salido de allí sino en sueños, siempre en aquella estancia reducida y embaldosada con luz de neón, equipada de un espejo en el que flotaba su rostro descolorido, las manos que se llevaba al rostro y que, temblorosas, le rozaban las mejillas. En el reborde del lavabo vio un neceser abierto. Deslizó los dedos en el interior y reconoció al tacto, sin sorpresa alguna, la forma alargada y curva de una navaja. Se empeñó en sacarla, pero no se atrevió a abrirla. Con el índice, resiguió la hoja fría hasta donde se hundía en el mango de hueso. Sintió deseos de vomitar y, para evitarlo, tragó varias veces, buscando saliva en el fondo del paladar. Bebió un poco de agua, inclinada bajo el grifo; dejó la navaja en su sitio y regresó a la habitación. Volvió a sentarse y jugaron de nuevo, en silencio. Con los dientes apretados, luchando contra la náusea, oscilaba en la silla, de delante hacia atrás. Veía las

cortinas, mal corridas; a Noël, en pijama, y el tocador, detrás de él; el cofrecillo de la ruleta en el suelo, medio cubierto por la piel de gamuza; el empapelado de la pared, cuyos motivos decorativos, que imitaban a la toile de Jouy, se solapaban en las juntas, de modo que los pastores y pastoras aparecían en esa línea fronteriza con los cuerpos demediados y los gráciles hombros encima de las caderas. El papel tapizaba todas las paredes y también el techo. No lograba recordar si su habitación estaba igualmente decorada ni a qué se parecían todas las habitaciones —todos los baños— en las que había dormido en el transcurso de los últimos meses, todas las estancias en las que se había desnudado y en las que se había bañado, en las que había lanzado bolas y había realizado los mismos gestos, incansablemente, antes de llegar allí, a la última de aquellas habitaciones, aquel reducto tenso de fiebre en el que un gesto nuevo, monstruoso, se mantenía agazapado, en espera de que ella lo realizara. Quiso contar los pastores, o las ovejas, que lucían una cinta alrededor del cuello y cuyo número acabaría coincidiendo con alguno de la ruleta: sería la señal, emergería de su letargo. Recordó un chiste: reste ovejas para mantenerse despierto. No sabía por dónde empezar a contar, cómo orientarse entre las figuras dispuestas al tresbolillo. Su mirada alelada se deslizó desde el círculo de luz hasta la lamparilla situada en la mesilla de noche. El pie, al alcance de su mano, parecía pesado. El cuello ofrecía una presa fácil. Noël, con las piernas cruzadas y la hoja de papel encima de las rodillas, se inclinaba sobre la ruleta. Sus cabellos grasientos, despeinados, enseñaban la tonsura. Bastaba con coger la lámpara justo por debajo de la pantalla y, manteniéndola fuertemente asida, alargar el brazo, muy deprisa, y golpear. Seguramente tendría que volver a empezar, ayudarse quizá con la almohada para ahogar el grito cuando Noël se balanceara hacia delante, hacia la cama, manchando de rojo las sábanas. ¿Y si la veía iniciar el movimiento? ¿Si levantaba el brazo para detenerla? Si fallaba el golpe, ¿cómo justificarlo? ¿Una alucinación, un ataque de locura? ¿Y si no fallaba el golpe pero se veía obligada a ensañarse, a asestar golpes sordos, a redoblarlos, contra esa cabeza enorme, inofensiva, cubierta de sangre y de sesos, que salpicarían entre chillidos? En cierta ocasión, vio matar a un conejo y se sintió enferma. En la pared, los pastores se mezclaban y desaparecían, sin previo aviso, y la ruleta seguía girando, la bola de marfil y la del bolígrafo chasqueaban alternativamente. Rojo, negro, rojo. Sangre, luto, sangre; cruz, tú ganas; cara, yo pierdo, y no solo se trataba del color: sería necesario elegir tal bola y no otra, la siguiente, la de después, siempre la de después, hasta el hastío, hasta que fuera demasiado tarde y ella no hubiera elegido ninguna, es decir, hubiera elegido regresar. Pero si eligiera, si dijera ya está, es esta bola, no otra, y si la bola dijera ya

está, rojo, el crimen, y después la huida perpetua, pura locura, pero tú lo has querido, ahora te toca a ti, ¿tendría agallas para acatar el resultado?, ¿para no volver a empezar hasta que la ruleta, asqueada, le ordenara regresar a casa, si realmente era eso lo que quería? Pero lo que quería era conocer el final, como cuando se lee una historia; uno sabe que, por más que posponga llegar al final, no va a cambiarlo y acaba por llegar, y el final era ese, ahora lo sabía perfectamente, era el pie macizo de la lámpara, a unos cincuenta centímetros. Estaba segura de que lo haría, de que iba a hacerlo, en cuanto acabara de tragar saliva.

Noël bostezó y dijo:

—Bien, tengo sueño.

La mano de Frédérique reposaba sobre la mesilla de noche. Al moverla, vio que sus dedos habían dejado sus huellas húmedas en la superficie que imitaba al mármol, y que temblaban. Intentando parecer alegre y natural, dijo:

—¿Jugamos las tres últimas? Si usted quiere…

Pero él se levantó y, desperezándose, caminó por la habitación, cuyas minúsculas dimensiones le hacían parecer más alto y temible, mientras Frédérique volvía a lanzar la bola. Noël no se sentó. Frédérique creyó que sospechaba algo y que se mantenía alerta. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué pensaba. Negro, rojo, rojo.

—Buenas noches.

Guardó la ruleta en el cofrecillo cuidadosamente; no la acompañó hasta la puerta y, al cerrarla, Frédérique vio como, de espaldas, con su pijama a rayas, se quitaba las zapatillas antes de acostarse. Se apoyó en la pared del pasillo, donde, de pronto, la lamparilla se apagó. A través de la ventana del fondo, vio la luz del amanecer que proyectaba un resplandor rosado en el muro de ladrillos por el que ascendía una escalera de incendios. Pero permaneció inmóvil, muy cerca de la puerta, acechando un ruido de pasos, en caso de que Noël volviera a levantarse para correr el pestillo. Creyó oír el ruido del interruptor: una bola caída del cielo, justo en su casilla. Siguió esperando; luego, regresó a su habitación, metió todas sus cosas en la bolsa de viaje, salió de nuevo al rellano, dejó la bolsa muy cerca de la escalera y también los zapatos, preparados para volvérselos a poner cuando saliera. Pegó de nuevo el oído a la puerta de la habitación, pero el rumor que percibía tanto podía proceder de ella misma como del interior. El círculo de plástico con el número 14 inscrito flotaba sobre su mejilla. Se preguntó si Noël, la primera noche que le vio, en Forges, ocupaba la habitación número 36, tal como ella imaginó. Había contenido la respiración. Transcurrió el tiempo. Después, como una o dos horas antes, ya no lo sabía, como en una película que volviera a proyectarse desde el principio, alargó la mano hacia el pomo de la

puerta. Lo hizo girar, despacio, sorprendida de verse haciéndolo. ¿Era mejor abrir la puerta de golpe o progresivamente, a riesgo de que chirriase? Una vez dentro, no recordó cómo lo había hecho. Allí estaba, sus pies hollaban la moqueta. Las cortinas mal corridas permitían el paso de un rayo de luz, pálido, que dibujaba una forma redonda en la cama, muy cerca. Frédérique vio que Noël se había tapado la cabeza con la almohada. ¿Para que no lo despertara el ruido matinal?, ¿porque tenía un oído muy fino?, ¿para facilitarle el trabajo? ¿Y si fingía dormir? Siguió avanzando, se hallaba situada entre la cama y la silla, junto a la mesilla de noche. El hilo de la lámpara colgaba, más suelto de lo que ella lo había dejado. Se oían voces procedentes de la calle. ¿No había hecho, realmente, ningún ruido? ¿O no lo había oído? Y Noël, ¿no oía nada? Roncaba ligeramente. De repente, gruñó y exhaló un suspiro. La mano que asía la almohada soltó su presa, buscó a tientas y, luego, volvió a caer, inerte con los dedos medio doblados, a un lado de la cama. Frédérique cerró los ojos, volvió a abrirlos, cogió la chaqueta del respaldo de la silla y salió, cerrando la puerta tras de sí.

35

Llevaba la chaqueta echada por los hombros, con las mangas demasiado largas atadas, como solía hacer con las americanas de hombre. Un olor agrio se le pegaba a las axilas; el forro, hinchado por el fajo de billetes, le golpeaba el brazo a cada paso. Aunque llevaba la bolsa de viaje, no halló ningún obstáculo para salir del hotel: incluso el portero de noche, que aguardaba el relevo detrás del mostrador, debía de conocer a Noël, debía de saber que iba con él y que él pagaría de todos modos. Caminaba deprisa, a lo largo del bulevar desierto. En un bar todavía cerrado, que dejó atrás, ya estaban disponiendo las sillas alrededor de las mesas. Hacía buen tiempo, el día sería hermoso. Sus tacones resonaban en la acera, produciendo un eco crepitante en el que podían confundirse otros ruidos. Se volvió varias veces: nadie corría detrás de ella, persiguiéndola.

Para llegar a la estación había que seguir recto. Al cabo de diez minutos, reconoció el edificio, una casamata de hormigón achaparrada, al otro lado de las vías. Entró en el vestíbulo, donde el vendedor de periódicos levantaba la puerta metálica del quiosco. Consultó el tablón de horarios. Solo podía ir en dos direcciones, hacia Niza o Ventimiglia y, más allá, San Remo, en Italia. El próximo tren hacia San Remo salía a las seis y veinte; tenía que esperar un cuarto de hora. En la taquilla, intentó pagar el importe del viaje de ida con un billete de quinientos francos que sacó de la chaqueta, con mucho disimulo para que no se viera el fajo. Pero el cobrador no tenía cambio: seguramente le cambiarían en la cantina, le dijo.

El camarero, que estaba secando vasos, refunfuñó. Era delgado, de avanzada edad, con aspecto bonachón y presumido. Le faltaba un dedo de la mano izquierda. Frédérique pidió un café y cigarrillos.

—No vendemos tabaco, lo siento…

—¿No tiene usted alguna cajetilla?

Se encogió de hombros y, del delantal, sacó un paquete de Gitanes, ya abierto, que hizo deslizar sobre el mostrador.

—Sírvase.

Frédérique sonrió y le dio las gracias, pensando que estaba haciendo todo lo que había que hacer para no pasar desapercibida:

cuando la buscaran, aquel hombre la recordaría perfectamente. De cualquier manera, lo había hecho todo para que la buscaran: si hubiera deseado cometer un crimen perfecto, escapar de toda sospecha, hubiera actuado de otra manera.

Lo importante era cruzar la frontera; luego… Miró a su alrededor. Nadie en el horizonte. La cantina estaba vacía. Detrás de la puerta de cristal, dos muchachas, rubias y gordas, con shorts y chirucas, luchaban con una mochila provista de unas guías metálicas demasiado grandes para la casilla de consigna donde intentaban introducirla. El camarero observaba la maniobra con una curiosidad de técnico en la que Frédérique creyó ver cierta diversión y, al cruzar una mirada con el hombre, le sonrió. El camarero movió la cabeza y se volvió hacia la cafetera. Frédérique hubiera preferido que dijera algo. Una vez superada la excitación de la caminata, poco a poco fue cobrando conciencia de lo que había hecho y empezaba a presentir el pánico. Le dolía terriblemente la barriga. El cigarrillo negro le provocó tos. Los ojos irritados se le llenaron de lágrimas que abrillantaron su mirada. El camarero, al servirle el café y devolverle el cambio, colocó un cenicero delante de ella. Se secó las lágrimas con una manga de la chaqueta y recordó que una ley, según Jean-Pierre, prohibía los ceniceros en las barras de los bares: en las mesas sí estaban permitidos; pero en las barras no. Y Frédérique no acabó nunca de comprender por qué un cenicero resulta menos higiénico en la barra de un bar que encima de una mesa. La inocencia de ese crimen, en comparación con el suyo, estuvo a punto de provocarle una crisis de risa nerviosa. Tenía ganas de hablar, de decir cualquier cosa, para oír su propia voz y la de algún ser humano que le contestara bromeando, como sucede entre gente normal, como si nada sucediera. Pensó que si comentaba, riendo, aquel pecado venial al camarero, este le respondería con un guiño cómplice. Sí, primero el hombre, sorprendido de que Frédérique conociera las quisquillosas reglas de su gremio, alzaría las cejas y, luego, le guiñaría un ojo, contento de compartir la satisfacción gratuita, socarrona, muy francesa, de infringir la ley solapada, disimuladamente, con alguien que no lo traicionaría.

—Oiga… —Al abrir la boca, Frédérique se dio cuenta de que su voz podía expresar cualquier cosa excepto normalidad y ganas de bromear; pero se obligó a seguir, con la penosa impresión de que hablaba demasiado alto—: Creía que estaba prohibido poner ceniceros en las barras…

Antes de que Frédérique terminara la frase, el camarero frunció las cejas en vez de alzarlas. Con un gesto brusco, cogió el cenicero y, sin vaciarlo, lo arrojó a una palangana llena de tazas en remojo, detrás de la barra. Después, recogió su paquete de cigarrillos, el platillo que

había utilizado para devolverle el cambio y le dio la espalda, indignado.

—Espere —balbuceó Frédérique—, que estaba de broma…

Pero el hombre no quería escucharla y accionaba con rabia los mandos de la cafetera. Frédérique bajó del taburete, casi a punto de estallar en sollozos, y se dirigió hacia la puerta. Al disponerse a abrirla, se dio cuenta de que olvidaba la bolsa de viaje. Tuvo que cruzar de nuevo la cantina. Por suerte, el camarero no se volvió.

Pagó el billete y se dirigió hacia el andén, para aguardar la llegada del tren. El sol deslumbraba. El camarero quizá la había tomado por una inspectora, por una especie de inspectora de ceniceros. Quizá Noël se despertara en aquel momento, no encontrara la chaqueta y llamara a la policía. El tren, un correo con pocos vagones y mugriento, entró en la estación. Subieron cinco o seis pasajeros. Al poner un pie en el estribo, el corazón le dio un vuelco: vio una gorra azul marino asomando por una ventana. Se trataba de un revisor, pero Frédérique jadeaba. El tren arrancó y enseguida entró en un túnel. Sentada junto a una ventana, contempló el reflejo de su rostro; luego, el mar, más allá del abrupto rocaje. En el compartimento, salvo ella, solo había tres mujeres, vestidas de negro, estilo matronas corsas, severas; viajaban juntas, en el mismo banco, pero no hablaban entre sí. Las seis pantorrillas, alineadas como bolos, eran enormes. A Frédérique le dolía la barriga, deseaba aislarse, pero no se atrevía a ir al lavabo por miedo a que los aduaneros, al subir al tren, sospecharan que se escondía allí para escapar al control. La distancia entre Mónaco y la frontera era escasa en el mapa, pero no tenía ni idea de la duración del trayecto: ¿diez minutos?, ¿cuarenta y cinco? Pasaron por Cap Martin y por Roquebrune. Los compartimentos no se comunicaban entre sí y su malestar aumentaba en las paradas: cada vez que el tren arrancaba suspiraba, aliviada, y empezaba a temer la siguiente etapa. En Menton, las matronas se apearon del tren y subieron dos aduaneros. Uno de ellos examinó su pasaporte y le hizo abrir la bolsa, que palpó con rapidez. Le deseó buen viaje. Al cabo de algunos minutos, el nombre de Ventimiglia apareció pintado en letras blancas, sucias, sobre una torre de agua oscura. Había llegado a la frontera.

36

Se apeó en San Remo, que era final de la línea ferroviaria. Pensó coger enseguida otro tren; pero, por el momento, no lo había. Cruzó el vestíbulo de la estación, donde se hallaba una oficina de información turística, inexplicablemente abierta a hora tan temprana. La mujer que la atendió, joven y afable, hablaba algo de francés. Le comentó la corta lista de hoteles de la localidad y se interesó por la cantidad de dinero que calculaba gastar. Frédérique dijo que esa cuestión no importaba. Entonces, le convendría el Europa: tranquilidad, confort, vista al mar por un lado, y al casino por el otro. Frédérique se lo hizo repetir: sí, al casino, abierto durante todo el año. Ruleta, bacarrá, barra americana y entrada gratuita para los clientes del hotel. Reservó una habitación en el Europa y preguntó si era necesario coger un taxi para ir. La mujer rió y, a través del cristal sucio de la oficina, señaló un edificio ocre situado justo frente a la estación.

Aunque la temperatura fuera normalmente primaveral, el hotel daba la impresión de ser un refugio contra la canícula. Los postigos cerrados, el húmedo frescor de las losas cuadradas, blancas y negras, como un damero, las fundas de los sillones… le prestaban un aspecto de mausoleo poco visitado, y cuando, alertado por el timbre doliente de la entrada, apareció tras el mostrador de recepción un anciano en mangas de camisa y tirantes que alzaban hasta el pecho un viejo pantalón arrugado, Frédérique creyó haberle despertado de la siesta a pesar de ser las siete y media de la mañana. Al ver que en el tablero no faltaba ni una sola llave, dedujo que debía de ser la única cliente: aquí también la recordarían. El anciano, arrastrando los pies y farfullando frases que Frédérique no comprendía, la guió a través de largos pasillos, ciegos y silenciosos; por fin, abrió la puerta de una habitación minúscula, forrada de papel marrón, que permaneció como en penumbra aun después de abrir los postigos. Los muebles rústicos, amontonados como en un trastero, apenas dejaban espacio para moverse. El viejo salió y Frédérique se quitó los zapatos, se tendió en la cama y, sacando el fajo de billetes de la chaqueta de Noël, contó el dinero: dieciocho billetes de quinientos francos, más el cambio del tren. Soltó una carcajada, despechada. Imágenes de películas policiacas poblaron su memoria: manos febriles hurgando en una

montaña de dinero, el ladrón perseguido revolcándose en los billetes, arrugándolos, deleitándose al oírlos crujir, en tal cantidad, bajo su peso… generalmente antes de descubrir que eran falsos. Los suyos debían de ser auténticos, tan auténticos como su historia, como el acto que había cometido, como la habitación en la que se hallaba; auténticos y lamentables, esparcidos como las cartas de un solitario frustrado encima de la cama, cuya anchura, alineados uno detrás del otro, no cubrían por entero. Los empujó con el pie hasta tirarlos al suelo. Luego cerró los ojos, segura de que no se quedaría dormida, y se despertó a las doce del mediodía. Se duchó, se cambió de ropa y bajó. En el vestíbulo, cogió unos folletos situados encima de una mesilla. Ya en el exterior, primero se sorprendió al no reconocer la estación, y luego comprendió que había salido por la otra puerta y que el majestuoso edificio de piedra blanca engalanado de banderas que coronaba la avenida era el casino. Caminó al azar, en espera de que abrieran. En el primer cruce dio media vuelta para no cambiar de acera. Tras atravesar la vía del tren, llena de cascos de botellas vacías, en el paso a nivel, llegó a orillas del mar. Algunas cafeterías y heladerías extendían sus terrazas desiertas, rompiendo la línea de chalets con jardines coquetamente cuidados. Ni un transeúnte. La gente comía en sus casas, tranquilamente. Al tomar asiento en una mesa arrastró una silla de patas metálicas para anunciar su presencia. Por fin, salió un camarero, a quien pidió una pizza de jamón y vino. Una ligera brisa, que traía olor a fango, agitaba los flecos de rafia de las sombrillas cerradas; pero no hacía frío. La luz era suave, polvorienta. Sin alterarse, se dio cuenta de que no tenía moneda italiana, lo que plantearía algún problema en el momento de pagar. Alguna solución cabría, por supuesto: pagaría en francos, o dejaría en prenda el pasaporte mientras iba a la oficina de cambio, que, vistas las dimensiones de la localidad, no podía estar muy lejos. Examinó un plano del folleto turístico: paralelamente al mar se escalonaban la carretera nacional, la vía ferroviaria, la avenida que separaba la estación de su hotel y la otra avenida, que separaba su hotel del casino. Una decena de callejuelas, de plazuelas y de escaleras unían transversalmente las cuatro paralelas. Dominaba la bahía un barrio más antiguo, salpicado de campanarios, que se veía colgado de la colina. Nada más; allí estaba, con nueve mil francos, una tarjeta de crédito probablemente invalidada, dos vestidos, un traje sastre sucio y quizá la policía en los talones, y así empezaba su nueva vida. El camarero le sirvió la pizza. Mientras pinchaba con el tenedor los trocitos de jamón que emergían de la salsa de tomate, Frédérique leía el texto en cuatro idiomas que detallaba los encantos del veraneo turístico en el lugar, y, al llegar al final, sonrió, divertida: «Y terminamos sin necesidad de desear al visitante una buena

permanencia; los deseos se formulan pensando en posibilidades inciertas. San Remo nunca ofrece sorpresas.»

Al compararla con otras versiones, Frédérique comprendió que *permanencia*, traducción literal —que Jean-Pierre hubiera apreciado— de la palabra italiana *permanenza*, significaba sencillamente estancia, una estancia cuyo encanto, en opinión de la oficina de turismo, no había nada que pudiera amenazar. En su caso, esa fórmula tranquilizadora no valía: lo incierto, ahora, era su destino. Sin hogar, sin trabajo, sin ataduras: en lo sucesivo, debería vivir, sobrevivir al día, a la aventura, sin esperar la ayuda de nadie, o solo la de los desconocidos que se cruzaran en su camino. Se acordó de esas historias, auténticas o ficticias, de personas que se hacían pasar por muertas y, dadas por desaparecidas, iniciaban una nueva vida partiendo de cero, solas, lejos. Intentó imaginar cómo sería esa nueva vida que la esperaba, los viajes sin destino, los encuentros de una noche, los momentos de terrible tristeza, y qué aspecto tendría en su papel de heroína. Pero la fantasía tropezaba, se atascaba: no lograría huir de San Remo, satisfacer la exaltación feroz, monstruosa y embriagadora que debería suscitar un proyecto tan novelesco. Contemplaba el mar, los barcos de recreo amarrados a lo lejos, hacia Ventimiglia, y, de repente, descubrió, inquieta, que no lograba sentir miedo de verdad. Las imágenes más negras de vagabundeo o de burdeles sicilianos no poseían más sentido que las fantasías lujosas, la aventura cosmopolita, la marginalidad de altos vuelos. Todo era igualmente irreal, demasiado quimérico para que no resultara falso. En realidad, la serie de incertidumbres y de amenazas imprecisas que resumían su vida no se extendía ante ella —pues ante ella no había nada— sino detrás: al otro lado de la frontera en la que, en su ausencia, seguiría jugándose su destino. Seguramente, Noël la denunciaría; a aquellas horas ya lo habría hecho. ¿Se movería la policía por un robo de nueve mil quinientos francos? ¿Por un robo entre jugadores, un robo de una suma volátil,[10] dudosamente ganada y destinada, de todos modos, a circular según unas leyes muy particulares; un robo que apenas lo había sido? ¿No pertenecía a esa clase de asuntos que archivaban, encogiéndose de hombros, una vez que se han denunciado? «¡Que se las arreglen! ¡Tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos!»

Quizá; pero quizá no. Quizá le estuvieran siguiendo la pista en aquel mismo momento. ¿Suspenderían la búsqueda cuando comprendieran que había cruzado la frontera? ¿O avisarían a la policía italiana? ¿Podían detenerla en suelo extranjero? ¿Extraditarla? Ignoraba las leyes y, ahora, resultaría difícil hacérselas explicar. Cada uno de los rostros que vería alrededor de una mesa de juego podría ser el de un policía de paisano. Estaría siempre temblando, seguramente

sin razón. ¡Si al menos el peligro fuera real! Debió haber matado a Noël.

A las tres pidió otra copa de vino para celebrar su cumpleaños. Mal que bien, expuso su problema de divisas al camarero, que accedió a cambiarle un billete de quinientos francos. Segura de que la timarían, pensó que no le quedaría más remedio que acostumbrarse a contar en liras y, proscrita de su país, olvidarse de la moneda, de las costumbres y de la lengua francesa —aunque no conocía otras—, y no pudo evitar que el énfasis de dicha decisión se le antojara ridículo. Se levantó, algo vacilante bajo el efecto del vino demasiado fuerte, y se encaminó lentamente hacia el casino.

37

Noël no la denunció, o, si lo hizo, su denuncia no tuvo efecto. Dado que el joven sabía su dirección y su número de teléfono, Frédérique, durante algún tiempo después de su regreso, temió que la telefoneara. Pero Noël debió de intentar localizarla durante la época en que ella se hallaba en Italia y en el piso de la calle Falguière no había nadie, y, a la larga, debió de cansarse. La inquietud de Frédérique fue extinguiéndose, poco a poco, hasta desaparecer, y, la noche de octubre en que Quentin contestó al teléfono y le pasó la llamada al baño, sin decir quién era y sin que ella le oyera hablar con el interlocutor, como el chico se había acostumbrado de nuevo a hacer, Frédérique, que tanto había temido aquel momento, solo experimentó una molesta sorpresa. Noël, por otra parte, no parecía guardarle rencor por lo sucedido en Montecarlo, episodio que mencionó bromeando, como un antiguo compañero de clase recuerda una mala pasada olvidada y la saca a colación para estrechar unos lazos amistosos que el tiempo había debilitado. «Desde luego, fue un buen golpe», reconoció. «Pero, bueno, todo prescribe…» Ante tanta indulgencia, Frédérique temió una amenaza, que no se produjo. Noël le preguntó si seguía jugando. Frédérique dijo que no, nunca. «¿Ni siquiera de vez en cuando, como una turista?» Insistió. Echaba de menos los viajes del invierno anterior. «Formábamos una buena pareja, ¿verdad?» Frédérique le aseguró que todo aquello ya no le interesaba; pero no fue necesario mostrarse desagradable para cortar aquella conversación, que se desarrolló sin hostilidad y llena de silencios casi tiernos mientras el agua de la bañera se enfriaba. La voz de Noël era menos brusca, menos áspera que en el recuerdo. Dijo que hubo un atraco en Forges y, de paso, que su madre había muerto. No telefoneó más. Durante el otoño la despertaron en varias ocasiones unas llamadas anónimas a altas horas de la madrugada. Colgaban enseguida. Pensó que se trataba de Noël; pero, por supuesto, nunca tuvo pruebas.

Corinne le propuso pasar con ella las vacaciones de Navidad, esquiando. Por lo general, iban a esquiar en febrero, pero Corinne, convaleciente de una aventura amorosa iniciada durante su pasada estancia en Avoriaz, cuando Frédérique se había negado a acompañarla, evitaba, no sin cierto énfasis, cuanto pudiera avivar su

recuerdo. Así pues, cambiaron de fechas, e incluso de región. Alquilaron un apartamento en una pequeña estación de esquí de los Pirineos que resultó estar mal situado, junto a la salida de los telesillas, de manera que se veían obligadas a mantener los postigos cerrados a partir de las nueve de la mañana si no querían estar constantemente a la vista de los esquiadores. Corinne, la noche de la llegada, dijo que no era grave, ya que se pasarían el día en las pistas. Por desgracia, había nevado poco para poder realizar ese programa. Por lo tanto, el telesilla no funcionaba; pero los esquiadores, frustrados, sitiados por el insultante verdor de los prados, apenas blanqueados por algunas placas aisladas, inaccesibles por otra parte, desfilaban protestando, con los pies en el barro, ante la ventana del apartamento donde Corinne y Frédérique, a la luz de la pantalla de papel rojo que cubría la única bombilla, jugaban a las cartas, bebían vino caliente y deploraban, malhumoradas, la carencia de televisión. Leían en voz alta y se reían comentando las cartas del consultotio sentimental de las revistas que compraban a porrillo —lo que no impedía a Corinne desahogar sus propias penas, la pasión devoradora, destructora, cuyo fuego aún la atormentaba—. A cambio, le hubiera encantado recibir confidencias respecto al misterioso Michel, pero Frédérique sacudía la cabeza, sonriendo, decidida a no soltar prenda. Aquella reserva, que mantenía desde su regreso, la engrandecía e irritaba a Corinne, a la vez que le permitía proseguir sin ser interrumpida el relato de las desdichas vividas junto a Lucas, personaje desgarrado, mitómano y que huía de aquel amor por el que ella, durante toda la primavera, cogía cada semana el tren de Chambéry, donde él vivía y donde, con frecuencia, se negaba a verla. Cuando accedía a hacerlo, se encontraban solo unas horas, frustrantes, en un hotel, junto a la carretera nacional. Sentado en una silla, sin quitarse el abrigo, se quejaba de su mujer, que, celosa y medio loca, amenazaba con el suicidio constantemente. A veces sufría ataques de ira: rompía los muebles y los cristales. Corinne, a continuación, le curaba los brazos ensangrentados. Se contemplaban en silencio, intensamente. Cuando ella se disponía a marcharse, Lucas repetía con rabia desesperada que sería mejor que no volviera, que lo dejara con sus contradicciones; pero, si ella daba señales de obedecer, la llamaba de nuevo. Varios meses después de la ruptura, seguía pensando en él.

Cuando no soportaban seguir confinadas en el apartamento, iniciaban el circuito, muy limitado por cierto, de los bares de la estación de esquí para acabar en la única boîte nocturna, donde la gente se reunía a partir de las cinco de la tarde. El tercer día, Corinne se encontró con un médico con bigote que vivía en Toulouse y se llamaba Didier. Fueron los tres al cine, cuyo programa acababan de cambiar. Tuvieron que hacer cola bajo diminutos copos de nieve que

pronto se deshacían. En la sala repleta y mal aireada, el vapor exhalado por los anoraks húmedos empañaba las imágenes de la película, cuya copia se rompió varias veces. Los espectadores protestaron sin entusiasmo. Durante la cena, en la crepería, Didier pareció interesarse más por la amiga de Corinne que por Corinne, lo que humilló a Corinne y no halagó a su amiga. Hablaron de cine, de Toulouse, de París, de playas al sol, de la pinta malhumorada de la gente… Didier se mantenía jovial, se negaba a sumarse a la exasperación colectiva. ¿No había nieve? Daba igual, se divertirían de otra manera. Después de la crep flameada al Grand Marnier, propuso ir al casino. Corinne se negó, aseguró que se conocía y, sabiéndose capaz de cometer locuras, huía de los tapetes verdes como de la peste. Frédérique sonrió, sin contestar. Y Didier, repentinamente grave, aseguró que lo comprendía muy bien, que también él era un cabeza loca. Sin embargo, excepcionalmente, en vacaciones… y, además, dado que el peligro de romperse una pierna en las pistas disminuía cada día, podían exponerse a otro.

Solo funcionaba la *boule*, en un local cuyas paredes desnudas, suelo gris y ventanas sin cortinajes prestaban un aspecto semejante al de una sala de espera de ayuntamiento, prestada para la celebración de una fiesta patronal suspendida en su escenario natural, al aire libre, a causa del mal tiempo. Dado que no había vestuario, la gente iba envarada en sus trajes de esquí de colores estridentes y calzaba botas de nieve. Se llamaban de lejos, se atropellaban torpemente alrededor de la mesa que Frédérique, que nunca había entrado en las salas dedicadas a la práctica de aquel juego menor, observaba con desdeñosa curiosidad. Sobre un tapete de figuras simplificadas, el cuerpo giratorio solo ofrecía nueve cifras a los jugadores, y el 5 hacía las veces de cero. La apuesta mínima era de cinco francos; nadie se atrevía a más. Cada reparto de premios provocaba protestas. Los croupiers no hacían caso y bromeaban ruidosamente, con acento vulgar. Didier se inclinó hacia Frédérique.

—¿Vamos a comprar fichas?

Ella dijo que no jugaría.

—¡Oh, vamos…! —Intentó convencerla, diciéndole que, en el peor de los casos, no perdería más que lo que costaba un abono de telesilla. Corinne le dijo que era una rajada, sin convicción, contenta en realidad de quedarse con Didier sin carabina. Tras insistir en vano, se abrieron camino hacia la caja y Frédérique hacia el bar, donde servían cerveza embotellada y sangría en vasos de plástico. El calor era agobiante. Al cabo de unos minutos, sin que los demás la vieran, salió, regresó al apartamento y se acostó. Suponía que Corinne no regresaría en toda la noche.

Pero regresó. Frédérique, que fingía dormir, la oyó quitarse las

Moon Boot, que tiró a ciegas y se estrellaron en el suelo con un ruido blando; después, la oyó quitarse el mono, ir y venir, dejar correr el agua del aseo y subir las escalerillas de la litera. La cama, encima de la suya, chirrió; Corinne suspiró y, al final, dijo:

—¿Duermes?

Frédérique suspiró a su vez, como un eco:

—No.

—¿Te quedan cigarrillos?

—Sí, pero están encima de la mesa.

Las barras de la escalerilla crujieron de nuevo.

—Puedes encender la luz —dijo Frédérique.

Corinne no siguió la sugerencia, avanzó a tientas, movió diversos objetos, vasos vacíos y llaves, jadeando. La llama del encendedor saltó. Las volutas de humo se elevaron, muy pálidas en la oscuridad protectora. Desde el sillón en el que se hallaba sentada, Corinne, pensativa, murmuró:

—Esta noche he sentido una curiosa sensación.

—¿En el casino?

—No; en el casino no. En el cine. Quiero decir, en la cola del cine.

—¿Sí?

—Sí. Dicho así parece una idiotez. Y dicho de otra manera, también. Todo empezó en la cola de un cine. En una estación de esquí parecida a esta. Salvo por una diferencia: había nieve. Ya sabes, al final fui a Avoriaz, y había una especie de festival de cine fantástico, de películas de terror y por el estilo. Todas a cuál más estúpida; pero ya conoces el problema: por la noche, en una estación de esquí, una película estúpida siempre es de agradecer. Total que, muy contenta, cogí un abono, nada barato por cierto, para poder asistir a todas las sesiones. Pagas, te dan un pase y entras cuando quieres, en teoría. Digo en teoría porque, en realidad, cuando vas a ver tu película te encuentras, primero, con que hay cola, y después, con que en tu pase hay un circulito naranja. Descubres el circulito naranja, no piensas mal y, luego, todo el mundo te pasa delante, tranquilamente, y el tipo de la taquilla te explica que es muy sencillo: hay gente que, en su pase, tiene un circulito azul, o dorado, y son los invitados al festival, los periodistas, las personalidades… Entonces, evidentemente, como se trata de invitados, tienen prioridad. Total, todo el mundo tiene prioridad excepto tú y algunos memazos como tú, que han pagado. Protestas, te dicen que te dirijas a la secretaría del festival y en la secretaría del festival, si consigues llegar, porque el circulito naranja no te otorga derecho a entrar en el edificio, te explican que lo mejor que puedes hacer, con el tipo de pase que obra en tu poder, es ir a las sesiones de la tarde, porque normalmente por la tarde las

personalidades están esquiando. Entonces, es decir, por la tarde, hay menos gente, sobre todo si hace buen tiempo. No se les ocurre la posibilidad de que también tú hayas ido a esquiar. Total, que una noche en que seguía intentando entrar, todo el mundo me pasaba delante y, de repente, en la entrada, reconocí a un tipo al que había visto por la mañana y que, sin querer, me había propinado un buen golpe en el hombro con sus esquíes. Alto, delgado, estilo lobo solitario; supongo que comprendes adónde quiero ir a parar. De hecho, fue él quien me reconoció en la cola. Sonrió, me preguntó cómo iba mi cardenal, charlamos. Le expliqué mis tribulaciones. Y, entonces, se echó a reír; me enseñó su pase provisto de circulito dorado: prensa. Me dice que es periodista y me hace entrar con él. Y ya está, así empezó todo.

En la oscuridad, Corinne emitió una risita amarga y añadió:

—Aquel día, hubiera sido mejor que me rompiera una pierna.

—Creía que trabajaba en algo relacionado con el vídeo —dijo Frédérique quedamente.

—Sí, pero también escribía reportajes esporádicos para un periódico de la región. Todo lo relacionado con cine, vídeo, nueva imagen, clips…, en fin, medios de comunicación. —Volvió a reír ahogadamente—. Medios de comunicación, ¡él! ¡Es para mondarse de risa!… Encima, comprendo que acabaré riéndome de este asunto. Quizá sea eso lo más extraño. ¿No te ocurre lo mismo?

—A veces, sí… ¿Has ganado algo en el casino?

—No, pero era sórdido. ¿Por qué no has jugado?

—Porque no —cortó Frédérique—. ¿Me pasas un cigarrillo?

Corinne le pasó un cigarrillo, fuego y un vaso a modo de cenicero. Volvió a sentarse y preguntó:

—¿Te recuerda algo?

Tras un largo silencio, Frédérique respondió:

—Los casinos, los verdaderos casinos, no tienen nada que ver con lo que has visto. Montecarlo, por ejemplo, o Divonne… Son… No sé cómo explicarlo… En fin, sí, lo sé muy bien, pero creo que ya no me gustan tanto.

—Jugabas con Michel, ¿verdad?

Frédérique emitió un sonido que podía ser considerado como una confirmación.

—Vamos, cuéntamelo —pidió Corinne.

—Nunca he hablado del asunto con nadie. Pero ¿sabes…?

Corinne la interrumpió:

—¿Quieres que te cuente algo que nunca he contado a nadie? —vaciló y, luego, prosiguió—: De hecho, es divertido; fui a contártelo, la noche en que me emborraché con Jean-Pierre, ¿te acuerdas? Cuando

no sabíamos dónde estabas. Incluso estuve a punto de contárselo a él; por suerte, llegaste tú. Luego, me juré a mí misma que nunca hablaría de aquel asunto, porque realmente no es glorioso, ya verás. Sin embargo, fue excesivo, muy importante para mí. Me encontraba en Chambéry, en aquella especie de hotel atroz, y él había venido a verme de cinco a siete para quedarse callado en su silla, adoptar una actitud de hombre acosado y decir que, de todos modos, todo era una mierda; en fin, el espectáculo habitual en el que yo tomaba parte y en el que seguiría tomando parte si se repitiera la ocasión. Por fin, se marcha diciéndome que quizá vuelva al día siguiente, pero que eso no me impide salir si me apetece. ¿Salir? ¿Adónde ir cuando estás en un hotel, en la carretera y sin coche? ¿A dar una vuelta hasta la gasolinera? Porque él quería que me quedara allí, porque en un hotel del centro de la ciudad, y el centro de la ciudad es muy pequeño, corría el peligro de que se encontrara con su mujer. ¡Su mujer, a quien, fíjate bien, no había visto en mi vida! Y yo me quedo, con la mirada triste y llena de amor, me quedo como una imbécil en el hotel; sí, Lucas: como quieras, Lucas; cenaré en el comedor del hotel, con las cabezas de ciervos disecados en la pared… Vuelvo a la habitación, cojo unos somníferos pensando: ¡Ojalá, Dios mío, ojalá pueda estar libre mañana! En eso, a las cinco de la madrugada suena el teléfono. Emerjo como puedo, sin saber exactamente dónde estoy, digo: ¿Sí?, y es la voz de Lucas… Y ahora sigue lo que resulta difícil explicar, porque, en realidad y pensándolo bien, no dijo nada terrible, fue el tono y también el hecho de que me pidiera que fuera a su casa, donde yo no había ido jamás, ni siquiera sabía dónde estaba. Además, en Chambéry, yo solo conocía el hotel y la estación. Me dijo que estuviera allí a las seis y media en punto, ni antes ni después, me dio la dirección: Solo tienes que llamar un taxi. Y colgó. Yo estaba atontada, en babia, y, ya te digo, fue su voz, una voz de loco, casi sin aliento; me hubiera gustado grabarla para escuchar la cinta y comprender cómo se me ocurrió pensarlo; pero, en todo caso, es lo que pensé, enseguida, en cuanto colgó, me pareció completamente evidente que había matado a su mujer y quería que lo ayudara a hacer desaparecer el cadáver. Te lo juro, fue lo primero que se me ocurrió en el acto: era eso, y yo veía la continuación, muy claramente, ante mis propios ojos, como una película: Lucas limpiando el piso en espera de mi llegada, el cuerpo enrollado en una alfombra que tendríamos que trasladar al coche, abajo. Precisamente a la hora en que llegaba el repartidor de la leche. Y supuse que su plan consistía en ir después al campo, arrojar la alfombra y el cadáver por un barranco, o a un vertedero de basuras, o Dios sabe dónde, con la seguridad de que lo atraparían al cabo de un par de horas, y, a pesar de todo, estaba decidida a ir. Me decía: no vayas, este tipo está loco, en cinco minutos

puedes echar a perder toda tu vida, recuerda que tienes una hija. Cómplice de un asesinato, cárcel segura; aunque consiguiéramos pasar a Suiza acabarían por atraparnos. Al mismo tiempo, por más que te digas todo eso, también te dices que él cuenta contigo, piensas en la pasión loca, en los amantes malditos, unidos en la muerte, todo un folclore propio de adolescentes. Entonces, en cierto modo, ir no significa el delirio, y no ir resulta imposible. Quedarse bien abrigada bajo las mantas mientras él hacía aquello, mientras me esperaba, me hubiera sentido fatal. Da risa, por supuesto, y, al fin y al cabo, no es para menos. Da igual: en aquel momento yo solo veía el cadáver en la alfombra, a Lucas inclinado sobre el cuerpo yaciente y yo cogiendo a la muerta por los pies, y sabía que era la chorrada del siglo —más que una chorrada: un suicidio, pura y simplemente— y que, a pesar de todo, iba a hacerlo. Yo. Es muy extraño eso de seguir siendo uno mismo en semejante situación. Por un momento, me dije: De acuerdo, voy, iré, pero le explicaré que es una locura, que lo mejor que puede hacer es calmarse, llamar enseguida a la policía, confesar, hablar de crimen pasional para tener posibilidades de salir de aquello con una condena lo menos dura posible. Ensayaba para decírselo con voz serena, imaginaba que me tendía el teléfono y me decía: vamos, ¿a qué esperas?, llama a la policía, denúnciame, tienes razón, será lo mejor para todos. Y comprendía que no, que eso también era imposible, que no había salida. Se acabó. Durante una hora di vueltas y más vueltas al asunto. Una hora es muy larga, ¿sabes? Recordaré cada segundo de aquella hora durante toda mi vida. Y, por fin, llamé a un taxi. Acudí a la llamada. Di otro número de la calle, sin hacerme demasiadas ilusiones, solo por no dejar de intentarlo. Fingí entrar en un edificio. Esperé a que el taxi arrancara. Y, luego, caminé los cien metros que quedaban para llegar a casa de Lucas.

—¿Y qué pasó?

Corinne soltó una carcajada.

—Eso es todo. ¿Qué crees que pasó? No, no había matado a su mujer. Para empezar, habría sido necesario que viviera con ella. No te he contado, porque lo supe más tarde, que le había dejado hacía dos años y que vivía en Alemania. Allí estaba, en la acera, fumando un cigarrillo delante de su coche. Y, cuando me vio llegar, ¡adivina qué me dijo! Que no conseguía dormir y se le había ocurrido la posibilidad de ir a dar una vuelta por el campo para ver amanecer conmigo. Era un gesto muy delicado; pero, al final, llovió y consideró que ya no valía la pena. Me acompañó al hotel y luego a la estación. Lo recuerdo perfectamente: creí que iba a desmayarme en el coche. Y él, tranquilamente, me dijo que no parecía encontrarme muy bien.

—¿Le dejaste después de eso?

—¡Qué va! Más tarde.

Encendió un cigarrillo, con gesto nervioso, y arrugó el paquete vacío. Frédérique la oyó llorar entrecortadamente. Sorbiendo las lágrimas, dijo:

—No estoy borracha, ¿sabes? —Y añadió—: ¿Juras que nunca se lo contarás a nadie?

Frédérique juró no contarlo.

—Bien. De todos modos, acabaré por contarlo yo misma. Cada vez que bebo un poco, tengo ganas de contarlo y sé que un día estallaré. De hecho, ya he estallado dos o tres veces. Todavía tengo pesadillas, ¿sabes? Me despierto pensando que estuve a punto de hacerlo. A veces me digo que, en cierto modo, es como si lo hubiera hecho.

—En cierto modo, sí —suspiró Frédérique.

París,
febrero de 1987-enero de 1988

NOTA DEL AUTOR

Aun siendo de inspiración realista, la novela que acaban de leer puede suscitar algunas confusiones. En general, la imprecisión las frena: cuando se domicilia a una heroína en la calle Falguière, en el distrito XV de París, basta con omitir el número, el piso y el código de entrada para evitar cualquier tipo de intrusión en casas particulares. En cambio, el casino de Forgesles-Eaux no solo existe sino que, en dicho establecimiento, hay un jefe de sala, solo uno, que espero que me perdonará por haber permitido que un personaje pomposo, muy diferente a como es él en realidad, haya usurpado sus funciones en el capítulo XVIII. El mismo ruego sirve, también, para los croupiers, camareros, hoteleros, recepcionistas, restauradores y, en fin, todo el personal que, situado en distintos casinos o en sus entornos, acredita modestamente la figuración de estas páginas. Para terminar: solo las tiránicas leyes del relato me han obligado a cambiar las fechas del festival de Avoriaz, desplazándolo algunas semanas (sin embargo, suscribo los reproches expresados en contra de la organización), y a insinuar, sin razón válida, que el cajero automático del Crédit du Nord situado en la plaza de la República de Forges-les-Eaux no funcionaba durante la noche del 15 al 16 de noviembre de 1986. Creo que eso es todo.

NOTAS

[1] Juego de palabras; Jean Bonnot fonéticamente equivaldría a *jambonneau*: «codillo de jamón, lacón». (*N. de las T.*)

[2] Según la pronunciación francesa. (*N. de las T.*)

[3] «Los huérfanos», suerte del juego de la ruleta. (*N. de las T.*)

[4] Calle parisina donde se halla la Facultad de Ciencias Económicas. (*N. de las T.*)

[5] «*"Sur la verge" pour "sour le point"*», en el original, juega con el doble sentido de *verge*, que significa también «pene». (*N. de las T.*)

[6] *Échecs* en el original, palabra que también significa «fracasos». (*N. de las T.*)

[7] En realidad, acertar un pleno supone ganar treinta y cinco veces lo apostado. El autor suma aquí la apuesta inicial. (*N. de las T.*)

[8] Grupo armado de extrema izquierda en la Francia de la década de 1980. (*N. del E.*)

[9] *Noël*, «Navidad» en francés. (*N. de las T.*)

[10] Juego de palabras entre «robo» y «vuelo», ambas *vol* en francés. (*N. de las T.*)